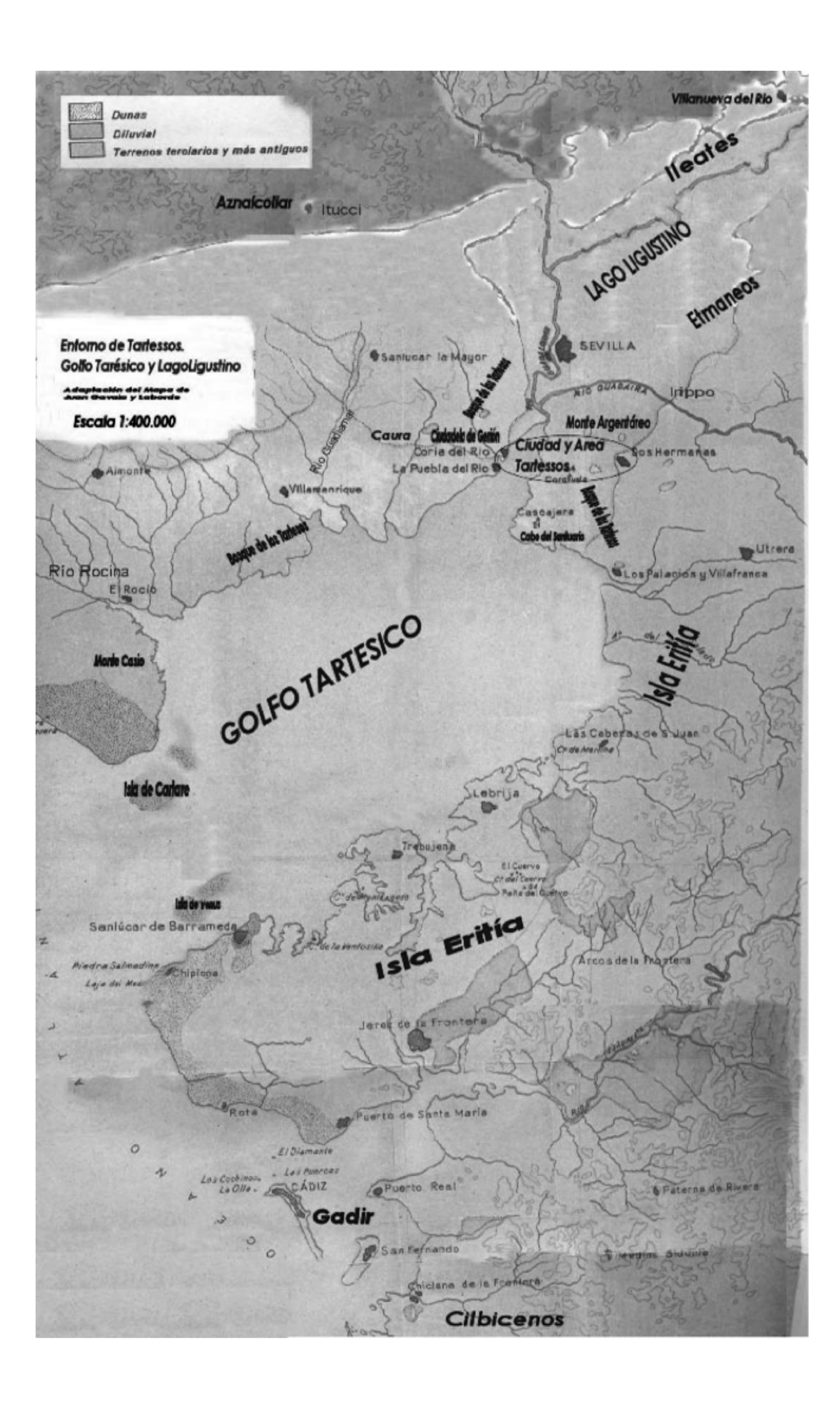

Dunas
Diluvial
Terrenos terciarios y más antiguos
Villanueva del Rio
Ileates
Aznalcollar
Itucci
LAGO LIGUSTINO
Etmaneos
Entorno de Tartessos.
Golfo Tarésico y LagoLigustino
Escala 1:400.000
Sanlucar la Mayor
SEVILLA
RIO GUADAIRA
Irippo
Monte Argentáreo
Caura
Ciudadela de Gerión
Ciudad y Area
Tartessos
Coria del Rio
La Puebla del Rio
Dos Hermanas
Almonte
Villamanrique
Cascajera
Cabo del Santuario
Bosque de los Tartesos
Utrera
Los Palacios y Villafranca
Rio Rocina
El Rocío
Monte Casio
GOLFO TARTESICO
Isla Eritía
Las Cabezas de S. Juan
Isla de Cartare
Lebrija
Trebujena
El Cuervo
Peña del Cuervo
Sanlúcar de Barrameda
Isla Eritía
Chipiona
Arcos de la Frontera
Jerez de la Frontera
Rota
Puerto de Santa Maria
El Diamante
Los Puercos
CÁDIZ
Puerto Real
Gadir
Paterna de Rivera
San Fernando
Chiclana de la Frontera
Cilbicenos

LA PRIMERA PIEDRA

José Moreno García

LA PRIMERA PIEDRA



Primera edición: octubre 2017

EDITA:
Editamás, editorial y contenidos digitales

DEPÓSITO LEGAL:
BA—000xxx—2017

ISBN:
978—84947xxxx

MAQUETACIÓN, IMPRESIÓN Y PEDIDOS:
www.editamas.es
924 18 07 91



A los seis pilares que me sostienen

Donde estés, cava profundo,
que debajo está la fuente.
Deja que los hombres sombríos griten:
¡Abajo está el infierno!

Nietzsche

1. LA BIBLIOTECA

Quisiera alcanzar un acuerdo con el paciente lector que afronte esta andadura y convenir entre ambos que no es este viejo redactor, cansado y barruntando el final, el protagonista de la aventura de Adán. Él, escribiendo a lápiz sus recuerdos, aquí en la cuna del Renacimiento, es el protagonista, pues este virtual escribano se limita a realizar la tarea que su hermano, el editor de la revista «Arqueología Estatuaria», le ha asignado. Su función no es más que pasar a la computadora lo escrito en las hojas arrancadas del cuaderno de Adán, asumiendo el encargo de respetar su contenido.

Pero eso no significa que uno comulgue con el estilo, ni en el fondo ni en la forma, aunque la faena entre manos tratará de ordenar los recuerdos, una vez liberados de sus asediadas neuronas mediante la terapia que el neurólogo ha prescrito. Tampoco asegura la certeza de todo lo que narra; pero correríamos el riesgo de que frene el impulso su amenazada voluntad, si lee transcrito lo que no es suyo, y perder por ello los hallazgos de estos matatiempos. Así que dejémosle que se explaye.



«Escribo solo para descubrir qué pienso, qué busco, qué veo y qué significa eso»

Joan Didion

«Adán, hasta el principio, hay que escarbar en la memoria sin cesar hasta llegar a la primera piedra de nuestro uso de razón, hasta dar con esa tierra virgen donde acaba el conocimiento humano. Al principio de todo, si de verdad quieres dar sentido a tu nueva vida de solterón jubilado».

Mientras las pronuncia pausadamente con tono afectuoso y magistral, las palabras de Jacobo resuenan en el confortable estudio de Florencia de este alto edificio entre la Plaza de la República y el *Duomo*. Graves y metálicas, amplificadas por los altavoces invisibles de su estudio, componen en el aire tibio un contrapunto con el leve sonido de sus pasos por el suelo de baldosas rojizas de barro cocido.

Jacobo pasea desde un balcón a otro, junto a las cuatro enormes estanterías en rinconera que hay en la habitación: la biblioteca, la vitrina de piezas arqueológicas, la que alberga la colección de joyas y pequeñas esculturas modeladas por él, la que tiene la música. A veces, se detiene en el balcón del oeste para admirar la luz dorada de la Toscana. Luego prosigue despacio, hasta llegar al balcón que da al norte. Se para un momento. Sigue hasta el este, llega al sur, y detiene de nuevo en el oeste su traslación rectangular por los cuatro puntos cardinales de Florencia.

Delante del ángulo que forma la biblioteca se encuentra su mesa de madera oscura bruñida. La usa ya muy poco, porque el tiempo lo dedica casi por completo a sus talleres y a la tienda del Puente Viejo. De modo que me la ha cedido, con el cuarto donde dormía, para todo el tiempo que yo quiera. En los pocos días que llevo aquí he ojeado, sin sacar los libros de las baldas, algunos títulos escaqueados.

Abajo a la izquierda, a la altura de las rodillas asoman sus lomos Homero y La Biblia, Tolomeo, Estrabón, Silio Itálico y Plinio, Avieno. Detrás de un busto de bronce de su autor veo las obras completas del ilustre maestro y paisano Elio Antonio de Nebrija, artífice de la primera Gramática, príncipe del humanismo, célebre también por su aportación a la ciencia de la Arqueología con las primeras menciones de esta disciplina en la literatura española.

Cuentan que fue él quien midió por primera vez las dimensiones del anfiteatro de Mérida y estableció la distancia entre la ciudad romana y Salamanca. Para Jacobo y para su padre, igual que lo fue para su abuelo, el insigne humanista es el verdadero padre de la arqueología. Es, además, según contaba mi amigo en alguna de sus cartas, el máximo defensor de la teoría de Silio Itálico sobre la fundación de la ciudad de Lebrija por Baco. También hay libros del arqueólogo andaluz del siglo XVI Rodrigo Caro, quien después de estudiar en Osuna se fue a Sevilla para alcanzar la merecida gloria, mediante los insignes cargos públicos de Examinador General y Consultor de la Inquisición.

Mi amigo dice que este hombre profundizó lo suficiente en la historia como para sostener en sus escritos, en contra de Elio Antonio y de los clásicos, que la fundación de Lebrija se la debemos a Noé, patriarca bíblico que Rodrigo identifica con el dios Dionisos. Leo también títulos del arqueólogo Antonio Caro Bellido, de José Bellido Ahumada, de Manuel González Pérez, de los historiadores Manuel Pulido Matos y Luis Caro Romero.

Ojeando los lomos, me viene a la memoria la histórica contienda fría y soterrada entre los defensores de uno y otro bando de la que Jacobo me escribía tanto. La trifulca que, según él, aparece en ciertas épocas de la historia, sacando el odio a flote para volver a latir durante años tras dejar un largo reguero de sangre y resentimiento.

En escritos inéditos que atesora en la biblioteca se cuenta, asegura mi amigo, que a Elio Antonio se le retiró de la primera traducción de la Biblia al castellano. La ingente labor le había sido encargada por Isabel la Católica, a través del cardenal Cisneros. Pero, por lo visto, lo alejaron de la importante misión por mor de su afición a rememorar con sus amantes, entre libaciones con vino que le acarreaban de su pueblo, las orgías que Dionisos se pegaba con las bacantes en el lugar donde sus antepasados levantaron un santuario junto al Huerto de Baco. Jacobo dice que son leyendas, aunque cerca de allí, en El Fontanal, los padres del gramático tuvieran una huerta y una viña.

En la última balda de arriba, casi tocando el artesonado del techo, hay volúmenes de Niceto Alcalá Zamora, de Manuel Azaña, de Ortega y Gasset. A la derecha, cubriendo el espacio de dos anaqueles de arriba de la estantería, hay detrás de unas puertas acristaladas una serie de volúmenes encuadernados con los títulos grabados con oro. Sobresalen varios gruesos tomos rústicos, ennegrecidos, cuyo autor es Don Jacobo de Paula Cumbreras, el padre de mi amigo.

Hay también libros de contabilidad y mazos de legajos atados con cintas. Delante de los tomos hay una fotografía de 1976 enmarcada, en la que don Jacobo está con el recién coronado Rey, con el Presidente del Gobierno y con los máximos representantes de los recién legalizados partidos políticos. Están posando con parte del mayor tesoro arqueológico descubierto en España en los últimos tiempos, el cual, dice Jacobo, nunca hubiera aflorado sin el sacrificio, el tesón y la generosidad del filántropo andaluz durante cuarenta años de exilio.

Entre otros retratos hay algunos muy antiguos en blanco y negro. El padre de mi amigo posa en uno arrimado a la pared excavada de una galería con varios arqueólogos, sosteniendo una vasija en una mano y

un pico de cavar en la otra. En una grande y en color, que está dentro de la vitrina detrás de una colección de monedas antiguas, don Jacobo apoya un brazo en una columna hecha con restos de tambores, de bases y capiteles romanos. Lo acababan de colocar en la entrada de uno de los cortijos de los Guzmanes. Desde el otro lado de la columna mira hacia la cámara don Gaspar de Guzmán, en primer plano, mostrando con su sonrisa bonachona un casco romano abollado con orejeras de color verde oscuro en cada mano.

En otro retrato en blanco y negro, catorce trabajadores con picos y una cabeza de mármol mutilada entre la manos de uno de ellos miran como deslumbrados a la cámara. Don Jacobo, que está delante de los picadores, sonríe con un plano desplegado ante una mesa en la puerta de la cueva de Zabulón. Hay otro retrato de su abuelo con un grupo posando junto a Jorge Bonsor, en la que el arqueólogo de bigotes afilados tocado con un sombrero, muestra su orgullo por el descubrimiento de la famosa necrópolis de Setefilla de Lora del Río. Dentro de un marco de plata está su abuelo y su padre con el hispanista Adolf Shulten, delante de las ruinas del poblado del Cerro del Trigo, en Doñana.

Ahora su hijo se avergüenza de su país. Cuando nos escribíamos me decía muchas veces que era incapaz de establecerse en España, pero nunca me dijo que le daba vergüenza ser español. Vergüenza ajena. Pero yo sé, lo conozco muy bien y puedo afirmarlo, que ama a su patria. Aunque se siente un exiliado voluntario, lo he visto llorar de rabia alguna vez, indignado por el derroche, por el expolio, por la destrucción sistemática y cruel del legado de su padre.

En la vitrina hay otras fotografías en color de mi amigo, posando delante de enormes esculturas; algunas de las más modestas, erigidas y encargadas por las Asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica. En otras recibe premios por sus proyectos realizados en todo el mundo. En todos ellos aparece

algo encogido y retraído, como pidiendo disculpas por el premio que recibe, por el revuelo mediático y la resonancia internacional de sus obras.

Le observo cuando está mirando desde el balcón de poniente en dirección a Lebrija, como embelesado de nostalgia y melancolía. Se da la vuelta. Huyendo de su mirada, refugio la mía en la vitrina de piezas antiguas.

«¿Sabes que la madera de estos muebles y la del techo es tan vieja o más que la que se utilizó para construir el arca del diluvio universal, cuando las aguas del mar cercaron la cima del Cerro del Castillo y del Cerro Benito?».

Las baldas de cristal de la vitrina tienen los bordes de afuera reforzados con un angular de madera bruñida. Debajo están escondidos los ledes que alumbran las numerosas piezas y joyas. Aurora ha dispuesto en los anaqueles, en riguroso orden cronológico, cada pieza de la valiosa colección, detrás de un pequeño rótulo metálico, grabado con la procedencia y fecha a que pertenecen.

La primera es una piedra alargada de sílex blancuzco y liso, sin ningún grabado ni talla, de filos vivos, con muchas aristas afiladas. Es del Paleolítico. Junto a la lasca de pedernal, destaca un ídolo cilíndrico de piedra blanca, con los ojos como dos soles. Parece de la misma época. Brazaletes de mármol pulimentado y lisos del Neolítico. Monedas de Lebrija y de Ligustia con un corzo en el reverso y la cara de Baco en el anverso. Monedas de plata y de oro con relieves de emperadores romanos. Vasijas de cerámica rotas, fragmentos sueltos.

Monedas árabes de oro puro relumbran a los pies de dos candelabros de oro, junto a unas hachas y azuelas y varias machacaderas de bronce. Balas de honda de plomo, piezas de pizarra y de bronce talladas con liebres y corzos y toros y caballos se disponen junto a unos lebrillos con los bordes almendrados.

Los lebrillos se parecen a los que se fabricaban en la cantarería donde ambos trabajábamos a finales de los años sesenta.

Detrás de mí, junto al balcón que da al sur, al Monte Alle Croci, hay otra vitrina idéntica donde brilla su colección de canastitos de pletinillas de oro. Son deslumbrantes, las cestitas tejidas con varillas de plata entreveradas con hilos de cobre y platino. En el fondo hay una fila de idolillos esculpidos en los cantos rodados que cogíamos en los arroyos. Y otra fila de esculturas en miniatura, las cuales reproducen las caras de algunos compañeros de trabajo, la mía incluida. Hay también un busto de barro cocido y pulido de su padre.

En otro costado del estudio está la estantería de los vinilos, los discos compactos y centenares de rollos de cinta magnetofónica y de casetes. Casi se alcanzan desde el viejo sofá. Sentado en la cómoda butaca de cuero se puede manipular la pantalla de dos metros de ancha, y la grabadora de última generación que siempre está en funcionamiento y mantiene lo grabado el tiempo que uno quiera. Cuando ha subido Jacobo, lo primero que ha hecho es encender la pantalla para seguir durante unos minutos lo que las cámaras instaladas en su fábrica y en los talleres captan: las máquinas esculpiendo y tallando automáticamente estatuas y frisos de mármol; los operarios desbastando con buriles y cinceles eléctricos y neumáticos los bloques de mármol y de granito; los crisoles colgados de los puentes grúas. Algunos vuelcan el caldo metálico y rojo blanco en los moldes de las estatuas.

En uno de los cuadros divididos en la enorme pantalla está Clara. Atiende a un turista en la joyería del Puente Viejo.

¡Ay! Clara, siempre tan preciosa.

En otro recuadro una chica con bata blanca sentada ante una mesa de trabajo, repleta de aparatos y

pulidoras eléctricas, pule una reproducción brillante de algún artista florentino.

«Todo, querido amigo, hay que grabarlo todo. Y tú podrías hacer lo mismo, si te da por hablar solo, aunque ella lo hará sin que tú se lo digas. Que no te quepa la menor duda. Que Clara te enseñe el manejo de ese chisme. Mira este botón; si lo pulsas podrás escuchar lo que te estoy diciendo. A la velocidad que quieras, lo puedes sincronizar con la que tú lleves escribiendo».

Jazz, música africana, clásica, flamenco, un busto cobreado de Mozart, uno de bronce de Beethoven, otro de Bach. Hay bustos pequeños por todas partes. Uno fundido de una aleación que desconozco de Juan Bernabé es un pisapapeles de su mesa. Juan era el autor teatral amigo de Jacobo, de quien le gusta decir con orgullo que tuvo un gran acierto al introducir por primera vez el flamenco en la obra Oratorio, la cual interpretaban los estudiantes y algunos trabajadores en los años sesenta del siglo pasado. Me dice que el teatro español sufrió una gran pérdida con su muerte en 1972. El busto de Juan tiene el tamaño de un puño, algo más grande que los de nuestros amigos May y Manuel González.

La colección que Jacobo atesora y admira orgulloso mientras pasea confiere a la habitación una atmósfera gratificante, inundada siempre por una tenue luz dorada y cálida que nadie como Aurora y su prima Clara saben fundir con el aire. Tanto una como otra regulan la apertura de las persianas y controlan la tibia fragancia de las flores cuyas macetas colocan en lugares que parece que fueran diseñados para acogerlas. Con el mismo tino, tamizan la luz del horizonte de fuego del amanecer, el incendio del crepúsculo dorado, el rojo violeta y rosa de los atardeceres, la luminosidad clara y azul del norte. El amarillo brumoso y azulado del sur. Todo fundido se cuela por las rendijas de los visillos y las cortinas con justa y grata intensidad que atenúan el tiempo y la temperatura.

Jacobo va y viene de un balcón a otro, muy despacio. Luego sale a la terraza, y hace lo mismo caminando lentamente en sentido contrario a la rotación de la tierra, con las manos detrás de la cintura. De vez en cuando, se detiene para contemplar los rayos dorados de los ventanales de las orfebrerías del Puente Viejo. ¿Imaginará a Aurora —me pregunto — atendiendo a algún cliente en una de ellas? La joyería suya, la que le compró a su amigo florentino. ¿O intentará distinguir la cubierta de sus talleres en el barrio de Oltrarno, aspirando aire como llenándose de la belleza de Florencia?

Conforme lo observo con el rabillo del ojo mientras apoyo la punta del lápiz en la hoja del cuaderno admiro y envidio su templanza. Su franca majestad, la elegancia natural y el aplomo, el brillo azul de su mirada, la casi imperceptible y tenue luz broncínea que irradia su cara. La calva bruñida y la melena corta y plateada; la barba que acaricia y cuida. Su actitud, como tantísimas veces sucedía cuando éramos niños, me intimida de humilde y segura, me acobarda. Cuando estoy cerca de él, mi endeble voluntad se escurre como agua entre los dedos.

Porque no es solo su seguridad y su aplomo lo que me achanta. Me llegan desde las estanterías las miradas fijas de Elio Antonio y don Jacobo de Paula, de Bernabé, de Mozart, de Beethoven. Noto el latir y la presencia atractiva y respetuosa de centenares de clásicos con los lomos desleídos por el uso que atraviesan el estudio y agrandan el vacío de mi cerebro. Constatar la humilde grandeza de tantos autores me cohíbe. Me invade el desaliento, el temor a manchar su imagen y su obra irrumpiendo como un advenedizo. Me intimida escribir delante de ellos, dejarme atraer a la hospitalidad desinteresada de mi amigo. Y todo con el vano objetivo de rescatar de mi memoria los recuerdos que amenazan con desparecer para siempre.

Jacobo, perro viejo que me conoce desde que empezábamos a hablar juntos, se percata del desamparo, y

me anima a continuar sin dejar de recrearse desde el balcón en la torre de la Plaza de la Señoría:

«Recodar hasta el principio, Adán, escarbar hasta la primera palabra, la primera imagen, el primer olor, la causa del primer llanto, de la primera risa que sostiene los sedimentos de tu memoria.

Pero ya sabes lo que opino de ti, mi querido amigo. Tú no eres escritor. Tampoco tienes mucho ingenio, no es tu fuerte. Ni siquiera descriptor. Así que no escribas como si lo fueras porque arruinarás tu propósito. Déjate de filigranas y de florituras con las palabras, y únelas como si fueran los metales que soldabas en tu trabajo. Déjalas fluir como las carcajadas cuando te ríes, como las lágrimas cuando lloras, como el agua que cristalina y clara brota de los manantiales.

Por cierto, cuánto me acuerdo de aquellas clases de soldadura por las noches, cuando llegabas molido de las doce o catorce horas en la remolacha. Y de los días que pasábamos en la escuela de la fábrica en Alemania. No eres escritor, no. Que no se te olvide eso. Pero eres, o lo fuiste, hasta que el avaro de Matías te ha jubilado, un soldador. No de los mejores, no. Ni mucho menos. Pero tampoco has sido nunca un *pegalatas*. Así que ya sabes, creo que tendrías que ir uniendo las palabras con la misma naturalidad y sinceridad que las genera la memoria cuando invocas los recuerdos. Pero déjate de florituras, amigo mío; ya te digo, bien sabes que una soldadura puede estar bien peinada, con aguas regulares y lisas, y sin embargo albergar en su interior nidos de aire, que con el paso del tiempo oxida el metal y destruye el trabajo.

Tú eres, querido Adán, lo mismo que yo, ya te lo dije muchas veces, lo que somos todos desde que de niños balbuceamos las primeras: un aprendiz de soldador de palabras. Solo eso, un jubilado que está aquí para escribir sus recuerdos si no quiere que la memoria acabe por peteneras. Bueno, todo hay que decirlo, y para ayudarme a fabricar una de mis esculturas».

»Ah, se me olvidaba decirte algo que he recordado mirando esa copia del Hombre de Vitrubio. La idea de grabarlo todo desde que llegué a Florencia se la copié a Leonardo de la Oreja de Dionisos, una obra suya que consistía en unos conductos acústicos disimulados en el interior de los muros del palacio del duque Ludovico Moro. El genio los colocó de tal manera que desembocaban en el dormitorio, y permitían al soberano enterarse desde su habitación de lo que se decía en las demás estancias de palacio. Leonardo dispuso en los muros del cuarto una fila de agujeros a la altura del oído, el cual apegaba Moro al agujero, y así estaba al tanto de las buenas y malas ideas de la servidumbre y los invitados».

Maldita sea, ha nombrado a Matías Corrales. Tenía que salir su nombre. Jacobo conoce bien a ese malnacido porque Mercedes, la mujer de Matías, fue su primer amor. Además también vivió de niño con nosotros en la misma casa de vecinos durante unos años. Ahora, al cabo de una vida, cada uno hizo de la suya lo que pudo. Mi amigo es un escultor de renombre internacional. Matías un rico empresario, constructor de equipos para refinerías y plataformas petrolíferas, que se ha desprendido, después de varios expedientes de regulación de empleo aplicados a más de mil trabajadores, del resto de las instalaciones que le quedaban en Madrid y Cádiz. Ahora el granuja se pasa el tiempo en Cancún o en Aruba, delante del ordenador, siguiendo el curso y el rendimiento de sus inversiones bursátiles. Los fondos de alto riesgo le vuelven loco. Y las putas caras. En cambio yo soy el bodoque de siempre, sin haber ascendido ni en lo económico ni en lo personal ni un solo escalón, soltero, y con una magra paga de jubilado después de trabajar como un negro y como un idiota cincuenta años, cuarenta de ellos con el fullero de Matías. Y con la memoria como una criba.

Pero, ¿qué estaba contando? Debo continuar. Escribir de mi pasado me consuela.

2. LA TÍA VIUDA

Ha pronunciado las últimas palabras junto al barandal de la boca de la escalera. Jacobo baja hacia el corredor de las habitaciones y el ascensor que lo llevará hasta la entrada del edificio donde Aurora le espera. Cuando su cabeza de plata desaparece por debajo de las balaustras de cedro, sus palabras van dejando en el diáfano recinto del estudio una resonancia retardada de nostalgia y agradecimiento. Sus pasos se alejan resueltos y seguros por los peldaños.

Me quedo como huérfano.

Pero ahora que estoy solo me doy cuenta de que no era de esta manera como quería empezar a escribir. Antes de que Jacobo subiese y encendiera y apagara la pantalla hubiera abordado de otro modo estos monólogos para recordar. Soy consciente de que lo hago para retardar mediante el ejercicio la ruina mental, con la vana pretensión de llenar y dar sentido al tiempo que me queda. Qué otro sentido si no.

Hasta hace poco mi vida era el trabajo en el taller de Matías. Ahora que no tengo trabajo no sé qué hacer. Tenía pocas aficiones, aparte de leer y escuchar música. Eso sí, me satisfacía, me llenaba mi trabajo soldando tubos y planchas de aluminio, disfrutaba, me sentía plenamente realizado. Pero ahora no sé qué hacer. Me siento vacío. Además, algo está fallando en la mollera.

Mucho tiempo no creo que le quede a mi cabeza. Me temo que el médico no dice la verdad sobre el estado de mi memoria. Aunque siendo sincero, tampoco le he dicho yo a él los fallos que tiene. Y mira que esperaba el momento de la jubilación para poder hacer otras cosas, para emplear un tiempo que a lo largo de mi vida siempre estuvo desbordado de trabajo. No

solo manual, es verdad, porque mientras trabajaba, mi mente no dejaba casi nunca de enhebrar interminables parrafadas estériles que al final de la jornada, al pretender rescatarlas en la pensión, no lograba plasmar una sola línea en la libreta. Lo que durante horas enjaretaba en la memoria desaparecía por la noche como arrastrado por un vientecillo flojo, que igual que llegaba se iba, dejando una especie de resaca de remordimiento por abandonarme a una pérdida de tiempo irreparable. Lo único que valía la pena eran las cartas que le escribía a Clara y que nunca le enviaba. Al menos, a veces servían para hacer creer a otras mujeres que iban dirigidas a ellas, cuando las veían encima de la mesilla de noche.

Mi primer impulso antes de que Jacobo irrumpiera en su estudio fue presentarme a ustedes para no entrar en sus neuronas lectoras como pedro por su casa. Porque si he arrancado a soldar estas palabras ha sido por la generosidad y la amistad que me une a mi amigo, que se ha comprometido a publicarlos en una revista sobre arqueología y estatuas que él edita, con la condición latente por mi parte de aclarar algunas cosas de su pasado y su familia.

Desde que nos separamos la primera vez en Alemania, hace más de cuarenta años, me fue contando en sus cartas cosas de su padre que yo no sabía. Pero entre la calamidad de mi cerebro y el paso del tiempo, además del olvido por falta de roce y la lejanía, poner en pie y conocer aquello que no sé y aclarar lo que está turbio, es un auténtico reto que me llena de inquietud.

Pero no quiero engañarme ni engañar a nadie. Recordar es una palabra redonda, un verbo completo de acción cautivadora y preciosa. Un elemento sustancial en el acto de unir letras formando oraciones para plasmar una idea que bulle y revoletea en la memoria buscando claridad al orearse en el presente. Como Jacobo me recuerda con frecuencia, lo que Elio Antonio ya determinó: que la lengua castellana y el signifi-

cado de nuestras palabras arraigan en el latín. Que recordar es volver a pasar por el corazón nuestras vivencias, nuestros gozos y sufrimientos aletargados en la mente. Cuando la memoria se esfuma, y lo suele hacer con sigilo y a traición, se deja de recordar, de reconocer, y la cabeza acaba vegetando en una cruel indiferencia que nos impide sentir. Recordar es volver a gozar y a reír, a aprender, a llorar.

No, no quiero engañar ni a mí ni a nadie. Si hemos convenido, yo a contar y Jacobo a publicar, mediante un contrato no escrito ni verbal, no es solo para recordar y fortalecer la memoria. Porque dicen que la estoy perdiendo por esa enfermedad que no recuerdo cómo se llama. Tampoco es solamente por saber qué más esconde mi amigo. Sí, ahora estoy seguro de que siempre me ocultó algo. O mucho, no lo sé. A mí, y a todo el mundo de nuestro pueblo. Creo que nadie la sacó la verdad sobre su padre.

Y hay algo más de todo esto. «Por muy amigo que se sea de alguien» me dijo una vez «uno siempre se lleva a la tumba algunas cosillas que nadie tiene porqué saber. Hay ciertas cosas que no se aprenden porque alguien te las diga, por mucho que te las repitan. Lo más importante de nuestro conocimiento es lo que se descubre uno mismo. No le des más vueltas».

Si hemos convenido, ya digo, yo a escribir y él a publicar, aquí en Italia, en su casa, no ha sido solo por las razones mencionadas. Porque si quiere tenerme a mano aquí en Florencia también se debe a que necesita la ayuda de un soldador que maneje la pinza, la pistola de TIG y el soplete, para meter mano a la escultura que tiene en la cabeza desde hace mucho tiempo, y de cuyos materiales y dimensiones no me ha dicho todavía ni pío. Ya otras veces estuve aquí alguna temporada. Cuando me peleaba con Matías por cosas del trabajo acababa en Florencia en el taller de Jacobo.

Todavía no ha mencionado nada del tipo de aleación del metal. Ni quién es el modelo. Jacobo siempre

fue muy discreto. Se sabe que tiene entre manos bocetos del David de Miguel Ángel, de Baco Ebrio, de Maquiavelo, de Dante, de Elio Antonio. También sé, mi paciencia es testigo, que se detiene muchas veces, cuando vamos a pasear por la Plaza de la Señoría y por el Duomo, a estudiar la estatua de Neptuno. O se lleva largos ratos con Brunelleschi, y se pone junto a él a mirar escrutando su cúpula, con un pasmo que parece contar los más de cuatro millones de tejas que cubren la cúpula de la marmórea catedral.

Ahora que soy libre, que Matías ha cerrado el último taller de Madrid y ha contribuido a que me quede la paga de jubilado, Jacobo se va a salir con la suya. Como siempre ocurrió. Siempre me ganaba e iba por delante en todo. Así que ahora que tengo todo el tiempo para mí no puedo ni quiero eludir la invitación que me hace. Desvelaré lo que la memoria guarda, antes de que sea demasiado tarde para dar con tierra firme. Porque también el miedo impulsa el acto de sacar los recuerdos para orearlos y retenerlos. El miedo a no recordar es un cebo que enciende la primera chispa, la energía del arco eléctrico donde se funden ardientes las palabras y los sentimientos.

La memoria se esfuma. A veces la ve uno venir, pero cuando ya es demasiado tarde. Nos abandona con despecho vil y mezquino. El día menos pensado, como algunos dicen que les ha pasado conmigo, algún amigo o familiar se percata de que lo miramos como si fuera un extraño. Nos preguntan si nos acordamos de algo, y descubren con asombro y tristeza que algunos de nuestros recuerdos nos han abandonado para siempre. Ya sea por agotamiento natural o por enfermedad, la vida sentimental y la razón que late en nuestro cerebro se va muriendo poco a poco, hasta convertirnos en un ser extraño y lejano, que respira y palpita a lo largo de una angustiosa e interminable agonía.

Por todo esto no puedo renunciar ni quiero a la invitación del escultor, a su proposición para permane-

cer aquí en Florencia todo el tiempo que desee. Ya lo hizo otras veces. Pero ahora hay otro motivo para quedarse. No me engaño, no. El motivo.

Creo haber dicho que Jacobo me ha cedido el piso que está justamente debajo del estudio. Mi amigo y Leo viven en casa de Aurora, cerca de la joyería del Puente Viejo. Mi nueva vivienda, la mejor de las que he habitado en mi vida, está contigua a la de su hermano Juan, un ochentón espigado y corpulento al que todo el mundo llamaba en el pueblo el *Muo Paula*, a causa del mutismo que adquirió cuando presenció la tortura y la violación de su madre. Aquí hace de cocinero, cuando no tiene otra cosa que hacer. Al parecer, por lo visto en los pocos días que llevo aquí, lo único que hace es pasear como un turista más por las calles de Florencia, con su traje de lino, sus zapatos de Ferragamo, su anillo de oro pendiente de una oreja. Y habla, aunque muy poco. Ahora ya habla.

Lo que muchas veces me propuso su hermano en sus cartas ya es un hecho. Me encuentro aquí con ellos, como uno más de la familia, en su agradable y confortable estudio con vistas a los cuatro puntos cardinales de la Toscana. Admirando su inmensa biblioteca; sirviéndome de su mesa, aunque no de su ordenador. No sé manejarlo. Ni quiero aprender. Me gusta, me inspira escuchar el deslizamiento rítmico y suave del grafito del lápiz sobre el papel. Y pasearme cuando me canso alrededor del edificio por la amplia terraza que lo ciñe, comunicando los cuatro balcones que dan a la inmensa azotea, a la que entro y salgo por cualquiera de ellos para admirar la belleza dorada de la Toscana. Desde el punto de vista que se me antoje. Hacia el suroeste está Lebrija. Y Ligustia. Cada día que pasa miro con más nostalgia.

No, no quiero engañarme ni engañarle, lector. Hay más motivos. El motivo hasta ahora inédito para dejarme llevar por esta misteriosa atracción. Desde que estoy con ellos, con Aurora y con su hijo Leo, un chaval cuya habilidad y templanza me sobrecoge, siento

algo extraño en la forma de comportarme. Como si temiera dañarles, faltarles al respeto con alguna de mis numerosas e inoportunas frivolidades. Temo alterar la agradable presencia de Aurora con mis insolencias y desbarres de gañán. Cuando como con ellos o visitamos algún museo de Florencia, siento como si toda la malsana timidez que arrastro se hubiese reconcentrado en un solo punto del cuerpo, a flor de piel, y amenazara con estallar de una manera inminente. Pienso con frecuencia que esa suerte de parálisis que me cohíbe, que me intimida y me enciende de vergüenza, la suscita la sospecha de que ellos sean ya conocedores de mi reprimido y angustioso enamoramiento. De mi admirada y secreta devoción por Clara. La desazón de saber que ellos saben que, si decidí venirme, fue porque todo apunta a que va a enviudar irremediablemente. Entonces, cuando ese mamarracho la palme, Clara se quedará aquí, no se irá más a Lebrija. Y yo la quiero para mí. La necesito como el aire. Porque no puedo vivir sin ella.

Me da cierto pudor expresar tal frivolidad, pues no le deseo la muerte a nadie, pero en el caso del futuro difunto ha sido él quién se lo ha buscado durante un montón de años.

La forma de mirarme de su prima Aurora, compasiva y piadosa, confirma mi recelo, desarma mi seguridad. Creo que es esa aprensión, ese potencial conocimiento compartido y secreto, de que lo que de verdad me atrae a Florencia es la conquista de Clara, lo que me intimida y paraliza cuando estoy con ellos. Pero bueno, no quiero desenfocar mucho el objetivo de recordar, para no olvidar. De monologar para rescatar, para aprender. Aprender, qué preciosa y precisa palabra, para soldar lo que la memoria hila.

Hasta dónde se podrá recordar. Dónde estará la cota donde arraiga el uso de razón. A qué nivel se encuentra el primer negativo del largo carrete de la memoria de nuestro pasado personal: ese es el empeño en que llevo escarbando desde que llegué. Recordar

la primera imagen para volverla a pasar por el corazón, para gozarla, para volverla a sufrir, para llorar o reírla. Sí, sé que es un afanoso y sin embargo vano intento porque se atropellan numerosas secuencias disputándose la primacía de haber quedado grabada en la memoria consciente.

Me viene y va una imagen recurrente que pretende ser la primogénita, y conforme la voy recordando se va rehaciendo, tomando vida ella sola, recobrando olores, aflorando sensaciones. El de la colonia fresca de niño que mi abuela desprendía. El timbre poderoso y metálico de su voz. El sabor sabroso del huevo pasado por agua que se estaba comiendo, y que acabó dándonos a Jacobo y mí, que la mirábamos como dos gurripatos hambrientos, sentados en el suelo fresco de ladrillos toscos, rotos y gastados.

Su pequeño cuerpo vestido de negro, sentada y encogida en una silla baja de enea. Las arrugas como hendiduras que le surcaban la cara, el temblor de la cucharilla por encima de su delantal negro, acercándose lentamente a nuestras bocas, llena de pequeños migajones de pan mojado de la blancura dorada y cristalina de la clara y la yema de huevo. Las hebras de pelo blanco que se le derramaban antes de llegar a la redecilla del rodete que los recogía en la nuca. Es una imagen recurrente que a veces me parece la primera. Pero enseguida va y viene otra, y otra más, que ponen en duda su antigüedad.

La imagen de mi abuela y del huevo es la única que guardo de ella, cuando tenía más de setenta años. Cerca de mi abuela veo a mi abuelo sentado en el patio terrizo, rodeado de macetas con geranios y albahacas. Está apoyado sobre la pared encalada, con una pierna extendida y la otra encogida con la rodilla hacia arriba en la que apoya el brazo. Tiene la otra mano abierta sobre los ladrillos del zócalo; la barba de varios días blanca y desigual; despeinado, con la gorra a un lado y los ojos caídos y turbios que en vano entreabría, cuando erguía con un espasmo la cabeza

derribada por el sueño. Las alpargatas de suelas de esparto de lona blanca y sucia. El pantalón con vueltas mal hechas en los bajos, sujeto a la cintura con un cordel con los cabos sueltos. La camisa abotonada coja con los faldones casi afuera, el aliento a vino agrio y a tabaco rancio.

De mi abuelo guardo algunas más. En la más viva y fiel, la menos contaminada por la imaginación, está acostado en la cama del cuartillo estrecho donde dormía con una cuerda de abacal trenzado atada a una de las cuatro vigas del techo. O amarrada como una horca al travesaño del cabecero de la cama, de la que tiraba para incorporarse y poder echar mano al jarrillo de lata lleno de vino, que mi madre le dejaba en la tapa de la mesilla de noche. La sed me llevó un día a beber de aquel jarro, con cuatro o cinco años, toda el agua dorada que contenía. Cuando llegué afuera al patio como pude, viendo turbios los ladrillos multiplicados del suelo dando vueltas delante de mí, la voz de mi abuelo maldiciendo e imprecando a mi madre, para que le restituyera el vino en el jarro, me confirmó por primera vez los encantos benditos y traicioneros de aquel caldo sagrado para el viejo.

Pero hay otra imagen poderosa y clara que percute con más fuerza y resonancia que ninguna en mi memoria. Mi tía Castillo, hermana de mi padre, viuda de la República, cogiéndome entre sus brazos delante de la vieja cómoda de su cuarto. Encima había una estatuilla de yeso, ahumada y con desconchones de la Inmaculada Concepción. La alumbraban dos discos pequeños de papel con un pabilo mojado en aceite. Mariposas. Llamábamos mariposas a aquellos circulitos con dibujos que flotaban lentamente como dos veleros miserables y tristes por el aceite usado del platillo de lata. Las llamitas de los pabilos proyectaban en el cuarto unas sombras onduladas, y confería a las paredes desiertas y oscuras una sensación de movilidad como sábanas ennegrecidas al viento.

Me veo cogido en brazos delante del cajón de arriba de la cómoda, abierto y vacío, en el que guardaba las cajillas de cerillos vacías que ella atesoraba para mi colección de cromos que los chiquillos llamábamos toreros. Aquél cajón olía a rancio, a humo y aceite quemado, al polvillo de la carcoma y la polilla que se desperdigaba por el fondo del cajón en pequeños montoncitos, entre algunos agujeros como pinchazos de leznas.

Entraba a verla casi a diario, desde que empecé a ir al colegio de monjas del Asilo, porque me daba dos o tres perras gordas que gastaba en caramelos con globos en la tienda de Domingo *el Capatirri*. Le preguntaba muchas veces dónde estaba su marido, por qué nunca estaba allí. Porque yo sabía que quién dormía con ella en la única cama con un colchón de paja que había en el cuarto, desde que se llevaron al padre, era su hijo Juan, que tenía ya, por las cuentas que más tarde hice, más de treinta años. ¿Y dónde está tu marido? ¿Por qué se lo llevaron? Eran las preguntas que le hacía en innumerables ocasiones. Casi nunca me pudo responder. Se ahogada en un ataque de llanto.

3. EXCAVANDO EN LA LADERA

Cuando le preguntaba a mi tía por su marido la voz se le quebraba. De sus ojos pequeños y brillantes escondidos en las recónditas cuencas caían lágrimas como menudos granos de granada que rompían entre las arrugas de la cara. Nunca tuve una respuesta coherente. Quizá por ello siempre anduve convencido de que hay una historia oculta; una verdad detrás de aquellas respuestas truncadas con sollozos, que salían como borbotones de su pecho encogido y temblón.

Pero tampoco estoy seguro de que esta imagen sea el primero de mis recuerdos. Sospecho que haya otras. Por lógica, podría concluir que la primera debería ser la de mi madre con la zapatilla negra de paño en la mano persiguiéndome por la casa, corriendo cojeando detrás de mí por la acera de tierra de la calle, gritando y reprochándome que llegaba como un Adán, con los tirantes de los calzones cortos rotos, el peto caído con los botones perdidos, las rodillas desolladas, la cara echada abajo de arañazos, las sandalias de goma achicadas o derretidas del calor de alguna candela. Esa debería ser la primera, ya que es mi apodo el que recuerdo como el nombre con el que siempre me llamaron, y no el mío, que todavía, con más de sesenta años, aún tengo que rebuscar como si fuera el número del teléfono móvil.

Ahora caigo en que es probable también que mi apodo me venga de cuando estaba con las monjas en el colegio del asilo. Con sor Francisca discutía cada vez que me explicaba que Caín, el hijo malvado de Adán, se marchó a otro país de la tierra a formar su propia familia, después de haber matado a su her-

mano Abel con la quijada de un asno. Nunca me cuadró aquella historia, de cuya incomprensión creo que arranca en parte esta terrible torpeza, esta enfermiza timidez que arrastro desde entonces. Cuando volvía a rebatir a la monja que cómo iba a irse el hijo de Adán a otro país a formar su familia, si en el mundo recién creado por Dios solo existía hasta entonces la familia de Adán y Eva, los demás alumnos se reían de mí a carcajadas, y cuando aparecía desnortado como siempre en clase o en el recreo, decían con mucho cachondeo: «ahí viene el del Adán». Y Adán quedó grabado, indeleble, con la misma consistencia de los apodos que perduran durante generaciones, sin que la mayoría de la población sepa el nombre del que lo lleva.

Como a Matías Corrales, que desde que le robó unos papeles y el dinero que llevaba a don Pedro el Carbonero, cuando aún se retorcía colgando del olivo en el que se ahorcó malamente, me dio por ponerle *el Agonía.* Incluso ahora mucha gente le llama así, aunque solo sea cuando él no se entera. Solo lo vi yo, escondido en un padrón: cómo se deslizaba por la soga boca abajo hasta los bolsillos de la blusa de aquel corpachón tan grande, ayudándole, de paso, a terminar de ahorcarse con un tirón, antes de saltar al suelo y salir corriendo con el botín entre las manos.

También hay motes que resultan extraños, como el del padre de Jacobo, a quien llamaban *el Siete.* A mi amigo le llaman *el Pulpo,* aunque la diferencia entre uno y otro es que al escultor nadie se lo dice en su cara. No sé muy bien si será por el respeto que le tienen, o por la actitud desdeñosa que el escultor adopta con todo aquello que desprenda algún aire frívolo o vulgar.

Pero algo me pincha dentro y me avisa de que la memoria no es fiel. El pasado no existe. La memoria es como un delta donde crecen las dunas de arena y los materiales de aluvión que el río arrastra. Cuando la marea sube y los cubre, y luego la bajamar los vuelve a descubrir, su forma ha cambiado ya de ma-

nera casi imperceptible, aunque de forma irreversible para siempre. Cada vez que sube y baja la marea algo ha cambiado en su contorno. La erosión del agua, del viento y la depredación no mantiene nada igual durante mucho tiempo, todo está cambiando constantemente. Cuando la memoria flaquea, pienso, el flujo de la imaginación, esa socorrida y poderosa aliada del espíritu, competidora fiel y necesaria, se encarga de rellenar cada hueco, cada resquicio en que antes de erosionarse había un recuerdo. Hay una alianza con el arbitrio y el apoyo incondicional de la razón. Imaginación y memoria. Entonces, me pregunto, ¿lo que recuerdo no es verdad? ¿Lo único que es cierto es lo que sentimos, sea a través del presente o de los sentimientos que se despiertan en la memoria al recordar?

Ansia y necesidad de vivir de nuevo. Quizás sea verdad que si la imaginación sale vencedora en las constantes batallas con la razón; que si su aportación al pensamiento sobrepasa durante mucho tiempo a las prerrogativas y preceptos de aquella, la percepción que de la realidad se tenga sea completamente falsa. Pero esto es una locura. Porque si no me fío de mis recuerdos y los relleno de fantasías, la vida es como la falsa moneda. Y si pretendo hilar el pasado narrándomelo a mí mismo, o para que alguien lo lea; si cuando no lo recuerdo fielmente me lo invento añadiendo de mi propia cosecha algunos embustes, la historia que me sale en estos cordones de palabras no es verdadera.

Entonces, ¿nada es verdad? Me temo que si continuo por esta pendiente, escarbando en busca de una explicación que justifique mi incapacidad soberana para escribir acerca de mis recuerdos —sea por la escasa formación que tengo o, como dice Aurora, por culpa de mis «neuronas enfermas» —acabaré perdido como en otras ocasiones. Menos mal que a veces acabo consolándome con el recuerdo de algún consejo de Jacobo. Con aquello de que ninguna historia que se cuenta lo es. De que la única verdad de la vida es la

que se recuerda, más quizás que la que se haya vivido, y aquella que se sufre o se goza. Además, sé que no soy escritor, que carezco del don de atrapar las palabras en las jaulas de las metáforas, del talento necesario para enhebrar una historia ni ficticia ni real, en que aparezcan los recuerdos que mis torpes neuronas se angustian por recurrir. Solo tengo el tiempo que me queda por delante. Y el apoyo y la amistad de Jacobo. Y la verdad sea dicha, todo esto no es poco.

> *Llegado a este punto, estimado lector, quien transcribe ha de advertir que llegar hasta aquí ha costado echar mano de verbos como desbrozar, podar y aventar en una modesta pero imperativa medida. Ha habido que aclarar lo escrito en las hojas que Adán entrega a Clara y trae a la redacción. No obstante, la intención sigue siendo mantener la fidelidad a su memoria y a su estilo, aunque, como se dijo al principio, no se comparta su contenido. Y no se comparte en absoluto, porque si la pretensión de Adán es descubrir sus primeros recuerdos mediante su terapia, la de este anciano que los transcribe por distraerse un par de horas diarias es precisamente la contraria, pues no tiene interés alguno en recordar aquella época. Siempre será preferible aprovechar la vida que pueda quedarle a uno, disfrutar de esta bella ciudad, de su maravillosa gente. Pero dejémosle que cave, que suya es la palabra.*

¿Podría concluir entonces, aunque sea como consuelo, que ninguna historia es verdadera? Y nada más llegar aquí me digo que no deja de ser un engaño; que probablemente todo esto no sea más que el reflejo de la pura autocompasión.

De pronto decido recomenzar de otra manera, con otro método. Cuando los científicos —eso creo al menos— ahondan en el conocimiento de alguna materia

no lo hacen como yo, que pretendo llegar a lo más remoto de mis recuerdos zambulléndome de un tirón en lo más profundo de la memoria. Si desean conocer las entrañas del centro de la tierra, o entrever los confines del universo, los geólogos y los astrónomos —y los arqueólogos— se detienen en cada descubrimiento nuevo en el camino, y, en el trabajo de desvelar el misterio que guarda el hallazgo, suelen dar con la pista que les indica hacia dónde, en qué dirección seguir cavando.

Yo que no soy investigador ni nada por el estilo, lo único que pretendo humildemente es sumar algunas vivencias del pasado, y aún no sé muy bien con qué fin ni con cuanto éxito llevaré el trabajo a cabo. Claro, es verdad que debo seguir esta especie de terapia contra la desmemoria. Aunque pienso que debería llamarme Adán por la vacuidad de experiencia y suspicacia que tengo. Me aterroriza descubrir que Adán al revés es nada. Que pueda quedarme con la mente en blanco. Hecho un vegetal. No. Aunque nada tiene salvo lo que su creador le pudiera dar en la soledad del paraíso, y lo que con la voluntad de vivir haya logrado ganarse con el sudor de su frente.

También serán necesarias grandes dosis de humildad, de coraje, de constancia, de paciencia para escuchar tenazmente a los maestros e introducirse honestamente en la maraña de los recuerdos personales y colectivos.

Quizá debiera empezar quitando la capa de tierra que cubre la arcilla, cuando encaro el último tercio de la estancia más o menos prevista en este mundo. La edad en que se cobra conciencia de que en un momento inesperado, uno recibe sin pedirlo el billete de vuelta hacia el otro, para devolver al universo el puñado de míseros átomos que su creador consolidó en un mazacote de barro.

Recuerdo cuando, trabajando de chaval en una de las alfarerías de Lebrija, con mi amigo Jacobo y otros compañeros mayores, hacíamos una limpia en una

de las laderas del cerro del Castillo. Delimitábamos un cuadrado o un rectángulo en la superficie de la tierra de labor de unos veinte metros cuadrados, retirando con el azadón tres o cuatro palmos de suelo fértil. Limpiábamos hasta descubrir la superficie de arcilla dura, azulada y grisácea, con vetas verdosas y amarillentas. Una vez barrida, nos asegurábamos de que los lomos de tierra acumulados en los bordes no se desprendieran adentro del foso. Dejábamos un margen entre el lomo y el cantil de la pared que se iba formando a medida que cavábamos. Entonces, el más diestro de la cuadrilla acometía con el pico la primera zanja. Casi siempre empezaba Jacobo. Hincaba la punta del pico con una destreza que todos envidiábamos. Enseguida abría boca para una zanja, sacando lascas y terrones que iba metiendo en las espuertas de goma que yo vaciaba en el carro.

A veces, bajo el bochorno de los largos días de verano solo se escuchaba el sonido del pico hincándose en el barro. Nadie hablaba. Pero yo me daba cuenta de que de nuestra cabeza no se borraba la imagen de unos candelabros de oro que en 1923 hallaron unos obreros que hacían la misma faena cerca de donde nosotros estábamos. Aquel recuerdo nos avivaba los sentidos, jadeábamos como sabuesos en busca de presa.

Eran jornadas de trabajo duro en días inacabables y achicharrantes. La primera capa de arcilla, de una dureza elástica y compacta en la que el pico se clavaba y sacaba trozos azulados, dejaba al descubierto otra capa más oscura por la que avanzábamos hasta llegar a la pared de enfrente. De vez en cuando, mirando los trozos de arcilla moteados de diminutos fósiles de conchas y de moluscos, pensaba si aquella ladera habría estado en tiempos remotos sumergida bajo las aguas del Atlántico. Una vez pregunté a Jacobo sobre aquella posibilidad. Mi amigo afirmaba, con la misma contundencia que se dice que llueve cuando truena y te pones chorreando, que hubo un largo pe-

riodo de tiempo en que las aguas del mar estuvieron más bajas que ahora. Luego me dijo que hubo otra era en que el nivel subió lentamente, sin que la gente lo advirtiera, pero obligando a las generaciones a buscar asentamientos en los cerros cercanos y en las cuevas. El mar sepultó antiguos poblados. «El océano llegaba entonces hasta cerca de Sevilla, y ahí abajo —decía, señalando con el dedo al pie de la ladera —están las ruinas de Ligustia y del puerto donde atracaban los barcos que venían de Fenicia cargados de aceite, de vino, de maderas preciosas. Fue antes de que aquí se sembraran las viñas y los olivares».

Cuando Jacobo hablaba de *Sinus Tartessos*, del lago Ligustino y de la ciudad que según él estuvo a orillas del lago, de ese golfo marino amplio y poco profundo, acompañaba sus palabras con un movimiento lento de sus ojos que barría todo el horizonte. Señalaba de derecha a izquierda, partiendo del cerro Benito siguiendo el río hasta Sanlúcar, y acababa de hablar frente a los cerros detrás de los cuales se encuentra Mesas de Asta. «Todo esto era agua», proseguía señalando con el brazo extendido. «Hace veinte mil años el nivel del mar estuvo a unos ciento cincuenta metros más bajo que ahora. A medida que la temperatura de la tierra aumentaba las masas de hielo de los casquetes polares se fundían, incrementando el nivel hasta llegar al este de ahora. El casquete polar del norte llegaba hasta la Bretaña francesa. Para cuando llegaron los fenicios hace unos tres mil años, época en la que ya había aquí asentamientos de comunidades indígenas aún estaba el nivel siete u ocho metros por debajo».

Yo le preguntaba algo embotado, confuso y traspuesto, que dónde estaba el agua del lago. Jacobo me contaba, paciente y con mucho agrado, que con el paso de los siglos los materiales finos como el limo y la arcilla fueron arrastrados por el río y rellenaron la depresión inundada de agua marina. Además, también la intervención de los grupos humanos que po-

blaban este entorno contribuyó con la agricultura a la erosión natural de las tierras cultivadas. Esta erosión fue muy lenta en la zona, debido al cultivo de olivares y viñas que los romanos trajeron antes de Cristo. Y también el mordiente de las aguas sobre la ladera ayudó a la erosión de los cerros y al relleno del lago. «Así que ya sabes», remataba Jacobo, sacando algún fósil de un pedazo de arcilla, «por qué estos animalillos marinos están incrustados en los terrones».

Las primeras espuertas que llenábamos eran de pequeñas lascas entreveradas de humedad, duras, con los filos cortantes las más cercanas a la superficie. Conforme se ahondaba en el foso una tonga tras otra, el fondo entre las cuatro paredes se tornaba más fresco y oscuro. No solo por la humedad y el color más azulado del barro sino también porque la luz del sol, antes o después del mediodía, dejaba de dar en el fondo del pozo, iluminando solo una parte de las paredes. A partir de cierta altura, a varios metros de profundidad, los terrones que arrancaba el pico eran más grandes, compactos y pesados, de un azul oscuro mate y verdoso. Las espuertas se llenaban con pocos trozos. En uno de los ángulos de la superficie se dejaba un escalón y, a medida que se iba haciendo más profundo el agujero se dejaba otro más, hasta conformar una rústica escalera para subir con las espuertas que descargábamos en el volquete, y que yo arrojaba vacías dentro del foso con un resoplido de tregua y desahogo.

Había vetas de arcilla cuya pureza propiciaba la mención de otras más impuras. Estaban contaminadas de vestigios de conchas milenarias, a las que le metía la uña o el punzón afilado que Jacobo siempre llevaba para extraerlas de su alojamiento. Cuando las cogía para examinarlas, se deshacían entre las yemas de los dedos como si el trozo de concha o de caracola estuvieran modeladas con tiza. Aquellos pequeños cadáveres fosilizados eran muy perniciosos para la salud de las vasijas que se fabricaban en los alfares. Si

en el proceso de laminación y de filtrado se escapaban algunos, y acababan alojados en las paredes de alguna vasija, al poco tiempo de cocidos estallaban como postillas de cal, abriendo los caliches en muchos casos un agujero que dejaba escapar el agua. En esos casos, terminaban en el montón de los tiestos inservibles que iban a parar, al cabo de algún tiempo y una vez abandonados por la hondura excesiva, al pozo mismo de donde salieran crudos.

Cuanto más profundo picábamos más grandes eran los pedazos. Había que hacer en gran esfuerzo para subir las espuertas hasta la superficie, donde estaba el carro. Algunas veces, después de llevar varios días sin cavar, llegábamos para extraer un porte, y yo me llevaba un alegrón y daba un suspiro de alivio, al ver que en el fondo del foso, a unos cuantos metros de profundidad, la superficie oreada tenía unas grietas generosas por las que metería el pico con facilidad. Nos ahorrábamos un trabajo que el sol y el tiempo nos regalaba. La «interminable percusión del tiempo», como dice mi amigo.

Harto de aquella dura faena, yo profería en voz baja inútiles lamentaciones que siempre reduje con resignación y naturalidad. Hasta que una tarde de un domingo del 69, al sol puesto, cuando iba con el último porte de barro hacia la cantarería, ocurrió algo que me despertó para siempre. Un ataque de vergüenza y remordimiento angustioso, una rebeldía que me roía las entrañas como la carcoma. El agua de la tinaja empezó a apestarme como nunca. La hartura de aquel trabajo, que desde aquél día no dejó de fustigarme hasta abandonarlo de mala manera afloró, y se recrudecía cada día con más violencia, alimentada por la impotencia. Y también por la incapacidad, por la cobardía innata para dejarlo, para dedicarme a otra actividad menos lacerante y embrutecedora.

Era impotencia, sí. Aunque también lo sobrellevaba como una especie de tributo autoimpuesto, en agradecimiento a la familia de la alfarería, que me

había dado trabajo después de haber abandonado, también por la puerta trasera y bastante escaldado, una carpintería que agonizaba dando paso a un bazar de objetos para regalos. En el alfar me acogieron pagándome un digno jornal por aquel interminable y agotador trabajo como peón. Pero si aguantaba allí era sobre todo por la compañía de Jacobo, por su poderosa seguridad, por el amparo que me trasmitía, por las monedas de oro que rarísimas veces me encontraba. Aunque la verdad, tan solo recuerdo haber encontrado una de oro de Julio César, y otra de Augusto que Jacobo le vendió al anticuario Marcelo.

No obstante, era bastante feliz. O lo fui hasta la tarde de aquel domingo de agosto de finales de los sesenta, cuando vi varias veces al grupo de estudiantes del teatro. De ellos se decía que salieron una vez del Centro Parroquial casi azuzados por los que estaban dentro, acusados de inmorales por los beatos. Andaban por allí cerca, con sus carpetas y sus libros, o apostados en la esquina del Banesto hablando entre ellos. Hasta entonces, nunca me había planteado dar el paso definitivo, largarme del trabajo, aunque sentía unas ganas irresistibles de abandonarlo. Porque era muy cobarde, ya lo dije, y además me frenaba el respeto, la obligación de colaborar a mantener la familia.

Era también la condena que yo mismo me había impuesto por haber dejado el colegio con unas notas prometedoras de notables resultados, después de haberle pegado una paliza a un fraile por defender a Jacobo. Pero hasta aquella tarde nada me importó en absoluto. Lo llevaba como una cosa natural en la vida de los trabajadores. Hasta ese día, a pesar de las jornadas de doce o catorce horas diarias, fui un chaval muy feliz, ya lo he dicho. Los días pasaban volando, riéndome con las chanzas y las bromas que se daban los mayores. Los embustes, los relatos increíbles de mi tío Antonio, cuando no se emborrachaba y se quedaba ayudando en la cantarería, me partían de risa.

Los jornaleros que trabajaban algunos veranos en los cántaros se mondaban a carcajadas con él, escuchando los relatos de la guerra, del frente de Peñarroya y Pozoblanco, donde estuvo de asistente con un capitán que le aguantaba las ausencias que a su aire se dispensaba. Las escapadas consistían en pasar a las trincheras del bando contrario, para trocar calcetines y tabaco que los otros no tenían por el café y el papel de fumar que en su bando y en la tienda del capitán escaseaban.

Por la noche llegaba a casa deslomado. Con unos cuantos vasos de vino, eufórico de contento, y con tal estado de excitación, que solo el sopor añadido a la cena que mi madre preparaba conseguía reducir. Yo engullía ansioso, sentado en una silla de enea en el frescor del patio, frente a otra silla que hacía de mesa, comiendo como una bestia sudada de trabajar. Luego, me bañaba en el baño de lata, y enseguida acababa por diluirme en un profundo sueño hasta las seis de la mañana del día siguiente. Aunque siempre me costó levantarme, y tardaba en espabilar unos minutos que mi madre aprovechaba para darme la yema de un huevo desleído en café con leche, una vez despierto, relamiéndome con la lengua en busca de un sabor algo áspero y raro, me levantaba rápidamente. Siempre lo hacía pensando por dónde había dejado el tajo el día anterior, sonriente por las expectativas de las historias de mi tío. Por lo que contaban otros hombres sobre hijos, padres, hermanos que habían desparecido, o que los habían fusilado en la guerra civil o en la república que hubo en el año treinta y seis.

Gozaba con aquellos relatos. Pero muchas veces no acababan de contarlos. El narrador se callaba, o cambiaba de tema como si de pronto alguien invisible para mí lo prohibiera. A Jacobo sí se lo contaban todo. Mi amigo hablaba con los mayores como si fuera uno de ellos, parecía que era el que más sabía de aquellas historias, pero él nunca me contaba nada. Tampoco me decía la verdad sobre sus desapariciones durante

varios días seguidos. Sé que me oculta algo. Yo creía que sabía tanto de aquellas historias porque a sus abuelos y abuelas también los mataron. Porque su padre estaba en Francia desde que se escapó cuando lo llevaban por la carretera de Trebujena para fusilarlo en la tapia del cementerio.

Nunca entendí cómo era aquello. Jacobo era de mi edad y el padre saltó del camión y huyó a Francia catorce años antes de que naciera. Pero también se comentaban cosas que él jamás confirmaba ni negaba. Una vez, en conversaciones cortadas y alejadas de mi oído, acercándome con disimulo a dos de los hombres que trabajaban con nosotros, me enteré que su padre no era don Jacobo de Paula, sino que era el mismo hombre que sopló a los falangistas dónde estaba escondido. Su padre era, decían, un tal Juanillo *el Poleas*, el mecánico de un molino que luego se adineró con el contrabando, y que desde siempre estuvo locamente enamorado de Rosario, la madre de Jacobo.

Bueno… por donde iba. No sé de qué estaba hablando. ¿Qué hago yo en este cuarto? ¿De quién son esos libros? Si no había ninguno. Se los llevaron todos.

4. UNA MIRADA MISTERIOSA

Aquel domingo me levanté de la cama de un salto, después de beberme el café con leche con unos hilillos amarillentos y ásperos, alentado por el pensamiento de las chavalas que por la mañana iban a misa. Por la tarde paseaban por la Plaza de España y la calle Teniente López Cepero, arregladas y frescas, perfumadas y radiantes como manzanas rosadas. Las expectativas de lucirme conduciendo el carro con los dos mulos, arreando al macho de varas con el látigo cuando iba cargado, o de pie y abierto de piernas con las riendas tensas, controlando el trote alegre de las bestias cuando iba vacío, me excitaba. Me recargaba de ánimo, de un extraño vigor que requemaba. Me estimulaba la imaginación, el deseo se avivaba y removía por todo el cuerpo, como un cosquilleo muy agradable por la postergada pero inminente cercanía del placer.

Pero en uno de los viajes al barrero del Castillo para cargar un porte, yo solo, porque Jacobo no trabajaba los domingos, me encontré en la Plaza con los estudiantes, entre los que iba uno flaco, de pelo algo rizado, con la barba clara y un bolso colgado del hombro como una alforja de franjas de colores, abultada por unos libros. Se llamaba Juan Bernabé.

Escarbo en los recuerdos, invoco palabras que no pronuncio desde que enganchaba las bestias al carro de ruedas de goma. La caja del carro era un volquete más moderno que aquellos de grandes ruedas de madera con cubiertas de hierro y esteras de esparto, unidas con dos palos en la panza que los carreros abrían para descargar. No llegué a trabajar nunca con aquellos carros trepidantes, a cuyas ruedas se le colocaba en el lateral un tronco —la galga— para tensarlo y

retenerlo bajando las cuestas. El que llevaba era un volquete ligero con capacidad para varios metros cúbicos. Era casi nuevo, gris perla, de color parecido al barro que trasportaba, con una puertecilla trasera a modo de compuerta que se metía por las ranuras de los tableros laterales. Soportaba sin problemas la carga que se le echara.

Cuando iba vacío me colocaba de pie en la caja con las riendas tirantes, con el bajo vientre apoyado en el borde de la tabla delantera que estaba curvada hacia arriba. Con el vaivén del trote aliviado de las bestias, rítmico y frecuente, recordaba los ensueños de espasmos de la noche anterior. Aquella mañana de domingo enganché las bestias más temprano que de costumbre. Tenía la intención de acabar pronto y arreglarme para ver una película que tenía muy buena pinta: *Ben Hur*. Los fotogramas de la cartelera estaban flamantes, con Charlton Heston remando encadenado en la galera, o cabalgando en una cuadriga en la pista del circo romano.

Desaté al macho de varas del pesebre, un mulo viejo negro con las orejas siempre lacias y los ojos caídos llenos de legañas y de moscas, le di agua, le puse las anteojeras, le coloqué la collera, el macho collera, la sudadera y la silla con la cincha, y lo metí reculando entre las varas del carro apoyado en los mozos; luego le coloqué la sufra, la barriguera, el ataharre y la retranca. Después aparejé la otra bestia, un mulo pardo muy joven, vivaracho y nervioso con las orejas tiesas y los ojos vivos. Le eché el tiro al lomo, enganché las riendas a la argolla de la parte trasera del carro, y me fui por el primer porte. Los días anteriores habían acumulado fuera del foso las cargas que yo portearía. Mientras tanto, los compañeros cargaban una hornada de cántaros en la alfarería. Jacobo no trabajaba los domingos.

Bajé por la calle Vendimia y la calle Archite hasta el Cortinal, y cuando enfilé Teniente López Cepero abajo puse al trote a las bestias. Frené un poco en la

Plaza de España, torcí en el Banesto y en el Casino, y bajé la calle Cataño hasta girar en el Pilar. Luego corté por Cantarranas, porque tan temprano había poca gente en el Barrio sin Ley, y no temía que apedrearan a Carbonero al final de la calle donde estaba el barrio de chozas.

Aunque era muy temprano y apenas apuntaba el sol, el *Muo Paula*, el hermano de Jacobo, ya subía con la Ducati con el serón sobre el portamantas por detrás del vallado grande de chumberas, para dar de comer a la prole de Zabulón. Aquel animal, un borrico garañón grande y viejo con mucha malaleche, que vivía con sus burras y varias bestias más en la cueva de Ligustia, era como un miembro más de la corta familia de mi amigo. El mudo, silencioso y discreto hasta parecer a veces invisible, se llevaba algunos días muchas horas excavando en las galerías de la cueva, buscando fósiles, o cortando tunas a chinazos con la honda. Cuando excavaba, la tierra que transportaba en una espuerta de esparto la echaba, después de atravesar el vallado por un agujero grande, por la ladera que, a base de la tierra extraída en las excavaciones, cada vez ampliaba más la explanada.

Nadie entraba nunca en aquella cueva, salvo Jacobo y su hermano. Quien osara intentarlo siquiera acababa invariablemente con una coz en la sien o en el pecho, o con algún dedo menos de una dentellada de Zabulón. Y en el peor de los casos, con un balazo de piedra que lanzaba el mudo con su honda, con una precisión que echaba abajo una oreja o te rompía una buena parte de la dentadura para siempre. Yo estuve muchas veces de chico, cuando nos llevaba a su hermano y a mí en los cogujones del serón, pero de mayor no iba porque, a decir verdad, los hermanos no mostraban ningún interés por llevar a nadie a la cueva.

Las balas de honda que *el Muo* solo usaba en casos de extrema necesidad las buscaban luego los aficionados a la arqueología como si fueran partes de un codiciado yacimiento o de algún tesoro aún por descu-

brir. A veces le provocaban situaciones conflictivas al hondero, solo con la intención de que usara aquellas piezas bastas de hierro o de bronce. Eran como esas de la vitrina, con forma de rombo troncocónico, o esas bolas de plomo como huevos de codorniz, que los buscadores de fósiles vendían a don Gaspar de Guzmán y a otros coleccionistas. Pero aquellas artimañas las veía venir el mudo, y en vez de balas de honda les lanzaba fósiles de almejas como las que hallaban en los concheros de los acantilados del cerro. O cachos de pedernal afilados que silbaban en el aire, girando hacia la víctima que raramente las podía esquivar.

Cuando iba de vacío a los barreros yo canturreaba por el camino siempre la misma estrofa de coplas del Manolo *el Malagueño*, de Rafael Farina, de Antonio Molina. Y si era después de beberme dos vasos en *el Frenazo,* hasta las lágrimas se me saltaban cuando pensaba en el niño que se perdió un domingo de piñata. Me enternecía con aquella música, con la madre que no encontraba a su hijo. Pero jamás conseguí aprenderme la letra, ni de esa ni de ninguna otra canción; mi memoria, me decía, y me sigo diciendo, es como una canasta con la urdimbre floja. Se le escapa todo.

En uno de los portes, cuando torcía junto a la estatua de Antonio de Nebrija para enfilar Corredera arriba, vi de nuevo a Juan Bernabé y a los del teatro; hablaban de una representación en el Mantillo. Jacobo ya me había dicho un día que un año antes pusieron, o leyeron, una obra que se titulaba *El cepillo de dientes*, y que el párroco y la Guardia Civil echaban chispas con los actores del Teatro Estudio Lebrijano, por lo que fueron expulsados del Centro Parroquial por atentar contra la moral católica. Yo no entendía nada de todo aquello. Y es que entonces, despistado y perdido en la más absoluta ignorancia, mis prioridades estaban en las mocitas rollizas, saludables y espléndidas que se paseaban por la Plaza y por la Corredera, esperando a que algún buen mozo que no

comiese pan de capacha le pidiera permiso para dar un paseíto con ella.

A media tarde del domingo ya reparé en que iba tarde para ver *Ben Hur*. Así que, tras volcar el penúltimo porte en la alfarería, salí mirando el reloj y arreando a las bestias. Como siempre, me puse la gorra y me estiré con firmeza encima del carro. Bajé López Cepero eufórico de emoción al ver que algunas muchachas paseaban ya por la acera de la sombra y miraban hacia mí atraídas por el trote rítmico de las bestias y los chasquidos del látigo de cuero trenzado restallando en el aire. A veces, cuando rememoraba alguna película que había visto más de una vez, *Moisés* o *Los Diez Mandamientos*, que me encantaban, me arrebataba como una dulce melancolía al sentirme un verdadero auriga conduciendo una de las cuadrigas veloces que corrían por la pista romana. Me imaginaba por las llanuras egipcias, persiguiendo a los judíos, antes de morir ahogadas las huestes del faraón en las aguas abiertas del Mar Rojo.

Pero no solo sonreían las muchachas y los chavales. No. Los hombres también comentaban con asombro la portentosa y relajada dimensión viril del mulo negro, *Carbonero,* cuyo extremo lucía una protuberancia añadida por alguna enfermedad, similar a media guinda veteada como una piedra de jaspe rojo. Yo era muy feliz con el éxito de *Carbonero,* aunque a veces se me cayera la cara de vergüenza cuando notaba las risitas de escándalo disimulado de las mujeres. Me sentía satisfecho con la vida, tenía mis necesidades más urgentes cubiertas, con una emoción siempre contenida por el deseo, cuyas expectativas eran cumplidas debidamente cada vez que se terciaba.

Cuando llegué al montón de terrones junto al foso para cargar el resto de barro, ya con el sol rozando la loma de Overo, me percaté que era demasiado para un solo viaje. Pero era muy tarde para dar otro porte. Y tampoco quería dejar nada, porque los anteriores fueron algo cortos y no quería otra bronca más del

encargado, quien sabía de sobra los portes que habían sacado los compañeros el día anterior. Lo cierto es que con el carro raso de carga ya estaba seguro de que no le cabría el resto, por lo que decidí triturar con el mocho del rastrillo los terrones más grandes para rellenar huecos, hasta que logré apurar el montón a costa de un buen colmo. Un colmo evidentemente excesivo. Luego eché la espuerta y las herramientas encima, y salí con los dos mulos tirando, bufando y sudando por la carretera de Trebujena hasta las Casas Baratas. Los cascos de los animales se iban marcando en el asfalto con la carga excesiva de aquel viaje, que ya se les atragantaba a las bestias antes de llegar a la cuesta Cataño.

Para darles un poco de tregua y asegurarme de que no desfallecieran, las dejé descansar un poco junto a la escuela de *Los Frailes*, frente al Asilo, antes de acometer la subida. Al rato, apegado al macho de varas, encariñé a las bestias animándolas a continuar. Atacaron despacio la cuesta que subieron tirando lentamente, alentadas por los mimos y los varazos, hasta detenerse de pronto, siguiendo la llamada de la costumbre, justo a la puerta del *Frenazo*, donde los animales acostumbraban a parar sin previo aviso para que el carrero tomara un par de copas de vino. Pero no se detuvieron del todo, porque cayó sobre ellos una tunda de palos para que no frenaran. Y es que ya era demasiado tarde para el cine.

Pero al continuar la marcha no sincronizaban el tiro. El carro se estremecía, se sacudía sin despegar. De repente, como cuando se arranca a mano una remolacha o un matojo enorme, y va saliendo lentamente con mucho esfuerzo, pero al venirse por fin uno se cae de culo por la inercia, así despegaron hacia delante las bestias y comenzaron a deslizarse patinando cuesta abajo hasta la misma puerta del Ayuntamiento, donde logré desesperado y jadeando detenerlos en seco. La portezuela trasera cedió con las sacudidas, saltó con la arrancada, se salió de las correderas. Y

tan brusco fue el tirón que los terrones se desparramaron por el adoquinado hasta la puerta del Ayuntamiento. Cuando me rascaba la cabeza mirando la hora que era, la cantidad de gente que iba para el cine y paseaba por la Plaza de España, oí la orden del guardia: «Como una patena, chaval», me dijo el partidario gordo con los mofletes rollizos, surcados por infinitas venillas moradas, con los correajes negros y el uniforme verde como los cristales de las gafas doradas que llevaba bajo la visera de charol de la gorra de plato: «la calle tiene que quedar limpia como una patena», remató el municipal, con el dedo pulgar enganchado en la hebilla dorada del cinturón, la otra mano descansando en el mango de la porra negra de cuero. Yo, aturdido, ni corto ni perezoso me apliqué a la tarea inesperada de recoger los terrones desperdigados a lo largo de la calle. La gente que paseaba me clavaba sus miradas piadosas. Qué bochorno.

Entretanto, *Chico y Carbonero*, descansados y relajados, arrullados por las bromas de los gamberros y por el perfume de las mocitas dejaron sus ansiedades al aire. Y lo hicieron hasta tal grado, que cuando barría los últimos terroncillos entre las llagas del adoquinado, agachado, me asustó la cercanía de la trémula envergadura del atributo de *Carbonero*, luciendo esplendoroso su excrecencia púrpura y resplandeciente. Salí pitando de allí, avergonzado. Los últimos paseantes que iban al cine escucharon el alboroto de la Plaza, ya casi anochecida, y vieron como el carrero, chorreando sudor con el látigo sobre los hombros, bordeaba la estatua de Elio Antonio, huyendo por la acera del Centro Parroquial sentado en la vara del carro, casi escondido entre el tablero y la culata del mulo, rogando por desaparecer cuanto antes de aquel lugar. Al pasar por la puerta del Centro Parroquial había un corrillo de gente con los del teatro. Recuerdo la mirada provocadora como desafiante y algo dulce de Juan Bernabé, el del zurrón de colores con libros y papeles. Lo presenció todo. La intensidad de aquella

mirada, muy distinta a las que hasta entonces había visto, dejó algo dentro de mi persona que no sabía qué era entonces, y ni aún ahora sé qué es.

El día siguiente no llegué al trabajo hasta media mañana. No pegué ojo en toda la noche. No soñé con las bestias ni con el torno del alfarero girando sin parar, ni con fosos muy hondos en los que nunca se acababa el barro por mucho que cavara. Tampoco me deslumbró el fulgor de unos cuantos candelabros y monedas de oro apareciendo en el fondo de un foso iluminado. Ni rememoré ni me recreé en el trabajo que había hecho el día anterior, buscando mañas y trucos para aventajar a mis compañeros sacando espuertas; ni soñé estar tendido en el fondo del foso entre el frescor de las paredes, mirando hacia el cuadrado azul del cielo, arrullado por una música maravillosa que salía de una hendidura en la pared, como si viniera de una cueva profunda, boca arriba, dejándome besar por Silvana Mangano o por Sofía Loren.

Ni siquiera tuve la pesadilla del hombre estrellado con la cabeza abierta sobre el escombro de relleno de un foso agotado. No vi la sangre salir a borbotones de su garganta destrozada y perderse entre los cascotes y tiestos rotos, dejando en ellos una costra ocre de sangre reseca. Como no pude conciliar el sueño en toda la santa noche tampoco tuve la pesadilla que me despertaba desde que dos años antes me encontrara el cadáver cuando iba a descargar un viaje de cascajos. ¡Cuántos días me corroyó la duda y el desaliento, el miedo porque nadie en el pueblo ni en el trabajo sabía decirme si la muerte de aquel desdichado se debía a un suicidio o lo habían matado!

Yo metía el oído en todas las conversaciones, pero cuando me veían aparecer se callaban y casi nunca me enteraba de nada. Entonces le preguntaba a Jacobo; porque la verdad es que yo siempre sospeché que él lo sabía. Pero jamás opinó de aquellas muertes. Se escabullía con mucha discreción, se escurría de entre los demás de tal manera que nadie le sacaba nada.

Con una habilidad pasmosa, mi amigo cambiaba de tema, o se largaba y no volvía a verlo nadie en unos cuantos días. También se rumoreaba que el hombre del foso había formado parte de una de las cuadrillas que fusilaban en el 36, y que se quitó a vida arrojándose desde el borde del acantilado de Ligustia.

Aquella noche no soñé, ni tuve pesadillas, no, ni dormí. Además, las miradas y la vergüenza de la tarde anterior no se me caían de la cabeza. No se apartaba de la retina el rayo pacífico que salió de los ojos de Juan Bernabé, ni el extraño brillo que desprendía como un aura de bondad y de seguridad. Una mirada extraña y misteriosa que solo había visto en mi vida en los ojos de Jacobo y de la Tata Dolores.

Sin saber por qué, aunque sí sospechaba que algo tenía que ver el incidente con las bestias y aquella mirada de Juan Bernabé, estuve rememorando las preguntas que le hacía cuando chico a mi tía viuda sobre la muerte de su marido. Además, me acordé durante la noche en vela de las bofetadas y de los reglazos que nos daban los frailes en la punta de los cinco dedos de las manos juntos, haciendo el huevo con ellos y casi helados en las mañanas frías. Y de las fotografías de Franco y José Antonio y del crucifijo que colgaban de la pared detrás de la tarima del padre Agustín. En mi cabeza se enredaban las imágenes de los estudiantes que andaban en el teatro, el uniforme de guardia, los gorigoris del cura sobre el escenario en una plaza llena de gente y chiquillos sentados en el suelo y en sillas de enea. Veía pasar por delante de mis ojos cerrados una multitud detrás del Juez, del Alcalde, de otras autoridades que cantaban el *Cara al Sol* frente a la *Cruz de los Caídos* de tablones negros que había en el rincón entre el Asilo y la iglesia de San Francisco. Estaba clavada sobre una peana inclinada que tenía una lápida de mármol blanco con unas letras negras aludiendo a los caídos por Dios y por España.

Pero allí, me preguntaba, no estaba nunca mi tía que perdió a su marido; ni la Tata Dolores a la que le

mataron al padre y a un hermano. Ni Jacobo, que perdió a sus abuelos y a un tío. Sin embargo, Matías *el Agonía*, cuya madre quedó viuda siendo casi una niña y la violaron y la purgaron y la raparon la misma tarde que a la madre de Jacobo, sí iba algunas veces, y se colocaba firmes junto a don Pedro, con el brazo extendido hacia delante y horizontal con la mano abierta, cantando fervorosamente el himno de la Falange.

Las imágenes de los estudiantes del teatro vestidos de jornaleros con bieldos y horcas y de mujeres de luto; las imprecaciones que infligían a una mujer disfrazada con un traje negro aterrorizada en el suelo cuando la apaleaban; el párroco dando un sermón contra los actores con un altavoz desde la torre; los comentarios de algunas personas temiendo que aquello no traería nada bueno; que lo que pasó en el 36 se lo tenían merecido; que aquellos estudiantes tenían las espaldas cubiertas y podían jugar a ser rebeldes; que algunos eran hijos de falangistas que cantaban el *Cara al Sol* en la cruz de los caídos; que otros eran trabajadores, y, que el peor, o el mejor de todos ellos era el jefe, el hijo del de la droguería de la esquina del Cortinal, un tal Juan Bernabé, se arremolinaban en mi cabeza.

Aquella mañana del lunes mi madre me llamó más veces que de costumbre. Le dije varias veces de mal humor que no iba a trabajar. Pero era incapaz de quedarme tendido. La conciencia me remordía temiendo lo que opinarían de mí. Así que me levanté, con los ojos como llenos de arena y la cabeza hirviendo, y salí de casa sin decir nada.

Cuando llegué a media mañana a la alfarería pregunté casi por señas si me quedaba destripando terrones, que era lo previsto. Al percatarse de mi llegada a la hora que era, y sin dejar la sonrisa socarrona, el maestro me respondió que sí; que esparciera los montones que había basculados en la explanada y los triturara hasta dejarlos del tamaño que se pudieran abarcar con la mano. Mientras cogía las herramien-

tas advertí, por los gestos y sus sonrisas taimadas, que Jacobo y el maestro estaban al corriente de lo que pasó la tarde anterior. Aquellos gestos me hicieron sentir aún más agobiado de lo que llegué al trabajo y, sin ganas y angustiado cogí el rastrillo y comencé a extender terrones, sin dejar de cavilar, aturdido y atolondrado, con escozor en los ojos por el insomnio y el sudor que me caía a chorros. Porque el sol ya pegaba en la explanada como lenguas de fuego, y los terrones más lejanos se veían temblar con la flama como a través de un cristal cuajado. El sol me daba en la parte trasera de la cabeza, en la espalda encorvada, mientras con el mocho de la embocadura del rastrillo descargaba el malhumor contra los terrones azulados y grises. Los hacía saltar en pedazos.

Aquel barro del Castillo era pesado y robusto. Cuando estaban secos los trozos, sus aristas cortaban como cristales y los moluscos fosilizados se apreciaban mejor al desprenderse de su interior quedando regados por el suelo. Había que tener sumo cuidado para que no pasaran a la pila con la arcilla y contaminarla. Antes del almuerzo, me sobrevino un ataque de extraña excitación y lucidez, como quien sale de una burbuja de aire tibio en la que estuviera desde que nació y descubre un mundo desconocido. Proseguía destripando terrones cuando de pronto, en uno de los golpes saltó una especie de pequeña costilla que Jacobo identificó en seguida como un pedazo de brazalete de mármol pulimentado. Busqué, y encontré los otros trozos entre los terrones cercanos.

En la explanada abrasadora del sol implacable de agosto, estremecido por los escalofríos del calor, echaba de menos los días que me divertía con las anécdotas de mi tío. Aquellos ratos tan agradables cuando relataba las escapadas a las trincheras del bando de enfrente para cambiar viandas con el enemigo, durante las treguas inexplicables que establecían entre tanda y tanda de tiros. Entre aquellas parvas de terrones de las laderas del Castillo, me había ido en-

terando mediante embustes, medias verdades y verdades enteras, de las historias de la guerra civil y de la Segunda República, a las que mi tío le añadía las que la imaginación le alumbraba. Las risas estaban aseguradas cuando narraba su servicio militar de asistente de un capitán de infantería en el frente de Peñarroya, al que le traía con su consentimiento las vituallas que ellos no tenían.

Mi tío contaba que lo hacía, no cumpliendo una orden de su capitán sino como si fuera un recado que en secreto se hacían entre amigos. En aquellos trueques yo me lo imaginaba cambiando tabaco por papel, o calcetines por café, sin llegar a enterarme nunca de qué mercancía escaseaban en cada bando, por culpa del cachondeo que casi siempre había entre aquellas narraciones noveleras y descabelladas. Me imaginaba la guerra contada por mi tío entre risas, con un retintín de burla socarrona, como una situación absurda e incomprensible, al enterarme de que ciertas noches, entre las trincheras, se establecía un silencio en tierra de nadie. Una tregua en que no había disparos ni imprecaciones, ni estallidos de granadas de mano, ni caían muertos con un tiro en la cabeza o en el pecho ninguno de los combatientes, entre los cuales podían encontrarse hermanos y otros familiares. Contaba que algunas veces se ponía a cantar en su trinchera y uno del bando contrario le tocaba la guitarra desde la suya.

Sus historias no eran como las de las novelas gráficas y los tebeos de hazañas bélicas que yo devoraba hasta que entré a trabajar. En las historietas que yo leía no se daban aquellas raras escenas en que se interrumpía el fuego cruzado, para intercambiarse provisiones y viandas. En las trincheras del frente de Peñarroya se permutaban y trocaban, recuerdo ahora, hasta noticias familiares entre combatientes del mismo pueblo, incluso de la misma familia, que por circunstancias ajenas a su voluntad andaban matándose desde bandos enfrentados. Aquellos relatos

y la forma de contarlos de mi tío eran tan divertidos y gráficos que algunos compañeros comentaban con sorna que la mayor parte de ellos eran embustes. Y lo serían; pero a veces contaba cosas como la que mi madre me confirmó alguna vez, que era haber sentido a su hermano llegar de madrugada escapado del frente en uno de aquellos escarceos para el trueque. Al tío Antonio, contaba una vez ufano, le había guiñado un ojo su capitán, al ver que no quedaba más café en la marmita ni más librillos de papel de fumar. Pero sería el tiempo del mosto nuevo, o quién sabe qué, lo que le indujo a no regresar desde el bando enemigo a la tienda de campaña de su capitán, para irse a su pueblo y aparecer fugitivo y desertor a media noche por su casa.

Mi madre estaba despierta cuando la Guardia Civil llegó a detenerlo. Llegaron para encerrarlo, o para devolverlo al campamento donde su capitán le esperaba, preocupado probablemente por la extraña desaparición de su valeroso asistente, el que nada más hacerle un gesto se colgaba el macuto repleto de viandas, esperando escuchar la contraseña para detener el fuego y comenzar la tregua de mercadeo. El intrépido asistente llenó aquella noche el petate de chacinas y de una generosa provisión de cosas que faltaban en las trincheras enemigas. Es posible que pensara que le serían necesarias para ablandar la voluntad de los conductores que lo llevaron desde Córdoba hasta Sevilla. Mi tío sabía hacerlo muy bien, usando su versátil capacidad de provocar la risa con sus chistes e historietas, pensando con toda seguridad en las burbujas espumosas del mosto que fermentaba encerrado en las bodegas lebrijanas. La noche que llegó la Guardia Civil, mi abuela, nada más oír los golpes en la puerta de la calle y en el postigo, fue a avisarle a la cuadra donde dormía; pero cuando llegó a la puerta lo único que vio fue una sombra por las paredes que se alejaba corriendo por el caballete del tejado de canales.

Nada le ocurrió cuando regresó a la tienda del capitán, con las alforjas repletas de viandas y de tabaco, como si llegara del estanco de comprarlo. Y de la jactancia que hacía de ello el tío Antonio, y de la imagen bonachona del capitán me hacía yo una idea, en la que la fantasía se adueñaba de mi voluntad, anegándome de unas emociones de admiración hacia mi tío.

El frente de Peñarroya. Trincheras. La guerra. ¿Qué guerra?

No entiendo.

Está Clara por aquí cerca. Clara, quiero verte. ¿Dónde estás?

Eres deliciosa. Pero no me acuerdo de nada más. Algo me pasa.

Estás adorable. No sé qué es.

5. LA BALA

Afilo la punta del lápiz con el sacapuntas con la misma concentración que aguzaba el electrodo con el disco de la radial. Se funden vocales y consonantes, hago palabras que aúno en párrafos y frases con el deslizar suave de la mina sobre el papel, cuyo susurro cadencioso recuerda el leve soplo del gas fluyendo por la boquilla de cerámica. El argón que baña el tungsteno al rojo vivo, y mantiene inerte la atmósfera en que el metal se funde.

Me gusta la caligrafía menuda y fina. Pero a veces no puedo concentrarme en casi todo el día. Tengo la mente en blanco. Además, hoy he visto de refilón en el espejo de mi cuarto a un hombre que no conozco de nada. Y Clara sube muy poco. ¿Y quién es esa mujer que viene algunas veces? Desde que ingresó a su medio muerto apenas la he visto. Ese yonqui no la deja tranquila. Y ni me miró siquiera. Cada día que pasa me gusta más. Necesito verla, sentirla, estar con ella. Pero ¡ay! no veo esa mirada suya, ese brillo que reverbera cuando sonríe.

«Clara, si supieras cuánto me acuerdo de ti. Ni te imaginas la de veces que he soñado contigo desde que te vi la primera vez con tu prima Aurora y tus padres en la esquina del Céntimo. Yo esperaba que la procesión del miércoles santo continuara, cuando descubrí vestido de nazareno que me mirabas de arriba abajo. Detuviste tu mirada en la mía; solo un momento de nada, sí, pero tu cara de reciente mujer se iluminó. Los rasgos agraciados que yo llevaba un buen rato admirando, dibujándolos en mi retina, adquirieron poco a poco un tono dulce y rosado. Tu boca acentuó la sonrisa curvando el labio carnoso y sensual hacia tus pómulos, perfilando los huecos de tus mejillas. Al

momento volviste a mirar, y vi brotar de tus ojos esa lumbre que me abrasa, que me vuelve loco, sin cuyo recuerdo y sin cuya presencia mi vida no tiene sentido. La segunda vez, en la puerta de la iglesia esperando la entrada de los pasos me aguantaste la mirada una eternidad. Fue más de lo que pude soportar, emocionado, con el corazón zumbando al ver que tus ojos desprendían chispas brincando en un halo de bruma. Me quemaron aquellos ojos, aquel fulgor que nunca vi años más tarde, cuando ibas con tu novio y yo no dejaba de buscar ese ardor de tus pupilas. Ay, pero el domingo de resurrección nos vimos otra vez subiendo a la torre y volví a mirarte. Sé que reconociste mis ojos. Sé que luego, sentada en el boquete del lienzo de muralla, cuando esperabas que te echara tu prima una foto con la torre y la palmera detrás, también me miraste, y sonreíste, y tu cara se transformó.

La seguridad que tengo de que me reconociste, de que tu corazón palpitó con la misma intensidad que el mío, es lo que me mantiene en vilo, lo que me da la vida, lo que revive y recompone mis recuerdos. Me tiembla la mano al recordar que te quedarás en Italia. Pero te veo muy poco por aquí arriba. Y si estás, te sales a la terraza a recrearte en las torres, en los edificios, en los ardientes atardeceres de Florencia. Te observo de reojo mientras escribo las palabras que tú me arrancas. Te sigo cuando vuelves a entrar a modular la apertura justa de las persianas y los visillos, o a corregir la posición de una maceta, o te detienes en la biblioteca a ordenar los libros que nunca me acuerdo de dejar donde estaban. Tiemblo de emoción cuando recoges las hojas que te dejo pisadas con el busto de Juan Bernabé. Porque sé que me miras, que hurgas en mis ojos. Sé que sospechas o sabes de sobra que todavía estoy enamorado de ti. Que siempre lo estuve. Sé que piensas en mí cuando haces el amor, como yo te tengo a mi lado y te abrazo cuando estoy solo. Pero también soy consciente, y me duele, que mientras el pendón de tu marido esté vivo tu honradez y

tu bondad no permitirán que le demos rienda suelta a este torbellino de sentimientos, a este volcán que me abrasa».

> *He de decir, estimado lector, que del párrafo anterior que se entrecomilla Adán no ha tachado ni borrado nada. Su caligrafía es de pendolista, segura y precisa. Como si en este tramo su memoria y su pulso hayan discurrido con normalidad, sin altibajos ni lagunas ni cortes en su caudal. Es notable que estas hojas las coloque debajo del busto de Elio Antonio, y no pisadas con el de Juan Bernabé, como erróneamente dice.*

Detengo el curso del lápiz para afilarlo. Hay que hacer muy poca presión con la punta aguda del grafito para que no se quiebre. Dejar que el trazo se dibuje en el papel con la suavidad que las volutas de humo garabatean el aire. Luego prosigo, al recordar de pronto una imagen de las primeras de mi memoria. Porque para eso estoy aquí, que se me olvida, para «hallar la primera piedra de nuestro uso de razón». Pero no encuentro nada, busco, hurgo y remuevo entre los recuerdos, y solo veo una imagen que escapa como un sueño cuando creía tenerla atrapada.

Ahora sí: me la está evocando el llavero que Jacobo lleva siempre desde que era chico. Lo ha dejado encima de la mesa. Es un cilindro cónico de latón dorado, achatado, con un pequeño anillo de oro soldado al núcleo de plomo, del que sale un cordoncillo de cuero que según él tiene más de siete mil años. La trencilla de piel tiene en la otra punta una argolla con las llaves. Y un busto de oro de su abuelo en miniatura. Al ver la bala, recuerdo cuando de niños desconchábamos las paredes de las casas de vecinos, buscando pompas para sacarle los caliches.

Jacobo coleccionaba lascas de cal seca que parecían pequeños continentes imaginarios. En algunas había escritas con lápiz, según me contaba, palabras

que algún enamorado escribía en la casapuerta a oscuras pelando la pava. En las paredes de la vieja alcoba de la Tata Dolores, donde mataron a los abuelos de Jacobo, a la que se mudó la nodriza y comadrona el día siguiente, y en la que nosotros jugábamos años más tarde, también había parches, remiendos encalados. Mi amigo se demoró un día en uno mientras yo lo miraba embobado. Empezó a cascar la pompa con un cuchillo, abriendo una brecha que fue agrandando despacio, sacando laminillas de caliches blancos. Los metía en una caja de zapatos.

Descubrió escalones de quince o veinte capas gruesas, dejando al descubierto unas tongas de manos de cal parecidas a las hojas roídas de un libro grande. Las últimas que sacó de una de las capas del fondo, de casi un palmo de largas, tenían unas manchas de huellas dactilares y salpicaduras como de pintura ocre. Las depositó en la caja con cuidado. En el fondo del pequeño cráter de la pared quedó como un tapón de cal en la llaga arenosa, entre dos ladrillos toscos, que Jacobo extrajo con la punta del cuchillo. A varios centímetros de profundidad quedó al descubierto el borde redondo y hendido de esta bala que lleva el llavero. La toco con la yema de los dedos, como él hace continuamente.

Veo en mi memoria las placas de cal endurecida que recuerdan los restos de ostias rotas, los recortes de pan bendito que sisaba de la sacristía de San Francisco. Las veo manchadas de trazos confusos hechos con los dedos. Veo las láminas de cal dura con salpicaduras de sangre seca extendidas en el suelo por Jacobo, con la obstinada intención de descifrar el significado oculto en unos signos incompletos, como un mosaico al que le faltan teselas.

En la vitrina de los restos arqueológicos del estudio hay varios trozos de lápidas rústicas y cariadas de mármol. Fragmentos de piedras planas con palabras sueltas en latín que no forman ninguna frase completa. Fue hallada en la ladera norte del Cerro del Casti-

llo en 1970, poco después de que dejáramos el trabajo de la alfarería. Cuenta Jacobo que se trata de inscripciones funerarias en honor a un ilustre personaje cuyo nombre se ignora. Solo se sabe que pertenecía a una tribu llamada Voltinia, o Quirinia, que vivió en la Nabrissa romana, y que también pueden ser dedicaciones epigráficas para personajes importantes de la zona, conocidos como Tris Nómina.

De los trozos de cal seca desconchados del muro del cuarto donde mataron a sus abuelos mi amigo nunca me dijo nada. Jamás. Tampoco yo le pregunté, porque no le gustaba hablar de aquello. Pero recuerdo cuando era chico y lo veía algunas veces armando el mosaico sobre el suelo, como intentando desentrañar el significado del texto mutilado, cuando apenas sabíamos leer ninguno de los dos. Una y otra vez, los sacaba cada pocos días de la caja de zapatos donde también guardaba la bala, despacio, para volver a extenderlo después de una temporada, hasta que yo me olvidé de aquellos trozos. No supe más de ellos, ni hubiera sabido nunca de no haber sido por la presencia encima de la mesa del llavero y de la bala brillante que cuelga de él. Ahora su presencia me sonsaca. Azuza mi curiosidad por conocer el contenido de las palabras escritas con sangre por el abuelo de mi amigo, poco antes de morir, a causa de los tiros a bocajarro que los falangistas le pegaron al matrimonio.

Miro de nuevo hacia la vitrina, a los retazos de lápidas con inscripciones mutiladas. Me levanto, y camino hacia el mueble como atraído por el magnetismo de unas láminas blancuzcas con manchas ocres que hay ordenadas sobre un rectángulo de mármol oscuro. Están iluminadas por la luz blanca de led. Me resultan conocidas; tan familiares como las baldosas del cuarto donde crecí; como los países y los continentes imaginarios que desconchábamos en las paredes. Identifico unas letras sueltas de una frase incompleta que no entiendo: «P AE Z L M». Rememoro los largos

ratos que pasábamos sentados en el suelo, uniendo de distintas formas los trozos de caliches.

Me he percatado ya en varias ocasiones, con un pinchazo de angustia, desde que estoy en Florencia, de lo mismo que me pasaba cuando era joven: que desconozco tantas cosas de mi amigo. Más de las que siempre supe que no sabía. Y aunque lo veo en mi memoria cuando éramos chavales, o juntos en Alemania, y cuando sube a su estudio para charlar conmigo o a enseñarme bocetos de su nueva escultura, el Jacobo que me acoge en su casa guarda más cosas y secretos de los que nunca imaginé. Todo esto acrecienta, si cabe, la admiración, el respeto y la gratitud que le debo.

Pero tacho, rectifico y borro con la goma muchas palabras de las que sueldo cuando está cerca Clara o Jacobo. No me concentro. Divago, mareo la perdiz, como esperando que se marchen y me dejen en paz. Si es Clara la que sube, me llevo luego varios días enteros sin escribir nada concreto. Emborrono renglones, páginas enteras que luego me cuesta descifrar. Al final acaban en la papelera. Recuerdo cosas de hace medio siglo, pero no me acuerdo de lo que hice ayer.

Me siento inquieto, muy nervioso. La punta del lápiz se parte cada dos por tres. A veces, sí escribo párrafos enormes de corrido, como imbuido por una extraña inspiración que me arrebata. El escultor me ha confesado que una de las estatuas que prepara, de las que ya tiene algunas piezas fundidas, es una reproducción, o casi, del *David* de Miguel Ángel. Pero vestido. Me ha mostrado varios bocetos de las partes en que ha dividido una réplica a escala de arcilla; como si la hubiera descuartizado y le faltaran jirones. Me ha advertido que no busque los pies, ni las manos ni la cabeza, ni tampoco las partes genitales de *David,* porque las extremidades que faltan en los bocetos serán reemplazadas en la nueva estatua por las de otro personaje.

Sé que muy pronto tendré que dedicar algunas horas a soldar las secciones de la escultura. Y estoy deseando, porque esa faena me alejará de la indolencia y la pereza de este estudio, donde exprimo vanamente las neuronas con la ingenua pretensión de rescatar algo de la agujereada memoria. Eso me tranquiliza, la expectativa de volver a mi viejo oficio. Uno no se acostumbra tan pronto a no hacer nada.

Vuelvo a cavar, buscando las partes que faltan del final de mi adolescencia. Para no perderme mucho tengo anotada y siempre cerca una frase de mi amigo: «No te alobes nunca y ten siempre los pies *a la já* del suelo».

El lunes siguiente al domingo que recogía casi de noche la media carga de barro desperdigada en la cuesta Cataño, poco antes de encontrarme con la gente del Teatro Estudio Lebrijano frente al Centro Parroquial, Jacobo tampoco estuvo destripando terrones en la explanada de la cantarería. Estuve solo todo el santo día, cavilando y angustiado, añorando los días en que allí mismo me partía de risa con las bromas y los embustes de los mayores. Recuerdo, y me inquieta, el vacío que sentía aquel día sin encontrarle explicación. Aquello era como un hueco frío en el corazón que cuanto más me preguntaba su procedencia más se agrandaba.

A Jacobo le dijo el maestro que se quedara en el torno, retirando los cántaros que se iban haciendo. Yo lo veía de vez en cuando salir o entrar en el alfar, porteando entre las manos las panzas crudas y blandas. Con sumo cuidado, las iba colocando en hileras sobre unos hoyuelos en el suelo apisonado, a la sombra fresca del secadero, donde se endurecían unos días hasta alcanzar el grado de humedad adecuado para embocarlas.

Tampoco es que el trabajo del rabero, como llamaban al ayudante del maestro, fuera muy liviano, pero por lo menos estaba la mayor parte del tiempo a la sombra. Algunos compañeros descargaban el horno.

Otros habían ido por cascarilla de arroz, o por paja de habas o de garbanzos para la cochura. Yo, por llegar tarde, quedé en la más absoluta soledad, triturando terrones de unos montones que cada minuto que pasaba me parecían más grandes e interminables.

Una extraña y curiosa peculiaridad de aquél barro es que, para que absorba el agua y se esponjen por entero, los trozos deben estar completamente secos. Si en el interior de un fragmento queda algo de humedad, por mucho tiempo que esté sumergido nunca se podrá amasar y moldear. En consecuencia, cuando sale la pella de arcilla de la amasadora, en su interior aparecen unas torundas duras y resbaladizas, a las que llamaban *legones*, que son imposibles de homogeneizar. Por ello, para evitar ese inconveniente, los pedazos debían ser todos de casi la misma medida, de tal dimensión que en un par de días se secaran hasta el núcleo. Me pregunto todavía por esa misteriosa cualidad de aquella arcilla azulona de las laderas del Castillo, que si se metía en agua algún terrón recién sacado del foso, con la humedad de miles de años, aun al cabo de mucho tiempo en remojo resbalaba y se escurría de los dedos como un taco de jabón mojado. Pero seguía duro, con el alma húmeda, sin que el agua lograra calar hasta dentro. Decía el maestro Andrés que del correcto descuartizamiento y secado de los terrones; que de la justa cantidad de agua que se echaba en la pila, y de la proporción de otro barro más ligero que se le añadía de un barrero distinto, combinado todo ello con el tiempo y la temperatura de la cochura, dependía la porosidad, el frescor, la calidad única de los cántaros y búcaros de Lebrija.

Recuerdo aquel día como muy amargo. El sol de agosto que caía encima de la espalda. El sonido seco de huesos rotos del pico contra los cachos de barro al quebrarse, sobre los que caían las gotas de sudor como lamparones que se evaporaban enseguida con la calor. Oigo el arañar del rastrillo, extendiendo los terrones por el suelo, de manera que no hubiese más

de uno en altura, pensando en el secado rápido, en que ninguno de ellos escapara del sol que los dejaba crujientes, azulados de tonos grises, ocres, de verdes claros.

Rememoro y me lacera la soledad añorando los cantes de mi tío. Echaba de menos los chascarrillos, las chanzas, las historias verdaderas o inventadas de los adultos, las conversaciones veladas, entrecortadas y clandestinas sobre la República. Los relatos de las fugas, de las purgas con aceite de ricino a las mujeres rapadas. De los fusilamientos, de los odios y la envidia, la miseria, las penurias. De los hombres ocultos —topos les llamaban— que se escondieron en sus casas y en covachas y en cuevas temiendo ser fusilados, sin salir nunca de sus escondrijos, estando algunos encerrados casi todo el tiempo que duró la dictadura de Franco.

Me viene a la memoria la expectación que levantaban los vendedores ambulantes que venían a cargar cántaros y macetas y lebrillos, que vendían por los pueblos de la serranía. Los esperaba porque me gustaban las noticias que traían de aquellos hombres. Contaba uno de los arrieros, un viejo larguirucho y amable, algo engurrumido y con mucho desparpajo, cada vez que aparecía por la alfarería, mientras cargábamos en los serones de las bestias la mercancía que previamente había seleccionado, unas historias que eran increíbles. Sin embargo, eran verdaderas. Según narraba Agapito Paniagua, que así se llamaba el arriero, a raíz de un reciente decreto del año 1969, por el que se declaraba la prescripción de todos los delitos cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939, fueron saliendo de sus escondrijos, de ciertos pueblos y ciudades de España, los hombres que se enterraron en vida huyendo de los falangistas y de la Guardia Civil, tras el levantamiento militar contra la Segunda República.

Hablaba de un hombre que había sido durante la República vocal del comité local del Partido Socialista

de Las Palmas. El fugitivo se enteró por su hermana que los falangistas detenían a todos los de izquierdas y a los republicanos, y los tiraban vivos por un precipicio de muchos metros de profundidad. Según Agapito, uno de los detenidos que fueron arrojados se llevó consigo agarrado a uno de sus verdugos. Huyendo de aquél trágico destino, el hombre se escondió en un cuartucho de tres metros cuadrados con un ventanuco y un montón de revistas viejas, y salió a la luz 33 años después.

Contaba de otro fugitivo de Moguer, apodado *el Lirio*, que se metió en una zahúrda con un cerdo, en una fosa poco más grande que un ataúd, con una escopeta que tenía los cañones podridos cuando salió, para escapar de la Guardia civil. La fosa la tapaba con un saco de paja podrida, y un montón de estiércol que amortiguaba los pinchazos de las bayonetas y los tridentes de los guardias y los señoritos cuando entraban en su casa para matarlo. Cuando abandonó después de 32 años aquella pocilga, de la que solo salía de madrugada para hacer sus necesidades, vigilado siempre por su mujer, echó a correr como un loco por los pinares hasta embriagarse con el aroma de la resina de los pinos. Agapito contaba que lo había visto con gafas negras de sol, porque sin ellas no podía salir a la calle, después de tantísimos años a oscuras.

El Lirio conocía a toda la gente de la calle por la voz, de oírles hablar durante años. A algunos desde que empezaron a hacerlo. Por lo que decía el viejo arriero, había sido un hombre de filiación socialista algo radical, y en un calentón se dejó llevar por una multitud y participó en la quema de una iglesia y en el saqueo del convento de Santa Clara. Aquello se me quedó en la memoria por ser ese convento, o monasterio, decía el viejo comerciante, donde rezara Cristóbal Colón justo antes de partir para las Indias.

También se comentaba que en Lebrija había un hombre oculto, *Josele* de apodo, el cual vivía escondido en su casa cerca del *Mirador de la Peña*. A través

de una ventanilla más pequeña que un nicho, veía, desde un cuartucho de su casa, el deambular de la gente por la cuesta de la calle José Sánchez de Alva. Un hombre que aunque no era, decían los mayores, nada radical, había sido alcalde republicano durante algún tiempo. A sabiendas que a otro alcalde y a muchos republicanos y gente que habían estado afiliados a los sindicatos y a los partidos de izquierda los habían fusilado, se emparedó en su casa, y no salió durante años. Cuando alguno de nosotros preguntaba que cómo era posible que no supieran sus enemigos su paradero, alguno de los compañeros de trabajo respondía que aquel hombre estaba, por fortuna para él y para su familia, protegido por los curas y otras personas influyentes de Lebrija.

Me acuerdo de la actitud de Jacobo con los comerciantes que venían por mercancía. Y de su manera de estar con los trabajadores. Se comportaba como el más maduro y responsable de la cuadrilla. De entre toda la naturalidad y sencillez de la mayoría de los jornaleros, sobresalía misteriosamente su prudencia templada, su discreción, su autoridad humilde y sencilla. Era —y sigue siendo— de pocas palabras. Pero siempre cercano y amable cuando se le requería para alguna pregunta o para que ayudara en alguna faena.

Jacobo entró a trabajar en la cantarería por mediación mía. Me lo encontré en la haza una tarde, cuando acababa de llegar del molino de Ligustia, donde trabajaba de aprendiz de mecánico. Según me contó, sin acritud ni resentimiento de ninguna clase, había sido despedido sin que le explicaran el motivo. No obstante, en el tajo se comentaba que *El Pulpo*, —así le llamaban a Jacobo— sabía más de mecánica y de extracción de aceites que el mismo jefe y dueño del molino. El jefe era Juanillo *el Poleas*, a quién yo creía por oídas el verdadero padre de Jacobo. Al poco tiempo, *el Poleas* apareció muerto sobre los cascotes, dentro de un foso.

Eran alabanzas, rumores, exageraciones, incluso infamias. Todo el pueblo hablaba de los dos herma-

nos; para bien o para mal, estaban en boca de todos. Probablemente, todo era causado por el aprecio y por el respeto, pero también era por la envidia que mucha gente profesaba a los hermanos huérfanos criados por la Tata Dolores. También a ella, a la querida nodriza y partera que había amamantado a muchos hijos de señoritos, además de los suyos y otros de madres vecinas que andaban escasas de comida y de leche, la ponían como los trapos. Jacobo y su hermano habían vivido con la Tata hasta que se compraron una parte de casa en Ligustia, cerca de la cueva de Zabulón. Desde entonces, aunque la nodriza solía ir de vez en cuando a verlos, o para hacerles alguna faena, de las pocas que el mudo no hiciera, o para llevarle la carta de su padre, la comadrona ya no era por aquellos años la omnipresente protectora de los dos hermanos.

Viendo ahora al *Muo* comiendo juntos casi a diario —no charlando, porque aunque sé que ya habla algo, conmigo no suelta la lengua— me parece mentira que sea la misma persona que iba a lomos del borrico Zabulón. Que sea aquel hombre alto y musculoso que siempre llevaba las mangas de la camisa remangadas por encima del codo a lomos de alguna bestia. El mismo que más tarde conducía una moto *Guzzi* saltarina y ruidosa, y que luego cambió por una *Ducati* con el tubo de escape acampanado y resonante. Y tanto en uno como en otro medio de locomoción llevaba la honda sobre el hombro o atada a la cintura.

Había días que se paraba en el camino de la cueva, y se ponía a lanzar guijarros y fósiles de almejas o bolas de acero a las tunas espinosas de las chumberas, o a perros y curiosos que se acercaban a la ladera. Las tunas las cortaba de raíz, demostrando la asombrosa puntería que acobardaba a los buscadores de fósiles que merodeaban por el Castillo. Cierto es que siempre fue, aunque algo bruto y primitivo, —tan duro como para ir algunas veces descalzo, incluso arando con la yunta los rastrojos— un hombre con mucha clase, de

una elegancia natural sin ninguna afectación ni impostura.

Pero aquí en Florencia, ya digo, nadie diría que es el mismo cuando viste como una persona distinguida, con su porte aristocrático acentuado por la enorme estatura que refuerza su espalda ancha y erguida. Cuando salimos a pasear por Florencia, el *Muo*, —o Juan de Paula, como le gusta a Clara llamarlo— tiene algo especial; algo que no sé lo que es pero que atrae la mirada de la gente y arranca sin proponérselo agradables saludos y comentarios a su paso. Es como si fuera, o lo es ya después de tantos años aquí, un elegante florentino al que todo el mundo conoce, sonríe y respeta. Será por eso por lo que siempre está dispuesto a darse sus paseos por la *Plaza de la Señoría*, sin cortarse un pelo en comerse una copa de helado en una de las tantas *gelaterías* sin escatimar en el precio. Tampoco escatima mucho, aunque trate de disimularlo, las miradas de refilón a las turistas que se aglutinan en las colas para subir al *Duomo,* para ver las esculturas de Miguel Ángel, o simplemente, comiendo en las terrazas de las *trattorías*.

Podrían ser exageraciones o meros rumores, y envidia, que sí creo que lo eran, aquellos chismes y comadreos que se traían entre manos muchos vecinos de la calle y no pocos trabajadores. Pero la verdad es que, además, a Juan de Paula y a su hermano se les resistían pocas actividades a las que metían mano. En particular, Jacobo tenía una capacidad flemática, aunque no despojada de pasión, para absorber la realidad que le rodeaba, para asimilar con serenidad lo que oía y veía con una rapidez enigmática y sorprendente. Y así creo que es todavía. A su vera siempre me sentí un poco inútil. Me intimida, aunque me gusta reconocer y admitir que eso me produce una envidia sana. Sí, envidia pura y dura, he de reconocerlo, pero esta envidia que siento de mi amigo me produce una verdadero sentimiento de gratitud, se me traduce en una inmensa admiración.

Ahora voy a descansar un poco. Ya no puedo más. Me estoy quedando seco otra vez. Tendré que empezar de nuevo a cavar. He de encontrar esa primera piedra.

No sé qué me está pasando.

6. EL TORNO DE ALFARERO

Durante los años que trabajamos en la alfarería intenté aprender a modelar vasijas solo una vez. Una sola, porque quedé escarmentado para siempre al ocurrirme lo mismo que a otros imprudentes aprendices. Hay que explicar para entender esto que el torno antiguo, la rueda del alfarero, se componía de un eje vertical sujeto a una tabla ancha, redonda y horizontal en la parte inferior llamada tabanque. La rueda sirve para que el operario la impulse con el pie y el torno gire. En la parte superior, el eje tiene una tabla gruesa y redonda de poco diámetro; es el cabezal plano donde se coloca la pella de barro, de la que modela la vasija el artesano. El eje giraba sobre dos rodamientos, uno en el suelo y otro en un soporte de la parte superior. Lo hacía con los impulsos que le daba el alfarero a la rueda horizontal —el tabanque— sentado en una tabla algo inclinada, rodeado por una superficie cuadrada de madera, a modo de tapa de mesa, apoyada en cuatro pilares de ladrillos, donde coloca las vasijas que va haciendo.

Cuando el maestro entraba en el torno para trabajar, lo primero que hacía, y lo que el aprendiz novato debía hacer, era estirazar las piernas y colocar los pies sobre un palo que atraviesa de un pilar a otro por debajo de la mesa, justo encima de la rueda o tabanque. De no hacerlo en el mismo instante de entrar, los pies apoyan en el tabanque, que empieza a girar inesperadamente por el impulso involuntario, y engulle al ingenuo aprendiz hacia dentro. Lo chupa con tan mala fortuna y tan sorprendido por su ignorancia imprudente, que al aprendiz solo se le ocurre, al ver que el torno se lo traga, agarrarse en su desesperación al lebrillo lleno de agua y lodos donde se moja las manos el alfarero. De resultas, se pone el lebrillo

o albañal de sombrero, cuyo contenido le tiñe la cara, los hombros y el cuerpo entero con la arcilla líquida del recipiente. El desenlace siempre era el mismo: que el accidentado discípulo acababa tirado encima de la rueda, lleno de magulladuras, con el caldo viscoso chorreándole de la cabeza a los pies, hasta que el torno dejaba de girar, frenado por los golpes que se propinaba, si es que no salía antes escupido por uno de los huecos entre pilares.

Sin embargo Jacobo, al poco tiempo de trabajar en la alfarería era capaz de modelar varios tipos de vasijas. Miraba al maestro cómo colocaba y centraba la pella en el cabezal como si no prestara atención. Se fijaba por debajo como impulsaba el tabanque con la planta y el talón de la alpargata, cómo le iba dando forma a la arcilla con las manos y los dedos impregnados de lodos. Al ver que la arcilla ya había tomado forma, seguía la frenada de la rueda con el pie. Cuando el maestro cortaba con una guita el culo de la vasija, para colocarla encima de la mesa, Jacobo alargaba los brazos para cogerla, la retiraba de la superficie de la rueda y la llevaba a los secaderos de las estancias sombrías.

Luego se metía solo de vez en cuando después del almuerzo. Y por la tarde al terminar la jornada. De esa manera, en pocos meses aprendió a fabricar toda la gama de cacharros desde la más pequeña de las botijas hasta el más grande de los cántaros. Además, nunca estaba ocioso, su actitud natural era como la de aquel que sabe lo que va a ocurrir inmediatamente a continuación de lo que estuviera haciendo en un momento determinado. Si estaba haciendo algo y lo terminaba, sus manos emprendían de inmediato otra actividad como si de antemano hubiera previsto y calculado los resultados. Sabía hacer dornillos y macetas y cavaba en los fosos con más eficacia y rendimiento que nadie. Husmeaba las piedras y los terrones de tierra adheridos a los de barro para seguir el rastro de un hallazgo arqueológico con la precisión y perse-

verancia de un perro de presa. Cogía un hueso de aceituna, y en un rato lo convertía en un canastito que le regalaba a cualquier vecina que apareciera por allí. Modelaba con sus dedos la figura de cualquier animal o de algunos de sus compañeros, y las iba colocando en una tabla para secarlas y meterlas luego en el horno entre los huecos de los cántaros. Dibujaba una flor, al maestro modelando en la rueda, a los mulos, a algún arriero, a algún cliente cuyas facciones le llamara la atención. Nunca, jamás estaba ocioso. Hacía de dos en dos con sus ágiles dedos canicas para cocerlas y regalárselas a los chiquillos de la calle. Además, nadie como él llegó a entablar una amistad tan estrecha con algunos arrieros que le traían de otros pueblos óxidos, esmaltes y pinturas con los que hacía pruebas dibujando, pintando vasijas o bañando estatuillas antes de meterlas en el horno, para hacer pruebas hasta lograr el color, el brillo, la tonalidad que buscaba.

Pero lo que más nos asombraba era su pasión por los fósiles, su habilidad para encontrar piezas, monedas antiguas, restos de todas clases que aparecían en sus manos como por arte de magia. Guardaba conocimientos de cada uno de los yacimientos que había en Ligustia y en otras excavaciones del Bajo Guadalquivir, a las que acompañaba invariablemente a don Gaspar de Guzmán, uno de los mayores coleccionistas y estudiosos de Bellas Artes y Arqueología del pueblo.

El padre de Jacobo, *El Siete* de apodo, había sido escribiente y contable como su abuelo, además de hombre de confianza de don Gaspar. Quienes le conocieron aseguraban que tuvo bastante prestigio entre los arqueólogos, antes de la República, por su habilidad para dibujar, catalogar cada resto encontrado y, sobre todo, por su discreción y fidelidad hacia la casa de los Guzmanes. De ahí que don Gaspar, al que también achacaban algunos la paternidad de Jacobo, reconociera en el hijo la habilidad nata del padre, fuera quien fuese de los dos, y se lo llevaba a las ex-

cavaciones que emprendían con los estudiantes y los arqueólogos de las universidades.

Lo veo ahora escuchando a los mayores en silencio con mucha atención, sin parpadear. Tiene los ojos vivos y brillantes, entrecerrados siempre por una breve sonrisa que atraía a sus interlocutores cuando charlaba serenamente como si albergara la absoluta certidumbre de lo que decía. Su conversación era seductora, muy agradable. Su manera de comportarse era, y es, siempre natural, sin ninguna afectación ni hipocresía. Su sosiego se mantiene invariable, lo mismo que su ropa y compostura se mantenía casi inmaculada, aunque estuviera trabajando en un charco de lodos o en el torno haciendo algún cacharro. Al rematar la jornada, su vestimenta, la raya del pantalón y los pliegues de la camisa estaban como salían de la plancha de la Tata, y sin apenas mancharse, mientras que los demás terminaban, sobre todo yo, chorreando de arriba abajo.

Así veo a mi amigo, aquel lunes amargo y solitario, cuando cesaba un momento de destripar terrones en la explanada caldeada por el sol llameante de agosto. Cuando entraba calado y con la boca seca como el esparto a beber agua y me quedaba un rato a la sombra del taller del alfarero. Permanecía dentro poco tiempo, porque me sentía humillado, abatido por el aturdimiento, temiendo que preguntaran la causa de mi acritud. Mientras empinaba el búcaro y engullía el agua fresca, admiraba a Jacobo modelando con sus dedos alguna estatuilla a la espera de que el maestro acabara otro cántaro para retirárselo. Me miraba con cierta compasión, porque sabía lo que me ocurría, el motivo de mi hosquedad, de mi hermetismo seco y montaraz.

Lo veo hablando con la certeza y confianza en sí mismo que siempre tuvo, con la misma seguridad del maestro que imparte la lección durante décadas, a pesar de que nunca fue a la escuela. Solo acudía a la *amiga* de cuando en cuando, y a las clases particula-

res que las hijas y el hijo de la Tata impartían, de las que se rumoreaba que eran financiadas con el dinero que don Jacobo enviaba de Francia. Unas clases donde los alumnos aprendían latín o griego, o árabe y hebreo, y también una historia de las religiones que la gente y los beatos criticaban.

Recuerdo sus extrañas ausencias. A veces desaparecía sin decir ni pío. Nadie sabía dónde se encontraba. En las temporadas de lluvia que no nos permitía trabajar en la alfarería solía desaparecer con frecuencia, y al verlo llegar después de varios días ausente traía como un aura de conmoción, estupefacto, abstraído, como iluminado por una rara revelación divina. ¿De dónde venía? ¿Dónde se metía? ¿Con quién había estado, que parecía infundido por alguna enigmática misión espiritual?

Yo creía saber el motivo de aquellas ausencias de Jacobo porque él me lo decía. La causa era, según él, que se iba con don Gaspar a algún yacimiento. Y a veces era cierto, pero lo puse en duda al comprobar en una de sus escapadas que el señorito hablaba una mañana, montado en el coche de caballos, con el administrador y con el *aperaor* de uno de sus cortijos.

Bajo el bochorno y la flama vaporosa y ardiente de la calima que trajo la tarde, yo pretendía en vano atar cabos aquel lunes inolvidable. Pero a medida que el día transcurrió, me percataba que cada vez estaban más sueltos y desflecados. Sabía menos de la vida de mi amigo de lo que yo creía. Me tenía engañado. Me ocultaba algo. No se abría conmigo cuando le rogaba que me dijera adónde iba. Pero todo era inútil. Jamás soltaba prenda, ni se inmutaba siquiera.

La angustia me oprimía el pecho destripando terrones en la explanada. La voz se me encogía maldiciéndome hablando solo. Sentía ganas de llorar, de pegarme. Cuando me apercibía del ritmo desquiciado que llevaba, frenaba en seco cabreado conmigo mismo. Era incapaz de reflexionar sobre mi estado, arremetiendo con desprecio contra los terrones. Me

comparaba con mi amigo de la infancia y, cuanto más admiraba su humilde entereza, su sencillez, más aborrecía mi mediocridad, mi prodigiosa ignorancia, la vana pretensión y la falta de perseverancia y disciplina de mi carácter.

Aún me pregunto el motivo de la aflicción de aquel día. Recuerdo como el despertar de un sueño donde todo está en su sitio y en armonía, para venir a caer a un mundo insoportable, a una asfixiante pesadilla de incertidumbres, donde todo el mundo te mira y critica, te hace ver tu tremenda inutilidad para actividades que no fueran triturar terrones y trabajar como las bestias, aquilatando cada día que pasaba un embrutecimiento de gañán.

El descubrimiento de la ignorancia melosa que me oprimía me atenazaba la garganta. Azuzaba el hostigamiento hacia mi persona. Revelaba aún más la condición de tarugo sin desbastar, de ignorante insolente y frívolo en quien nunca nadie confiaría nada serio y responsable. Alguien que no serviría jamás para desempeñar un trabajo digno que valiera la pena. Estaba condenado. Me sentía preso de mi destino, de mi corto pasado. Me arrepentía de todos los errores de mi corta vida. Lamentaba haber dejado el colegio con once años. La carcoma de la angustia levantaba escalofríos en mi cabeza como si estuviera en ebullición. Estaba agitado, estremecido de remordimiento por haber mordido el anzuelo de algunas monedas y tebeos, y dejarme ingenuamente engatusar por el aroma seductor y hechicero de los disolventes y lacas del almacén donde Juanín de Guzmán me tocaba. El *soberao* donde se enardecía, donde se embriagaba hasta el éxtasis, muy cerca de las garrafas con los tapones quitados para respirar los efluvios narcóticos. Me atormentaba no haber seguido en la escuela, no cursar el bachiller en el instituto con la garantía de buenas notas y la recomendación del padre Agustín. Aunque el franciscano veía cualidades aceptables en un alumno que prometía, el alumno estaba carcomi-

do por la incertidumbre entre si dejar el colegio para entrar a trabajar de aprendiz en una carpintería y ganar algún dinero, o seguir estudiando. Entretanto, y sin esperarlo, se encuentra en una trifulca con otro fraile, al que dan una paliza en defensa propia entre él y su amigo Jacobo. Además, envanecido. Había estado engreído como un idiota inmaduro, creyendo ser el mejor auriga del mundo romano cuando trotaba las bestias alegremente por las calles del pueblo.

En cambio mi amigo, sin haber pisado el colegio de monjas ni el de los frailes, mostraba una seguridad, una confianza y una satisfacción consigo mismo y con la realidad que me desquiciaba pero también admiraba. No es que lo viera como una persona resignada, no. En él veía siempre a una persona con la certeza ineludible de que la situación por la que se atraviesa es siempre transitoria y mejorable. Con un sosiego fabuloso en el trabajo y en cualquier actividad que me parecía desconcertante. Y en eso no ha cambiado nada. Los días que iba a la alfarería los echaba como el que iba a distraerse. El trabajo suyo, en realidad, parecía consistir, no en picar y extraer barro del foso, retirar las vasijas del torno, cargar y descargar los hornos, o cualesquiera de otras muchas faenas, las cuales realizaba con resolución y desenvuelto como el primero. Su verdadero trabajo, en el que se concentraba y estaba todo el día absorto, era husmear el rastro de algún vestigio de los muchos que había por el Cerro del Castillo y en los aledaños del Cabezo de Ligustia. Rastreaba restos arqueológicos, siguiendo la pista de un hallazgo hasta dar con otro. Escarbaba en una dirección determinada hasta encontrar algo más. Mientras tanto, podías verlo de vez en cuando practicar con un lápiz escribiendo frases en latín, o en hebreo, o griego, haciendo trazos que a mí me parecían garabatos, y que él aseguraba que era alfabeto árabe. Lo mismo reproducía mapas y contornos de las costas españolas, con el golfo de mar que llegaba hasta Coria del Río, que dibujaba planos de unas ruinas

árabes que habían sido construidas sobre los cimientos de un teatro romano en un lugar de la ciudad desconocido para todos. El latín lo dominaba ya cuando nos fuimos a Alemania, como bien le demostró a la intérprete de la fábrica a los pocos días de llegar.

Cuando aparecía por la mañana en la alfarería daba la impresión de que llevaba levantado ya varias horas. Siempre espabilado y despierto, se enfrascaba en la faena que afrontara con una actitud ausente, como si fuera otro el que la estuviera realizando mientras él se dedicaba a cavilar otros asuntos más importantes. Si hablaba con una vecina que estudiaba en la universidad de cualquier tema, por ejemplo de los problemas que la gente del teatro tenía con los curas y las autoridades, la iniciativa la llevaba él en la conversación. Mostraba el conocimiento de las obras y de sus autores con una humildad no desprovista de timidez, lo que hacía siempre que su interlocutora admirara sin disimulo su elocuencia sencilla, recorriendo admirada —seducida, creo ahora— el cuerpo de Jacobo de arriba abajo. Si le sobraba tiempo, al que consideraba como el bien más preciado y escaso, lo invertía en dibujar y catalogar las piezas que él y su hermano hallaban en los yacimientos. Sin embargo, una de las cualidades personales de Jacobo que yo admiraba más era su acerada sensibilidad para dejarse impresionar por cualquier acontecimiento. Por más inesperado que estos se presentaran, por muy dramáticas que fueran las cosas, nunca se dejaba influenciar, ni mostraba asombro ni alarma, sin dejar sin embargo de conmoverse si el afectado era una persona humilde, o que el destino le hubiera despojado de los más esenciales recursos para vivir.

La soledad que yo experimentara con tanta intensidad y crudeza aquel lunes de agosto, asado por el calor y la calima mental, la considero todavía hoy como un hito en mi vida. Y aunque reconozco no saber a ciencia cierta la causa de semejante desamparo y aflicción, la asocio ahora al despegue de la adolescen-

cia, pero también a la incapacidad insuperable para liberarme de la esclavitud de un trabajo que, de pronto, se había convertido en una tortura.

Ahora se apretujan en la memoria las sensaciones provocadas por aquel amargo desconsuelo; avergonzándome del incidente de la tarde anterior con el derrame del barro y la procacidad del numerito bochornoso y obsceno de las bestias excitadas; invocando el contraste con la dulce conversación de Jacobo con la vecina, mientras yo bebía agua cuando entraba a la sombra para refrescarme. Recuerdo aquel estado de ánimo que me engullía como arenas movedizas, cada vez más encharcado de auto desprecio. Sentía asco de mi sombra, ansia angustiosa por desaparecer de la vista de todos, quedarme solo para siempre. Deseaba encerrarme y no salir nunca, como hacía un vecino de la calle, Pascual, que se tiraba acostado hasta seis meses, sin salir de su cuarto a oscuras sin afeitarse ni pelarse.

Aquí en su estudio iluminado con el sol dorado de la tarde veo en la memoria a un chaval sin sosiego. A un joven martirizado por la nostalgia de los momentos de retozo, cuando gozaba el trabajo y con todas las necesidades cubiertas. Con las expectativas creadas por el deseo y por la fantasía satisfechas dulcemente. Espiando enfebrecido e inquieto como un potro a las mujeres que trabajando o fregando de rodillas el suelo se descuidaban mostrando sus senos generosos, sus muslos blancos y robustos, rollizos, hermosos como alimento soñado y prohibido. Un adolescente que añoraba aquellas jornadas inacabables, llenas de alegría y de carcajadas con los mayores, bebiendo vasos de vino que le nublaban la vista y el entendimiento, pero que le adormecían la espalda y los brazos doloridos por el esfuerzo continuo con el pico, la pala, el azadón, el rastrillo, las espuertas rebosantes de barro.

Lo veo empujando los carrillos de mano hasta los topes de ladrillos, yendo hasta el secadero sosteniendo a pulso cántaros o macetas, lebrillos, botijas y dor-

nillos, cociendo el horno durante doce horas, alimentándolo desde el fondo de la boca del horno con una pala grande y de mango largo que no podía dejar de llenar ni un momento, porque el fuego se apagaba. Lo sigo mientras descarga el horno de cántaros que aún queman; lo veo entrar y salir de él pasando del calor aplastante de afuera al infierno ardiente del interior del horno, para coger otra mano de ladrillos ardiendo. Oigo el rumor descargando el camión de leña o de paja de habas y garbanzos, de cascarilla de arroz que picaba por todo el cuerpo durante días; o cargando las *dekauves* de los vendedores de los mercadillos y ayudar a los arrieros a rellenar los serones de las caballerías. Y de pronto, siento como se le caen encima, sin sospecharlo siquiera, todos los palos del sombrajo. Así, de buenas a primeras, de un día para otro, de un domingo a un lunes, como quien no quiere la cosa, tan a gusto y feliz durante varios años, y de repente, una noche sin dormir, un día de calor insoportable destripando terrones en una explanada atiborrada de barro, solo y desamparado, ahogado de tristeza y desconsuelo, mientras ve cómo su mejor amigo es libre, maduro y respetado, admirado y añorado por todo el mundo, incluido él, que además, no soportaba el abismo que se abría entre ellos.

Un vacío que se agrandaba cuando veía a Jacobo hablando con alguna de las vecinas queriéndoselo merendar, llevárselo a alguna covacha para comérselo a achuchones, sin que él tuviera que proponérselo. Al contrario, se veía obligado a despistarlas, se las tenía que quitar de encima. A él nunca le faltaron oportunidades reales, tangibles y sabrosas, no imaginarias y perfectamente ensambladas por la fantasía como las que nublaban a aquel chaval las meninges, que más bien le hubiera pegado, en vez del que tiene todavía de Adán, el apodo de su lejano descendiente Onán.

Hasta los arrieros y el anticuario de Córdoba que venían a comprarle a don Gaspar algunos hallazgos arqueológicos no disimulaban su admiración por Ja-

cobo. Los maestros que aparecían como furtivos en ocasiones para impartir sus clases, de los que se rumoreaba que tenían prohibido ejercer en los colegios y universidades, se ufanaban con orgullo de su amistad. Yo sentía el alejamiento de mi amigo, constataba la tremenda diferencia entre sus virtudes naturales y envidiables, y los defectos, carencias, vicios inconfesables y lagunas y miserias de muchos de los que le rodeábamos.

Ahí baja ahora mientras deslizo resuelto la punta recién afilada del lápiz rememorando el pasado. El zumbido del ascensor que baja con Jacobo se oye amortiguado por el concierto de piano de Mozart *Elvira Madigan*. Está bastante liado estos días. Anda con Aurora y con Leo, preparando un viaje relacionado con un grupo de esculturas que le han encargado en Australia. Parece que se trata de una serie de estatuas de bronce y mármol para unos parques y jardines de varias ciudades.

He visto mucho movimiento en los talleres, y en la nave nueva con los puentes grúas y las modernas máquinas de esculpir controladas por aparatos láser. Son de última generación. Están equipadas con modernos ordenadores que ejecutan con precisión las figuras y los contornos que les programen. Cuando estoy allí dentro me recuerda, con el trajín de los operarios y el fragor de los motores y los cinceles eléctricos, las enormes naves de Matías Corrales, donde fabricábamos equipos y tuberías para plataformas petrolíferas y barcos.

Pero cuando Jacobo anda cerca de aquí no me concentro escribiendo. Tampoco leyendo. No saco nada en limpio. No recuerdo nada. Ni siquiera copiando, que es como mejor me siento. Es verdad lo que me dijo el médico: «si te coges un texto y lo copias, estarás más relajado que si estás siempre escarbando en los recuerdos. Así, alternando esta especie de ejercicio que te prescribo, recordar y copiar, mantendrás despierta tu memoria».

Es verdad. Copiar me permite acariciar las palabras como cuando redactaba los dictados que mandaba como deberes el padre Agustín. Ahora lo hago con el lápiz afilado, y me produce un grato placer comprobar que por muy rápido que vaya escribiendo no me salgo de los renglones. Además, no tengo que pensar. No tengo que estrujar las neuronas para sacar recuerdos que se resisten a salir, maldita sea. Copiar me permite concentrarme en la música, en esta música divina que inunda y endulza el estudio y me ayuda a paladear las palabras. Me encanta la música que Jacobo tiene en centenares de compactos y que pongo a reproducir cuando estoy solo. La música te introduce en un mundo diferente y divino. En ese mundo no hay ruidos, ni tristezas, ni melancolías ni angustias de ninguna clase. En este paraíso uno se siente flotando como en un remanso de paz grandioso, en una calidez maravillosa, un estado de ánimo del que me hablaba Jacobo y que solo él y Clara son capaces de establecer en el ambiente. Es un estado de ánimo que se logra, si se ha aprendido bien a invocarlo, mediante la lectura despaciosa y atenta, a través de la contemplación relajada y la música adecuada, mediante el esfuerzo del trabajo bien hecho y ver las cosas al mirarlas.

Eso me repite Clara. Una y otra vez. Y me sobrecoge oírselo decir si me mira a los ojos. Un estado de ánimo que no se logra alcanzar si no se desprende uno previamente de cualquier aditamento ajeno a la generosidad. He visto a mi amigo infinidad de veces desde que éramos niños extasiarse en esos trances espirituales, ajeno a toda influencia del exterior, en que lo veía inmerso en una mansa atmósfera de humanidad y ternura. Y recuerdo que el fulgor de aquellas miradas era más intenso cuando aparecía después de varios días ausentes, o al regresar con la Tata de socorrer a alguna de las familias humildes del pueblo que vivían apiñadas en las casas de vecinos.

La luz enrojecida y violeta del crepúsculo inunda ya la diáfana habitación donde escribo. Ahora, a com-

pás con las últimas oleadas de sol que tiñe de rosa la biblioteca y las vitrinas, suena Mozart de nuevo. Es la Sonata para violín KV 377, de la que no entiendo ni la técnica ni nada más de la música. Pero algo especial debe tener esta melodía que atrapa, cuya cadencia le cautiva a uno los sentidos de tal manera que no desea salir de la dulzura seductora de su perfección. Qué tendrá esta música que ni en los momentos más tristes se va de la cabeza. Hay otros compactos por aquí encima: *Impronptus* de Schubert, el *Réquien* de Mozart, *la Heroica* y el *Claro de luna* de Beethoven. Tangos del Camarón. Tientos de El Lebrijano. Louis Armstrong. *Sonatas para violín* de Bach.

7. LAS CARTAS

Creo haber dicho ya que no averigüé nunca el motivo de las ausencias de Jacobo. Tampoco adiviné jamás el sentido de las visitas frecuentes que hacía con la Tata a ciertas casas de vecinos para dar medicamentos a los pobres enfermos. Ni supe jamás de dónde sacaban el dinero para comprar algunas prendas y libros, y alimentos para los niños y las familias y viudas que carecían de recursos. No, no presentí nunca nada por mi tremendo despiste, por la crónica falta de picardía y suspicacia. Pero si nunca lo supe, aunque alguna vez sospechara algo cuando la Tata leía a Jacobo y a su hermano las cartas que su padre le escribía desde Francia, también era por la extrema discreción con la que andaban siempre los tres. Además, mi amigo no daba jamás tres cuartos al pregonero. Ni hacía caso a los comentarios sobre la procedencia del dinero que la Tata y los hermanos gastaban en socorrer a la gente y en costear las clases a los alumnos pobres que lo desearan, con la única condición de que se aplicasen en los estudios y sacasen algo en limpio de las enseñanzas que recibían.

En el pueblo se rumoreaba que el dinero procedía —antes de que apareciera muerto dentro de un foso con la cabeza abierta— de quien algunos creían que era su padre, *el Poleas*. El mecánico que se hizo rico con el estraperlo. El amigo de su padre que había pertenecido en el 36 a una de las cuadrillas para ejecutar los fusilamientos. Pero las ayudas a los pobres siguieron después de que el mecánico se suicidara, o lo mataran.

Otros opinaban que quien financiaba todo era don Gaspar de Guzmán, para quien trabajaron siempre los abuelos paternos de Jacobo; él de contable y hom-

bre de confianza, y también muy aficionado a la arqueología y a la pintura. Elvira de Paula, su esposa, como encargada del servicio de la familia del terrateniente. La abuela de mi amigo compaginaba aquel trabajo con sus labores de costurera. Rosario, la madre de Jacobo, trabajó también desde niña en la casa de los Guzmanes, y lo mismo que se comentaba de su tía Lourdes la cocinera, corrió el rumor de que alguno de los señoritos anduvieron con ella. Pero solo eran rumores que había oído cuando chico. Chismes.

Sin embargo, sí recuerdo bien la celebridad de don Gaspar por su notoria y noble filantropía, por su honestidad reconocida por todo el mundo, por su concepto cristiano y sincero de la amistad y la benevolencia. Aquello no eran habladurías. Era cierto que aquel hombre tenía un gran corazón. Era un rico terrateniente, y yo sabía que muchos jornaleros no lo tragaban, pero era una buena persona. Además, muy coherente con sus creencias religiosas. Se decía de él que no le importaba el dinero, y que la generosidad con los Paula y con mucha gente humilde del pueblo se debía al remordimiento de conciencia del señorito por la parte de responsabilidad que cargaba en el asesinato de los abuelos, en la violación y tortura de Rosario y otras mujeres. La amistad inquebrantable del señorito con los abuelos de Jacobo siempre fue objeto de admiración. Se decía que, además de empleado y patrón, siempre fueron íntimos amigos, desde que jugaban cuando chicos en los cortijos de los Guzmanes.

Alguna vez, muy pocas, porque me intimidaba —y me intimida aún preguntarle algo sobre aquel tema— Jacobo me respondió cortante que su padre era Jacobo de Paula Cumbreras. Y que el dinero que tenían, que tampoco era tanto, era el que le enviaba de Francia. Y de los ahorros suyos, que trabajaba desde chico de recadero con don Pedro el Carbonero, el dueño de la casa donde vivía y de varias casas de vecinos del pueblo. Y también del *Muo*, que no gastaba nada, y le iba bien arando y sembrando con las bestias a ma-

quila con su tío. «Y demasiado» me decía, sin ninguna acritud ni resentimiento «después de que incautaran todos los bienes y las doce fanegas de tierra de Ligustia donde estaba la alfarería que mis antepasados dejaron a mis abuelos. La cueva. Lo único que le dejaron fue la cueva. Y eso porque estaba a nombre de mi tío Juan. Menos mal».

Además tenía ahorros, me aseguraba, de vender los soplillos, las cestas, las capachas y escobas y asientos de sillas que hacían en la cueva con la anea y las palmas que el hermano acarreaba. También me confió una vez como mutuo secreto, al entregarme un dinero de la venta de unas monedas romanas que nos hallamos, que vendía las piezas antiguas que él y su hermano descubrían. Se las compraba un anticuario de Córdoba que se llamaba Marcelo y el arriero Agapito Paniagua.

Todo este barullo de imágenes y datos, que triturando terrones me salían de la memoria a borbotones y cobraban urgencia por ser aclaradas, vuelven a brotar ahora, aquí en su casa de Florencia, ante la librería que guarda los manuscritos de su padre y sus antepasados. Ya no me acordaba de nada de aquello, pero escribiendo estos ejercicios la verdad es que llueven los recuerdos. Me apresuro a invocarlos, acuciado por el temor a olvidar lo más importante que descubrí aquellos días finales de mi adolescencia.

Sin embargo, por los caminos de la memoria me topo sin querer con imágenes que no busco. Creo haber dicho algo de las cartas de don Jacobo. No lo sé. Lo cierto es que ahora mismo me asombro, por lo extraño en mí de la proeza de memorizar dos frases seguidas, y es que aquella tarde, a fuerza de recitarla, grabé parte de una carta de las que don Jacobo enviaba desde Francia a la Tata de la mano del arriero Agapito. Una de las cartas que la nodriza leía a los hermanos, en la tibieza perfumada de alhucema de la sala caldeada con el picón de la copa bajo la mesa camilla.

Recuerdo el silencio expectante de Jacobo y yo, y del grandullón el mudo, esperando a que terminara de abrir el sobre con los bordes de rombos azules y rojos. Aquellos sobres alargados como los que enviaban los emigrantes de la misma casa y de la calle. Yo estaba ansioso por escuchar las palabras que muy tierna y resuelta iba leyendo la matrona:

> «Querida Tata: Me alegraré mucho que a la llegada de esta te encuentres bien en compañía de tu familia y de mi Juan y mi Jacobo. Yo estoy bien, gracias al trabajo que tengo, con el que disfruto mucho y gano bastante dinero. No hace falta que tú me escribas. El hombre que te ha entregado esta carta con el paquete y el dinero me hablará de vosotros. Yo te las seguiré enviando de la misma manera, para no levantar sospechas, así estoy más tranquilo. No quiero que nadie se entere de lo que tenga que enviaros ni deciros».

Aquellas misivas que traía Agapito siempre decían lo mismo, al menos la parte leída en voz alta. Luego la Tata, si veía que yo andaba por allí se callaba o seguía leyendo en voz baja, susurrando para ella durante un rato, mientras los hermanos seguían con sus cosas con una naturalidad como si su padre, al que Juan no veía desde el 36, y Jacobo no conocía, —o decía no conocer, lo que siempre me desconcertó— estuviera en la alcoba de al lado. Recuerdo haber visto al mudo hablar por señas a la nodriza —mientras ella sonreía con un gesto que ahora me parece cargado de picardía o de astucia— para que le mandara algún recado a su padre, o le contara algo sobre el parto de una de las yeguas del semental Zabulón. Otras cartas las traía el cartero, y no Agapito. En ellas el padre se extendía explicando como era su vida en Francia, y relataba los pormenores de su trabajo excavando en yacimientos arqueológicos por todo el país. La Tata las leía en el patio.

Con la visión de esta carta vuelvo a escuchar en mi memoria las que las vecinas analfabetas de la casa y de la calle le traían a la Tata o a mi madre para que las leyeran. Las lecturas eran un alegre acontecimiento para los vecinos. En ellas, los emigrantes contaban mediante la escritura de otros en su mayoría, la nostalgia, la morriña melancólica y angustiosa que latía en sus corazones. Una melancolía aliviada con el regocijo de los hijos y las mujeres al recibirlas con el giro del dinero. La alegría de la familia superaba los sufrimientos y la soledad.

Los emigrantes elogiaban sus trabajos, sus largas jornadas en las fábricas, día tras día, mes tras mes. Algunos se llevaban años tras años, ahorrando para hacerse su casa digna, con su cuarto de baño y sus dormitorios separados para los niños. Se hacían ellos mismos la comida, la colada; apenas salían de las residencias, salvo para trabajar. Muchos de ellos leían, conversaban, aprendían oficios, nuevas profesiones; escuchaban experiencias y noticias que en España estaban prohibidas. Solo trabajar y descansar el domingo. Era lo que faltaba en su tierra: trabajo, seguridad, dignidad. Contar los días pensando en la familia, en las tierras que algún día repartirían en las marismas, en los amigos. Recontar lo que se iba ahorrando para hacer la casa, para los estudios. La universidad para los niños. Ponderar la diferencia, los derechos laborales y sindicales, elogiar los subsidios generosos por hijos, tan diferentes a los míseros de su país. Permanecer durante meses, hasta un año sin ver a la familia, recelosos de perder un trabajo, unas condiciones sociales que en España ni se podían soñar.

Al rato de pasar el cartero, en los patios de ladrillos soleados y de tierra apisonada, junto al jazmín o al limonero, a la sombra de los testeros, junto a los geranios y las macetas de albahacas o alrededor de la mesa camilla, se formaban corrillos de oyentes. Al cabo de varias cartas, en el ambiente flotaba una letanía de ternura, entre las lágrimas enjugadas por

las mujeres con el filo del delantal y la esperanza que sobrevolaba durante días las austeras alcobas y los corazones rebosantes de aliento de las familias.

Ahora, evocando aquellas epístolas y su alentador contenido de promesas y de ilusiones, me viene a la memoria las que Jacobo y yo les escribiríamos una década más tarde a algunos compañeros de la residencia de Alemania que no sabían leer ni escribir. Sin pedirles opinión al respecto, nosotros añadíamos a lo que nos dictaban requiebros y frases cariñosas y picantes de nuestra cosecha. Claro que luego estábamos obligados a traducir a nuestra manera, cuando leíamos la respuesta de la novia o la esposa. De aquella manera, en pocos meses supimos del afianzamiento de algunos enamoramientos platónicos y reales, sobrevenidos con aquella correspondencia. Pero me duele recordar, y lo he comentado con mi amigo, el caso indeseado de un sevillano que cuando llegó de vuelta a casa se encontró a la mujer con otro, y la cartilla del banco sin un duro, por no haberlo puesto en guardia de mis sospechas, cuando le leía y omitía lo que era evidente. Y es que no quería darle al hombre el inevitable disgusto.

No quiero alejar todavía el recuerdo de la explanada de la alfarería.

No quiero olvidar. No quiero ser un vegetal.

Ya, ya sé que me pierdo y que luego tendré que ordenar todos estos papeles que hay debajo de esta estatuilla. Por cierto, Jacobo ha sacado clavada la cara de Juan Bernabé en esta figura.

Pero, ya no sé por qué vuelve a la memoria otra vez aquella tarde triturando terrones. Se abre de nuevo la brecha que abrió tan dura jornada, que trocó el final de un sueño de adolescente en una azarosa pesadilla. Aquel cambio que fue propiciado, eso creo ahora sinceramente, por el impacto de una mera anécdota —el derrame del barro en la Plaza y la mirada de Juan Bernabé— días antes me hubiera dejado indiferen-

te. Del mismo modo que Paulo de Tarso, salvando las distancias obvias, quedaría a causa de otras caídas de su caballo, anteriores a la definitiva que cambió para siempre el curso de sus creencias. Yo también sentí como las mías ya de por sí endeblitas se diluían en una incertidumbre que urgía respuestas inmediatas. Una inquietud que me hundió en una pesadumbre incomprensible y opresiva. Todo mi corto pasado se representaba desde aquel día, durante mucho tiempo, con nuevos contornos y significados.

Se fueron los recuerdos como se evaporaban los goterones de sudor de los terrones de barro. Me viene a la cabeza las frases de mi amigo. «Hay que escarbar en la memoria sin cesar hasta llegar a la primera piedra de nuestro uso de razón, a esa tierra virgen donde acaba el conocimiento humano, al principio de todo». Leo la que tengo delante: «No te alobes y quédate siempre *a la já* del suelo». Escarbo de nuevo. Encuentro recuerdos que daba por desaparecidos. Pero no doy con el primero. Si es que hay alguno que lo sea. Ahora solo veo algunos de los que oreé en la explanada, exprimidos por el sol violento que resecaba el barro y calentaba el viento. Y flecos, pinceladas, fragmentos de la memoria dispersos como un mosaico descompuesto, que hubiera perdido elementos indispensables para su comprensión: las imágenes de mi abuela sentada en la silla baja en el patio arrimándome la cucharilla con migajones de pan mojado en huevo pasado por agua. Acaso sea ese el primero, si es que antes de los dos años y medio que yo tenía cuando murió es posible grabar ya alguno. Algo me dice que no, que hay palabras más antiguas.

Libros. Veo libros. Veo las secuencias de mi abuelo en el cuarto agarrándose a la cuerda amarrada al cabecero de la cama para incorporarse a beber vino del jarrillo de lata de la mesilla de noche. Escucho su voz amenazando ahorcarse de la viga si no le traían el vino. Veo la alacena con los platos. Siento a mi tía Castillo sollozando cuando me aupaba y me asomaba

al oscuro y desierto cajón de la cómoda alumbrada por las débiles llamas como gotas de oro de las mariposas varadas en el platillo de aceite usado. Las preguntas sin respuestas que le hacía sobre su marido. La imagen desleída y mutilada de mi tía conmigo en brazos reflejada en el viejo espejo del lavabo. El azogue estaba carcomido; reflejaba una imagen cariada, falsa como la realidad que hasta entonces conocí, y que al final de la adolescencia me atenazaba el corazón, me nublaba el entendimiento.

Y ante las ambiguas trazas de algunos recuerdos, centellea el brillo de la bala del llavero de Jacobo, evocando las letras escritas con sangre por los dedos agónicos de su abuelo en la pared encalada. Dudas, preguntas sin respuesta, angustia, pesadumbre, soledad, impaciencia, desdén, vacío, algo de odio, envidia, ansiedad, tristeza. Al final, como una bocanada de aire fresco, un ataque de alegría que estalla y aviva el escalofrío de la flama agosteña. Casi perdí la estabilidad de mi pobre juicio, aturdido por la nueva percepción de la realidad.

No sabía nada del marido de mi tía. Ni si el padre de Jacobo era su padre, o era don Gaspar, o Juanillo *el Poleas*. Ni porqué ni quién mató a los abuelos de mi amigo, ni que significaban las letras oscuras de las láminas de cal que desconchamos del muro cuando éramos unos críos. Tampoco sabía si Jacobo había descubierto su significado. Ni adónde ni cómo murieron sus abuelos maternos, después de huir por el río con otros fugitivos con la intención de pasar al bando republicano. ¿Él tampoco lo sabía?

He vuelto a mirar las letras en el interior de la vitrina, y me alarmo por mi crónica falta de atención y desatino, al ver que ahora, al pie de los fragmentos escritos con sangre que nunca entendí, «P AE Z L M», hay dos palabras en letras de cartulina troquelada, inéditas para mí: «PRAE ZABULON».

No entiendo lo que dice. Sé que Zabulón era el nombre de uno de los burros del Mudo, el garañón.

Pero ¿qué palabra es esa, *PRAE*? No lo sé. Me separo de la mesa, inquieto, para coger un diccionario de latín viejo y gastado de la estantería con la intención de traducirla. Pero antes de darme la vuelta, detengo la vista abrumado al reparar en tres palabras pequeñas al pie de los caliches: «Delante de Zabulón».

¿Qué había delante del semental? ¿Qué guardaba con tanto celo el solitario y misterioso Juan, que anda ahora siempre paseando por la Plaza de la Señoría con sus ochenta y seis años que lleva como un saco de plumas? ¿Por qué habla perfectamente ahora y antes nunca dijo una palabra? Y de colofón, como si fuera el telón que cae después de una función teatral, el pisapapeles con la imagen de Juan Bernabé evoca su mirada limpia. Me recuerda las preguntas que me hacía sobre la manía que la iglesia y los señoritos tenían al grupo de estudiantes del teatro, alguno de cuyos miembros había visto vestido de cura, a punto de acabar sus estudios en el seminario.

Aquella jornada en la explanada la terminé casi al sol puesto. Acabé más agotado por la indigestión de incertidumbres que por la faena de destripar terrones, que ya era dura. Eché de menos la compañía de mi amigo y las historias de la República. Añoré como nunca el amparo y las explicaciones que daba Jacobo. Lloré de rabia y de impotencia, de pena, de tristeza. Sentí que había perdido algo irrecuperable, como una felicidad dulce que se había ido por el sumidero. De pronto, había descubierto los desgarros de la amargura. Ya no era un chaval inocente y feliz.

Cuando terminé de machacar todo el barro, me recreé en su extensión. Era como un océano de pequeños riscos azulados y en calma, teñido suavemente del rosa dorado del crepúsculo. Recogí las herramientas. Luego fui a entregarle a Jacobo algunos trozos de un brazalete de mármol, y una moneda deforme que había encontrado entre los terrones. Pero mi amigo se había marchado ya, igual que todos los demás, sin darme cuenta, alobado como estaba con el ímpetu ob-

sesivo de mis pensamientos. Por las ganas de terminar aquella maldita faena.

Yendo andando para casa cabizbajo, amargado y asqueado con todo lo que me rodeaba, decidí dejar la alfarería.

8. VAGANDO POR LAS CALLES

Al día siguiente estuve igual de abatido retirándole al maestro los cántaros recién hechos del torno. Entre vasija y vasija, sacaba de la sombra del taller al patio soleado las piezas del día anterior, ya algo endurecidas, girándolas de vez en cuando para que no se deformaran ni violentasen. Metiendo, sacando, girando y volviendo a girar centenares de cacharros y arrimando pellas de barro en silencio rumiaba la manera de largarme de aquel infierno. Pero ¿irme adónde?, si muchos trabajadores mejores que yo vagaban por las calles sin saber adónde ir, aburridos e impotentes por no poder llevar nada a sus casas. A qué trabajo me iba si estaba allí porque me habían recogido cuando vagabundeaba por las calles como un inútil. Si además debía agradecer estar haciéndome un hombre de provecho como quería mi padre.

Jacobo no apareció en los días siguientes. Tuve que llenar yo solo las dos albercas de terrones, e ir por varios portes de agua con el carro del bombo de hojalata a la huerta de *la Pelaíta*. Por allí andaba otra vez la gente del teatro, y de nuevo cerca de ellos la bestia me la jugó, desbocándose al galope hasta que pude retenerla subiendo un terraplén. Un día más terminé a las tantas, tras dejar los dos pilones con el barro en remojo para amasarlo al día siguiente. Trabajar de sol a sol un día tras otro con la cabeza y la espalda caliente, cavilando sin parar con dejarlo todo. Irme de allí, volar, perderme de aquél pueblo maldito, olvidarme de quién era. Pero, ¿adónde coño iba? A ningún sitio, no era capaz de largarme. Era un cobarde. Un inútil. Un fracasado.

Durante el resto de semana mi amigo no apareció. Lo vi una mañana cuando salía de mi casa para ir a trabajar. Jacobo iba en el quitrín con don Gaspar a una loma del Cerro Benito donde habían descubierto días antes un yacimiento de tumbas y ajuares prehistóricos y un taller de herramientas de sílex del paleolítico. Le dije que le tenía guardadas unas piezas, que se las daría cuando fuera a la cantarería, pero Jacobo respondió que no iría más, que se dedicaría una temporada a buscar en varios yacimientos.

Poco días después ya no pude aguantar más. Cuando royéndome la cabeza llevaba un zurrón —la panza de un cántaro recién hecho— para dejarlo en el suelo del secadero la ira, la rabia me desquició, y al pasar por delante del montón de restos de arcilla junto a la mesa de amasar la estrellé con violencia quedando aplastada, deforme, soldada al amasijo de despojos. El maestro Andrés me miró fijamente. Sereno y apacible, como leyéndome el pensamiento, me dijo que me fuera, que hiciera lo que me diera la gana pero que no rompiera lo que tanto trabajo le costaba hacer. Cuando llegué a mi casa, avergonzado todavía, le dije a mi madre que no iba más. Luego me fui a dar vueltas por el pueblo como un perro sin amo.

Aquel verano del 69 lo acabé vagando por las calles sin saber qué hacer. El entretenimiento que me busqué, además de haronear por la estación mirando con envidia a los que se iban al extranjero, era ver las funciones de teatro en la plaza del Mantillo, o en algunos campos en los que Juan Bernabé y el Teatro Estudio Lebrijano improvisaban un escenario dentro de un círculo formado por remolques. También iba algunos días con Jacobo de peón a alguna excavación, pero me intimidaba la presencia de don Gaspar. La paciente faena de limpiar con un pincel las superficies de los restos de cerámicas, de huesos y lascas que descubrían con sus piquetas era irritante. Además, el dinero que daban tampoco me satisfacía en absoluto. Pero había días en que don Gaspar no iba, y si

lo veía salir con su chófer para alguna de sus fincas, esas veces me dejaba caer haciéndome el encontradizo con el equipo de aficionados que iba Jacobo. Solo por curiosear.

De aquel tiempo recuerdo la inquietud que agitaba a aquellos buscadores de tesoros, pues eso me parecían a mí, ya que llegué a soñar, como algunas veces cuando sacaba barro de los barreros del Castillo, con los seis candelabros de oro que pesan cerca de ocho kilos. Y eso que había transcurrido muchos años desde que los hallaron unos operarios sacando barro en la *Higuera de Pinteño*. El sitio del hallazgo estaba muy cerquita de donde nosotros cavábamos. Ahora se pueden ver en el Museo Arqueológico de Madrid. Y es que había como una fiebre que se extendía y contagiaba a todos los aficionados de Lebrija, de Ligustia, de toda la zona del Valle del Guadalquivir.

A veces salía del pueblo para ayudar en algún yacimiento fuera de la comarca. Además, de ir con Jacobo y por las horas de conversaciones, o mejor dicho por los monólogos que mi amigo me soltaba —y me suelta todavía sobre la arqueología en Lebrija y los alrededores de la ciudad— me fui enterando de los yacimientos y las ruinas que había por Andalucía. Una vez, de niño, me aseguró que debajo de la ladera del Cerro de Ligustia estaban enterradas las ruinas romanas que unos antepasados suyos encontraron debajo de unos baños árabes. Pero nunca más me comentó nada sobre esas ruinas. Y una vez que le pregunté por ellas, ya de mayor, me respondió que eso era una leyenda, una patraña que nadie creía. Por eso nunca excavaron en su búsqueda.

Un día fuimos a los arenales del Cerro Benito. Estuvimos trajinando entre lo que Jacobo decía que eran los restos de un poblado indígena. Habían encontrado unos silos y sepulturas con huesos, algunas vasijas de cerámica, cuchillos de sílex. Hallaron también unas hachas pulimentadas junto a unas puntas de flechas, y algún collar que un antiguo difunto llevara puesto

el día que lo enterraron. Los alrededores del Cerro y de la ermita habían sido expoliados. En los intentos de saqueo infructuosos, o con éxito, los buscadores de tesoros fueron cavando pequeñas cuevas y galerías, algunas de ellas abandonadas al poco de iniciadas, dejando la zona como un hormiguero gigante con lomas de tierra y piedras removidas y amontonadas.

También comentaban que cerca de la Plaza de España se hallaron más silos, unas cuantas hachas de diorita y un vaso campaniforme que tenía en su colección un rico terrateniente de la ciudad. Otra vez fuimos a rebuscar una viña. Aquel día sacamos varios cuencos de cerámica con alisadores y unas cuantas balas de honda. Estuvimos en los pagos del *Alamillo,* en *Quincena*, en *Monteroja*. En el cerro de *Las Vacas* habían hallado un esqueleto humano y unos cuchillos de sílex con un hacha y varias agujetas de bronce. Al día siguiente limpiamos los trozos de cuatro vasijas de barro muy toscas y antiguas. Y un hacha de cobre.

Jacobo me contaba que habían hallado en los últimos doscientos años, desde que Rodrigo Caro recomenzara unas excavaciones, —de cuya conveniencia ya había apuntado algo Elio Antonio— una incalculable fortuna en herramientas, en tesoros enterrados cerca de asentamientos indígenas sobre los que luego construyeron los fenicios, los cartagineses, los romanos, los árabes.

Yo creía que la pasión por encontrar estatuas y piezas antiguas había nacido a raíz del hallazgo en el año 23 de los candelabros fenicios. Sin embargo, mi amigo asegura que esa fiebre por lo clásico la contrajo Elio Antonio de Nebrija durante los diez años que estuvo estudiando en Bolonia y en Roma. Dice que allí se bebió Antonio toda la energía renacentista y el humanismo que por entonces brotaba en Italia. Una enérgica tendencia, afirmaba, a encontrar y valorar lo clásico que no había desaparecido con la avalancha destructora del cristianismo. Restos de la grandiosa y

generosa herencia de griegos y romanos, de los cuales él se sentía descendiente.

«Fue él» me repetía Jacobo, «Antonio Martínez de Cala, nuestro gran humanista y filólogo el precursor, quien abrió la primera brecha para introducir el Renacimiento en España, quien convirtiera en verdaderas disciplinas históricas el estudio de la Geografía y de la Historia. Él fue el primero que echó los cimientos para el conocimiento de la historia de Lebrija, el primero que escribió sobre su ciudad natal, el que más influyó en los escritores que le siguieron durante siglos. Fue el pionero en identificar los antiguos esteros y los caños de marea con la depresión del Guadalquivir, tras la lectura de los originales de Estrabón y otros escritores griegos y romanos».

Jacobo insistía y se jactaba como si le fuera algo personal en ello. Se refería a Elio Antonio con un tono afectuoso y cordial, como si hablara de un miembro cercano y querido de su familia. Comentaba el hecho histórico de que por sus conocimientos profundos del hebreo, del griego y del latín, el cardenal Cisneros se decidiera a elegirlo como traductor y editor de la Biblia Políglota. Aunque lo fuese por poco tiempo, porque fue enseguida retirado y marginado de la traducción, al percatarse el confesor de la reina de que la tendencia ideológica que Elio Antonio seguía para traducir del hebreo tiraba más al espíritu de libertad de Erasmo de Rotterdan que a la vetusta y rancia interpretación de los textos sagrados establecidos en la *Vulgata*. Porque Elio Antonio aspiraba a una revisión de la *Vulgata* con la ayuda de la lengua hebrea, la cual casi todos desconocían en Salamanca, y no a la sobria intención de Cisneros, que estaba decidido a «no cambiar nada en las lecciones comúnmente respaldadas por los manuscritos antiguos». Pero Nebrija se rebrincaba, se indignaba al ver que los traductores de la Políglota incurrían en graves errores. Uno de ellos, señalaba burlón Jacobo, era que la palabra grie-

ga *Abra,* que quiere decir *Moza*, ellos se empeñaban en que era hebrea y significaba *Padre de las alturas*.

«Y no quedó ahí la cosa. Cuando el inquisidor Deza se alarmó, porque un seglar como Nebrija se empeñara en fijar el texto crítico de la Sagrada Escritura, confiscó sus papeles y le amenazó con un proceso de cuyas nefastas consecuencias pudo librarle su fama y sus poderosas relaciones, adquiridas por su superioridad sobre los italianos y humanistas que entonces había en España. ¿Sabes que si le hubiesen dejado dirigir la traducción otro gallo cantaría?», decía Jacobo melancólico. Pero mi amigo aún me atosiga hablándome de Nebrija, cuando sube aquí al estudio, y ve que no me aclaro emborronando la libreta. Tanta matraca me da que si tuviera que escribir todo lo que hay en ese chisme grabado llenaría varios cuadernos. Clara también habla con él muchas veces, pero cuando estoy yo ella se queda poco tiempo. No quiere quedarse a solas conmigo. Yo eso lo sé, porque estoy seguro que teme enfrentarse a la realidad. ¿Y el petardo del marido? A ver si se muere de una vez. Ay, no sé por dónde iba.

«Fue la certeza que Elio Antonio adquiriera estudiando los originales de los geógrafos e historiadores clásicos, de que Lebrija había sido fundada en un lugar junto a la costa cerca del Cerro Benito y del Huerto de Baco, un lugar cerca del Fontanal, lo que contribuyó a introducir en España la ciencia hasta entonces desconocida de la Arqueología. Desde entonces hasta ahora no cesan de buscar vestigios por todo el país. Fue Elio Antonio quién primero intentara excavar en el Cerro Benito y, como puedes comprobar, mi querido Adán, esa fiebre que traía de Italia aún persiste y contagia a mucha gente. Hasta tal punto creyó nuestro gramático que Lebrija había sido rica en cultura y productos de la antigüedad, que aún hoy anda por ahí, creo que en la Biblioteca Nacional, esa frase suya que lo atestigua y reza que “Apenas podrá gloriarse

población alguna de haber encontrado en su recinto más vestigios de la antigüedad, ni más particulares”».

Después de abandonar los cántaros y errar por las calles hasta aburrirme, me distraía con los montajes del Teatro Lebrijano o escuchando las historias que contaba Agapito Paniagua cuando venía con su gente y su reata de caballerías. Otras veces iba con Jacobo a las excavaciones, creo haberlo dicho ya. Entretanto, mis costumbres y mis gustos fueron cambiando sin darme cuenta. Incluso comenzó mi relación con las mujeres, que hasta entonces solo habitaban mis ardientes fantasías. Pero eso ahora no viene a cuento. Aunque tal vez lo cuente más adelante, si me da tiempo antes de que se me borre todo de la cabeza. Hay días que estoy fatal. No me acuerdo de nada.

Durante varios meses —todo el resto de verano y parte del otoño— hubo días en que se me amontonaba el trabajo, por así decirlo. No ganaba un duro, excepto lo que Jacobo me daba algún día que otro por alguna pieza, más alguna peonada que me pagaba don Gaspar. Sin embargo, aquel dinero era más que suficiente para mis gastos, aunque me remordía la conciencia por no darle nada a mi madre, que siempre andaba escasa, arañando del salario mínimo de mi padre, estirando las pocas perras que sacaba haciendo blusas y pantalones para los mozos que se casaban. Pero me sentía a gusto con los horarios y con la libertad que había conquistado. Además descubría a medida que presenciaba las obras de teatro una nueva forma de saber lo que ignoraba. Era distinto a leer tebeos del *Capitán Trueno* y las *Hazañas Bélicas* de la Guerra Mundial.

Ahora recuerdo cada vez con más claridad, en la confortable y soleada residencia de mi amigo, rodeado de cosas que me son familiares y creía muchas de ellas olvidadas, admirando el busto de Juan Bernabé que pisa las hojas escritas, la sensación nueva y extraña cargada de gratitud y simpatía que yo notaba tras las funciones de teatro que daban por las pla-

zas y los campos los estudiantes. Pero también siento ahora, como aquellos días —incluso con más ardor, quizás azuzado por la angustia, por el temor de agotar el poco tiempo que me queda —una impaciente curiosidad por unir, como Jacobo hacía con los caliches, los fragmentos dispersos que aletean en mi memoria. Pero esto es una anarquía. Tengo hojas amontonadas en la mesa. Y los pisapapeles atestados. ¿Dónde está Clara que no se las lleva?

Porque si es verdad que la endeble certeza que yo albergaba sobre la historia se vino abajo como una tromba de agua fría, no es menos cierto que al invocar para atraparlas imágenes y palabras de Jacobo y su familia, estas se derrumban cuando descubro que nada es como yo pensaba. Si existe alguna verdad no era, ni es, la que yo conocía. Siento que esas creencias se me escapan de la cabeza como se escurren los granos de un puñado de arena fina.

Escarbar en la memoria abre nuevos filones, nuevas galerías. Aparecen caminos inauditos que se bifurcan en angostos senderos donde abundan lagunas e incertidumbres. Esto también es arqueología, o eso me parece a mí. La memoria será inmensa como la vida, pero lo que queda de recuerdo es muy limitado. Se recupera solo una mísera parte de lo vivido. Y si se pierden los recuerdos, como uno los va perdiendo, desaparece todo. Lo que queda es el imperio de la demencia. El clamor y la sinrazón de la imaginación dislocada, el caos, el colapso de la vida. Creo que si se pudiera extraer todo lo sedimentado en la memoria a lo largo del tiempo, necesitaríamos otra vida entera para recordarlo. Si además quisiéramos recuperar todo lo tejido por la imaginación, nos harían falta varias, infinitas existencias.

Hay cosas que quiero y no logro poner en pie recordando. Hay momentos que, luego de transcurridos, no recuerdo qué hice durante ellos. Algo raro me pasa. El otro día quedé con Clara en la joyería de Aurora en el *Puente Viejo*, y cuando iba para allá perdí el norte y

la memoria, y estuve vagando un par de horas por las calles de Florencia sin saber dónde estaba. No atinaba a volver sobre mis pasos. Cuando vine a recobrar el hilo estaba sentado en las escalinatas del *Palacio Pitti*. Allí me encontré a Clara. Me dijo que venía de la cúpula del *Duomo*.

En cambio, hay imágenes del pasado que veo cada vez con más claridad, con una claridad parecida a la de los sueños que se recuerdan. Y a esa inmensa luz quiero y me apetece volver cuando me siento a la mesa, afilo el lápiz y me pongo a escribir. La realidad no me interesa, a no ser que Clara ande por aquí. Ya se queda más tiempo. Desde que me perdí el otro día no me atrevo a salir solo, aunque no creo que eso sea muy grave. Sé de un amigo al que le ocurrió eso varias veces hace muchos años, y aún va por ahí y viaja tan tranquilo. Pero no quiero que sepan lo que me ocurrió. Quiero que me dejen tranquilo. Las hojas de la libreta se acumulan debajo del busto de Juan. Estas no quiero que las lea, las dejaré aparte. Hace días que no viene.

Sigamos adelante. Volvamos de nuevo al año 69, a los días posteriores a mi postergada rebelión contra el trabajo. Regresemos a mis visitas a los yacimientos cuando estaban solitarios. Me gustaba ir solo, indagar en las cuevas, en las tumbas y en las galerías del Cerro Benito, en los alrededores del Huerto de Baco, aunque rara vez lo conseguía, porque no era yo el único que tenía interés en las búsquedas furtivas en las excavaciones. Casi siempre me encontraba a alguien ansioso por saquear, fisgoneando en los recovecos de los pequeños túneles abandonados. Uno de los furtivos, al que yo más le huía, no por miedo, sino más bien por alejarme de su influencia, que me atraía desde chico como un imán, era Matías Corrales, otro amigo de la infancia del que más adelante quiero hablar largamente. Ahora quiero recordar los yacimientos, fijarlos con el lápiz ayudándome con los datos que me proporcionan las vitrinas de Jacobo, las cuales con-

tienen parte del catálogo de aquellos tesoros y restos arqueológicos de la comarca.

No solamente el Cerro Benito y los alrededores del Castillo y otros parajes de propiedad pública habían sido cueveados por orden de algunos señoritos y aficionados a la pasión que trajera Elio Antonio de Italia. Había yacimientos conocidos, y también secretos, en numerosos cortijos y fincas privadas. Puedo leer en la vitrina los nombres de *Melendo, la Reyerta* y *Pozo Viejo*, *Las Alberquillas*, *Micones, El Bujadillo, La Atalaya* y *Paternilla. El cerro de las Carrascosas, Overo* y *Overuelo* y *la Gamonosa* y *el Cerro de las Vacas. La Mesa de Cataño,* la cuesta de *Las Monjas, Los Villares, Gibalbín, la Norieta* y la viña de *Los Socios*, *la Marisma de Retuerta*. Allí se encontraron monedas de oro y bronce de la época romana y árabe. Allí se extrajeron columnas, fustes, capiteles, algunos torsos y bustos romanos y lucernas de barro oscuro de los fenicios.

En el terraplén de la cueva de Ligustia, horadada en una ladera de doce fanegas de tierra que antepasados de Jacobo compraron con parte de la fortuna que hicieron como indianos, donde comenzaron a cavar para construir los hornos de una alfarería, se hallaron piedras romanas y restos de muros de ladrillos paleocristianos. Los restos se utilizaron para hacer los pesebres, el arco de la entrada, y en reforzar las paredes y las bóvedas derrumbadas de la cueva. Hallaron también piezas de cerámicas y un cinturón de oro de la época musulmana, rebujadas con algunas monedas y ánforas romanas y brazaletes de oro; y un montón de balas de honda de bronce y de plomo como las que tiraba el mudo con la honda. De todos estos hallazgos, la gente rumoreaba que los tenía escondido en algún lugar el *Muo Paula*. Pero nadie sabía dónde. Jacobo me decía, burlón y sonriendo, que eso eran leyendas inventadas por cuatro *chismorrones* envidiosos.

En una de las vitrinas acristaladas del estudio están custodiadas —algunas junto al dibujo que de ellas

hiciera el padre o los tatarabuelos de Jacobo— hileras de joyas fenicias de oro fundido, un lucernario, pebeteros hechos con barro del Castillo, una espada, varios puñales de lengua de gato y varios jarrillos de bronce. Dos jarros y un aguamanil de plata, varias fíbulas y agujetas, varios leones, ciervos de oro rodeados de pendientes y brazaletes reposan en una balda de cristal con dos reproducciones pequeñas de un pesebre de oro y una pila de plata como los que hallaron de la civilización tirsena. Hay varios trozos de columnas de jaspe, un cacho de capitel con apuntes manuscritos de Ligustia. En una viña de la *Mesa de Cataño*, el mismo obrero que se encontró los candelabros fenicios en los barreros se encontró una vasija que contenía sesenta monedas de oro árabes. En la balda de abajo hay una hilera de lascas de sílex alargadas, con un mango de madera como si fueran puñales de piedra.

9. LA CUEVA DE ZABULÓN

Sin ánimo de interferir en el relato de Adán, quizá sea oportuno advertir alguna cosilla. Las hojas de su cuaderno están más claras, menos embarulladas que al principio. Sobre todo las que copia, porque cuando transcribe y no piensa, como él asegura ciertamente que el médico le ha prescrito, su memoria parece quedar en blanco. Su cerebro actúa de otra manera. Pero copia y escribe sin orden ni concierto. Lo mismo coge un libro cualquiera, y copia una página que no viene a cuento del hilo de su historia, que transcribe lo que hizo antes eliminando tachaduras. O escribe durante varias horas saltando de un tema a otro sin criterio definido, volviendo a escribir recuerdos como si fuera la primera vez.

*Como ya se dijo al principio, este escribano cambia muy poco al pasar lo manuscrito a la computadora, aunque ordena y limpia lo que enturbia si él no lo ha hecho antes cuando copia. Pero cree que debe avisar al lector de los errores que Adán comete en ciertos pasajes; al menos de los más importantes para su correcta comprensi*ón*. Por ejemplo, el soldador incurre en uno muy gordo al contar que cuando perdió la memoria la recuperó sentado en las escalinatas del Palacio Pitti. Eso es lo que pone en la hoja de libreta, ciertamente. Pero la verdad es que fue Clara quien lo encontró perdido en la linterna de la cúpula del Duomo, sin dar*

golpe en bola de dónde estaba ni como bajar de allí. Y también es verdad que ella lo guio hasta que recobró la memoria en las escalinatas del Palacio.

Otra cosa que se aclara es la omisión que hace de la visita que hizo al neurólogo, acompañado por Clara y este redactor. Aunque Adán menciona algo sobre ella, quizá sea necesario reseñar el diagnóstico.

Según el especialista esos fallos de memoria parecen síntomas de una d*egeneración neuronal, de una incipiente destrucción de células nerviosas. Pero todavía es pronto para determinar si se trata de alzhéimer. Deberá hacerse unos análisis para ver si hay algo orgánico. Le harán también unas pruebas de imagen cerebral, y una exploración neurológica para evaluar el grado de deterioro cognitivo.*

En principio, el médico opina lo mismo que en la consulta anterior: que por su historia clínica y su vida laboral quizá se pueda determinar que son los síntomas de una enfermedad tóxica, adquirida por la exposición excesiva al aluminio durante muchos años trabajando ese metal.

De momento, el neurólogo le ha encarecido que copie textos, si se fatiga demasiado recordando. Y en eso anda con la inestimable ayuda de Clara.

Cuando me aburría por no encontrar alguna pieza que valiera la pena, que me reportara algún dinero de la venta que Jacobo le hacía al arriero Agapito o a Marcelo Rojas el anticuario, me iba a buscar a la gente del teatro. Si no sabía en qué lugar preparaban el

montaje, me pasaba por la puerta del instituto y por la plaza, o por la puerta del Centro Parroquial —me daba corte entrar allí— para husmear por dónde andaban. Pero había algún día que adrede me levantaba a las tantas, y lo único que me apetecía con ganas era irme a beber vino a alguna taberna con los hombres que no tenían trabajo. Por la tarde, después de comer me acostaba otra vez aburrido, pero a gusto sin tener nada que hacer. Otras veces me llevaba horas leyendo novelas y tebeos, o me iba de zanganeo a la estación o al Castillo.

Sí, También había días que me levantaba temprano para ir a la estación a ver como se despedían de sus familiares los que se iban a Francia, a Alemania, a Suiza, a Holanda y a Bélgica, a Barcelona, a Bilbao. Aquellos hombres con sus maletas de madera y de cartón atadas con cuerdas, con sus paquetes de papel de estraza que rezumaban lamparones de grasa de los embutidos y con envoltorios de cajetillas de tabaco me daban envidia. Había algo en su actitud de despedida de alegría, de ilusión, como de saber con certeza que allá donde el tren los dejara gozarían de una vida diferente y mejor, cargada de expectativas y bienestar. Yo notaba que algunos de esos hombres no podían disimular su regocijo, mirando el reloj de la estación con inquietud y desasosiego.

A muchos de ellos los conocía de la calle, de verlos salir para el campo con la bicicleta y la soleta, o andando con las cuadrillas de mujeres hasta los tajos para coger garbanzos si había blandura o para escardar. Los veía también en las largas temporadas sin trabajo deambular aburridos por las calles; y salir del interior de las chumberas donde algunos se escondían entre los pitacos a jugar al *rectoi*, al *sinley*, al *póker*. Cuando por fin el tren arrancaba, mi corazón daba un brinco de angustia, me invadía un sentimiento de soledad, como una extraña sensación de desamparo, pero al mismo tiempo, la salida del tren ganando velocidad me infundía, como el final de las representa-

ciones de teatro, una inquietud en la que latía una anticipación de placeres. Yo me moría por coger un tren de aquellos, montarme en uno de los vagones con los asientos de listones de madera, salir del pueblo, irme donde fuera, lejos, muy lejos.

Otros días daba un salto de la cama como dispuesto a comerme el mundo, con una energía desconocida que me desbocaba, alentado por alguna imagen grabada en la memoria de las actuaciones del *T.E.L.* Y expectante y atento ante la posibilidad de sorprender la mirada de Clara indagando en la mía, sentada con su señorito repeinado con brillantina en dos sillitas sevillanas flamantes, justo en la primera fila delante del escenario instalado en la plaza del Mantillo.

Porque yo quería ya entonces que Clara supiera que estaba enamorado de ella. Y debió darse cuenta por mi forma de mirarla. Tuvo que sentir algún pálpito en su corazón, porque el esplendor de su natural lozanía alcanzó una hermosura sublime, limpia y liviana cuando con cierto disimulo me observaba. Estalló en el brillo radiante de sus ojos entrecerrados, en la redondez rosada de sus pómulos, en la curva deliciosa de sus labios. Hay cosas que uno lamenta no haber hecho en su momento, y una es haberme dejado hechizar por una mujer mayor que yo el mismo día que debí declararme a Clara. No lo hice detrás de la muralla del agujero aquella semana santa, y tampoco me atreví aquella tarde en el Mantillo. Pero eso es otra historia que ahora me duele recordar.

Seguí varios montajes por plazas y por algunos campos de Lebrija, y alguno que otro por Ligustia, curioseando el trajín de los estudiantes con un remolque cargado con maderas y tramoyas y focos y cajones de donde sacaban cortinajes, telones, bambalinas. Andaba pasmado con el montaje de aquellos trastos con los que formaban una especie de escenario improvisado. Luego salían a actuar con atuendos de jornaleros, de curas y de guardias. De entre los actores, a los cuales yo admiraba por su desenvoltura y sus modales,

había dos que me llamaban más la atención, por la energía que desprendían tomando decisiones, por la seguridad que mostraban en el escenario.

Uno de ellos, al que Jacobo llamaba con guasa *el Zapatones,* era bajo y anchete de estatura, muy altivo y algo cabezón con los pelos recios y negros rizados y rebeldes. Usaba unas gafas de montura oscura, y miraba a través de los cristales gruesos con unos ojos vivos grandes y saltones, inquietos, como queriendo atrapar con su mirada la atención ya de por si entregada de los espectadores. A este actor, con su voz dotada de un timbre algo metálico y enérgico, que hablaba con imperativos de manera vehemente y mandona, lo había visto yo algún tiempo antes vestido de cura de verdad, en la iglesia, no sé si para decir misa o celebrando algo relacionado con sus estudios. *Zapatones* se convirtió años más tarde en el primer alcalde democrático que nosotros conocimos, y a mí me parecía al verlo que seguía en el escenario actuando, en otra obra de teatro que duraría más de veinte años.

Decían que el director del grupo, Juan Bernabé, también había estado en el seminario, pero que tuvo que abandonar los estudios por falta de dinero: la beca que un señorito de Jerez le concediera para sufragarlos se había agotado. Era quien más me atraía. Más por el aura misteriosa que parecía envolverlo que por las palabras que nos dijera dirigiendo o actuando; que también estas palabras se quedaban latiendo dentro de uno, clamando por ser entendidas durante una temporada. Era aquél muchacho flaco con un zurrón de franjas de colores colgado del hombro que me atravesó con su mirada, con aquella sonrisa piadosa, como compadecida, la tarde que tuve que recoger el barro desperdigado desde *el Frenazo* hasta el Ayuntamiento.

Ahora mismo acaricio su busto fundido por Jacobo que uso de pisapapeles. Con la barba corta y clara confinada en el mentón y el pelo algo rizado, delgado, con un chaleco sin mangas de piel de borreguito sobre

un jersey de cuello alto del que asoman los filos de la camisa. Tenía en la mirada algo de nobleza, de bondad, de dulzura, su actitud era humilde. Pero recuerdo que cuando dirigía era muy desenvuelto, mostraba una inquietud diligente y atractiva. Cuando terminaba la representación, le preguntaba a los espectadores qué les había parecido la obra. Incitaba a la gente a que hablara. Se le notaba como una confiada capacidad de trabajo que le daba una autoridad natural, despojada, limpia de cualquier atisbo de arrogancia. Creo que era su firme sencillez sin melindres lo que parecía dotarlo de algo que no tenían los demás, ni la mayoría de los hombres que yo conocía. Pero también eran sus declaraciones, antes o después de actuar, las que me dejaron perplejo por no haberlas oído antes. En ellas nos decía, a los centenares de niños, mujeres y hombres que llegaban de los tajos con sus gorras y sus sombreros, nos explicaba algo que, aunque sufriéndolo en nuestras carnes, éramos inconscientes de ello, por lo menos yo, que andaba siempre apamplado y como en otro mundo. Nos quería enseñar, entreteniéndonos con sus obras y con sus palabras, que la realidad estaba rota, que era falsa, que estábamos engañados, que éramos explotados, que vivíamos como muertos en un mundo lleno de injusticias y de odio. Que debíamos despertar.

Al acabar las representaciones callejeras nos quedábamos asombrados. Hablaban de problemas que sufríamos pero que nadie se atrevía a plantear. La gente animaba a los del Teatro Estudio Lebrijano a continuar con las obras. Algunos niños memorizaban y repetían palabra por palabra alguna de las escenas de los estudiantes. Entre ellos había algún seminarista, vi poco más adelante a uno de ellos diciendo misa. Escribiendo esto recuerdo algo que vi un viernes santo, cerca de una nave donde estaban ensayando una obra cuyo título no recuerdo. Sí: Cantaban flamenco. Un cante seco, áspero, desconocido. No era como el cante que yo escuchaba de Valderrama y *el Malague-*

ño. Aquel lamento como un desgarro de amargura y sufrimiento me recordaba los sollozos de mi tía. Pero no me acuerdo de nada más. Ah, sí: Oratorio. Una cruz tapada con un trapo morado de la que salía un avión. Muertos tirados en medio de la calle junto a una casa vieja con la fachada blanca desconchada. Creo que el cura párroco los ponía como los trapos increpándolos con una gramola desde la torre. Voces, gritos, cante, lamentos que se confundían con la música de la procesión del Viernes Santo y con las exhortaciones del cura desde la iglesia.

De aquella manera, entre lo que fui oyendo sobre ellos durante varios años antes de verlos actuar, entre las injusticias que yo ya veía a mi alrededor sin saber que lo eran la mayoría de ellas, y entre la resaca que me dejaban los diálogos de los actores, andaba en vilo, arrebatado. Los nombres de Juan Bernabé, *el Zapatones*, los Mellizos, el Lirio, Trujillo, la hija del boticario, la del Tito, quedaron en la memoria entre otros que no recuerdo, tras aquellas escenas ante un agradecido público que salía a las plazas con las sillas a sentarse frente a unos actores que, antes de transformarse en unos extraños personajes, no eran para la mayoría de la gente más que los hijos pulcros de siempre. Jóvenes bien vestidos y educados, hijos de agricultores acomodados, de notables falangistas, de humildes comerciantes, de algún jornalero. Pero el entusiasmo y la rebeldía les brotaba a los estudiantes con más energía que a todos los trabajadores silenciosos y sumisos con los que yo trabajaba. Ellos no tenían miedo ni se achantaban por las amenazas y las multas de las autoridades. Había algo en la actitud de Juan que se parecía mucho a la de mi amigo: la tranquilidad con que abordaba su trabajo, la seguridad de que lo que estaba haciendo tenía un sentido, una meta. La indiferencia ante las críticas y la desgana, la férrea voluntad de continuar con una actividad que los llenaba plenamente. Y siempre con la sonrisa en la boca.

Al terminar aquel año las funciones del *T.E.L.* me quedé como huérfano. Sin darme cuenta, durante las funciones de los años 69 y 70 me fui enamorando de casi todos los personajes de las obras que pusieron. Con la misma pasión que de chico quería ser el Capitán Trueno para gozar de la belleza de Sigrid de Thule, soñaba yo con ser alguno de los personajes del Teatro Lebrijano para poder viajar a otras ciudades. Y si de chaval quería ser uno de los soldados o pilotos aliados para batirme con un caza, o embrazando una ametralladora contra los alemanes o los nipones en la II Guerra Mundial, cuando vi a los personajes de Noviembre y un poco de yerba, una obra de Antonio Gala que fue duramente atacada por los curas y tachada de inmoral, yo también quería ser Diego, el protagonista de la historia, un hombre que se llevó escondido 27 años desde que lo hiciera por miedo a que lo fusilaran después del levantamiento de Franco contra la República.

Recuerdo algo sobre aquella historia, de un hombre que en su destierro, en su misma casa, esperando ansioso que su pareja le dijera que ya podía salir a la calle, que ya no había peligro de que lo mataran. El hombre hacía carritos de madera para los niños. En eso se entretenía mientras la relación con la mujer se iba deteriorando, minando, hundiéndose ambos en una situación de angustia y desesperación.

Seguía fascinado con aquellas escenas y diálogos crudos, hilados con palabras parecidas a las que la gente del pueblo usábamos normalmente. No tenían tanto artificio ni impostura como otras obras. Escuchándolos, me acordaba y revivía las historias que Agapito Paniagua nos contaba cuando venía por mercancía, mientras la cargábamos, o en la bodega bebiendo vino los días de lluvia que no se trabajaba.

La memoria guarda aquello que uno nunca sospechó antes de ponerse a extraer de ella algún recuerdo que se invoca. Es como aquellos sueños en que te encuentras una moneda, y cuando te vas a levantar

de recogerla ves otra, y luego otra, y otra más, brincándote el corazón de alegría, antes de despertar y entristecerte al descubrir que tu puño cerrado está vacío. El recuerdo de la obra de Antonio Gala ha despertado en la memoria otros que sembró en ella la ingeniosa y agradable facundia de Agapito.

Algún tiempo después de abandonar la alfarería tuve que trabajar en el campo de jornalero. Cuando las lluvias se alargaban un par de días no se trabajaba. Entonces aprovechaba para acompañar a Jacobo. Si era posible, porque no siempre se podía contar con que don Gaspar y otros aficionados admitieran curiosos en sus exploraciones. Cuando escampaba de llover eran los mejores momentos para indagar en los yacimientos, aunque estuviesen ya esquilmados como lo estaban la mayoría, porque al correr el agua y la tierra del suelo por los regatos asomaban a la superficie cualquier vestigio codiciado: monedas deformes, una fíbula, una punta de flecha, objetos metálicos antiguos y milenarios que la tierra cubriera.

Al llegar a casa un día de esos de lluvia que hubo que volver del tajo por no poder trabajar, mi madre me dijo que mi amigo Jacobo quería hablar conmigo, que me esperaba en la cueva. Así que salí inmediatamente hasta allí, imaginando, deseando que Zabulón y las otras bestias más agresivas de su prole habrían sido amarradas lejos de la cancela y de la entrada de la cueva.

El camino arrancaba al final de la cuesta de Ligustia, en diagonal, para suavizar la subida hacia la izquierda de la ladera. Lo habían hecho los antepasados de Jacobo para acceder a la alfarería formando una terraza en suave pendiente que desembocaba, a unos cien metros, en la amplia explanada. La llana extensión se fue acreciendo con la tierra y las piedras que durante años fueron sacando de la falda que nacía al pie de la muralla del Castillo, echándolas en el terraplén. Aquellos días lluviosos, el mudo, que no trabajaba con las bestias en el campo, los aprove-

chaba para sacar espuertas de tierra y escombros de las galerías. La familia había plantado un enorme y denso vallado de chumberas, siguiendo el borde del camino desde abajo hasta la explanada, bordeándola, y moría en la pared a varios metros de la cancela de la entrada, después de un largo recodo de noventa grados. En la planicie formada con el relleno de las excavaciones fueron plantando palmeras, cipreses y granados, de tal manera que la puerta con las jambas y el arco de piedra, velados por la densidad de la arboleda, no se dejaba ver hasta que no estabas frente a ella. El camino quedaba, cuando el vallado de tunas creció y fueron adaptándolo como un gran seto, mediante recortes y talas, como una galería verde y fresca abierta al cielo, entre la pared labrada en la ladera y el frondoso seto de chumberas.

Subiendo el camino con la moto vi que Jacobo llegaba al anchuroso rellano de la entrada montado en la *Ducati*. Allá arriba estaba también su hermano el mudo, con la espuerta vacía en la mano, mirando a ver quién era el que había enfilado el camino con un ciclomotor. Cuando me vio nada más apearse, Jacobo esperó a que yo lo hiciera, y, en cuanto dejé la moto sobre una de las palmeras, me cogió aparte y me propuso que nos apuntáramos a un curso de soldadura que impartía el Instituto, de seis meses de duración. Me dijo también que si lo terminábamos con buena nota nos darían un contrato para Alemania. No pude evitar dar saltos de alegría por la delantera de la cueva, ni que los hombres que estaban dentro, y el mudo que iba entrando, se asombraran de tanto regocijo.

Jacobo me llevó dentro cogido del brazo, sabedor como era del miedo que yo le tenía a Zabulón, que estaba amarrado en una de las artesas del fondo. El pesebre semicircular de piedra salía de la pared de la izquierda como si fuera el brocal de un pozo compartido por dos viviendas separadas por un muro. Pasando el pesebre, empezaba una galería recta y empinada hacia arriba, de cuyo techo abovedado de

ladrillos negruzcos dispuestos de canto y tiznados de hollín colgaban telarañas negras. Zabulón no estaba delante del pesebre, que es donde estaba atado siempre cuando el mudo nos llevaba de chicos en el serón de alguna bestia.

Mi amigo me dijo que iríamos al día siguiente al instituto laboral a inscribirnos, pero que tomara antes de irme una copa y unas tapas que había traído Agapito Paniagua. Me alegré de que estuviera el viejo comerciante, porque me distraía mucho escuchar los relatos que contaba. En este viaje el arriero no venía ya con la recua de bestias, sino con una camioneta *Avia* no muy grande que conducía un sobrino que siempre venía con él. El camioncillo blanco, con un toldo verde claro, flameaba de nuevo frente al arco de la entrada, cargado hasta los topes de cántaros y macetas para venderlas por los pueblos de la sierra y los cortijos.

Junto al camión brillaba también un *Seat* seiscientos blanco, flamante. Era del hermano del viejo. Pero al entrar en la cueva tuve la sensación como cuando uno nota que sobra en algún lugar o reunión, sin que sea necesario que nadie te lo advierta, por algún gesto taimado, alguna mirada fugaz, un silencio que no se rompe para cambiar de tema de conversación. Recuerdo muy bien que pensé que debía largarme de allí cuanto antes. Y eso hice en cuanto apuré el vaso de vino, pero al salir había empezado a llover a chuzos, y se dejó venir una tromba de granizos que brillaban acumulándose en la tierra apisonada como una alfombra de perlas deformes y translúcidas. Recuerdo que Jacobo insistió en que me quedara con ellos, casi tirándome del brazo, borrando parte de la sensación de intruso que me intimidaba. Por entonces yo ya desconfiaba un poco de mi amigo. Y más que de él, de su hermano Juan, quien por cierto ahora se está haciendo ahí abajo una *poleá* que está poniendo el estudio perdido, con el humo de los coscorrones de pan

friéndose en el aceite hirviendo. Cualquier día el viejo mete fuego en el edificio.

En la cueva se encontraba también el anticuario cordobés Marcelo Rojas. Estaba sentado en un costal de grano junto a un viejo profesor de Toledo al que no le permitían ejercer en la universidad. Decían que así había miles por toda España, y que se dedicaban a enseñar por los cortijos y los pueblos a todo el que quisiera. En un banco de piedra cercano al pesebre estaba Agapito, y su sobrino, el cual se pirraba tanto como yo por escuchar las historias de su tío que, aunque no tan fantástico ni guasón como el mío, era un narrador ameno y creíble. Me senté para escuchar en el borde del pesebre de Zabulón, al que subí usando de estribo uno de los salientes de piedra; era como el extremo de una canaleta cuadrada para desaguar el agua de aquel medio pilón parecido al brocal de un pozo.

Jacobo subió enseguida de un salto, sin impulsarse con el pie en la gárgola como yo hice. Se sentó también en el borde, pero hacia la parte de adentro, con los pies apoyados en el fondo de piedra del pesebre. Miraba hacia el suelo moviendo el pie, como para echar el poco grano y la paja que había hacia un lado. Pero estaba tenso, inquieto, como pocas veces le había visto. Lo vi otra vez así muchos años antes, siendo muy chicos, cuando lo sorprendí sentado en el suelo frente al enorme pesebre con la cabeza entre las manos y la mirada fija en el desagüe. Como si estuviera congelado, sin dejar de mirar, hipnotizado, hasta que me vio aparecer y se levantó de un salto.

Detengo la escritura porque la vista se me va hacia la vitrina: PRAE ZABULON. Delante de Zabulón. Las palabras que su abuelo escribió en la pared, poco antes de morir, junto al alojamiento de la bala que lo mató a él a su mujer. Es una de las incógnitas no resueltas sobre mi amigo. Conforme intento revivir alguna de las horas que pasamos juntos, descubro que cuanto más avanzo más cosas hay que desconozco y no me dejan tranquilo. Aquél salto sin coger apenas

carrerilla, apoyando las manos en el borde del pesebre para voltearse y sentarse en él, lo recuerdo aún cada vez que veo a alguien dar uno parecido. Y lo recordé siempre cuando era joven al saltar algún tramo de tuberías cuando trabajaba. La memoria, siendo como es con frecuencia traicionera y mercenaria de la ficción, es también muy fiel y agradecida para algunas cosas que uno aprendió hace muchos años. Cuando pelo y me como una manzana por ejemplo, invariablemente, aunque haga medio siglo de aquello, me acuerdo de él y repito y rememoro sin proponérmelo la manera de hacerlo de Jacobo, sajándola en cuatro gajos por el eje, rebanándole el cuarto de corazón con las semillas, mondándolos uno a uno. Cuando me lavo las manos, me ocurre lo mismo con un médico al que vi una vez hacerlo con energía, frotándoselas tenaz, larga y escrupulosamente.

Pero ahora quiero rescatar la historia que aquel día nos contó Agapito, en la cálida y amplia cueva donde el *Muo Paula* encerraba las bestias y los aperos, entre el vaho oloroso a estiércol y yerba fresca que quedaba después de la exhaustiva limpieza que hacía a diario. El relato del arriero era otra vez acerca de uno de los hombres ocultos, un hombre de verdad, no como el personaje de la obra de teatro. Se apodaba *el Cojo Charrabacos*, y estuvo décadas sin salir por miedo a que le mataran los que lo buscaban desde julio del 36. Aquellas historias eran sin duda las que más entusiasmaban. Y no solo a mí, porque cuando Agapito, aquel arriero enjuto, alto, más espigado y elegante que nadie a pesar de ser más viejo, con fama de hombre serio, veraz y respetable y poco dado a las bromas narraba, dándole un trago de vez en cuando a la copa, todo el mundo escuchaba en silencio, prestando mucha atención a su agradable y melódica voz.

10. EL COJO CHARRABACOS

«Para nada», contaba Agapito, «*el Cojo* estuvo casi 34 años sin salir del agujero. Bueno, en realidad Saturnino, en su pueblo de Segovia, salió a los tres años del primer agujero, de un arcón de pienso para el ganado, cruzó la calle renqueando, y se metió en otro escondrijo del que no ha salido hasta hace unos cuantos días. El hombre cruzó la calle de madrugada apoyado en su muleta bajo el sobaco, se metió en una buhardilla de doce o catorce metros cuadrados y de setenta centímetros de altura, y se tiró allí más de 30 años. Sin ponerse de pie ni andar un solo paso. Se le entumecieron los huesos, se le traumatizó el hígado, los pulmones, el corazón. *El Cojo* ha estado tumbado en ese desván de dos metros de ancho, con el techo de menos de un metro de altura, bajo un tejado a dos aguas apoyado en un tronco de pino que dice que está brillante y gastado de rozarse por él tantos años; el tronco que sujeta a modo de pilar la viga maestra de la que arrancan las dos vertientes del tejado».

Nosotros conocíamos la existencia de un hombre de Lebrija que fue alcalde en la República, José Falcón Cano, que también estuvo oculto sin salir de su casa muchos años, junto a la escalinata de lo que ahora es el *Mirador de la Peña*. Pero de este hombre decían que, aunque estuvo seis años emparedado, luego andaba en su cuarto junto a su familia y más adelante trabajaba de contable en una almazara del pueblo. No como Saturnino, al que le daban de comer por un boquete en la pared que se comunicaba con el falso techo donde estaba, por el que cabía un plato lleno de comida, un libro y algunas revistas y poco más. Aquello parecía mentira. Yo no podía creer que una persona fuese capaz de aguantar tal situación de destierro inhumano, tan cerca, y al mismo tiempo tan lejos del

exterior. Pero Agapito estaba bien informado, y por los gestos de admiración de los oyentes y el crédito del viejo nadie dudaba de que la historia del *Cojo Charrabacos* fuese real. Además, sacó del bolsillo interior de su chaqueta la hoja doblada de un periódico que desplegó entre sus brazos. La noticia apenas decía nada de los muchos sufrimientos de Saturnino, pero sí recuerdo que en un artículo un periodista tildaba de tonto y de cobarde al *Cojo,* por estar tanto tiempo sin salir de su escondrijo para dar la cara ante la justicia.

«Tenía en la buhardilla un botijo, una palangana y dos bacinillas, una para los excrementos y otra para el agua sucia y para orinar. Tenía también una máquina de escribir y miles de cuartillas escritas; y libros, un montón de libros. Durante mucho tiempo tuvo como cama una yacija y dos mantas que luego, años después, cuando la cosa se tranquilizó y ya dejaron de buscarlo los falangistas y la Guardia Civil, le sustituyeron por una colchoneta de lana que estaba molida cuando abandonó su refugio. Además del polvo y la mugre, de los papeles, las revistas y los libros alumbrados por una bombilla de quince vatios, la compañía de Saturnino la componían también varias cosas menos tangibles como el frio y el calor, los olores y los ruidos, la esperanza o el miedo. Y además, la sugestión que controlaba las temperaturas de más de 50 grados en verano, y el frío bajo cero de la nieve y el hielo acumulado en el techo durante los largos inviernos segovianos. Una sugestión poderosa que Saturnino asegura hacerle sentir fresquito cuando se estaba asando, y muy calentito cuando tiritaba de frío».

Ahora, recreando aquellas narraciones increíbles sobre Saturnino, cuando sé que aquél hombre existió de verdad, soy incapaz aún de comprender cómo alguien puede soportar tales condiciones de vida, si es que a esa forma de aletargarse en una madriguera durante un tercio de siglo se le puede llamar vida. Qué pensamientos, qué tipo de fe inquebrantable en uno mismo, en un hombre que no era religioso. Cuánta

carga latente de esperanza, qué poderes tenía o creía poseer, a qué dios se encomendaría para padecer y resistir tanto sufrimiento. Qué había hecho aquel hombre, me preguntaba yo cada vez que el arriero desgranaba las noticias sobre los hombres ocultos, *los hombres topo*, para esconderse tanto tiempo de la Guardia Civil y de unos personajes que siempre salían a relucir en las historias de la guerra civil española. Falangistas, anarquistas, socialistas, comunistas, requetés, franquistas y fascistas eran palabras que en las conversaciones de los adultos y en cualquier charla sobre aquella época emergían misteriosas y cargadas de miedo, cuando no de un inmenso terror.

Entre trago y trago de vino, parando solo para coger una aceituna o una tapa de queso, Agapito añadía cada vez más detalles a su historia. Contaba que Saturnino llevaba tres meses de alcalde cuando la sublevación de Franco contra el Gobierno de la República. Proseguía narrando que había un cura en su pueblo, Mudrián, que huyó cuando se enteró del bulo que alguien levantó sobre la intención del *Cojo* de matarle si se resistía a entregar una escopeta que tenía. Al saber Saturnino, que era el alcalde, que el cura huía de él, fue a buscarlo y le dijo que lo que había oído no era cierto. Convencido el cura de que no le haría daño volvieron a su casa. Se quedaron toda la noche juntos, con una treintena de segadores que se habían puesto a disposición del alcalde para lo que considerase oportuno. «Mientras yo esté aquí», dijo Saturnino, «no se toca a nadie sea de izquierdas o de derechas, aquí no pasa nada, todos somos del pueblo, todos somos iguales. Pero el alcalde, que creía que aquel levantamiento iba a ser un fracaso como el de Sanjurjo en el año 1932, se fue en burro a Segovia a informarse de lo que ocurría. Sin embargo, al enterarse por la Guardia Civil, —que intentó detenerlo pero no se atrevió por la de gente que había en el pueblo que le apoyaban— de que en la capital el golpe había triunfado, se volvió a su pueblo. Luego de madrugada lo llamó

el cura y le dijo: "Pasa que tenemos que hablar, anda. Mira una cosa, *Cojo,* vete ahora mismo a casa de tus padres y le dices que te vas, pero no le digas adonde, y luego te vienes a mi casa, saltas la tapia por detrás, por la tapia del huerto, y te quedas aquí". "Bueno y ¿qué pasa?, le preguntó Saturnino al cura. «Fulano de tal ha dado tantas pesetas por tu cabeza, y Fulano de tal tantas otras. En total han ofrecido sesenta mil pesetas por tu cabeza y la tienen que presentar antes de las diez de la mañana en casa del cacique Basilio Mesa, y luego ponerla en la plaza a la vista de todo el mundo».

Agapito narraba muy concentrado, despacio, como si leyera algo escrito en su cabeza, pues en la hoja del periódico, la cual no miraba, no había tanto escrito; pero él aseguraba que se las contaba un hermano del *Cojo* al que conocía de comprarle cosas que este fabricaba. A veces se detenía para darle una buena calada al cigarro, dejándonos a los oyentes en silencio y absortos, a la expectativa, ansiosos por saber, por salir de unas pausas que se hacían interminables cuando sacaba la petaca de cuero de Ubrique del interior de la faja, o del bolsillo de la chaqueta, se liaba con parsimonia un nuevo pitillo, y lo encendía en el lunar candente de la mecha del yesquero, chupando el humo, ahuecando las mejillas como si abrevara en una fuente de vida y de aliento. «Aquella cantidad, amigos míos», proseguía el arriero, removiendo las volutas de humo que echaba enredadas con el aire de sus palabras, «equivalía entonces al salario de 50 obreros durante todo un año de trabajo. Al rato de estar dormidos los dos en casa del cura, los falangistas mandados por Basilio y otros señores del pueblo llamaron a la puerta y le espetaron al párroco: "Venimos a ver si usted puede decirnos dónde está Saturnino de Lucas, el *Cojo Charrabacos*". "Pero, ¿por qué queréis a ese hombre?, yo no sé dónde está —replicó el cura. ¿Y quién lo manda?" "Lo manda quién puede", contestaron los falangistas. "Y usted se viene ahora mismito

con nosotros tanto si quiere como si no. Tan pronto lo cojamos le cortamos la cabeza". Luego registraron su casa, se llevaron a los padres y al hermano, los apalearon y los torturaron para que dijeran donde estaba el *Cojo*, pero como no lo sabían los soltaron a todos».

«Tengo yo un cliente», continuaba Agapito Paniagua, «que ahora es un próspero negociante de tabacos, que era y es amigo de Saturnino, pero que no sabía nada de política ni sabía leer, que se escondió al saber que perseguían a todos los amigos del alcalde. Para que no le ocurriera nada, mi cliente se hizo de la Falange y lo mandaron al frente. De allí se pasó con la República y poco después volvió a la Falange. Y es que aquello era todo bastante complicado, muy complicado y muy difícil; por eso, temiendo que en su pueblo pagaría todos sus bandazos se quedó en Madrid vendiendo cigarrillos en los clubes nocturnos. Y ya veis como son las cosas, hoy ese hombre es millonario, y uno de mis mejores clientes. Me contó el otro día que en cuanto se enteró de que su amigo había salido de la buhardilla fue a visitarlo. *El Cojo* le recordó que todo había empezado el día que decidió aprender a leer. Cuando se creó en Mudrián la UGT, como casi nadie sabía leer eligieron a Saturnino presidente, y él, que no le gustaba las cosas a medio hacer y le gustaba hacerlo todo bien, ni a favor de la derecha ni de la izquierda, sino con la justicia, se empolló las leyes y el Código del Trabajo y lo llevaron a un mitin en Segovia. Allí su estrella empezó a brillar. Pero ese brillo molestaba terriblemente a los caciques que no podían soportar que un muchacho cojo poliomilítico, un inválido desgraciado montado en un burro que era un simple agente de seguros, les fuera con exigencias y organizase a su modo a los obreros hasta entonces sumisos y medio esclavizados. Hasta varios días después del golpe, cuando se escondió, el *Cojo* había sido el presidente de la UGT y el alcalde de Mudrián».

Recuerdo que escuchando aquellas historias no me abandonaba el asombro, aunque a veces es verdad

que me despistaba, pero sin dejar de mirar a los ojos y seguir la serena gesticulación de Agapito. Me despistaba, me perdía parte de la historia pensando en el lugar donde estábamos, en la cueva de Ligustia, donde yo de chico estaba siempre amedrentado por la malaleche de algunas bestias, sobre todo del borrico padre Zabulón y de una burra pía del semental, que tenía muy malas pulgas. También me intimidaba la seriedad del *Muo Paula*. Ahora vivimos en la misma casa y como de lo que él cocina, pero cuando yo era chico y lo veía cortar los higos y las tunas del vallado con cachos de tejas que tiraba con la honda, me subía a veces un escalofrío de miedo que no podía disimular.

Rememoraba, mientras Agapito narraba, cuando el mudo nos llevaba a Jacobo y a mí siendo niños metidos cada uno en un seno del serón en la moto *Guzzi* saltarina y ruidosa, subiendo embalados por el camino de la cueva. Y cuando siendo mucho más pequeños nos metía en los cogujones del serón de esparto de una bestia. Recuerdo una vez que iba muy molesto, porque me clavaba en las nalgas los bordes de cartón y las esquineras de unos libros que iban amontonados dentro de un costal de lona.

Oyendo al viejo arriero, pensaba en la misteriosa desaparición de Jacobo durante un buen rato en el interior de la cueva después de sacarnos su hermano del serón un día de los que nos llevó hasta allí. Me preguntaba también dónde estaría el saco con los libros que nunca más volví a ver. Mientras tanto, y sin saber nunca dónde se metía Jacobo cuando desaparecía dentro de la cueva, su hermano me entretenía afuera acopiando tejas y guijarros, para lanzarlos con la honda a las tunas más altas de las chumberas, o me pelaba higos chumbos que yo comía hasta atracarme. Cuando apareció Jacobo venía como iluminado, ausente. Más adelante, cuando me acordaba de aquello, yo siempre pensé que su hermano tendría algo escondido en alguna de las galerías que se bifurcaban por el interior. La que bajaba a la derecha de la en-

trada era como la que subía enfrente de la puerta, abovedada con filas de ladrillos llenos de tizne y de telarañas que terminaba en forma de embudo, en un recodo que yo nunca sobrepasé. Antes de llegar a la curva salía otra a la izquierda, donde metía las pacas de paja y los sacos de granos. Mi amigo me había contado algunas veces que habían sido excavadas durante siglos por sus antepasados. Buscaban tesoros, piezas y restos arqueológicos de un yacimiento árabe donde hallaron vestigios. Habían encontrado ruinas de unas viviendas, unos baños árabes, una aljibe que luego abandonaron. Al interior de aquellas galerías sinuosas y oscuras, con costados y bóvedas de ladrillos, nunca accedí hasta el fondo las pocas veces que estuve en la cueva.

Me veo en aquellos años como lo que era: un chaval con desparpajo, inquieto y rebelde que no se callaba nada de lo que veía, poco discreto, ingenuo, y siempre dispuesto a creerse cualquier noveleo que le contaran. Pero en el 70, mis antenas se fueron abriendo en las besanas de un cortijo de Jerez para captar las conversaciones de los adultos. Eran algo más claras, menos furtivas que varios años antes. Hablaban de las increíbles historias de persecuciones, torturas, fusilamientos y desapariciones que daban parte de respuesta a las preguntas que vanamente le hacía de chico a mi tía Castillo o a mis padres. Se fueron abriendo las orejas, y por lo tanto hablaba menos y escuchaba más. Además, imitaba de alguna manera a Juan Bernabé, poniendo una sonrisa con la boca un poco abierta aunque estuviera cabreado. Escuchando aquel día a Agapito —observando un cierto recelo, una inquietud en Jacobo y su hermano que ni entonces ni ahora consigo explicarme— mezclaba en mi pensamiento la historia de Saturnino de Lucas con lo que me contaban mis padres sobre el marido de mi tía. Decían de él que no era político, ni sabía leer ni escribir siquiera, sino que sus amigos y compañeros

lo incitaban para que tomara la palabra en las asambleas con la mera intención de reírse de él.

Recuerdo que más adelante, cuando ya cobraba una pequeña pensión de viudez, mi tía aún rememoraba con tristeza la mañana que le llevó una manta a la cárcel de la Peña. Su marido le había dicho el día anterior que allí hacía frío, y a la hora de la visita se la acercó, pues vivían a cien metros de la cárcel, pero cuando salió el carcelero y la vio, le dijo que a su marido ya no le hacía falta ninguna manta. Se lo habían llevado. Y ella, que escuchaba cada noche a un miembro de la Falange desgranar en el silencio de la madrugada la lista de nombres de los detenidos que les tocaba subir al camión, no se enteró, o no quiso enterarse, del nombre de su esposo.

Evoco la imagen y la voz de Agapito cuando contaba que, al enterarse el terrateniente del pueblo, con noventa y ocho años de edad, que *el Cojo* estaba vivo todavía al cabo de tantos años, recorría las calles susurrando en solitario y entre dientes: «Hay que matarlo, hay que matarlo». Habían pasado 34 años, y todavía no le perdonaba que él tuviera que abandonar la alcaldía que detentó a su antojo durante más de 30 años, para dejársela al nuevo alcalde elegido.

No comprendía yo entonces, repito, ni comprendo ahora, cómo se puede aguantar tanto un encierro de tal magnitud; ni cómo arraiga el odio y el envilecimiento sin extinguirse en la mente y en el corazón de algunas personas. Pero de la historia de Saturnino salían, como del fondo de una chistera invisible que el viejo arriero guardara, cada vez más sorprendentes y numerosos conejos. «*El Cojo Charrabacos* no se sentía político, qué va, ni siquiera se lo propuso nunca; él no era ni republicano de derechas ni de izquierdas, nunca militó en ningún partido, aunque reconocía que le gustaba la democracia como el mejor sistema para un Estado. Sí era verdad —según sostiene el comerciante de tabacos amigo del *Cojo*— que siempre simpatizó con Pablo Iglesias, con Marcelino Domingo y con

Julián Besteiro. Además, su comportamiento durante los años que dedicó a la política le granjeó el respeto y el aprecio de la mayoría de la gente del pueblo. Y también del cura —añadía Agapito— porque no conozco en todo lo que llevo andado ningún otro caso de un cura que diera cobijo a un alcalde frente populista; que no sólo le dio cobijo en un arcón de madera recia de pino cerca del pesebre del caballo, sino que le echaba afuera por la noche las aguas y las necesidades que hacía el alcalde allí mismo».

Así me enteré de cómo estuvo *el Cojo* tres años con la barba hasta la cintura, hasta que salió una madrugada y cruzó la calle renqueando con la muleta para meterse en la buhardilla de su casa estrecha y vieja, en la que permaneció hasta salir pocos días antes de que Agapito nos lo contara. Oyendo la historia de Saturnino, que el arriero nunca acababa de narrar, me despistaba cada vez más. Aunque no dejaba de mirarlo, fingiendo estar atento a lo que contaba, recuerdo que toda la atención se la prestaba a Jacobo y a su hermano. Y es que ninguno de los dos estaba escuchando nada de lo que Agapito narraba.

Pero mi amigo me conoce más bien de lo que yo mismo creo algunas veces: él sabía también que yo estaba más al tanto de ellos que de la historia, y hubo un momento en que tuve que preguntarle algo al viejo para disimular. Le pregunté a Agapito si Saturnino no se aburría. «¿Aburrirse, dices? ¡Anda ya, chaval¡ *El Cojo* los primeros años estaba casi siempre atento y en tensión por si alguien venía a buscarlo, oyendo los pasos y las conversaciones de la gente por la calle. Sentía por las noches merodear o pararse muy cerca de donde estaba a los mandados por Basilio Mesa el terrateniente, o lo escuchaba maldecir a él mismo apostado sobre la pared de la casa, a solo un par de metros de donde estaba acostado. Entre otras faenas, escribía a máquina recibos de seguro que su hermano distribuía como agente de varias compañías. Estudiaba radiotécnico, los transistores, se empolló el siste-

ma de las lámparas, hacía malla, leía el ABC y el Ya, a los que estaba suscrito su hermano, y también arreglaba los zapatos de los sobrinos y de la familia. Dice su amigo que todos los días por la noche hablaba con los hermanos a través de un hueco en un adobe. Conocía a sus cuñadas y a sus sobrinos desde que eran pequeños. Se acostaba sobre las dos de la madrugada después de un día siempre ocupado, escribiendo algunos libros sobre autosugestión, o haciendo muñecas que pulía y enceraba, y les hacía pelucas con las barbas y los pelos que se cortaba. Fabricaba pelotas para jugar al frontón que eran muy cotizadas y vendía su hermano por muchos puntos de España; también tejía red para los aparejos de pesca, redes de arrastre. Estudiaba cosas de ciencia, de astronomía. Eso era parte de lo que hacía de todo lo que le gustaba. No, no se aburría en ningún momento, ni mucho menos. También escribía a muchos fabricantes de electrodomésticos y máquinas de escribir y de café y de coser, y les proponía, a nombre de su hermano, hacerse representante de sus productos para toda España».

Luego alguien preguntó que cómo era posible que nadie lo hubiera descubierto, que ni sus sobrinos y sus cuñadas sospecharan nunca que Saturnino estuviera escondido en la casa de sus padres. De pronto, como si llevara un rato esperando la pregunta, Agapito se levantó y se acercó a la pelliza que tenía colgada de una alcayata en la pared, y sacó de un bolsillo varias hojas de periódico. Se volvió a sentar, se tomó un trago, lió otro pitillo, y, cuando le dio una buena calada, empezó a leer la entrevista echando humo por la nariz y por la boca.

El viejo contaba más cosas y detalles del encierro de Saturnino entre el techo de su casa y el tejado, pero yo ya no escuchaba. Miraba para afuera a ver si escampaba para irme. Estaba deseando contarle a mi madre lo del curso de soldadura, la posibilidad de que me dieran un contrato para una fábrica de Alemania. Porque a la par del relato del viejo ya me imaginaba

cogiendo un tren de aquellos que veía en la estación, al que subían con cierto orgullo y alarde muchos de los jornaleros del pueblo. El arriero leyó la entrevista con *el Cojo*, y añadía detalles y más detalles que yo ya no escuchaba, abstraído imaginando situaciones en Alemania; ese país que la gente asociaba al bienestar de algunas familias, a la mudanza a casas nuevas con cuartos de baños y retretes que se construían con los giros que enviaban los emigrantes. Aunque no era precisamente para eso por lo que deseaba irme.

A medida que escribo, las imágenes de aquella tarde se describen solas en la memoria. El lápiz va a su aire sin que yo se lo mande ni tenga que pararme a pensar; solo me dejo llevar, solo tengo que escribir que no paraba de mirar de reojo a Jacobo ni tampoco él a mí. Se había instalado entre nosotros una desconfianza que no podíamos disimular: él era incapaz de controlar su nerviosismo. Me acuerdo muy bien porque, jamás, en todos los días de mi vida lo había visto así. Sin moverse del borde del pesebre, refregaba los pies por el fondo extendiendo la paja mientras balbuceaba algo muy bajo, como si le estuviese hablando a alguien que tuviera muy cerca. Estaba claro que me ocultaba algo, que estaba deseando que me fuera. Y su hermano lo mismo. Los únicos que estaban tranquilos eran el viejo, su sobrino, el maestro, y Marcelo. Pero el mudo estaba en el otro lado, sentado junto a la pared en un arcón grande de madera oscura, cerrado con dos candados enormes, cerca del escalón de piedra de la galería donde estaban atadas las bestias y se apilaban las pacas de paja. No dejaba de mirar con los ojos inquietos hacia afuera a ver si escampaba, mientras trenzaba varias tiras de cuero para un látigo, o tal vez para una honda que ampliara la colección que colgaba de varias alcayatas en la pared.

Llevaba un rato atacado por la sensación de estar estorbando. Iba a saltar del pesebre, cuando Agapito se levantó y le dijo al anticuario que lo acompañara a una de las galerías, para mostrarle unas ánforas

romanas y dos cabezas de emperadores romanos que había traído de uno de sus viajes. El viejo profesor, muy humilde, con aire afable y manso, que había estado escuchando al arriero sin abandonar un gesto de aprobación y de afecto, sacó un libro de bolsillo y se puso a leer. Ante la actitud beatífica de aquellos hombres adultos, que hablaban en voz baja de negocios alejándose hacia el interior, y la incomodidad que me producía la extraña conducta de mi amigo y de su hermano, bajé despacio del pesebre. Decidí largarme de la cueva sin haber escampado del todo, sin que esta vez Jacobo hiciera nada para retenerme. Al contrario, el alivio que mostró su cara me confirmó lo que ya veía: estaba deseando que saliera de allí. Pocas veces en mi vida me he sentido tan intruso como aquel día.

Pero no fui muy lejos. Bajé el camino, di la vuelta y subí hacia la explanada del Castillo después de dejar la moto antes de coronar la cuesta, para que no oyeran el ruido. Seguí andando hasta el lienzo de muralla, donde arrancaba una vereda que zigzagueaba bajando la ladera cubierta de pitas, de olivillos, de matojos y chumberas. Allí me aposté y me puse pipando, no por lo que llovía sino por los goterones que caían de las tunas de los higuerones que me cobijaban, agazapado entre la maleza, espiando a través de las chumberas. Veía, aunque malamente, el techo de la camioneta, y la parte delantera del seiscientos. Pero no podía distinguir si cargaban o descargaban algo. No había ángulo de visión, temía acercarme más por el riesgo de resbalar ladera abajo. Me arriesgaba a caer rodando hasta la misma puerta de la cueva y ser descubierto, descalabrarme, romperme los huesos.

Quiero proseguir. Pero no puedo.

Es algo que no depende de la voluntad.

De buenas a primeras, no te acuerdas de nada en absoluto. Puedes escribir acerca de la imposibilidad de hacerlo. Puedes dejar plasmada en esta libreta la miseria de tu cabeza. Nada. Te detienes para sacar

punta al lápiz, pero está recién afilado después de un largo rato sin escribir. Clara está ojeando unos libros. El viejo está en la cocina. Clara me mira, me sonríe. Está preciosa. Se le ha iluminado la cara.

11. RECELOS

Me abochornaba pensar que Jacobo o su hermano descubrieran que los acechaba. Se hubieran sentido traicionados. Y no sin razón, pues no era la primera vez que desconfiaba de ambos y de aquellos comerciantes de los que la gente creía que anduvieron en los años cuarenta con el estraperlo y el contrabando, sobre todo de piezas y restos arqueológicos de mucho valor.

Estuve allí un rato con el corazón embalado, intentando enterarme de algo, pero no se oía nada, solo los resoplidos apagados de las bestias que el mudo iba sacando y ataba junto a la entrada, la cual yo no alcanzaba a ver. Pensaba en los rumores sobre los chivatazos que daba la Tata Dolores a la Guardia Civil, con la pretensión de que decomisaran las cargas de alimentos que los arrieros descargaban en la cueva, para distribuirlos por otros pueblos en la época del racionamiento.

Decían que un día llegaron a la cueva de Zabulón los falangistas y la Guardia Civil. Aunque afirmaban que fueron buscando cargas de cereales y comestibles para confiscarlos, un viejo anarcosindicalista compañero de tajo pensaba que en realidad fueron a la cueva porque sospechaban que allí estaba escondido aún el padre de Jacobo. Le pegaron fuego a todo, pero el fugitivo seguía sin aparecer. Era la segunda vez que lo hicieron.

Alguna bestia también ardió. El sindicalista me había contado, yendo castrando un lineo de remolacha junto al suyo, que pocos días después de que escapara Jacobo de Paula cuando iban a fusilarlo, un hermano de don Gaspar, el señorito Alberto de Guzmán, había ido a la cueva. Iba con *los Molineros*, la

cuadrilla de la que escapó cuando lo llevaban en el camión. Fue uno de aquellos días de agosto del 36. Entonces incautaron los sacos de cereales y los bienes que allí había, y prendieron fuego la primera vez tras rociar con gasolina las cuadras y el vallado en su largor. Ardió todo. Pero el padre de Jacobo no apareció. Había huido a Francia.

Cuando estaba a punto de volver por el sendero para coger la moto y largarme, algo nervioso, pues temía que me descubrieran, el mudo, que acababa de atar una burra a un árbol, comenzó a mirar hacia todos lados como buscando a alguien. Se detuvo mirando por un agujero entre las tunas hacia el terraplén; recorrió con la mirada el vallado y el camino de arriba abajo, luego se giró de repente mirando hacia arriba donde yo estaba. Me quedé inmóvil, tendido detrás de los arbustos, sin poder controlar los latidos del corazón. Creí que se me salía por la boca. Pero no me vio, siguió oteando por los alrededores un rato antes de meterse dentro, mientras me debatía en si salir corriendo o quedarme quieto, temblando de pensar que el mudo escuchara algo, que me viera y tirara un guijarro o una bala de plomo con la honda. Al ver que no salía ni se escuchaba nada, salí despacio sin hacer ruido.

Al día siguiente fuimos a apuntarnos al instituto para el curso de soldadura. Pero desde aquel día algo cambió en nuestra relación, como si a pesar de estar juntos mucho tiempo, pues estábamos soldando probetas cuatro horas por la noche, la confianza se hubiera quebrado por un motivo que yo desconociera. O sí lo conocía; desde que dejé el alfar y trabajaba en el campo no me juntaba tanto con él. Era cierto que entre los comentarios que provocaba para que me contaran cosas de su padre, y las dudas que tenía sobre sus inexplicables ausencias de vez en cuando, era yo el que de alguna manera me alejaba de mi amigo.

También era posible que Jacobo notara ese atisbo de desconfianza. Sin embargo, al cabo de seis meses

cuando terminamos el curso, él primero y yo segundo en el cuadrante de asistencia y de aprovechamiento, y con un contrato cada uno para una fábrica de Alemania, nuestra amistad volvía a estar limpia de recelo. Durante el tiempo que estuvimos juntos —solo cuatro meses porque él se fue a Italia y se matriculó en una escuela de Bellas Artes— compartimos la misma habitación. Comíamos juntos, más unidos que nunca, quizá debido a la lejanía de nuestro pueblo, al que echábamos de menos los primeros meses. Sí, echaba de menos el aburrimiento del pueblo. Sobre todo yo, porque Jacobo, en cuanto llegó y lo vieron hacer figuras en la escuela de soldadura en la que nos metieron, y la intérprete de la fábrica descubrió que sabía varias lenguas clásicas, solo aparecía por la noche, y no todas. El último de la lista era Matías Corrales. Aunque ya entonces era rico, se apuntó ante la extrañeza de todos después que nosotros, y consiguió un contrato por la influencia de un dirigente de la Falange, a pesar de no haber asistido a ninguna clase.

Los seis meses del curso fueron sin duda la temporada más intensa de mi vida. Trabajaba doce horas en el campo. De ocho a doce de la noche soldando probetas. De día, en el campo, les preguntaba sin cansarme a los compañeros más viejos cosas sobre la República, les sonsacaba información sobre el padre de Jacobo: qué hacía, porqué enviaba tanto dinero, en qué ciudad de Francia vivía. Por qué lo iban a fusilar, quién fue el delator de su escondite para que lo detuvieran, a qué se dedicaba antes de huir, quiénes fueron los que violaron y raparon a Rosario, su mujer. Por qué se chivaba la Tata si ella era también una de las contrabandistas, además de ser al mismo tiempo la responsable de organizar en la beneficencia la distribución de los alimentos que confiscaba la Guardia Civil. «Para eso, me decía el viejo sindicalista: la comadrona conocía a todos los estraperlistas que aparecían por la cueva, y delataba las cargas de alimentos de los contrabandistas que por lo que fuera no eran

de su agrado. Con tal método llevado a cabo llenaba el almacén de la fiscalía municipal cuyos preciados alimentos iban a parar luego a las familias sin recursos, que eran la mayoría de la población».

Estaba siempre ansioso por saber, por aprender, leyendo las primeras novelas del Círculo de Lectores, soldando probetas sin parar, cavilando siempre para destacar lo suficiente y conseguir el contrato. Dormía solo cuatro o cinco horas, soñando, pensando, contando los días, las horas que faltaban para acabar el curso, urdiendo un plan para que mi padre firmara en el juzgado el permiso que necesitaba por ser menor de edad. El permiso que me negaba cada vez que se lo pedía. La firma imprescindible que no pondría en ningún documento si yo no actuaba de una manera decisiva para doblegar su obstinada voluntad de no permitir que me fuera. «Si no firma el permiso en el Juzgado me cuelgo de un olivo; así que usted verá lo que hace», le espeté una noche antes de acostarse. Por la mañana cuando desperté y vi que la moto permanecía junto al aparador supe que la amenaza tuvo efecto. A media mañana, el papel del juzgado con su rúbrica estaba sobre el hule de la mesa.

Vivía creándome expectativas sobre Alemania, imaginando ya la vuelta con mucho dinero para atreverme a conquistar a Clara, para quitársela al pijo presumido. Perfilando en la memoria las siluetas de las mozas alemanas en minifaldas. Poner tierra, mucha tierra de por medio.

12. CITA EN LA JOYERÍA

El recuerdo de una imagen trae consigo otra que la persigue. A veces se desprenden ristras de secuencias que se arremolinan y compiten por salir envueltas en pensamientos. El lápiz galopa jadeando detrás de las frases, fijando un recuerdo que no se goza ni se sufre si no lo traducimos con palabras, al margen de que las pronunciemos o no. Las evocaciones vuelven a pasar por el corazón, la mente parece conferirles significado con las letras que voy soldando de manera automática, con la punta del grafito bien afilada, sin ser consciente casi nunca de ello pero de manera precisa, inexorable y plena.

Por un motivo desconocido o acaso porque hoy me vino un recuerdo contemplando la puesta del sol de Florencia, o tal vez por recordar a un personaje que vi detrás del público en una actuación del Teatro Estudio Lebrijano, el violinista, será por eso, digo, discurren por la mente las imágenes de los forasteros que aparecían en los años cincuenta y sesenta por Lebrija y por Ligustia. Aquellos vendedores y pregoneros hacían sus faenas y desaparecían a los dos o tres días sin saberse más de ellos hasta que no volvían al cabo de una temporada para desaparecer otra vez.

Pero, ¿quién se ha llevado las hojas del pisapapeles? No estaban terminadas, no quiero que nadie lea eso.

He estado varios días sin salir de aquí; levantándome tarde, tomar solo un café, intentar leer hasta la hora de la comida. *El Muo Paula* cocina muy bien; hace unos *risotos* riquísimos y unas verduras a la plancha sabrosas que saltea con trocitos de carne que siempre saben a poco. Alguna que otra vez, el viejo se deja caer con una botella de *chianti*; cae entera; pa-

rece mentira que con la edad que tiene beba todavía varias copas diarias. Claro que si cae la botella después no se puede escribir, solo dormir en el butacón o en el sofá, soñar hasta las tantas. De modo que cuando me incorporo para salir a despejarme en el balcón que da a poniente, el que da a Lebrija, no siempre se determina muy bien lo que es soñado de lo imaginado, ni tampoco se distingue con claridad entre las ensoñaciones de la dormivela y los sedimentos de la memoria.

Pero hoy sí he salido. Aurora y Leo estuvieron por aquí varias horas y cuando se fueron para la tienda, donde habían dejado a Clara, su prima me recomendó que me diera un paseo por Florencia, si de verdad no quería apolillarme aquí dentro. «Escúchame, Adán», me dijo, «deberías salir algo más y apreciar las bellezas que hay en esta ciudad. Mira, si no quieres caminar mucho puedes admirar el crepúsculo de la tarde, la puesta de sol, merece la pena. Y para eso, lo mejor es que te vayas al *Puente de la Trinidad*, desde allí verás cómo conforme el sol se va ocultando hacia el Oeste el aire se enciende y el cielo adquiere unas tonalidades rosas y suaves hasta alcanzar los espléndidos anaranjados y rojos infernales. Y luego, cuando disminuya la luz natural, te giras hacia el este, hacia el *Puente Viejo*, verás reflejadas en el río las antiguas orfebrerías. Ya sabes dónde está la nuestra, pásate un rato si quieres y tomamos algo cuando cerremos».

Seguí la recomendación de Aurora. Admiré el incendio del cielo y del horizonte, pero luego no fui al *Puente Viejo* a encontrarme con ellos.

Es verdad, el sol de la Toscana es más rojo, más grande y anaranjado que el nuestro cuando cae y se hunde más allá del río Guadalquivir, detrás de Doñana, donde se curva el océano Atlántico. Pero no es la esfera candente que se esconde aquí en Florencia la que me cautiva mientras desaparece, sino el recuerdo del más claro y rubio fulgor del sol marismeño, ocultándose por el cerro de Overo, el que invade y coloniza

mi memoria. Cuando ya era casi de noche, mi mente ya no estaba ni en el reflejo de las orfebrerías en el río Arno, ni mi vista escudriñaba en vano las ventanas iluminadas y lejanas de la joyería de Aurora, donde me imaginaba a Clara atendiendo a los turistas con la dulce pronunciación de su meloso y musical italiano entreverado de inglés.

Como un autómata me vine cavilando, evocando, redactando sin proponérmelo en la cabeza los primeros recuerdos de los atardeceres de mi más temprana infancia. Cuando siento esa especie de llamada desde mi interior, que azuza el lápiz y lo hace cabalgar por la libreta, creo que voy a encontrar esa «primera piedra de nuestro uso de razón». Porque es probable que una de las primeras imágenes que quedase grabada en mi memoria fuese uno de aquellos ocasos contemplados desde el cajón que mi madre sacaba al corral, mientras ella trajinaba con la colada en los tendederos. Desde el patio terrizo de nuestra casa de vecinos, donde gateara y diera los primeros pasos, sobre el mismo suelo donde mi abuela nos daba las cucharaditas de huevo pasado por agua, Jacobo y otros chiquillos permanecíamos jugando y berreando en aquellos cajones que pedían o compraban en las ferreterías y en los estancos. A veces de allí nos sacaban al corral junto al camino orillado de hierba. Nos colocaban en hilera junto a las malvas agrestes y verdes y los jaramagos, cerca de los corrales de las casas contiguas, cruzados como el nuestro por los tendederos de alambres. Las mujeres lavaban en los refregaderos de ladrillo de las pilas, en los de madera en los baños metálicos, enjuagaban la colada, la suavizaban con la clarilla. Debajo de los anafes comunes de la cocina, mi madre tenía un baño de lata viejo y picado donde almacenaba las cenizas de picón que sacaba del brasero. La usaba para suavizar el agua. Un gato estaba casi siempre ovillado encima, y cuando alguien se acercaba para sacar o echar ceniza saltaba sigilosamente, sacudiéndose con un espasmo para desaparecer veloz y sigiloso por

los caballetes de las tapias y los tejados. Recuerdo las manos sumergidas en aquél agua tersa y escurridiza, limpia y clara como leche aguada, que previamente se había liberado de la ceniza decantada en el fondo del cubo. La clarilla dejaba los dedos suaves como las sábanas y los pantalones que colgaban de los tendederos, entre los cuales correteábamos los chiquillos, dejándonos acariciar, abofetear con placer por sus húmedos faldones y perneras. Algunos días nos dejaban allí hasta después del sol puesto.

Quizá desde aquel cajón en el que me metían con Matías o con Jacobo se quedara grabado en mi memoria el primer crepúsculo. Algunos estaban forrados por dentro con hule usado con algunos rasgones y sietes que sus moradores agrandábamos. Estaban hechos con tablas de madera de pino, entre cuyas vetas destacaban unos nudos castaños y duros que más adelante descubriríamos que habían sido las ramas de un árbol. Mi cajón era amplio, hondo, cabíamos varios niños. El primero que descubrió la diferencia que había entre el nudo y el resto de tabla fue Jacobo. Un día empezó a hurgar y a hurgar con una puntilla entre la junta del nudo brillante y la madera, hasta que el óvalo oscuro y duro como un cuerno se movió de su alojamiento y lo sacó. Quedó abierto un agujero alargado por el que se colaba un rayo de sol que recorría lentamente las paredes y el fondo del cajón. Al cabo de poco tiempo, cada tabla tenía varios agujeros, y la distracción siguiendo la velocidad de los lunares blancos trasladándose por las paredes estaba asegurada. No pocas veces quedaba ciego durante un rato, con los ojos doloridos, encandilado de mirar a través del agujero en que metía al sol.

Desde aquel cajón, estando una tarde con Jacobo, vi por primera vez de cerca al hombre del violín, con su levita y la mascota negra, cuando se acercó fugazmente para darnos una almorzada de bellotas peladas que comimos vorazmente. Si ricas estaban las bellotas, más dulce era el agua que bebíamos luego.

Creo que cimentamos el uso de razón en aquellos corrales. ¿Habré llegado a uno de mis primeros recuerdos grabados en la memoria? Porque quiero hallar el primero.

Un día vi a Jacobo tendido sobre el cobertor en el fondo del cajón, mirando por uno de los agujeros, inmóvil, en silencio, impasible a mis preguntas sobre qué miraba con el ojo pegado a la tabla en dirección al camino que discurría junto al alambrado de espinos del camino. Yo miré por otro agujero en la misma dirección, pero solo veía las babuchas negras agujereadas, las bastillas de las faldas y de los delantales de las mujeres atareadas con la ropa de la colada. Eran muchas las mujeres que guardaban luto, taciturnas y tristes. A partir de aquel descubrimiento podíamos contemplar el mundo exterior a través de unos agujeros sin que nadie nos viera, tendidos sobre el cacho de manta. Cuando me quedaba solo pasaba horas espiando, fingiendo dormir, o dormido.

Desde allí dentro me gustaba admirar a un hombre que se ponía a hacer canastas en el corral contiguo al de mi casa. Andollos, el canastero, realizaba su faena diaria y puntualmente. Yo espiaba embobado sin que él lo supiera, o haciéndole creer que dormía, todo el proceso de hacer las canastas de cañas que aquel viejo flaco de tos cavernosa y rota tenía entre manos. Un cigarrillo amarillento y mojado nunca se le caía de los labios. El canastero llegaba con un enorme haz de cañas atado al portamantas de la bicicleta y al eje del manillar. Traía la bicicleta de la mano, y la apoyaba sobre el palo del tendedero. Desalojaba la zona de trabajo si los chiquillos se la habían ocupado. Ponía una silla de enea junto a la que colocaba las cañas ya desatadas, verdes y espesas de hojas con sus panojas floridas. Sentado, Andollos cogía una caña y la apoyaba en la ante pierna cubierta con un lienzo de lona, sobre el que ripiaba a contrapelo las hojas que saltaban en el aire antes de llegar al suelo. Sin prisas, parando solo para encender o empalmar el pi-

tillo, una tras otra, las cañas desnudas se amontonaban brillantes al otro lado de la silla.

Cuando terminaba de deshojar metía la hojarasca y la farfolla en sacos que a la tarde retiraba con la bicicleta. Luego barría y regaba la explanada, se sentaba de nuevo, cogía la caña por un extremo, le metía la hoja de la navaja, y haciendo un poco de presión dividía la punta en dos, luego en cuatro, en seis y hasta en ocho partes. A continuación empujaba la navaja hasta abajo tantas veces como cortes le había iniciado, y del largo tallo hueco salían varias tiras con la cara de dentro blanca y sedosa y la parte de afuera limpia y radiante. Cuando estaban cortadas echaba a un lado la silla, se metía la navaja cerrada en la faja, y seleccionaba las tiras más anchas y recias que cruzaba en el suelo formando un armazón de ocho o diez puntas. Después escogía otras tirillas más estrechas y flexibles, y acometía el tejido de la trama del fondo de la canasta, circularmente, hasta el diámetro deseado. Con el mango de la faca apretaba lo tejido una vuelta tras otra, hasta llenar la explanada de aquellas figuras aspadas con un disco en el centro. Entretanto, el canastero cada cierto tiempo se recreaba en lo hecho: se quitaba la gorra, se mesaba los pocos pelos que tenía, tiraba la colilla húmeda y apagada, sacaba la petaca, liaba otro cigarrillo. Luego encendía el chisquero con el roce vertical de arriba abajo de la palma encallecida de la mano, abombaba las mejillas chupadas soplando, y aspiraba con ansias de aquel brocal dorado que manaba fuego vivo, como el que busca aire cuando se asfixia.

La última faena que hacía era atar juntas las puntas de las cañas para que tomaran su forma vertical mientras secaban algo. Para ello pisaba el centro del armazón, cogía una punta y luego otra hasta tenerlas todas sujetas con la mano y las ataba con un abacal. A la caída de la tarde, la explanada parecía un campamento indio cuyas tiendas empequeñecidas hubieran sido despellejadas de las pieles de bisontes,

dejando sus esqueletos al viento. Al día siguiente, o al otro si no se mantenían sueltas y verticales, el viejo continuaba entretejiendo la urdimbre, ascendiendo y apretando cada vuelta de la trama, hasta llegar a una altura donde formaba el borde y sacaba las asas. Finalmente, cortaba las puntas que sobresalían, mataba los filos, y las guardaba en la misma estancia donde su mujer cocinaba, planchaba, y la numerosa familia comía, hasta que las iba vendiendo a los vendimiadores y los aceituneros.

Ahora, a muchos kilómetros de aquellos corrales que ya no existen, pasado más de medio siglo, tras contemplar una puesta de sol deslumbrante, escribiendo esto aquí en casa de Jacobo, quien muchas veces estaba conmigo en el cajón, la vista se me va de nuevo a la vitrina donde relucen docenas de canastitos y cestillos de oro y de plata. Hay una verdadera colección. Están tejidos con hilos de oro, de cobre, de latón, de aleaciones inventadas por mi amigo. Los hay de muchos tamaños, a cual más pequeño y gracioso: canastos pendientes de zarcillos, cestitas, capachas y costureros adornan las baldas de la vitrina con la misma densidad y profusión que le aplicaba a los que hacía de niño, con los tiernos carrizos que el canastero preparaba para el hábil y despierto vecino. Al poco tiempo de descubrir al viejo por los agujeros del cajón, el futuro escultor no paraba de pergeñar canastas. Y con todo lo que le metía mano era igual, semejante precisión y destreza, idéntica impasibilidad, la misma sabiduría natural.

En cambio yo, aunque observaba al viejo como un pasmarote todos los días encogido en el fondo del cajón para que no me intimidara con sus morisquetas, o cuando andaba cazando libélulas en los alambres, no aprendí nunca del canastero ni a juntar dos cañas. Pero sí recuerdo los mordiscos que le asestaba al borde del cajón cuyas hilachas de madera mojada no lograba nunca arrancar de la tabla. Lo que me llamaba la atención de verdad, a diferencia de Jacobo, para el

que siempre fueron indiferentes, y esperaba ansioso la hora en que pasaban, eran las dos filas de legos franciscanos que subían por el camino de los corrales desde el convento de San Francisco hacia la ermita de San Benito. En los días soleados de invierno o primavera, el fragor de las mujeres con la colada y los tendederos se amortiguaba con las pisadas acolchadas de los frailes. Iban siempre catorce o quince novicios, pálidos como la cera, con sus tonsuras orondas rapadas y grises, envueltas en una corona de pelos como el envoltorio oscuro de un nido de golondrinas. Los largos y gruesos faldones de sus hábitos color castaña, con grandes capuchas sobre la espalda, ceñidos con un cordón blanco doble con varios nudos, casi llegaban a las vastas sandalias negras, de las que asomaban los dedos como de mármol llenos de cerdas negras. Caminaban deslizándose, casi levitando por el camino de tierra dura entre las malvas, cuchicheando y susurrando, tímidos, como aterrorizados, mientras algunas mujeres y niños disimulaban unas risitas de cachondeo, hasta que los legos con cara de cera desaparecían por el camino arriba que discurría junto al vallado.

13. EL VIOLINISTA

Sin que uno se lo proponga la memoria saca a flote recuerdos que brillan a poco que se frote para desvelarlos, como el bronce que se halla bajo el óxido de las estatuas. Sepultados por la oscuridad y la densidad del tiempo que gravita sobre ellos, el acto de rescatarlos cuando afloran sin invocarlos les confiere el fulgor original de cuando fueron fundidos. Escribir, rescatar algún recuerdo que asoma una chispa de luz entre la capa de moho, es como pulir con lija fina buscando la pureza metálica que cubre la pátina del tiempo. Lijando, escribiendo, aparecen los destellos que el cardenillo esconde. Destellos que lucirán siempre y cuando el metal sea puro, refractario al ataque del oxígeno, con el grado de preciosidad necesario para que el tiempo no lo convierta en una costra compacta de herrumbre, frágil y quebradiza ante el menor intento de lustrarlo.

> *Estimado lector, debo decir que el párrafo anterior está en la hoja tal cual. A diferencia de la escritura espesa y deshilachada que suele dejar debajo del busto de Juan, hay tramos como este y como los que copia que no requieren poda ni injertos. Y no porque uno esté satisfecho con su estilo, lo cual importa muy poco a este viejo, al que tampoco gusta nada lo que de su juventud cuenta por no ajustarse a la verdad. Si he de ser sincero, preferiría no orear cuestiones que me traen tan malos recuerdos. Pero tampoco es plan de eludir una responsabilidad adquirida con la familia, si se niega uno a continuar este trabajo, que empezó como un entretenimiento y se está convirtiendo en un*

compromiso bastante delicado. Si no se tocan los textos es porque se considera que no tienen tachas ni faltas que hagan necesaria su corrección. Prosigamos.

Entre los corrales plagados de malvas y el patio de paredes blancas con macetas de claveles y geranios, y la puerta de la calle, se nos fueron inocentemente los primeros años de nuestra vida. La calle de tierra y guijarros estaba delimitada de las aceras sin pavimento por sendos bordillos de granito. En los inviernos lluviosos los chiquillos hacíamos pantanos en los arroyos que corrían junto a ellos, solo por el gusto de chapotear hasta las rodillas y derribar luego la presa para dejar escapar el agua en avalancha.

Nos sentábamos en el escalón deforme de piedra de la puerta, comiendo un cabero de pan con un hoyo relleno de aceite y azúcar. Nos distraíamos con los tontos y los babosos de la calle. Y con los constructores de pantanos cuando corría el agua. Los carros de escombros y tiestos abrían sus panzas de esparto, y rellenaban cuando levantaba el tiempo los socavones que la lluvia había abierto en el pavimento de tierra. Hasta que fuimos mayores, en edad de ir al colegio y de trabajar, siempre estábamos juntos en su casa con la Tata, o en los cajones de los corrales.

Daba gusto estar con él, se sentía uno seguro, protegido. La nodriza contaba cuando ya éramos grandes, algo nostálgica, ponderando la bondad de Jacobo, que cuando el trabajo y la bulla la agobiaban se veía obligada a darnos de mamar a los dos juntos, uno en cada pecho, hasta que nos hartábamos o se le apuraba la leche. Si una teta se agotaba antes que la otra, y si esta otra era la que Jacobo todavía chupaba, este se retiraba para cedérsela al compañero. En cambio, si el compañero de ubre que nos tocaba era Matías, nos daba patadas hasta que le dejásemos la leche de las dos mamas para él solo, a lo que la nodriza no se negaba temiendo perder los pezones a dentelladas.

Cuando la Tata contaba aquello delante del vecindario más joven, sobre todo si eran mocitas, mostrando sin disimulo el orgullo que le provocaba tal generosidad, mi amigo se retiraba susurrando que la Tata decía eso, y mediaba de celestina, para sacarle los colores delante de las mujeres. Pero nunca se acharaba. Ni por aquellas lisonjas ni por ninguno de los requiebros que la nodriza pregonaba.

Después de tantos años transcurridos estoy en su otra casa, jubilado, sin que nada me atosigue, lejos de nuestro pueblo. Dispongo de todo el tiempo que tengo, aunque soy consciente de que cada vez es menos. Veo venir la oscuridad. Estoy embarcado, como él me recomendó cuando me vine a Florencia, en la excavación hasta lo más profundo de mis recuerdos para dar sentido a mi vida. Mientras, espero casi indiferente que la enfermedad acabe de estragar mis neuronas, de cuya maraña aparecen fragmentos sueltos del pasado. Pero son pedazos, fragmentos siempre insuficientes para recomponer el sentido de otras actividades de mi amigo. ¿Qué hacía, dónde estaba cuando desaparecía de mi vista, cuando yo lo echaba tanto de menos y sabía que no se encontraba ni en su casa con la Tata, ni en la escuela de las hijas de la partera?

Desde muy chicos seguíamos a los forasteros ambulantes que aquellos años aparecían por el pueblo. Incluso más adelante, durante la escuela primaria, el tiempo libre lo empleábamos, además de en buscar fósiles y jugar, en contemplar lo que hacían aquellos visitantes como el violinista, el velonero, los arrieros, y, el más desconocido de todos, el tío del saco, que era el que más temíamos aunque nunca aparecía.

Pero de la nebulosa de la memoria surgen retazos de imágenes más tardías, o más recientes, según el punto de vista que adoptemos para contemplar el tiempo, del escritor Manolo González ensimismado y atento, fascinado con aquellos personajes de quienes no nos despegábamos durante horas, para describirlos con sus palabras y sus plumillas, con la misma

diáfana precisión y talento que dibujaba los paisajes y los toros bravos, los vallados de chumberas, las aves de las marismas.

También se solaza en el recuerdo con una carga generosa de agradecimiento la imagen, la sonrisa con la boca grande, las orejas abiertas y los ojos vivos y azules de Andrés *el May*, con su voz algo áspera y pedregosa pero limpia, clara y sincera, cuando con tanta sensatez y coherencia hablaba, enseñaba o actuaba. De chicos nos juntábamos de vez en cuando porque estábamos en la escuela de los Frailes, pero luego yo, que había dejado el colegio, no me juntaba ni les hablaba por darme corte y envidia de verlos vestidos con el uniforme del instituto. El uniforme que yo no supe, ni quise tener por engatusarme y perderme con las caricias y los tocamientos, por las monedas corrompidas del ebanista Juanín. Claro, y también por tener un dinerillo que mis padres no podían darme, pero que yo necesitaba para los vicios como el tabaco y el vino que me hacían sentir un hombre. Y para los tebeos, las novelas, las películas de romanos; o para el alquiler de bicicletas en la feria, los paseos en el carrusel y los coches topes.

No quiero adelantar acontecimientos pero la memoria se va, o se viene, a tiempos más recientes y no la puedo controlar. Entonces, cuando me agobio y me lío, lo dejo todo tal cual en la mesa, y me voy a pasear por Florencia.

Eso me relaja, mezclarme con los turistas sabiendo que nadie me conoce. Confundirme con algún grupo y seguir las explicaciones de los guías mirando los cuadros de la Galería de los Uficci. Recibir una magistral e inolvidable lección de historia del arte y salir sobrecogido con las obras de Leonardo, Miguel Ángel, Tiziano o Caravaggio. Y es que a veces mi estado es tal que creo que no voy a recordar nada más, que me quedo en blanco para siempre. Da miedo. Nada. Hay momentos que no recuerdo nada. Pero enseguida, sin esperarlo, la mente se aclara, la memoria se abre y

regresa la esperanza y la alegría cuando las imágenes se me agolpan, se arrebujan las palabras por salir, por tomar forma y significado mientras gozo feliz y brinco como un potro, con una energía nueva y desconocida a la que quiero agarrarme como me aferro a su compañía y a su aliento al sentir cerca la mirada cálida, la dulce y adorable presencia de Clara. Quiero. He de llevar un orden, seguir recordando. Necesito vivir.

Quiero porque necesito como el aire volver a aquellos años oscuros enturbiados por el tiempo y el olvido. A los años en que aparecían por el pueblo de tarde en tarde los personajes ambulantes cuyos oficios dejaban en el ambiente una resonante huella de su presencia. Los vendedores como el lechero, con las dos jarras de hojalata en el serón de la bicicleta; la mujer vestida de negro con un velo y una toca que llevaba colgado del brazo un canasto plano y ancho de mimbre, lleno de dulces que sabían a gloria, pregonando con su voz cascada y grave la salmodia: tortas, rosquetes, madalenas, cuuuñas dee chocolaaate. Los artesanos como el afilador y el latero o el esquilador, que permanecían en el pueblo un par de días, pregonando y vendiendo su trabajo, sus habilidades. Los músicos como los gitanos de la cabra con la trompeta y el taburete y el tío de la Marieta, o el violinista.

Unos reparaban ollas y cacerolas por las casas de vecinos; otros afilaban tijeras y cuchillos. Uno, el bohemio mugriento tocado con una boina y un gabán brillante de sucio, el tío de la *Marieta*, pasaba la gorra después de canturrear y contornearse acompañado con un roñoso clarinete una cansina melodía: !Ay la marieta, ay la marieta, se canta así, se canta así por dos pesetas... ay la marieta, ay la marieta, se baila así, se baila así por tres pesetas¡

Al latero, un hombre canijo y larguirucho con ojos de pájaro, una boina y un bigotillo cano muy fino, lo acompañaba yo casi siempre que me lo encontraba. Se metía en las casapuertas umbrías y frescas en los días calurosos, o en los patios soleados de las casas si

hacía frío al respaldo de los testeros cuajados de flores. Allí desplegaba sus herramientas, y una cubeta metálica alta y estrecha donde se calentaban en brasas de carbón los soldadores de cobre con el mango de madera. Con aquellos útiles en cuña que flameaban y una barrita de estaño, Agustín, creo que se llamaba, reparaba algún agujero de una olla, o le soldaba a cualquier cacharro mutilado un asa de lata que hacía con destreza con unos alicantes.

El hombre se daba cuenta de que yo abría la boca pasmado, mirando cómo el estaño se fundía y se colaba por las juntas, hasta quedar brillantes y unidas ante mi asombro, en una operación que siempre me pareció pura magia. Las uniones me hechizaban como los primeros cordones de soldadura que más adelante hacía, y como me deja aún la comunión milagrosa de las palabras espoleadas por el pensamiento. El estañador, cuando aparecía por la calle llamando con su soniquete cantarín, ¡niña el latero¡ y me veía, hacía señas y enseguida me tenía sentado junto a él en el suelo, ayudándole a extender un lienzo de cuero corticheado, sobre el que disponía con desenvoltura sus instrumentos.

Pero el personaje más extraño, discreto, más misterioso y escurridizo para mí era, con diferencia, el violinista de la levita. El hombre que vi por primera vez en los corrales con el estuche bajo el brazo cuando estábamos en el cajón y nos dio una almorzada de bellotas. El que acarició a Jacobo pasándole las manos encallecidas por las mejillas. Tenía los dedos oscuros, como manchados de tinta, con los dorsos poblados de vellos largos como cerdas. Y las uñas sucias. El mismo que siguió durante un rato una de las representaciones del TEL, *Noviembre y un poco de yerba*, de Antonio Gala,y no tocó nada. De su violín no salían aquel día aquellas notas que tanto me gustaban, como otras veces que tocaba muy bajito, lánguido y melancólico, frente a la iglesia durante los funerales, o cerca del cementerio con el estuche abierto para las limosnas.

Aún me conmueve aquella música, cuando la encuentro en los discos de Jacobo y la pongo a reproducir.

El violinista era barbudo, pelirrojo. Tenía una melena corta y ondulada. Alto y delgado, aunque ancho de espaldas y fuerte de brazos, siempre iba con la misma vestimenta hiciera frío o calor: una mascota de paño negro a juego con los pantalones de pana, la camiseta negra de franela sin cuello y los zapatos de charol agrietados y sucios. La larga bufanda roja casi le llegaba a las rodillas. De la levita negra bruñida de los roces, desastrada, raída y estampada por algunos lamparones, decían algunos que debió de pertenecer a alguien de la Primera República. El músico usaba gafas de cristales muy oscuros y redondos engarzados en una montura fina metálica que casi apoyaba en el violín cuando ejecutaba sus dulces y tristes melodías. Yo llegué a creer que era ciego, por su modo de girar la cabeza, de detenerla en seco, aguzando el oído como queriendo oír más que ver. Pero su seguridad caminando sigiloso como un furtivo, sorteando con disimulo los obstáculos que otros niños le colocaban delante, para ver si los veía, me demostró que no lo era en absoluto.

Me seducía seguir al violinista por lo enigmático que era, me sentía atraído por él, por la agradable música que tocaba. Pero no resultaba fácil admirarlo mucho tiempo, desaparecía de improviso. Nadie sabía dónde se alojaba. Si alguna vez insistí en averiguar adónde iba, o de dónde venía, nunca logré saberlo. Una noche de verano, casi de madrugada de luna llena, después de vagar por el pueblo sin nada que hacer, ni saber adónde ir, con algunos vasos de más, amargado por haber visto besándose a Clara con el fantoche de su novio, acabé sentado sobre un resto de muralla al borde de la explanada del Castillo. De pronto, me sobresalté con el sonido remoto y apagado de una música que enseguida me embelesó. El mismo hilillo melódico y dulce que aquel hombre sacaba de su violín en la puerta de la Parroquia. La misma

nostalgia que flotaba en el aire cuando tocaba bajo el olivo frente al cementerio. La línea ondulada y suave que yo escuchaba, o soñaba escuchar cuando arrullado con su armonía me echaba un rato de siesta en el frescor del foso de arcilla.

A veces pongo esas melodías que Jacobo atesora: el segundo movimiento de la tercera sinfonía de Beethoven, la marcha fúnebre. Algunas Sonatas para violín. Esa tierna letanía de Mozart. El Ave María de Schubert. Las canciones que mi madre me cantaba cuando niño, de Dvorák. Si las escucho recordando al pelirrojo con los dedos sucios sosteniendo el arco con firmeza, arco abajo, arco arriba, frotando con delicadeza las cuerdas con la vara un poco inclinada, siento la misma emoción que entonces. Veo los dedos de su mano izquierda temblando al pisar las cuerdas sobre el mástil. Oigo aquellos sonidos llenos y agradables que sacaba en los funerales. Los agudos que me arrebataban de melancolía. Siento la desazón que me devoraba sentado en el agujero de la muralla, atento, sin apenas respirar, recibiendo aquella brisa sonora, estremecido con el murmullo lejano de las notas amortiguadas como si surgieran del fondo de la tierra.

Recuerdo que se lo comenté a Jacobo la primera vez que lo descubrí, y me dijo, compasivo y amable, que no empinara tanto el codo en *El Frenazo*: «No te comas la perola que el tío del violín viene casi siempre con Agapito Paniagua, y si se queda en el pueblo lo hace en la cueva con las bestias. Si el violín se oye, me decía, será por eso, lo tocará el hombre para conciliar el sueño». Pero yo había espiado muchas noches la entrada del camino por ver si lo veía. Y jamás lo vi. Al único que me encontraba era al tío de *la Marieta*. El del clarinete pernoctaba en otra cueva cercana, hasta que se lo encontraron muerto una tarde, con catorce mil duros en el bolsillo de la gabardina grasienta que no se quitaba ni para dormir.

Pero además de vendedores y artesanos ambulantes que nos distraían como el latero o el velonero;

de los artistas y fieras del circo que montaban en la plaza del Pajarete; de los sansones que en el campo de fútbol hacían muelles con hierros que doblaban en sus brazos y tiraban de un camión lleno de gente, por Lebrija y por Ligustia aparecía de vez en cuando otro personaje, invisible, siniestro.

También aparece cuando menos se la espera en cualquier lugar o país en que uno se encuentre, como se presentó hace unos días en el fondo del río, debajo del *Puente de la Trinidad*, removiendo en la memoria recuerdos olvidados. En este caso ha aparecido en el cadáver de un suicida que se ha quitado la vida con un método que me resultó familiar por haberlo visto de chico en el cementerio. La muerte nos avisaba con los chillidos de desconsuelo de los familiares de su víctima. Hacía sus visitas con una periodicidad caprichosa que algunos chavales esperábamos como embrujados por su halo de misterio, sobrecogidos ante la impotencia de los amigos y la familia. Sobre todo si la infatigable huésped había sido invitada expresamente por algún suicida.

Sentado en el escalón de la calle viendo pasar a la gente, a los cabreros, a los vaqueros con las piaras y las manadas; atrapando libélulas en los alambres de espinos de la haza, jugando al romo, al téjele o a las canicas en los corrales; jugando a la rayuela, a justicia, a la comba, a la mosca, o durmiendo a media noche los alaridos irrumpían de repente saltando las tapias de las casas contiguas. Los gritos y el llanto de los dolientes se colaban por las rendijas de las puertas, resonaban en los cuartos y las alcobas de las casas de vecinos. Despertábamos sobrecogidos. A veces, si quien se quitaba la vida era algún joven agobiado por la hartura, incomprensible entonces para nosotros, de la estancia en este mundo, la consternación se generalizaba en el vecindario. Atraídos por una extraña curiosidad hacia aquellas visitas inesperadas que alteraban dos o tres días la monotonía de los vecinos, íbamos al cementerio a fisgonear de vez en

cuando. Una vez fui con Matías cuando don Pedro el Carbonero se ahorcó en un olivo de *Las Carrascosas*. Llegamos poco antes de que le hicieran la autopsia en un cuarto que había en el cementerio. Desde una ventana con el postiguillo un poco abierto veíamos cómo aserraban el cráneo por la frente y abrían el abdomen por debajo de las costillas.

Don Pedro había estado discutiendo con su mujer bastante acalorado, como nunca lo habíamos oído durante las frecuentes broncas del matrimonio. Pero al rato de estar callados, el hombre salió a la calle con una capacha bajo el brazo y un sobre grande doblado que abultaba el bolsillo interior de la blusa. Matías, que andaba por allí cerca, se enteró de todo, y salió detrás de don Pedro, a quien conocía muy bien porque su madre viuda era la querida del rico comerciante y propietario de varias casas de vecinos. La relación era, por lo que la gente decía, de sobras conocida y aceptada por la mujer del carbonero. Lo siguió apegado a la pared, a menos de cien metros de distancia, calle arriba.

Me roía la curiosidad. Seguí a Matías procurando que no me viera, porque me extrañaba que no me hubiera avisado de que algún evento parecía acercarse. Por el contrario hizo todo lo posible para despistarme, entrando en su casa hasta el corral y volviendo a salir a la calle por otra casa mucho más arriba. Cogieron el camino de *Las Carrascosas*, don Pedro con la capacha y, detrás, por la parte baja del padrón de la linde iba Matías, escondiéndose entre los cardos y los hinojos, mirando alrededor asegurándose de que nadie le veía. Don Pedro se detuvo junto a la chueca de un olivo muy grande. Yo me quedé rezagado, tendido sobre el talud de la finca de enfrente, y allí estuve mientras el casero sacó de la capacha una soga y trepó con ella hasta una rama grande y gruesa, horizontal, a varios metros de altura del suelo.

No podía creer lo que estaba viendo. Sabía que en el mismo olivo centenario se habían ahorcado otros

hombres, pero nunca imaginé que sería testigo del procedimiento para hacerlo. Vimos cómo trepó, con qué agilidad a pesar de sus años se sentó aquel hombre en la rama, ató laboriosamente la cuerda a la altura deseada, hizo el nudo corredizo en la otra punta, metió el lazo por la cabeza, se lo ajustó al cuello, y se dejó caer quedando colgado y pataleando. Pero algo debió salir mal. El cuerpo enorme y pesado no dejaba de oscilar violentamente. Adonde yo estaba llegaban los bramidos apagados de una agonía que no terminaba. Una agonía que Matías cortó, tras subir como un gato por el tronco y descender boca abajo deslizándose como una culebra por la soga, para coger el sobre que don Pedro llevaba en el bolsillo. Antes de llegar al suelo se dio la vuelta, se quedó un rato enganchado y tirando, abrazado a las piernas, hasta que el cuerpo quedó casi quieto. Estaba muerto. En ese momento miró hacia mi cabeza asomando entre los matorrales de la linde, a ocho o nueve olivos de distancia, temblando de emoción y de miedo. Salí corriendo y me siguió, creo todavía que sin saber que era yo. Pero al entrar en el pueblo conseguí despistarlo.

14. SOSPECHOSOS

Al levantamiento del cadáver asistimos como si no hubiéramos presenciado el ahorcamiento. Matías me contó que se había enterado en la puerta de la barbería; que cuando llegó al olivo ya estaba allí el juez y la Guardia Civil. Yo llegué cuando lo colocaban horizontal, tieso sobre una escalera de encalar. Luego lo acompañamos con la comitiva uno en cada flanco de la escalera hasta la puerta de su casa, en cuyo salón fastuoso y oscuro lo metieron entre el llanto de las plañideras contratadas por su viuda. Recuerdo que cuando los porteadores subían la pendiente de la acera para entrar en casa del difunto, uno de sus brazos con la mano enorme abierta se deslizó hacia abajo. Se detuvo, rígido y cimbreante como una rama grande en la cabeza de Matías, quien con las mismas y sin inmutarse lo volvió a colocar cruzado en el pecho entre las risas contenidas de los curiosos.

Desde aquello, cada vez que alguien se ahorcaba o se arrojaba por el acantilado o se pegaba un tiro; cuando algún suicida ingería un veneno o se arrojaba al tren y no lo descuartizaba, o se yugulaba para quitarse la vida, allí estábamos los dos, o yo solo casi siempre, apegado al ventanuco de la sala de autopsias. Me empiqué a espiar por la rendija del tapaluz. Miraba cómo abrían la frente, el vientre de los cadáveres.

Una tarde después de un entierro, con el cementerio ya desierto a punto de cerrar nos quedamos curioseando entre los nichos vacíos. A Matías se le ocurrió coger una escalera y subir a uno de los osarios que había en los huecos que formaban las cuatro esquinas del cementerio. Cuando estaba encaramado en el caballete del borde del depósito, ya fuera de la escalera,

me dijo que subiera para ver la cantidad de huesos, los esqueletos casi enteros que había allí dentro. Y le hice caso con tanto ímpetu, acobardado como siempre por su resolución, que cuando subí y me asomé se me fue el cuerpo como si se hubiera movido la escalera. Caí encima del montón de huesos. Cuando miré para arriba del osario, tendido, con la cabeza rodeada por algunas calaveras que parecían reírse de mí, las puntas de las zancas de la escalera ya no se veían sobre el marco del cielo azul y sonrosado. Solo se oían las voces del sepulturero, riñéndole a Matías para que abandonara el cementerio, justo antes de cerrar.

Estuve allí hundido más de una hora, luchando por desembarazarme de los huesos y de restos de ropa podrida apegadas al cuerpo pringoso de sudor hasta que pude salir escalando. Subí por las llagas de los ladrillos toscos y pude alcanzar el caballete. Luego bajé agarrándome a los salientes de los nichos. Me senté agotado, nervioso, temblando junto a la verja de hierro cerrada de la salida, aterrorizado al pensar que por allí no pasaba ni dios de noche, a no ser que fuera algún agricultor rezagado. Y aunque pasara alguien, tampoco le iba a decir lo que me había ocurrido para morirme, no ya de miedo, sino también de vergüenza.

Me acordé de la escalera y la encontré donde la dejó el sepulturero, tendida junto al cobertizo detrás del cuarto de las autopsias. Luego me subí al tejado para deslizarme por la rampa del contrafuerte del muro hasta el trigal de la trasera del cementerio. Ya de noche oscuro, jadeando, lleno de rasguños y mataduras, con un ataque de alegría y de miedo que me azuzaba salí corriendo hasta casa como si un perro invisible y enorme me mordiera el trasero sin podérmelo quitar de encima. Bañándome en el barreño de lata mi madre no dejaba de relatar, escandalizada por la costra amarillenta y espesa de pelos, de escamas de ropa putrefacta y fétida.

Todavía hoy después de tantos años sigo sin saber si Matías me reconoció el día que se ahorcó don Pedro.

He trabajado con él más de cuarenta años por medio mundo. He gozado de su confianza. Me hizo encargado y jefe de varias plantas industriales de las que construyó. Me recomendó, o mejor dicho me obligó, a que liderase el comité de empresa para que no se colaran los sindicatos a los que odiaba. Nos peleamos varias veces por negarse a pagar el destajo acordado a más de doscientos trabajadores. Me despojó de los cargos que él mismo me dio con la misma sangre gorda que se las ingenió para rebajarme de categoría. Por último, me puso a soldar como un oficial cualquiera varios años antes de jubilarme. Y a estas alturas, aún me corroe no solo la duda de que me descubriera, sino la de que el día que me caí al osario en realidad no hubiese sido empujado por él, temiendo que hubiera suelto un testigo de la sustracción del sobre que don Pedro llevaba en el bolsillo. Porque, lo que estaba claro es que, si no me había reconocido, bien sabía que alguien lo había visto descender como una bicha por la soga y el corpachón colgado.

Siempre pensé del contenido del sobre que llevaba don Pedro como algo importante. Al poco tiempo de ahorcarse la esposa de don Pedro se murió de pronto. A lo cuantos días del deceso, la madre de Matías se mudó desde la parte de casa que le tenía arrendada el rico casero a la mansión donde el desaparecido matrimonio vivió. Matías se casó más tarde, cuando aún eran casi unos críos, con Mercedes, la única hija de la pareja que al quedarse huérfana se acabó de criar con su suegra. Al cabo de varios años, mi amigo de correrías era el heredero de las tierras, las casas y la fortuna de su suegro póstumo, y, aunque rumores hubo de todo tipo, lo que prevaleció y alcanzó la categoría de noticia fue que la viuda obligó o convenció a su amante para que le dejara en vida todo su patrimonio, testando a favor del hijo natural de ambos, Matías Corrales.

La memoria sigue sorprendiendo cuando exhuma recuerdos que uno creía evaporados. No pensaba de-

tenerme en ninguna vivencia de la vida laboral que compartí con el *Agonía*, y de hecho no voy a hacerlo, porque no es esa parte de mi memoria la que quiero rescatar. Aunque, uno no sabe qué puede dar de sí esta cabeza casi hueca. Me da igual que Matías me reconociera o no, o que intentara matarme ingenuamente el día del osario. Es una duda más de las tantas que tengo.

Pero regreso a las visitas al cementerio para espiar por la estrecha rendija que dejaba la portezuela, aprovechando que se abría sólo un poco cada vez que el ayudante del forense la cerraba de un portazo. Un día me descubrió y cerró de golpe la contraventana. Me largué, pero al rato acerqué de nuevo el ojo y quedaba una separación suficiente para ver. Solo tuve que encajar la puerta del cobertizo para dejarlo a oscuras, y estar atento por si se giraba el forense o su ayudante. De tal manera, durante varios años, presencié parte de algunas autopsias, a poco más de un metro de distancia, a través de la apertura de un par de centímetros.

Una de ellas, la última, fue la del hombre que se tiró desde el filo del acantilado y apareció con la cabeza reventada dentro del foso agotado de barro, en la ladera de Ligustia. Era Juanillo *el Poleas*, quien yo creía, en contra de lo que Jacobo me aseguraba, que era su padre. Ya no solía ir al cementerio desde que trabajaba en la alfarería, pero aquel día me mordía la curiosidad y me despisté del trabajo para comprobar si podría ver algo.

Y así fue. Aunque el cobertizo estaba atestado de chismes, y la ventana estaba casi oculta detrás de unos tablones apoyados sobre la pared, había espacio suficiente para mirar. Estaba incluso mejor que años antes, pues entre las tablas y la ventana y con la puerta del cobertizo cerrada la oscuridad era total; estaba tranquilo, desde dentro no verían fácilmente cómo espiaba. La contrapuerta seguía allí, detrás del cristal algo más sucio, pero bastante claro para seguir

los gestos de la conversación del forense y el ayudante, señalando inclinados hacia el cuello del cadáver. Uno de ellos sujetaba con unas pinzas cada uno de los dos extremos separados de la vena gruesa que subía por el cuello. La yugular se veía seccionada por un gran desgarro del pescuezo, debajo de la mandíbula. Como si hubiera recibido el mordisco de un bicho raro. La cabeza, magullada y pálida, estaba abierta por la nuca del golpe contra las piedras y los escombros que nosotros echábamos en el pozo para rellenarlo. Aquello me pareció normal, teniendo en cuenta que desde el espolón del acantilado hasta el foso de la ladera había unos veinte metros de altura. Pero el destrozo del cuello me trajo el recuerdo de algunas autopsias anteriores, de los tiempos en que no perdía ni una.

Pienso ahora que Jacobo nunca fue conmigo al cementerio. De hecho, varias veces me dijo que nunca había estado allí. Ni tuvo ningún interés jamás por ir desde que alguien le contó que el sepulturero, que siempre andaba casi borracho, había sustituido, en agosto del 36, al que dimitió por no soportar el hedor y el trabajo de agrandar, una y otra vez, la fosa común para meter a los varios centenares de fusilados que se acumulaban en pocas semanas. Me viene a la memoria la manera de desembarazarse de Jacobo cuando yo pretendía en vano explicarle lo que veía en el cementerio. Le preguntaba si él creía que aquellas muertes eran suicidios o asesinatos. Con qué habilidad se zafaba de mí. Se escurría como jabón de las manos de una forma casi brusca para eludir secamente la respuesta, dejándome plantado con las preguntas en la boca a medio hacer. Después desaparecía durante varios días.

Cuando se comportaba con aquella aspereza me llevaba varios días sin hablarle. Lo sentía lejano, extraño, aunque más por el respeto que le tenía que por su actitud seca y ceñuda, a pesar de que carecía de desdén o desprecio alguno. Pero la última vez, después de la autopsia del *Poleas*, no escurrió el bulto ni

mucho menos sino que explicó serenamente su opinión de aquella muerte. Su versión no difería de la de los compañeros mayores: varios de aquellos hombres habían formado parte de las cuadrillas que fusilaban a republicanos, anarquistas, y raparon y purgaron con aceite de ricino a muchas mujeres en agosto del año 36. Probablemente, alguien se estaba vengando. Decían también que habían violado a unas cuantas mujeres cuando estaban detenidas en la casa de la Falange, obligándolas a declarar el paradero de sus maridos o familiares, los cuales huyeron al enterarse de que Queipo de Llano había ordenado escarmentar a los militantes y afiliados de la izquierda. Pero durante mucho tiempo estuve oyendo también, aturdido a veces por la incertidumbre de no saber las verdaderas causas de las muertes, que se suicidaban porque los remordimientos de conciencia no les dejaban dormir. Al parecer, no podían vivir con aquella carga, andaban siempre cabizbajos, borrachos, con las miradas torvas, arrepentidos.

Sin embargo, aunque tuve pesadillas mucho tiempo con la imagen de *el Poleas* y las autopsias, el tiempo fue soterrando mi interés por saber las causas de las muertes, aunque quedara todavía quien sostuviera con aplomo que eran venganzas, pero sin dar explicación de cómo ni de quién. Y si las daban, yo, como siempre, nunca me enteraba. En realidad, *el Poleas*, el mecánico que se enriqueció con el estraperlo, apareció reventado en el foso de la ladera tras arrojarse desde el filo del acantilado, de la misma manera que otros hicieron antaño.

Otro hombre estaba arando con un tractor la vera de una tierra de labor junto a un terraplén, frente al corral de mi casa, a unos doscientos metros de donde yo atrapaba libélulas, y parece que lo dejó rodar adrede por la pendiente. O se volcó el tractor, no se sabía con certeza, y lo enterró bocabajo la rueda grande trasera, que no dejó de girar hasta que llegaron unos vecinos y pararon el motor. Cuando levantaron el trac-

tor solo se veía asomar de la tierra pelona y compacta la columna vertebral blancuzca en carne viva, con unos hilillos de sangre coagulada que asomaban de entre las vértebras desolladas. Pero el cuello tenía un desgarro similar al de otros cadáveres. La garganta, una vez desalojada la tierra esponjada en sangre que la cubría, estaba abierta entre dos labios desgarrados de los que ya no brotaba ninguna sangre.

A un hermano de don Gaspar que había sido militar, don Alberto de Guzmán, lo encontraron unos chavales en el fondo del canal de Ligustia cuando se bañaban, con una correa de cuero a la cintura a la que había atado unas cuantas pastillas de plomo, grandes como las de jabón verde. Era, según decían, el que mandaba la cuadrilla que mató a los abuelos de mi amigo y vejó a la madre, violándola, colgándola por los pies estando embarazada, con la intención de que abortara, lo que ocurrió horas después. La autopsia reveló un destrozo en el cuello que mostraba las venas cortadas como las de Juanillo *el Poleas*.

Al otro hombre que recuerdo, un rico labrador de quien decían que no solo no estaba arrepentido de lo que hizo con los represaliados, sino que se jactaba rememorando los sufrimientos que padecían durante las torturas y las caras de pánico que llevaban en el camión hacia la tapia del cementerio, se lo encontraron sobre un charco de sangre en el pajar de su finca. Tenía un cuchillo de matanza clavado en el cuello y una brecha en la frente, como si la hubiera golpeado violentamente con un peñasco.

Hubieran sido asesinados como algunos sostenían, o se hubieran quitado la vida ellos mismos, lo cual creían la mayoría de los vecinos, al cabo de poco tiempo no se habló más de aquellas muertes. Tampoco se oyó nada más sobre los sospechosos de las presuntas venganzas. Se corrió un velada cortina que nadie tuvo —o yo no me enteré— la intención de descorrer, a no ser que fuera la policía, y al no encontrar culpables, en el caso de que los hubiera habido, cerraron los ca-

sos para siempre. Pero varios años más tarde, estando en Alemania, le comenté a un paisano que llegó a la fábrica un hecho sorprendente: una semana antes habían ardido seis granjas cercanas a nuestra residencia. Se lo contamos porque Jacobo y yo teníamos las maletas hechas, como si fuéramos a marcharnos al día siguiente, y él preguntó que adónde íbamos.

En aquel verano del 71, en el transcurso de una semana alguien le metió fuego a varias granjas de los alrededores de Hörste, a pocos kilómetros de Lippstadt. No murieron personas creo recordar, pero sí se quemaron muchos animales. Casi todas las viviendas anexas quedaron calcinadas. Los rumores que corrían sobre los incendios decían que eran venganzas de algún familiar de víctimas de los nazis. Jacobo no quería hacer las maletas. A Matías, que compartía la habitación con nosotros, le daba igual porque nunca dormía allí, ya que en cuanto llegó a Alemania se compró ropa nueva y parecía un agente comercial alemán que se hospedaba en un confortable hotel. Pero a mí se me metió en la cabeza que, debido a que la residencia había sido un antiguo convento de monjas, quizás al mismo pirómano de las granjas le diera por meterle fuego. Entonces habría que salir corriendo sin darnos tiempo de nada más. Aunque la verdad era que el miedo que yo tenía se fundaba más que nada en que había visto, desde la ventana de nuestra habitación, un domingo a media noche, a un hombre con un traje claro, aparcando un *Mercedes* blanco, junto a la cabina telefónica de la acera. El sujeto me vio asomado a la ventana mientras hablaba con alguien por teléfono en el interior de la cabina. Estuvo un par de minutos con el aparato al oído, salió, se metió en el coche, siguió la carretera hacia la izquierda, y dobló a la derecha a unos cien metros en dirección a un pueblo cercano. Vi como el coche se detuvo junto a una granja enorme; dejó las luces encendidas durante unos segundos. Luego continuó la marcha, lentamente, hasta perderse por la carretera mientras las lla-

mas se corrían por el granero arrasando las viviendas y los establos con los animales.

Al día siguiente de llegar nuestro paisano, estando a solas con él, me contó que de nuevo había rumores en Ligustia de que aquellas muertes habían sido asesinatos cometidos por alguna víctima de los falangistas. Me dijo que en el pueblo había vuelto a correr el rumor de que el asesino era el padre de mi amigo, el cual habría venido de Francia clandestinamente para vengarse. Incluso había quien aseguraba que era su hijo Jacobo. Yo no hice caso alguno a mi paisano, ni tampoco le comenté nada a mi amigo. ¿Quién iba a creer que don Jacobo fuese a venir de Francia a matar a nadie? Mucho menos su hijo, que era un chaval entonces, se llevaba bien con todo el mundo y muchos del pueblo tenían algo que agradecerle. Y ¿cómo los mataba, que ni la policía ni los forenses acertaron nunca a confirmar que aquellas muertes eran asesinatos? Eran chismes levantados por los envidiosos.

Con el correr del tiempo olvidé todo aquello, no supe más ni recordaba nada de aquellas muertes, ni de las autopsias. No recordaba absolutamente nada. Hasta que me enteré hace unos días de lo del cadáver en el fondo del río, que también estaba degollado. Llevaba abrochado a la cintura un cinturón con pastillas de plomo. Desde entonces, las imágenes de los muertos sobre la mesa de mármol en el cuarto del cementerio, los comentarios sobre las venganzas y sobre la identidad de algunos sospechosos, no se van de mi cabeza. Y ahora sí lo sé, otra vez, estoy seguro de ello. Aunque no podía oírlos bien, por lo que hablaban y gesticulaban los forenses analizando el cráter en carne viva del cuello desgarrado y la venas cortadas. Estoy seguro que los cadáveres tenían lesiones similares debajo de la mandíbula, además de las producidas por el golpe de la caída, de las mordeduras de los camarones y de las rozaduras de la rueda del tractor.

❃❃❃

No puede ser. Esto es imposible. Varios días sin avanzar nada. Acabo de releer lo escrito y no puede ser. No reconozco mis recuerdos. He vuelto a repasar las hojas de los pisapapeles. No entiendo casi nada. Es imposible, no puede ser que Jacobo sea un asesino.

15. EL TALLER DEL ESCULTOR

Parece que me encuentro algo mejor después de no escribir durante un par de semanas. Estaba intoxicado de tanto leer y emborronar carillas. Pero hoy viene Clara y quiero estar en el estudio cuando llegue. Me he sentado a la mesa, he afilado el lápiz: dispuesto de nuevo a buscar en la memoria lo que mi amigo hacía cuando se ausentaba del pueblo. Como ya he dicho antes, me decía a veces que iba con don Gaspar a algún yacimiento arqueológico del Bajo Guadalquivir. Pero no siempre era verdad aquello, como pude descubrir más de una vez. Ahora aquí en su casa, medio siglo más tarde, a dos horas de avión de Lebrija, necesito saber adónde iba cuando desaparecía. Hay algo que me empuja a saber lo que desconozco de él, una comezón me devora al recordar que su padre y él eran sospechosos de los presuntos crímenes de Ligustia. ¡Ay¡ el cadáver del *Puente de la Trinidad* con las pastillas de plomo en el cinturón.

De repente ha menguado la claridad del estudio. Por el balcón de poniente entra Clara desde la terraza envuelta en un halo que me distrae. Ha llegado antes que yo. Esta dulce mujer tan encantadora, en la que no puedo ni quiero dejar de pensar aunque no hable mucho con ella, apenas me saluda con una sonrisa. Muy diligente, sube la escalera hasta las baldas superiores de la librería.

Las puertas acristaladas de la vitrina reflejan su melena corta, sus labios inflamados abiertos como los suaves pétalos de una rosa. Están cerradas con llave. Clara me mira con una sonrisa breve y cálida. Sus pómulos rosados y luminosos están radiantes. Sus pupilas ardientes centellean sin dejar de mirar el re-

flejo de mi mano resuelta, cabalgando el lápiz sobre el papel. Baja los peldaños despacio, como si supiera que cuanto más demora sus movimientos más acelera el corazón del hombre que desde hace medio siglo suspira por ella. Desde que la veía con el pendón de su marido, o con Aurora, antes de que esta se viniera a Italia. Desde que la seguía algunas veces cuando iba ella sola a la compra, cuando espiaba y estudiaba cada uno de sus movimientos, y la seguía hasta su casa sobrecogido y tímido, sin haberle dirigido casi nunca la palabra, atrofiado por la cobardía, mendigando una mirada, una palabra suya.

Cuando la miraba y sonreía, yo traducía el cambio de su cara como un mensaje de esperanza. Recargaba las expectativas postergadas apenas cubiertas en las enfebrecidas horas que la imaginación y el deseo se enfrentaban en una cruenta batalla. La miro de reojo: está con una de sus largas piernas encogidas y ceñida por el pantalón vaquero apoyada en el escalón: la otra estirada y rígida sobre el peldaño de abajo, mientras lee a través del cristal los lomos de los manuscritos.

Sabemos los dos que nos estamos observando. Pero la conversación no prende. La chispa que late desde hace tanto tiempo y me abrasa no encuentra el oxígeno que la haga entrar en combustión. El cebado del arco eléctrico que inicie la fusión no se produce. Pero como tantas veces sucede cuando me encuentro con ella, su atracción decae. Es como si quisiera huir, quedarme solo para imaginarla y pensarla, para quererla y amarla sin contemplaciones ni miramientos protocolarios. Comparo su preciosa y serena imagen sobre la escalera con la imagen ideal que atesoro en la memoria y en el corazón. Enroco el pensamiento desviando los ojos de los de Clara, que sigue mis gestos y ademanes desde el cristal de la vitrina que acaricia con sus dedos. No puedo decirle lo que siento por ella. Tiemblo de solo pensar temiendo que, más que rechazarme por respeto o por miedo al chulo de su marido, llegue a despreciarme después de reírse de mi vano

atrevimiento. Soportaría menos esta hipótesis, me vería despojado para siempre de la remota posibilidad de que piense en mí algunas veces.

Huir, me desvivo por huir de su presencia. Me hiere la imposibilidad de besarla, de apretarla entre mis brazos y acariciarla con la ternura que le abrigo desde que la sentí la primera vez entre los pliegues de mi corazón. Le diría que si estaba soltero era porque no podía olvidar su cara, ni el brillo húmedo de su mirada, ni la inmensa y verde pradera de sus ojos radiantes. Le confesaría que su nombre se me escapaba cuando estaba con otras mujeres. Que por eso había abandonado toda relación ajena a la platónica que tenía con ella. Le diría que no me importa, sino que me vuelve loco que husmee en las hojas del cuaderno que le dejo, y lea no solo las insustanciales palabras que le arranco a la memoria para combatir mi enfermedad sino aquellas sinceras que el pensamiento y las emociones de su recuerdo me suscitan. Le agradecería con caricias que si no fuera por ella mi vida no tendría sentido ni sustancia alguna; que mi corazón se desangra, se estremece temiendo perderla para siempre. Pero, en realidad, creo que Clara nunca lee lo que escribo, estas hojas que dejo pisadas con las estatuillas de *May*, de Antonio de Nebrija y de Juan Bernabé. Eso me desalienta. Por eso cuando recelo que sube al estudio a dejar un libro o a buscar otro, pienso en huir al taller y dejarla sola, con la vaga pretensión de saber si muestra algún interés demorándose en lo que escribo. Porque, aunque por una parte siento que ella está también enamorada, por otra temo que sea indiferente.

Ha cogido de un cajón del escritorio el llavero con la bala y la figurita de oro de don Jacobo. También ha sacado una revista que se llama *Arqueología Estatuaria*. Me ha puesto delante de los ojos una de las últimas páginas.

— Lee eso, es la primera entrega.

— *La memoria de Adán*— leo en voz alta.

Leo por encima esa entrega como ella dice, pero me sorprende lo que leo. Yo no he escrito eso. Luego ha sacado de la balda de arriba un grueso volumen manuscrito. Se ha sentado a la mesa frente a mí. Clara apoya el libro absorta y resuelta, como si estuviera sola, ajena a mi presencia, leyendo las letras grabadas en la portada del manuscrito: «*Diarios de Don Jacobo de Paula Cumbreras, 1936—1946*». Intimidado por la diligencia con que se adentra desenvuelta en la inspección y la lectura, voy observando casi de reojo que aquel libro que veo por primera vez no es solo un tomo, sino varios metidos en un estuche. En realidad, el estuche es una caja que reproduce un grueso volumen de tapas de cuero que guarda otros tomos más delgados. Cada uno tiene grabada la fecha en el lomo. Clara abre el del año 1936, al mismo tiempo que me informa, sin mirarme, de que Jacobo me espera en el taller.

— ¿Has leído algo de estos manuscritos? Son muy interesantes.

— No, no he leído nada de lo que hay ahí. No tengo tiempo.

— Si quieres echarle un vistazo te lo dejo aquí encima de la mesa para cuando vuelvas. Aunque, bueno, hoy estaré aquí hasta la noche. ¿Qué, te gusta como ha quedado la primera entrega?

—Déjate de bromas, eso no es mío. El redactor ha puesto lo que ha querido.

Solté la revista encima de la mesa y salí sin decir nada escaleras abajo, como el que huye de un incendio que se acaba de declarar. Me fui al taller, algo atribulado con las palabras de ella brincándome en la cabeza, jadeando por la premura de acudir a la llamada de Jacobo. Por fin el escultor me llamaba, por fin había decidido hacer algo de la escultura para cuya construcción me tiene aquí realmente.

Durante el trayecto hasta el taller no dejaba de pensar en Clara, sorteando a los turistas que se

multiplicaban conforme avanzaba por Vía Calimala. En Vía Por Santa María se hacía difícil caminar sin tropezar con la gente que se auto retrataba con los móviles sujetos a una varilla telescópica que alargaban con el brazo. *El Puente Viejo* era un enjambre de gente curioseando o comprando en los escaparates y mostradores abarrotados de alhajas, de obras de orfebrería, joyas relucientes. La tienda de Aurora estaba llena de turistas. Me detuve un poco para saludarla, pero hablaba con una pareja alta, rubio casi albino él y pelirroja con rizos escardados ella, que sostenían en las manos una reproducción del *David* y una *Pietá* de Miguel Ángel. Una chica morena de ojos grandes y vivos, pelada muy corta, con un arillo metálico que le atravesaba el extremo de la ceja cerca de la sien, envolvía a unos jubilados japoneses una reproducción de Brunelleschi y un jabalí peludo de plata. Clara me dijo un día que esa chica es de Cádiz, que es licenciada en Filología Hispánica, y que vive en Florencia con su novio, que es ingeniero y trabaja en el taller de Jacobo. Ahora andan con la instalación de unas máquinas impresoras en tres dimensiones.

No me vio Aurora ni yo insistí en saludarla ante tanta bulla de clientes. Cuando salí del puente y enfilé Vía de Guicciardini, un grupo de senegaleses venía hacia mí con los brazos ensartados en dos ristras de bolsos de marcas falsificadas, mirando de vez en cuando para atrás sin mucha prisa ni temor aparente, como repitiendo una operación rutinaria y cansina. Se pararon antes de llegar a mi altura. Comentaban que la pareja de policías había girado hacia Piazza de Rossi. Uno de los negros avisaba por teléfono a los compañeros que tenían allí desplegadas sus mantas. De pronto, me di cuenta de que no sabía dónde estaba. Estuve algún tiempo, no sé, varios minutos, media hora, no puedo saberlo ahora, que no reconocía las calles. Seguí a los negros durante un rato, angustiado, consciente de que estaba perdido, de que la memoria me la estaba jugando. Otra vez, otro fallo más. Luego

volví sobre mis pasos, tratando de recordar dónde me encontraba. Pero nada, regresé junto a los manteros, tratando de saber lo que me estaba pasando, mientras ellos desplegaban los bolsos sobre la acera. No sé cuánto tiempo estuve divagando luego por las calles, hasta que reconocí las piedras talladas y los arcos de medio punto de los ventanales del Palacio Pitti.

De la Plaza venía un espeso tropel de turistas, un gentío que no me dejaba caminar abstraído como a mí me gusta. Por eso cuando salgo las pocas veces que lo hago salgo de noche ya tarde, o por la mañana muy temprano. A esas horas me complace detenerme para admirar tantas construcciones y esculturas que embellecen las entradas de los palacios y las fuentes de Florencia. En las noches, después de la cena y de los conciertos, cuando los enamorados entrelazan los candados con corazones dibujados en los barandales metálicos.

Doblé en Borgo San Jacopo porque estaba más tranquila. Los turistas se comportan a veces como un reguero de hormigas: sólo algunos se descarrían de la cohorte principal, para contemplar las obras de arte de las pequeñas iglesias más alejadas de los circuitos establecidos por los guías.

Jacobo estaba esperándome en su estudio cuando llegué al taller. Con la pérdida de la memoria tardé en llegar más de una hora, o dos, no sé, no consigo saber a qué hora salí de aquí. Al verme, se levantó sonriente de la mesa del ordenador, amable y seductor como siempre, y me llevó del brazo hasta la zona donde está el banco de trabajo.

«Ahí tienes varillas y probetas de la misma aleación de la escultura», dijo señalando a la gran mesa donde están las piernas huecas y troceadas de una estatua.

Cogió un trozo de pierna metálica, el lateral desde la rodilla hasta el tobillo, y me mostraba recorriendo

con los dedos los bordes con las rebabas de la fundición sin desbastar.

«Ya sabes, la soldadura debe ser muy delgada, ha de quedar a paño con la superficie. Ojo con el bisel, el suficiente para que la costura no sobresalga nada, que después de repasarla con el tungsteno no se note. Así que cuando quieras quemas algunas varillas en las probetas para ver qué tal se comporta esa aleación con el TIG. Si va bien, podemos puntear mañana las piernas y el torso».

Yo miraba las probetas y la pistola de TIG, las varillas, las dos cajitas de tungstenos de varios colores y la máquina de soldar, una inverter pequeñita portátil, pero muy robusta, de 250 amperios, más que suficiente para el trabajo. Jacobo examinaba las ondulaciones del trozo de pierna, como buscando un fallo, alguna burbuja de aire, algún residuo de escoria en el metal.

«Ahí tienes un mono nuevo. Y unas botas de seguridad. Allí, al fondo del pasillo están los vestuarios. Mañana nos vemos. Hasta luego».

16. UNA ALEACIÓN ESPECIAL

Mientras me ponía el mono junto al banco de trabajo, limpiaba los cristales de la pantalla de soldar, me colocaba el mandil y preparaba los bártulos para hacer unas probetas pensaba en las teorías de Jacobo acerca de la soldadura y la escritura. Y es que cuando sueldo, lo mismo que cuando escribo, esas cosas me vienen a la cabeza quizá atraídas por la fuerza de la costumbre. Con mi amigo me pasa algo parecido que con Clara: lo tengo tan presente, o más, cuando está ausente que cuando está, de tal manera que su ausencia, tanto la de uno como la de la otra cuando sueldo o cuando escribo, son como una especie de brújula para la pistola y el lápiz.

Ya con la pequeña radial en marcha preparando el bisel de las dos chapas de la probeta, las palabras que el escultor me decía cuando estábamos en la escuela de soldadura de la fábrica en Alemania acuden solas a la punta del lápiz:

«Amigo mío, este trabajo de la soldadura es un oficio solitario donde los haya. Mira, en otras muchas actividades un operario, un empleado, un artesano, un profesor o un funcionario, cualquier otro trabajador que no tenga que aislarse de la realidad cubriendo su cara con una máscara que le protege de los rayos del arco eléctrico puede comunicarse con la vista o con palabras con sus compañeros, o en caso de estar solos, con el paisaje de su alrededor. Pero el soldador solo y solitario, solo tiene ante sus ojos, algo más cerca que el rojo blanco de la fusión, el reflejo de su mirada que le devuelve el cristal ahumado a través del cual controla el soldeo. Bueno, en cierto modo el soldador nunca está solo del todo. Bien es verdad que hay un

operario que va cogiendo las varillas y las va quemando una tras otra. Pero hay otro yo que sigue indolente la monótona rutina del proceso. De hecho, el soldador mira de vez en cuando, retranqueando unos centímetros la mirada, a los ojos exigentes del pensador reflejados en el visor. Al que nunca hace nada sino fiscalizar desde el cristal de la careta toda la producción del que ejecuta la faena. La única preocupación por el trabajo de su subordinado es que éste lo deje pensar tranquilo en su búsqueda infatigable del material necesario para hilvanar en su cabeza las ideas y los sentimientos que le bullen por dentro. Claro, pero tú sabes muy bien que la diferencia que hay entre el trabajo del operario y la vagancia del pensador es que mientras quien maneja la pinza o el soplete hace en la jornada muchas soldaduras reales, uniendo piezas tangibles, quien solo ha estado cavilando no ha escrito una sola letra ni presenta trabajo alguno. Y eso es lo bueno que tiene disponer de tiempo. Que puedes dosificarlo, manejarlo a tu antojo. Puedes anotar, parar cuando quieras para atrapar los recuerdos que afloran a tu memoria».

Me he preparado varias probetas. Tengo tajo para un par de horas. Estoy contento; porque me siento útil trabajando en lo que siempre me gustó. Me siento realizado en mi oficio. Más ahora que no hay nadie que me atosigue ni que mande ni controle la cantidad de varillas que quemo ni el tiempo que tardo en comerme el bocadillo. Realizado hasta el punto de que cuando no tengo nada manual que hacer, como por ejemplo soldar, que es lo que mayormente he hecho en mi vida, me siento un verdadero inútil. Y es que, después de estar más de medio siglo haciendo lo mismo, la misma actividad manual, no sé qué hacer cuando me levanto por la mañana. Se encuentra uno embrutecido, como galvanizado y refractario a lo nuevo. En mi caso, además, dicen que tengo el caletre malo de tanto tragar aluminio.

Vete tú a saber de qué será esto de la cabeza. Lo que me da miedo es quedarme vegetal como que el que había el otro día en el médico en una silla de ruedas. ¿Quién me va cuidar a mí?

Antes, cuando trabajaba para Matías me faltaba tiempo para continuar el trabajo que el día anterior había dejado fraguar. Incluso soñando solucionaba problemas que despierto me preocupaban. Ahora es diferente. No hay esa presión. Pero la memoria ya no es la misma; se resiste a grabar lo reciente; no hay frescura ni retentiva; es imposible eliminar la costra de ignorancia adherida a las neuronas por el tiempo y la rutina. Intento memorizar algo de lo leído, guardar en la cabeza lo que veo y me enseñan de esta ciudad tan bella y maravillosa, pero apenas consigo acordarme de nada. Ya no puedo. Me gustaría entender esas obras de arte que tanto embelesan a los turistas. Pero no me entero. Me amodorro mirándolas.

He dispuesto un lápiz y un blog de notas en un extremo del banco de trabajo para apuntar el comportamiento del material. Al cabo de un rato soldando la probeta, le he cogido el aire al movimiento de la pistola. Anoto la intensidad de la corriente adecuada; que la costura se forme sin entalladuras ni poros. También registro los amperios para cada posición; y apunto la posibilidad de añadirle a la varilla algo de cobre para hacerla más elástica. Parece que a las puntadas se le abren una fisura al final. Aunque eso es cosa de Jacobo.

Antes de acabar la segunda prueba concluyo que poco más hay que añadir sobre la aleación que han preparado para la estatua. Va todo perfecto. Y, automáticamente, como siempre que el trabajo se vuelve monótono, la mente se lanza ella solita a cavilar.

Pero me interrumpe la presencia de Juan de Paula. El mudo anda merodeando por el taller, vestido con un mono y unas botas de seguridad. Lleva un zurrón en banderola. Es el zurrón que llevaba siempre con la honda y los guijarros. Lo he visto aparecer en el

reflejo del cristal de la pantalla de mano, obligándome a cambiar de posición despacio, sin dejar de fundir el cordón para poder seguir sus pasos. Algo me impulsa a no perderlo de vista, preso de un pico de desconfianza, sintiéndome como desnudo al saber que me está observando mientras trabajo. El viejo parece percatarse de mi movimiento, se quita rápidamente del espacio que abarca el reflejo del cristal.

Continué hasta alisar con el electrodo toda la soldadura. Lo veía asomarse detrás de mí, intentando mirar el baño de fusión, en silencio, como siempre le conocí. Pero sé que ahora habla cuando le parece, aunque a mí me dirige poco la palabra. Si acaso me concede una escueta sonrisa, un guiño breve de complicidad o desacuerdo. Eso si no te echa una mirada torva y esquinada cuando algo le desagrada.

Lo miro en el reflejo, topa su vista con la mía a un lado del cristal, y aunque cambio de posición varias veces, unas para eludir su mirada, otras para poderlo seguir en su recorrido por el taller, en mi mente enajenada revivo el respeto que le tenía y el miedo que *el Muo Paula* me daba cuando iba a cavar a los barreros de Lebrija y me lo encontraba tirando guijarros con la honda o sacando espuertas de tierra de la cueva de Ligustia. Me lo encontraba casi todos los días; como si fuera el guardián fiel de las laderas del Cerro del Castillo, de los seis restos de murallas que quedaban en el borde de la explanada de la ermita y de los yacimientos de fósiles de los farallones de los acantilados. Lo veo cortando a pedradas las pencas del vallado cargadas de higos chumbos, como si marcara su indiscutible territorio.

Día tras día, años tras año, la presencia del mudo explorando la mayor parte del día y de la noche los aledaños de el Castillo era una cosa natural. Tan familiar y habitual como el camino que discurría ascendiendo suavemente hasta la cueva por la parte baja de la ladera que nacía al pie de la muralla. Las tunas cubiertas de espinas blancas como agujas las talaba

de una pedrada o les abría un agujero que con sucesivos lanamientos alargaba hacia los extremos hasta cortarlas. Daba en el blanco en el punto exacto que eligiera, con un orden escrupuloso que iba recortando la cresta de la chumbera como si fuera el seto montaraz de un jardín centenario. De esa manera continuaba la tradición, el aprendizaje práctico, continuo y tenaz que sus antepasados adquirieran en el arte de fabricar y manejar la honda.

En la parte vieja del taller tiene varias hondas. Por cualquier rincón te encuentras alguna de cuero trenzado, de cáñamo, de abacal, o de materiales más modernos como el nylon, similares o parecidas a las que tenía en la cueva y en la habitación de la Tata. Hondas que en sus manos y atadas a la cintura alejaban al más valiente de los curiosos cuando a horcajadas del viejo y leal Zabulón le hincaba los zancajos en los ijares rondando veredas y caminos de Ligustia y de Lebrija. Lo veo ahora soltando el borrico a sus anchas en el rellano de la cueva, donde hay varios miembros de su larga reata familiar. Lo veo en la puerta, dentro de las galerías abovedadas y rotas de ladrillos, de las que Jacobo afirmaba que sus antepasados excavaron unos cuantos siglos antes, cerca de donde en 1923 encontraron los famosos candelabros de Lebrija. Decía una leyenda, o acaso era verdad, que en la cueva de Zabulón encontraron un tesoro del cual don Gaspar tenía una buena parte en su colección.

Veo en mi cabeza los pesebres de piedra alargados. El de Zabulón es grande y semicircular, como medio brocal de pozo, en cuyo borde nos sentamos el día de lluvia que Agapito nos contó la historia del *Cojo Charrabacos*. El pesebre semicircular estaba adosado a la pared de piedra y ladrillo de estilo parecido al arco de la entrada protegida por la cancela de hierro. Me veo una tarde subiendo por el camino sombrío, mordido por la curiosidad y por el miedo; un día que el Mudo bajó montado en Zabulón dirigiéndose a Lebrija; un día que iba con la intención de husmear en aquella

gruta que poca gente conocía, salvo algunos arrieros que dejaban allí sus bestias. Siento de nuevo el temblor que me entró cuando desde el umbral de la entrada noté el aliento caliente que venía del vallado, y al girarme vi de cerca la dentadura de la burra, grande y hambrienta como un cepo. Estaba atravesada en el camino, tanteándome los dedos de la mano estremecida con calambres de miedo que me subían por la columna vertebral.

Tuve que salir por la parte de arriba, por donde había bajado alguna vez con Jacobo, pasando por una hendidura del vallado. Buscaba en vano la salida de aquella maraña de enormes pitacos como si estuviera perdido en un laberinto, aturdido, sudando, sangrando por los pinchazos de las agujas de las tunas, de los ásperos troncos de las chumberas. Llegué abajo con los brazos y las rodillas y la cara destrozadas de arrastrarme por el talud que había al otro lado del vallado, por donde salí escupido rodando, hasta detenerme al chocar de cabeza con la cerca de piedras que lindaba con la carretera. No repetí jamás la imprudente osadía de indagar en la cueva. Se curaron las heridas, cuyas cicatrices garabatean mi cabeza, igual que se curaron los arañazos como canalillos de los brazos y la cara. Pero todavía recuerdo con satisfacción y consuelo las herraduras grabadas en las sienes, en las mejillas, y en los dedos de menos de otros infelices que osaron curiosear en la estancia del semental.

Cuando terminé las probetas el taller ya estaba cerrado. Los operarios, los ingenieros y los escultores habían concluido la jornada. Solo quedaba yo. El viejo se había marchado también sin decir ni pío. Jacobo me dejó las llaves antes de irse para que entre y salga cuando quiera. Me quité el mono, y estaba dispuesto a marcharme, pero, al ver los apuntes en la libreta, me senté en un taburete y me puse a escribir. Las soldaduras, irisadas de azul, relumbran. Tal vez esa limpieza de la costura se deba a la buena calidad del argón. Me gusta el color y el fulgor del metal. Según el

fundidor de Brindisi que trabaja para Jacobo, la aleación contiene proporciones de oro además de cobre, de cinc y estaño. Y alguna dosis de níquel con algo de plata, más una generosa proporción de oro blanco y de titanio. También le han otorgado la facultad de una memoria térmica con la intención de que después de las dilataciones y contracciones propias del calor, el metal vuelva a su forma y elasticidad original: que no queden deformaciones que luego son muy difíciles de eliminar. Eso dicen el escultor y el fundidor. De pronto, cruzándome la mente como un relámpago, recordé la voz de Clara diciéndome que estaría hasta la noche en el estudio. Y faltaba poco para el sol puesto.

17. LOS MANUSCRITOS

Cuando llegué a la Plaza de la República miré enseguida hacia aquí y vi la luz del estudio encendida. Se me embaló el corazón, parecía agrietarse con los golpes de la excitación. Me dolía. ¿Estaría aquí sentada, leyendo, esperándome a pesar de la hora que era? ¿Habrá leído algo de lo que siento por ella? ¿Se habría quedado embelesada con la lectura de los diarios de don Jacobo? ¿Estaba de verdad aguardándome para quién sabe qué? ¿Me aguardaba para lo que no quería yo ni imaginar, aunque me muriera de deseo, como era abrazarme a ella y besarla o charlar de lo que fuera conmigo? ¡Ay¡ tendríamos tanto de qué hablar, tanto que querernos, tanto de lo que nos hemos reprimido.

Subí el ascensor muy nervioso, demorándome para calmar la excitación, respirando hondo, implorando a la voluntad para espantar la enfermiza timidez que me achanta y me corroe cuando estoy solo con ella. Trataba inútilmente de controlar el deseo creciente, insobornable. Pero nada más llegar cabizbajo al último peldaño de la escalera que da al estudio, me di cuenta de que no estaba sentada ante la mesa, sino acodada en la baranda de madera con las manos cruzadas contemplándome cómo subía. Me esperaba sonriente, con esa mirada suya tan luminosa que llevo en mi cabeza y siento en lo más hondo de mi alma desde que la miré la primera vez a sus ojos verdes entornados. Ampliaba la sonrisa sugestiva cargada de promesas que aplacaron inexplicablemente, en vez de hacerme reventar de placer, el contumaz desasosiego que me estremecía.

—Creí que no vendrías— me dijo, cogiéndome del brazo mientras nos acercamos al escritorio.

—Ven, quiero enseñarte una cosa. No te lo vas a creer, pero he estado leyendo algo de esos diarios. Es sencillamente asombroso.

Tenía varios libros abiertos sobre la mesa. Y encima del sofá. Libros manuscritos con tinta china en hojas algo oscurecidas, letras de escribano, cursivas perfectas ordenadas en renglones rectos. Libros de contabilidad, libros de actas con guarda esquinas que desprenden un olor no rancio sino agradable, que recuerda a humo de cera, de incienso, de alhucema.

—Oye, ¿tú sabes que el padre de Jacobo se escapó del camión cuando lo llevaban para fusilarlo?

—Claro que lo sé. Lo sé desde chico. ¿Y tú, acaso no sabías eso?; si era el tema de muchas conversaciones de la gente del pueblo.

—Y sabes que después huyó a Francia. Y que estuvo allí hasta que murió Franco.

—Verás, Clara, eso lo sabe todo el mundo, como todo el mundo sabe que allí ganaba el dinero a esportones trabajando con los arqueólogos. Eso no tiene nada de nuevo. ¿Pero a qué viene todo esto?

—Viene a que hay algo que no cuadra en esa historia. Resulta que don Jacobo de Paula estuvo oculto en la ciudad antes de irse a Francia, si es que se fue alguna vez, cosa que dudo. Además, por otra parte he leído por ahí que vio a Jacobo a los pocos días de nacer. Y aquí está el detalle raro de todo esto porque yo tenía entendido, igual que creo que lo tienes tú, que ese hombre nunca estuvo en Ligustia desde que se escapó, que no vino nunca hasta que Franco palmó. Vamos, que siempre creí lo mismo que mucha gente: que su padre era don Gaspar de Guzmán.

—¿Quieres decir que vino en secreto a ver al hijo?

Caía en la cuenta alarmado de que si había venido a ver al hijo, en caso de que Jacobo lo fuera, como él muchas veces me aseguró, también tendría que haber venido para engendrarlo.

—Lee lo que pone aquí —me dijo colocándome delante de ella, presionando sus manos suavemente sobre mis hombros para que me sentara ante el libro sobre la mesa.

«Ligustia, a 3 de septiembre de 1936. Cuesta empezar este diario de mi encierro aquí abajo. Pero he de hacerlo. Hasta que salga de aquí. Si es que salgo algún día. Cuesta escribir. Doy vueltas a las palabras. Pero no salen. Y cuando salen y las veo escritas, no leo lo que pienso. No puedo pensar. Pero he de hacerlo. Dejar constancia de estos días de locura. De odio. Soltar lo que me quema. Lo que me hace temblar de miedo. Siento asco. Náuseas. ¿Cuánto tiempo tardará esto en acabar? ¿Hasta cuándo estaré seguro aquí abajo? ¿Se imaginará Alberto dónde estoy? Nunca se me pasó ni por la raíz del pelo que los amigos y la familia me delatarían. Sin haberles hecho daño. Al contrario. Les socorrimos cuando hubo problemas. El odio los ha cegado. Los ha enloquecido. Y el miedo. Tengo miedo. El miedo no se puede controlar. Ni la envidia. Llevo dos semanas aquí dentro. No salen las palabras. Quiero estar acostado. Dormir. Despertar cuando esta locura de sangre haya acabado. No puedo dormir. Tampoco puedo escribir. Me ahogo».

La página manuscrita está manchada con goterones secos diluidos de tinta. Hojeo paralizado por la sorpresa este libro. Miro hacia otros que hay sobre la mesa, con numerosos dibujos de fósiles y de restos de vasijas de cerámica. Bocetos de planos de galerías, de cortes estratigráficos de yacimientos, de esquemas de prospecciones arqueológicas descritos con pequeñas letras al pie de cada figura. Centenares, miles de páginas, esbozos, bosquejos de planos y notas y dibujos a mano alzada. Cuando giro la cabeza y busco su mirada asombrado, suplicando una respuesta, Clara me coge la mano como se la coge a un niño para enseñarle a deletrear. Me coloca el dedo índice en el comienzo de otra carilla del libro de actas.

«Ligustia, a 18 de setiembre de 1936. Hoy hace 19 días que llegué a este calabozo. Tiene el techo bajo. Pero es amplio, extenso. Está dividido en compartimentos. Son estancias subterráneas que tienen algo de colosal. Parte del techo es el suelo de la cueva de las bestias. Los pilares de los arcos sobresalen de los muros de piedra. Entre ellos se empotran las estanterías repletas de libros antiguos. Logré salvar todos los clásicos. Ahí están todos los archivos. Hay una buena reserva de libros de actas y de tinta para las estilográficas. Me siento seguro, acompañado por todos estos Registros. Esto ha sido un milagro. Han estado muy cerca de descubrirlo todo: la historia y las memorias de mis antepasados, las copias de los archivos del Cabildo, de la Iglesia, las del Juzgado, la contabilidad de los cortijos, la biblioteca de Leonor de Paula, este inmenso patrimonio de la familia, los tesoros. Y esos balagueros de metales, los lingotes de plata y de plomo, los de bronce, las pilas de maderas de cedro, las pieles. Está todo a salvo».

»Llegué el día 21 de agosto de 1936 a media noche, serían las dos de la mañana. No lo sé, el reloj de pared estaba parado. Mi padre no le daría cuerda antes de yo llegar. Me encuentro en el sótano semicircular debajo de la *Orchestra* del teatro romano de Ligustia. Algún día excavarán, todo esto quedará al aire libre. Pero ahora hay que mantenerlo en secreto para salvarlo todo. Mis antepasados techaron y corrieron la *scena* con el *hiposcaenium*. Hay unos huecos donde se alojaban los mecanismos de la tramoya para la puesta en escena. El techo se apoya por un lado, el semicircular, en la cuarta grada de la cavea baja. Las otras tres gradas son estanterías. Se acumulan trozos de capiteles, columnas, numerosos vestigios arqueológicos de la Edad de Bronce,de los romanos. En la parte trasera, hacia el interior sepultado bajo la ladera, solo queda en pie la arquería de la calzada que discurre por debajo del graderío destruido de la cavea alta. Tiene casi todo el empedrado visible. Hay

una cloaca cerca de la pared de tierra, donde dejaron de excavar hace varios siglos. Un registro de la alcantarilla. El rumor de la vena de agua que corre por la acequia subterránea y se pierde en el interior de la pared me acompaña con su gorgorito musical mientras se aleja amortiguado en busca del silencio.

Aquí me siento seguro, pero nunca se sabe. Los he oído merodear por ahí arriba. Cabrones, llega aquí el olor a carne quemada. Habrán achicharrado algún animal con las pacas de paja. Se habrán llevado los sacos de garbanzos. Y la cebada. El trigo. Los aperos. Los arreos. Se lo han llevado todo. Hay tramos de paredes que conservan el estuco. Tienen dibujos rotos. Mi padre limpió todo esto. Pero hay manchas de mugre. Como sangre seca. O es pintura. Parecen máscaras de actores. Hay algunos soportes en los testeros para colocar antorchas. Con tiestos de cántaros donde arden unos cirios gordos como los del montón que hay en el rincón. También tengo varios velones y candiles con torcidas y petróleo para una temporada. Y un quinqué para la mesa. Pero no tengo comida. Tendré que salir otra vez a buscarla. Es peligroso. Me pueden ver. Detenerme. Me matan de inmediato, eso es seguro».

»Tengo que ver a Rosario. Confesarle que estoy aquí, ella no conoce esto, podría guardar el secreto. O la Tata Dolores. Eso es lo que queda. O esperar que venga Agapito y que le dé por entrar por el pesebre; bueno, si es que él está vivo y no lo han detenido y está en alguna cárcel quién sabe dónde. O en una cuneta como Felipe Barba. Lo mejor será la Tata, ella me traerá comida. Sí, es muy peligroso, pero hay que correr el riesgo. No se me caen de la cabeza los que íbamos en el camión a Trebujena. Desde que salí de la cárcel de la Peña estaba pensando en tirarme en cuanto pudiera. ¡Pero qué poco tiempo me han tenido encerrado¡ Creía que si hubiera estado más tiempo y Matilde se hubiese enterado me habría sacado. Alber-

to nunca pudo con ella. Creo que es a la única persona que respeta»

»La cuadrilla que llevaban los falangistas la otra madrugada se pasó con el vino en la bodega de Mendaro. Subieron al camión dando bandazos. Los dos falangistas iban más frescos, pero estaban cabreados, ansiosos por llegar a la tapia del cementerio. Uno de ellos conducía. Yo debía saltar en el paso nivel de la carretera. Aprovechar que la camioneta casi se paraba para librar el badén de los reíles. Estaba todo oscuro. Cuando el camión templó y fui a saltar, se me adelantó Felipe Barba. Me había dicho que era el mejor momento para escapar. Me lo dijo por señas, con la cara y moviendo los labios cuando Manolo el capataz le estaba atando las manos por detrás con un alambre. Luego me las ató a mí. Estaban flojos, no me apretaban nada, los solté con facilidad».

»Felipe salió corriendo linde abajo pegado al vallado. Se liaron a tiros sin perseguirlo. Yo salté hacia el otro lado. Las balas silbaban lejos. Salí corriendo cerro Overo arriba entre las cepas. Llegué sin aliento a la cumbre del olivar que está más arriba de la viña. Miré para atrás, no venía nadie, me quedé quieto para oír si alguien hablaba. El ruido de la camioneta tampoco se oía. Seguro que uno de ellos se había quedado guardando a los otros nueve. El resto de la cuadrilla nos estaría buscando».

»Manolo, el capataz de Alberto, voceaba que a Felipe Barba lo dejaran en la cuneta, que a mí me dejaran en el cerro que ya los vendimiadores me recogerían. “Y si no lo recogen que se lo coman los buitres”. Los falangistas dijeron que a la vuelta buscarían mi cadáver, que Alberto quería estar seguro de mi muerte. Luego arrancó la camioneta y se alejó por la carretera. Seguí los pilotillos rojos, hasta que se perdieron pasando la cuesta de Mataperros».

»Me vine luego de vuelta viña abajo mirando en la oscuridad, por si se había quedado alguien, pero al único que vi cuando tropecé con su cabeza fue a Felipe

atravesado en la cuneta. Creo que le debo la vida al capataz. Y yo que creía que me la tenía sentenciada».

»Estoy cansado.

»Tengo asco. Pero me siento ya algo mejor. Desconecto algunos ratos. Me olvido de lo de ahí afuera. Pobre Rosarito, si supiera que estoy vivo. ¿Y mis padres? Necesito saber si les ha ocurrido algo. Esta noche hay que ir a casa de la Tata. ¿Y Reyna? ¿Se lo habrán llevado? Al *Pelao* lo mataron el otro día. ¿Y Galante, y el maestro Rafael Reyna? Felipe me dijo que *Josele* estaba escondido. Y que a Paco Páez se lo han llevado a Sevilla».

—Y ahora lee esto— decía Clara, sacudiéndome con ternura los hombros detrás de mí. No dejaba de sentir la delgadez de sus manos, ni olvidar su tacto durante la lectura. Una lectura cuyo contenido no logro entender ni ahora cuando lo copio. Copiar me alivia, me relaja, no me cansa, pero voy como si estuviera soldando, automáticamente, sin enterarme de nada.

Estoy aturdido. Pero ese nombre. Paco Páez. Ese nombre me suena de algo.

«Ligustia, a 12 de Enero de 1950. Esta mañana ha nacido mi Jacobo, qué bueno, me he acercado a la casa y lo he oído llorar. ¡Cuánta energía tiene! ¡Y qué genio! He vuelto pronto porque no quiero que nadie me vea; ni siquiera disfrazado como iba. No me fío de nadie, ya subiré otro día para verlo. Estoy deseando conocerlo para saber a quién se parece. ¡Ay! pero la alegría que me da mi Jacobo se la lleva mi Rosario al morirse al rato de parirlo. La pobre, por lo menos lo vio y lo sintió llorar antes de irse. Mañana la entierran. Mañana me despediré de ella. Iré al cementerio aunque tenga que verle la cara a esos miserables, a esa pandilla de hipócritas».

»Nos lo estábamos temiendo los dos. No tenía fuerzas ni para levantarse de la cama, volvía a despertar-

se angustiada, sudando. La asaltaban de nuevo las pesadillas».

»Pero si le dolía y la torturaban aquellos malos recuerdos, aquellas pesadillas, más le dolía que mi Juan fuera testigo de todo con tan solo ocho añillos. Se despertaba sobresaltada por el llanto de un bebé que no pudo oír, ni siquiera verlo, porque no era más que un aborto de tres meses. Un crío que no llegó a tener por la paliza que le dieron colgada bocabajo del carrillo del pozo para que confesara que yo estaba en el vallado escondido. Por poco se la cargan. Estoy seguro de que no se me ha muerto antes porque quería darme otro hijo. Me alivia que la Tata Dolores se pueda hacer cargo de él, y de mi Juan, con ella nada les faltará. Se hará un hombre de provecho. Ojalá salga a su abuela».

»Esta mañana vi salir de la casa a Juanillo *el Poleas*. Pobre diablo, ahora querrá hacerle creer a la gente que mi Jacobo es hijo suyo, para seguir presumiendo de estar con mi Rosario, para alimentar su asquerosa vanidad. Cuando le soltó a Alberto donde estaba yo escondido creyó de veras que se casaría algún día con ella. Qué cabrón, y qué idiota. Ya las pagará todas juntas. Ya caerá».

»Pero hay que ver también mi Rosarito, la inocente, decirle adónde iba cuando me llevaba la comida al vallado, creyendo que por ser mi mejor amigo, y de ella, y de su hermano, no me iba a delatar; ni mucho menos, ¡qué va!, lo que le faltó fue tiempo para chivarse a Alberto».

»Después sí que estaba bonito con la camisa de la Falange debajo del mono azul, que no se quitaba ni en los entierros, desde que lo colocaron en la fábrica para meterles tralla a los obreros. Ahora está rico podrido de dinero. Como otros desmayados que se apegaron a los falangistas o se liaron después con el estraperlo. Pero ni así deja de ser un desgraciado, un infeliz. Hay que ver, después de la que nos hizo, y lo único que me da es un poco de pena. Pero no puedo olvidar aquello,

aunque habré de seguir luchando, para no dejarme vencer por el odio, por la violencia, para no caer en la tentación del resentimiento. Por mucho que vea cuando salgo a ciertas personas que ahora buscan respeto, que se han convertido en cómplices de lo que sucedió, he de tratar de poner la justicia ante el odio y la venganza. No puedo caer en la tentación. No, pero sé que habrá que esperar mucho tiempo para que el diálogo y la razón se establezcan de nuevo. Para alcanzar la objetividad del testigo que ante el juez se limita a los hechos solamente. No he tomado parte en establecer esta mentira.

Menos mal que nadie sabe dónde estoy. Sólo lo sabe mi Juan. Y Agapito, claro. Mi compadre no dirá nada, de eso estoy seguro. Y mi Juan tampoco; y no porque sea mudo desde que el pobre se quedó traspuesto cuando vio como abusaban de su madre, es que es discreto, prudente como su abuelo».

»¡Por qué poco¡ Por solo unos cuantos días, en que mis padres decidieron confesarme el secreto de la familia, como barruntando la escabechina que se avecinaba, se ha salvado este patrimonio. Acerté al no venirme aquí a la cueva. Si me vengo me cogen, pues todos creían que era donde me refugiaría cuando me enteré que Alberto me la tenía jurada. Los muy cabrones le pegaron fuego a todo lo de ahí arriba, pero ni entonces dejaron de vigilar la entrada mientras yo estaba en el vallado».

»Pero bueno, de eso ya hace bastante tiempo. Ahora lo importante es resistir, seguir adelante en mis excavaciones, enseñar a mi Juan y a mi Jacobo cuando se haga un poco mayor. He de seguir traduciendo todos esos papelejos que escribieron mis antepasados. Esto se tiene que acabar algún día, aunque este sanguinario de Franco aguantará hasta que se muera. Por mucho que digan algunos, por mucho que repitan que una gran huelga general lo echará, aquí no se mueve nadie. Ni se mueve ni dios ni se habla. Hay mucho luto, mucho miedo. Estos militares, estos ca-

fres africanos han regado el país con tanta sangre que el terror brotará y crecerá durante muchos años. A éste no hay quién lo eche. Lo veremos bajo palio más de una vez, como lo vimos saliendo de la Parroquia cuando vino en el 46 a inaugurar el colegio Elio Antonio. Bendecido y acompañado por algunos de los que hasta poco antes de golpe militar se decían acérrimos enemigos. ¡Qué porquería de palabras hueras! Si Elio Antonio hubiera levantado la cabeza y escuchado el discurso de Franco acerca de la escuela se hubiera muerto de nuevo. Pero de vergüenza y de pena, al ver como con una sobriedad tenebrosa el Caudillo afirmaba que "si difundimos y multiplicamos las escuelas, habremos rendido el mayor homenaje a Nebrija haciendo que en todos los rincones españoles puedan nacer y no se pierdan otros muchos Nebrijas". ¡Habrá que ser hipócrita¡»

»En fin, voy a dejarlo por hoy. Ahora a excavar un par de horas. Después comeré algo, leeré un rato a Montaigne, y a dormir. Mañana hay que salir a despedirse de Rosario».

18. CLARA

Atacado por un estado de nervios que me impedía leer añoraba la dulzura de su mano colocando mi dedo índice en el texto de don Jacobo. Noté que me faltaba el tacto afectuoso de su otra mano sobre mi hombro, la delgadez cálida de sus dedos demorándose, sin aflojar la suave presión tras una anticipada intención de retirarlas.

Me incorporé cuando vi que no estaba detrás de mí, ni en el sofá, ni en el estudio. Pensé que estaría buscando otro manuscrito subida en la escalera. Pero no la veía. Tampoco la oí bajar a la planta de abajo donde están los dormitorios y el baño y la cocina, aunque eso no me extrañó, porque cuando se está absorto en algo se es ciego para otras cosas que ocurren al mismo tiempo delante de uno.

Miré para el balcón del este que estaba abierto, con los visillos y las cortinas descorridas, enmarcando en su rectángulo vertical los matices violetas y rosas del reflejo de poniente. Salí a la terraza trastornado, abrumado por la ignorancia, abatido por el descubrimiento del vacío insondable sobre la vida de mi amigo y su familia. No podía creer lo que leía. Un vacío de conocimiento que me produce vértigo, que me angustia de ansiedad. Aunque también me siento iluminado con esta rara mezcla de alegría y tristeza que me produce, con una incertidumbre corrosiva, la oportunidad de ver y estar con Clara esta tarde. Al no sentirla detrás temí que no estuviera acodada sobre el barandal de piedra de la terraza, como ella acostumbra, admirando las torres, las cúpulas, las calles recién iluminadas de Florencia.

Desalentado, salí a caminar por la terraza para ver si estaba contemplando la caída del sol. El corazón

dio un brinco antes de llegar a la esquina y doblar para enfilar la terraza del sur. En el suelo de ladrillos rojizos se desplegaba su sombra alargada a punto de extinguirse. Me detuve justo antes de pisarla, ya casi extinta, disuelta en la gasa rosa y fugaz del atardecer. Clara estaba acodada en la baranda de piedra, contemplando embelesada la ínfima uña de oro que se hundía con lentitud en el fuego de la tarde.

No sabe uno explicarse ni puede de qué manera ni cuándo se fue hasta su vera sin decir nada. Ni por qué ella tampoco dijo ni una palabra, como si lo estuviera esperando una vez más con el mismo deseo y ternura que lo hacen dos amantes en uno más de sus encuentros. No es uno capaz de atrapar con la punta del lápiz las palabras que entonces pensó, ni las que le dijo al oído con los ojos entreabiertos, embriagado por el perfume de su cuello, aspirando la fragancia de sus cabellos desordenados.

Ella calla, aunque su corazón jadea veloz cimbreando la ladera tierna y robusta de sus pechos, mientras se gira y me quema el brillo de sus ojos entornados, segundos antes de clavarse en mi corazón abriendo en canal un manantial de afecto, de deseo y gratitud, contenido todo a la espera de un momento que ya creía demorado para siempre.

Un afecto desbordado como una ola de agua cálida y cristalina. Sentía en mi cara el latir de su corazón en la sien, el gemido entrecortado que desprendía su aliento, el ardor de su boca entrecerrada y cercana, los labios hinchados y temblones, su lengua cálida hurgando impúdica y voraz en mi boca. No sabe uno describir lo que hace tan pocas horas sucedió de una manera inesperada, pero soñada y recreada en fantasías durante toda una vida. Cómo describir el caudal sereno y generoso de ternura que recorre cada remanso del cuerpo anegado de cariño, que clama agradecimiento y lealtad hacia la vida, fundidos en un abrazo siempre insuficiente cuanto más abarcas, cuanto con más pasión acaricias y te aprietas al cuerpo que amas

y deseas. La impaciencia acrecienta el deseo a medida que sin ver y a trompicones, jalonados de sonrisas cómplices y arrumacos, recorres la terraza y entras ansioso en el estudio por la puerta entreabierta del balcón de poniente. Tirando al suelo los libros del sofá sin mucho esmero, con cierta constricción rozada apenas por el remordimiento, los manuscritos que transpiran su hálito de antigüedad. Excitado por el deseo comprimido que celebra la premura desbocada de su inminente liberación.

Cómo contener esa especie de magma acumulado e hirviendo, contenido durante medio siglo, fraguado con fantasías durante miles de horas, atesorado mientras quemaba varillas soldando, alentando alguna esperanza cuando estaba solo como la una en alguna pensión de mala muerte. Cómo olvidar la pasión de su recuerdo avivado estando con otra, cuando tu cara y tu sonrisa nutrían furtivamente una relación fugaz. Otra relación asediada, transitoria y condenada al fracaso por la potencia de tu amor emboscado. Esa lava se remueve y brota, se reproduce alegremente, arrastra cualquier vestigio de tristeza, limpia y tensa los pliegues del espíritu de melancolía antigua, de zozobra, fracaso, desaliento. Ese ardor tierno y grato que sorprende con agrado por la diferencia de su calidez afectuosa de esa otra pasión brusca, violenta y algo bestia del deseo sexual desnudo, huérfano de devoción y de aprecio.

Luego la paz inmensa, aliviada, anchurosa, abierta, increíble, anegada de sosiego. La dulce resaca del placer; el reflujo de las olas que se diluyen una tras otra, menguando su energía pero sin dejar de afluir acariciando la orilla cargadas de una amable mansedumbre.

De repente, la memoria me avisó de su estado. Me vi yaciendo junto a una mujer desconocida anegada de placer, agotada, complacida. Un tiempo mínimo pero eterno como el ramalazo estirado y breve de una descarga eléctrica. Una laguna en el conocimiento que

inunda el cálido remanso del placer codiciado, reprimido, deseado y satisfecho. Un vacío que me expulsó a una realidad extraña, a un mundo desconocido en el que solo al rato cuando recuperé la memoria apenas recreé cómo ella se separó delicadamente. Arisca y recatada, se levantó del sofá, recogió la ropa con los ojos húmedos y cogió en silencio escaleras abajo hasta los dormitorios.

Me quedé solo en este inmenso salón oscuro, con el crepúsculo de Florencia agotado, ya anochecido. No sabía dónde estaba, sentado en el filo del sofá con la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas sin saber qué hacía aquí ni por qué estaba desnudo. ¿De quién era la ropa desperdigada por el suelo? Estaba hundido en las ascuas de una hoguera recién apagada que rezumaba vapor húmedo, aturdido y estúpido.

Tras aquel breve episodio de amnesia llevaba varios días abatido. Sin poder verla, sólo pensarla, imaginarla, temiendo aterrorizado perderla para siempre, me llevaba las horas muertas tirado en el sofá o en el butacón, tras abortar la intención vana y poco voluntariosa de leer. No digamos ya de escribir. Sentía mi memoria seca, agotada como un pozo del que se desvía por otra galería el agua que le llega del manantial. Caía en el aburrimiento derribado por la desidia, esclavo de la pereza, soberano en una laxitud adánica sin remordimiento. Rendido a la desidia, estaba decidido a dejarlo todo, volver a Lebrija a una residencia. Allí dejaré que la memoria acabe por destruirse a sus anchas, sin hacer ninguna clase de terapia tratando vanamente de aclarar recuerdos del pasado. Esto no hay quien lo pare. Lo veo venir. Dios, que no me quede como un vegetal.

Pero esta tarde en la dormivela he vuelto a soñar que volaba. Hacía mucho tiempo que no sentía la dulce ingravidez, el placer de elevarse sin esfuerzo, remontarse, planear y descender en picado por parajes familiares y desconocidos. Hace muchos años esos sueños eran recurrentes, se repetían de vez en

cuando. Aunque cambiaban los paisajes y la hora en que acontecían, siempre eran agradables, dejaban tras despertar un tibio rescoldo de gratitud y bienestar. Algunas veces despegaba del descansillo de la escalera del *soberao* de la casa de la *Cilera* donde nací. Alzaba el vuelo dando un ligero impulso con los brazos, aleteaba con las palmas de las manos, y me lanzaba sin miedo alguno por encima de las canales de tejados llenos de verdín y jaramagos. Feliz, sobrevolaba los patios de vecinos, las espadañas y los campanarios de la torre y las iglesias en noches de luna llena o en mañanas frescas y primaverales.

A veces se confundían paisajes, ríos, montañas que nada tenían que ver con la realidad. Otras, ascendía velozmente por encima de montes nevados; o bajaba en picado para planear sobre las dunas del coto Doñana. Me recreaba admirando mi sombra en las aguas verdes y azules y cristalinas del océano. Me paraba en pleno vuelo como las primillas, mirando pasar un barco que subía el Guadalquivir hacia Sevilla, fascinado por el colorido y las nervaduras de los esteros marismeños descubiertos por la bajamar. Cuando tenía aquellos sueños tan agradables, el buen humor duraba varios días. Era como una emoción continua que se contenía estremeciéndome.

Creí que después de tantos años ya no soñaría más con volar, ni dormido ni despierto. La última vez aterricé con dificultad para descansar en la cresta de un acantilado, una tarde sombría de otoño. Era como una gran bahía cuya costa escarpada y sinuosa se abría al mar gris y embravecido. Al frente, muy lejos, se atisbaba una playa oscura, una pequeña calita eclipsada por el sol anaranjado y oculto que bordaba los ribetes de las nubes con el metal líquido de la lejanía. Tronaban las tormentas. El cielo estaba casi cubierto por enormes cúmulos negros, cuyos resaltes algodonosos parecían coronados por guirnaldas de nieve esparcida. El viento frío empujaba las nubes negras. Las unía, las separaba. Entre ellas se colaba en abanico un haz

gigante de rayos anchos, plateados del sol enrojecido, esos que llaman los dedos de Dios, alternándose con el brillo instantáneo y quebrado de los relámpagos. Tenía que volar hasta la playa. Pero estaba cansado, no confiaba en mis fuerzas. Decidí arrancar el vuelo, angustiado. De pronto estaba exhausto, chorreando, abatido en la arena, arrastrado por varios pescadores que me metieron en una especie de palomar como una caseta en la que apenas cabía. Había seis ventanas en el techo de madera a dos aguas, por las cuales descubrí aterrorizado que jamás podría salir para volver a volar. Cuando escuché el cerrojo cerrando la puerta, ya estaba despierto.

Pero sí, he vuelto a soñar aquí en Florencia. Y he recordado soñando algo del sueño anterior. Pensaba en el sueño que esta vez era verdad que volaba con mucha facilidad, con sumo placer, sin ningún esfuerzo, que no estaba soñando como otras veces. ¡Qué placer más grande! Mientras aleteaba cerca del artesonado del estudio, iluminado por la luz malvarrosa del atardecer, me he visto dormitar sobre el butacón junto a las estanterías de la biblioteca. He recorrido el espacio del estudio de pared a pared. Me he parado ingrávido y alegre en el aire, moviendo apenas los dedos juntos de las manos para mantenerme a flote, y desplazarme hasta las esquinas en la parte alta de los anaqueles, frente a la vitrina de las piezas arqueológicas. He salido de un impulso por el balcón de poniente hacia arriba sorteando el *Campanille* de Giotto y la cúpula del *Duomo*, ascendiendo sin esfuerzo, haciendo grandes círculos para ver Florencia desde lo alto. El curso del rio Arno es una pletina de plata rojiza ondulada, anaranjada y brillante. Planeo por el flanco de los Alpes, pero el sol me acaricia y no me llega el frío helado de los lagos y de las crestas blancas, y enseguida estoy en la marisma del Guadalquivir sobrevolando un ancho canal que llega hasta la falda del Cerro del Castillo. En un puerto al pie de la ladera hay atracados barcos fenicios que cargan ánforas de

aceite y de vino y lingotes de plata y pesebres de oro. Giro en el aire para ir a Doñana, pero no hay coto. El mar llega hasta Puebla del Río y sólo veo un entrante de agua, un lago inmenso surcado por naves antiguas que entran por Cádiz bogando, hasta alcanzar la bocana sinuosa del río que asoma con la marea baja. Veo en la costa alfarerías y hornos donde se cuecen ánforas con bases cónicas, curvas y puntiagudas, cúpulas cubiertas de hollín cuyos respiraderos emiten penachos de humo negro y aromático que se eleva, se detiene, flotando lentamente en el aire como un dosel de negrura que avanza denso y pesado.

De pronto, me vi parado en el aire delante de mí por encima del butacón del estudio. Había gente charlando, gente desconocida. Jacobo andaba por allí hablando encariñado con Mercedes, la mujer y hermana de Matías, que había sido su novia cuando eran niños. Clara estaba sentada en el brazo del butacón, observándome sonriente. Fértil, generosa, con ese gesto suyo que hechiza, que solo esboza tan pocas veces y a mí me embala el corazón. Con su mirada entornada y verde, salpicada de pigmentos opalinos, brumosa, a punto de estallar y arrasar cualquier rastro de timidez.

Está delante de mí, ya despierto, sólo los dos en el estudio, con sus labios pegados a los míos, su lengua ardiendo jugueteando con la mía. «No te preocupes por esas lagunillas de la memoria, que el médico no le da mucha importancia. No te apures, que estoy aquí yo para cuidarte. Tonto, si eso es lo que he querido siempre desde que te vi la primera vez».

Me siento plenamente feliz. Me siento querido. No estaba soñando: era ella en carne y hueso, sensual como siempre que se muestra sin preocupaciones ni temores por cosas ajenas a nuestra —hasta hace tan poco tiempo— platónica e imposible relación. Me hablaba sin parar. Me recordaba la primera vez que se fijó en mí. Me contaba algo de lo que había sufrido con su marido. Las veces que se separaron y recon-

ciliaron. Las recaídas de él en las drogas. Las palizas que le daba cuando menos lo esperaba. Ahora la siento cerca como si formara parte de mi cuerpo y de mi mente, y, aunque no esté por ahí abajo haciendo la faena de la casa o preparando la comida porque haya ido a la tienda, la siento cercana dándome calor. Clara se deja querer, ayudándome con su adorable sensatez a arrastrar mis carencias, llenando de amor con pasión los huecos secretos, vacíos y cada vez más insondables de mi memoria y de mi vida.

Antes de irse, Clara ha cogido de la mesa las hojas que pisaban el pequeño busto de Juan Bernabé para llevarlas a la redacción. Pero al rato de haberse ido ya estoy deseando que suba otra vez. Loco porque vuelva pronto para estar juntos, para amarnos y decirnos lo que tantos años soñamos y callamos. Aquí en el sofá, o abajo en mi dormitorio, donde nos pille la ocasión para tratar de recuperar un tiempo precioso y perdido. Luego, como impulsados por una curiosidad común, sondeamos en las memorias de don Jacobo. Ella más que yo, pues no sé qué es lo que busca con tanto interés entre las miles de páginas manuscritas de esa pila de libros de contabilidad. Yo me limito a copiar en la libreta lo que ella me señala.

Pero creo que me engaño, porque, como en el sueño, hay nubarrones que amenazan nuestra felicidad y enturbian el horizonte. Y una neblina que se cierne como un celaje que ella pretende pero no logra despejar de mi vista, aunque cuando suena el teléfono se aleje de mí y trate de evitar que oiga lo que habla con su marido. Está ahí latente, imborrable, la presencia del medio muerto. Aunque está a dos mil kilómetros en el centro de rehabilitación sigue arraigado en su vida, a pesar de que ella haya tomado una decisión determinante respecto a su relación con él. No sé de qué hablarán. Solo sé que cada vez la llama con más frecuencia, que está atemorizada.

19. LA TERAPIA DE COPIAR

Estimado y paciente lector, si este viejo aparece de nuevo ante sus ojos es para avisar del verdadero estado de la memoria de Adán. Porque si bien es cierto que el soldador copia los textos manuscritos fielmente, lo que escribe de su cosecha está bastante destejido y desordenado.

Pero como dije más arriba, la tarea que mi hermano me encargó es podar lo que sobre e injertar las espigas necesarias en el relato de su amigo, para entender el contenido de sus recuerdos, respetando, por supuesto, ese estilo sentimental y cursi tan alejado de ciertos gustos.

Alejado no de las preferencias en cuanto a la redacción que sería la ideal, pues uno es indiferente a eso; prefirió fijarse siempre en lo que tiene a su alrededor, que es donde de verdad se aprende todo lo que haya que aprender de este mundo, y no en tantos millones de palabras que atestan inútilmente las bibliotecas. También este viejo quiere desapegarse al verse reflejado en los recuerdos de Adán cuando los transcribe. Le muestran hechos de su juventud de los que creía no guardar ya vestigio alguno en su vieja cabeza. Sin embargo, algo queda rezagado de aquellos tiempos tan nefastos. Algo que prefiero olvidar de una vez, antes que leerlos sacados de la memoria de un chavalillo del que lo único que recordaba cuando

recaló en Florencia es su debilidad, su timidez patológica disfrazada con un desparpajo insolente.

Por todo ello este anciano deberá continuar con cierta prudencia. Ni la edad ni la salud le permiten demorarse mucho tiempo recriminándose lo que hizo en el pasado. Sería sacrificar los momentos del presente, correr el riesgo inasumible de dejar hecho jirones su efímero futuro.

En cuanto al estado de la memoria del soldador, que es por lo que se ha interrumpido el relato, se remite al lector a lo que el médico dijo en la última consulta: que el evidente deterioro cognitivo de las neuronas detectado en las pruebas realizadas al paciente es similar a la enfermedad de Alzheimer. Que hay que hacer nuevas pruebas y exploraciones cerebrales para confirmar como causas degenerativas una enfermedad laboral.

Clara le comentó al doctor que Adán recuerda cosas de su infancia y de hace medio siglo como si fuera ahora mismo. En cambio, tiene días y momentos que no sabe lo que hizo un rato antes, ni reconoce a alguno de nosotros. Él se ríe como un niño travieso, mientras ella le sigue contando al neurólogo que hace varios días estuvo más de una hora hablando con su padre, lo cual es imposible porque el hombre falleció hace más de diez años. Luego volvió a la normalidad como si tal cosa, y si se le dice lo que le ocurrió no se acuerda de nada. Y lo mismo nos tilda de locos soltando una carcajada, que se queda en silencio y muy triste unas cuantas horas.

No tiene más importancia que la que tiene, nos aseguró el neurólogo. Y en principio nada de tratamiento, solo los ejercicios de escritura prescritos.

Los días transcurren muy lentamente, con una pesadez de plomo. Parece que la serenidad solo me la suscita estar junto a Clara; oyendo su trajín en la cocina; escuchando las historias de su familia, de su vida que desconozco; permanecer pegados en la cama, buscándonos la mano, besándonos, acariciándonos. Da la impresión de que llevo toda la vida con ella. Solo imaginar que puedo perderla me sobrecoge, no lo soporto.

Para intentar alcanzar esa serenidad tan necesaria, copio lo que Clara me señala en los manuscritos de don Jacobo, aquí sentado a la mesa, con un cuaderno nuevo y el lápiz bien afilado, bajo la luz del flexo que luce en la penumbra violeta y rosa de la tarde.

No sé si elige lo que debo copiar después de haber leído los textos, o si lo hace aleatoriamente, así al tuntún, escogiendo de entre las miles de páginas las primeras que se le vienen a los dedos. En los espacios de las páginas acotadas con líneas rojas verticales, hay comentarios de las excavaciones que hizo don Jacobo durante los años que estuvo escondido en las ruinas del teatro romano de Ligustia. En los márgenes hay dibujos a lápiz de capiteles, basas de columnas, frisos con dibujos y volutas.

Hay una pila de libros encima de la mesa. Libros escritos con una caligrafía limpia y resuelta de escribano que me traen a la memoria los que iban metidos en el serón en que el mudo nos llevaba de chicos montados en Zabulón. Los que me clavaban los picos metálicos de las pastas en las piernas. Hay planos de las estancias bajo la cueva donde encerraba las bestias, donde guardaba los aperos de labranza y los costales de granos. Hay dibujos a mano alzada de un túnel, de la disposición de las tablas para detener los derrum-

bamientos. En varias páginas se detalla en alzado y de perfil el curso de una calzada romana pavimentada con piedras rectangulares y lisas, y la alcantarilla abovedada que discurre por debajo de ella. En las carillas de un manuscrito en castellano antiguo hay notas con caligrafía casi plana: es el sistema de ventilación de la cueva, cuyas salidas al exterior desembocan en unas arquetas de piedra confundidas en la maraña de chumberas desparramadas por la ladera.

La densidad de datos es abrumadora: un boceto de una aljibe, una noria árabe, dibujos de cangilones, de tuberías, conductos y arcaduces. Están dibujados con plumilla los arcos y los *zabaletes* que los unen de un horno de alfarero, con su cúpula abovedada y los respiraderos para los humos de la cochura. Tanta información aturde. Pero consigo escapar un momento del desorden mental, aprovechando que la reproducción *de Las ruinas de Atenas* de Beethoven ha terminado.

Copiaré un rato.

«Ligustia, a 15 de Enero de 1950. El nacimiento de Jacobo y la muerte de su madre me empujan a escribir. No sé si saldré de aquí algún día. Tampoco tengo ganas de hacerlo. Ahí afuera no hay libertad. Hay mucha tristeza. Me siento más libre aquí a mis anchas. Al menos tengo la certeza de que creen que estoy en Francia. Tampoco temo pecar de cobarde por estar escondido. Si me dejo llevar por los remordimientos los primeros días de estar aquí, lo más probable es que ahora estuviera enterrado en una fosa común, como casi todos los que se entregaron. Ahora, bueno, desde hace ya unos años estoy bastante tranquilo. Y ya es hora de prepararles a Jacobo y a Juan, como mis antepasados hicieron conmigo. Legándoles las memorias y el testamento de las catorce generaciones que les preceden».

»Estuve en el entierro de Rosario unos diez minutos. El tiempo de tocarle la Sonata nº 1 de Bach. Había mucha gente, sí, incluso gente que nunca creí que pensara en ella cuando vivía. Gente que jamás

la saludaba, que nunca le dirigió la palabra. Sin embargo, faltaban los más cercanos; bueno, los que eran más asiduos a nosotros hasta el golpe militar. No, no había nadie de la casa de los Guzmanes. Ni siquiera Matilde había venido, como acudía a otros entierros a ver si yo estaba tocando. Estoy seguro de que conoce la identidad verdadera del violinista, aunque intento despistarla desafinando. Por eso pude tocarle a mi Rosario el adagio alargando el pianísimo, llevando el arco lentamente hasta el final, como la Guzmana me enseñó a base de repetir las lecciones y de muchas horas de retozo. Del personal de servicio de los cortijos tampoco había nadie. Ni los vecinos del patio ni del corral fueron a despedirla. Me pregunté por qué daban de lado a una mujer que tantos favores había hecho durante tantas penurias. Hay mucho miedo. Pero de nada vale fustigarse a estas alturas. No puedo dejarme llevar por los sentimientos. Ni por el rencor. Y menos por el odio. Si caigo por ahí el que pierdo soy yo. Así que vayamos al grano. A lo que me planteé frente a la puerta del cementerio, rememorando la primera vez que me fijé en Rosario la tarde que me enamoré de ella».

»Lo hago ya para que mi Jacobo sepa algo de lo que ocurrió; porque no sé el tiempo que estaré aquí. Sí, tú, Jacobo, a ti me dirijo, porque a tu hermano Juan no le hace falta leer nada para saberlo todo. Él parece dotado de un sentido especial para captar la realidad. No sabe leer, pero lo ve todo en las miradas, en la inquietud o en la calma de las bestias, en la humedad, en el calor del aire, en cualquier signo de la naturaleza que para casi todo el mundo pasa desapercibido. Ya verás, la naturaleza no tiene secretos para él. Me pregunto aún si fue presenciar lo que le hicieron a tu madre lo que lo hizo tan retraído y tan áspero. Porque tu hermano es muy bueno, quiero que lo sepas, estoy seguro de que cuidará de ti, y de que tú cuidarás de él cuando sea viejo».

»Ahora no sabe leer ni escribir, ya te lo he dicho. Pero cuando seas mayor, cuando leas esto que ahora te escribo pensando en vosotros y en vuestra madre y en los abuelos, me gustaría que le enseñaras. No quiero que muera creyendo que la vida es lo que vio de pequeño y lo que ve ahora en el pueblo. Tiene que saber quién fue nuestra familia. Yo le cuento muchas cosas, y pretendo inculcarle la afición a la lectura, pero esquiva los libros y la historia. Lo único que le interesa son las bestias y la honda. Tiene esa rara manía que heredó de un hermano de tu abuela que murió en la guerra de África. Tienes que ayudarle a que sea consciente del legado que nos dejaron. No permitas que muera hecho un ignorante de lo archivado. Pero no lo dudes nunca: todo ese bagaje histórico que atesoramos en los archivos le corre a él por las venas de forma natural».

»Todo cambió en septiembre de 1923, cuando fuimos en tren a Madrid mi padre y yo, con parte del servicio de la casa de don Gaspar: tu abuela Elvira, Lourdes la cocinera, y Rosario, su sobrina, una mocita morena de ojos grandes y negros con apenas trece años, robusta y muy lozana, ya de caderas anchas y cintura fina, que entonces no se imaginaba que sería mi mujer y me daría dos hijos».

»Don Gaspar se había ido unos días antes para preparar una ponencia que como miembro de la Academia de Bellas Artes leería en un congreso de Arqueología al que estaba invitado también el hispanista y catedrático de historia antigua alemán Adolf Shulten. Pero además —y eso era lo que no me dejaba dormir, porque yo no quería, y menos en Madrid— para informarnos acerca de la matrícula en la Universidad en Historia Antigua. Don Gaspar estaba empeñado en pagar mis estudios y la manutención; tu abuelo loco de contento imaginándome catedrático. Daba la impresión de que nuestro filántropo terrateniente competía con su hermano sacerdote Severo de Guzmán y con su hermana menor, Matilde, por atraerme a sus

causas. Lo que ninguno de los dos sabían, ni mi padre tampoco —Matilde sí— es que yo no estaba dispuesto a estudiar más desde que abandoné el seminario de Sevilla. Dos años antes terminé en el viejo caserón del Colegio de los Escolapios de Sanlúcar los cinco años de Humanidades, bien asimiladas, con notas excelentes, por eso cuando me vine de Sevilla se llevaron un disgusto tan grande. Se disgustaron mucho, para el padre Severo y sor María fue un duro desengaño. No disimulaban, cuando iban a visitarme con mis padres en la fría y descomunal iglesia del viejo convento de San Francisco, yo notaba entre halagos y aleccionamientos cómo los dos primos soñaban ser bendecidos por mí el día final, antes de entregar sus almas al Altísimo».

»Nos quedaríamos varios días en Madrid, viviendo en uno de las confortables residencias que los Guzmanes tenían en el barrio de Salamanca, en el palacete de la calle de Serrano. Las hijas y la esposa de don Gaspar, todavía en el chalet del Puerto de Santa María, llegarían a mediados de mes, después de la feria del pueblo».

»Tu abuelo estaba cautivado por el filólogo y arqueólogo alemán desde el día que lo conoció en una visita que hicieron varios especialistas andaluces, entre los que iba el padre de don Gaspar, a las ruinas de Numancia, en 1902. Eran los dos de la misma edad. Mi padre hablaba alemán e italiano bastante bien, de estudiarlo y practicarlo con los equipos de arqueólogos a los que acompañaba con su patrón, y de haber echado varias temporadas excavando en las ruinas de Pompeya. Conocían los dos, tu abuelo y el alemán, una gran parte de la obra de Elio Antonio. Habían estado juntos en Sanlúcar y en la Algaida haciendo excavaciones, y juntos habían analizado los restos de barcos y piezas encontradas en la marisma en 1878 durante las obras de desecación de la empresa de Jacobo Zóbel. Se sabían de memoria la colección de monedas romanas antiguas que el millonario filipino

había publicado en su libro. Era muy objetivo y preciso excavando, muy limpio, y dibujaba y catalogaba las piezas con mucha claridad. Por otra parte, era un escribiente ordenado, obediente y leal. Hicieron buenas migas, ambos estaban apasionados por el conocimiento de las lenguas y por el estudio y las excavaciones en las ruinas, aunque salvando, "respetuosamente", como le gustaba decir, las distancias entre la poderosa formación académica del alemán y la autodidacta de mi padre».

»Pero tu abuelo, que además fue con el equipo de Jorge Bonsor a varias prospecciones arqueológicas por el Valle del Guadalquivir y estuvo también en el descubrimiento de la necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, ya estaba entusiasmado con Bonsor con la búsqueda de Tartessos. Así que cuando apareció Shulten, su conocimiento de los trabajos y del emporio fundado por los tirsenos creció con las expectativas de colaborar en una misión de un calado histórico como el descubrimiento por su compatriota Schliemann de Micenas y de Troya».

»O aún más importante, porque es posible —cada día estoy más convencido— que Tartessos sea la mítica Atlántida que Platón describe y que tanto se parece en su aspecto geográfico. Bien podría ser que esa isla fuera el terreno situado entre los tres brazos que entonces formaban la desembocadura del río Guadalquivir. Esos tres brazos que procedían del lago Ligustino, donde está hoy la marisma del Guadalquivir».

»Aquí mismo, es probable que esté muy cerquita de donde estoy. ¿No llevará esta vía romana a esa ciudad? Ya veremos adónde llega la alcantarilla; de momento parece que hay suerte, tiene tramos largos que no están taponados de tierra. Las piedras del pavimento y los ladrillos de la bóveda han soportado bien el peso de la tierra de la ladera».

»Tu abuelo estuvo entusiasmado con la arqueología y con Tartessos hasta que lo mataron. Ahora, releyendo los originales de Rufo Avieno y de Estrabón

percibo, presiento que la ciudad está cerca de aquí. Hasta yo he caído rendido a esta adicción; total, ahora tengo tiempo de sobra para excavar todo lo que quiera».

»De manera que cuando hallaron el poblado romano del Cerro del Trigo dentro del Coto de Doña Ana estaban todos eufóricos, jactándose de haber participado en semejante epopeya, aunque todavía no fuera definitivo, pues la capital del emporio está sepultada todavía bajo las ruinas romanas que tiene encima. Quién sabe, también pudiera ser que se encuentre cerca de Lebrija. O aquí en Ligustia. Y en las Mesas de Asta. Y en Huelva. Hay varias, muchas posibilidades. Habrá que seguir trabajando mucho aún».

20. ENTRE BESOS

De copiar lo que Clara me señala lo más apasionante quizá sea la claridad de la caligrafía de don Jacobo *el Siete*. Se entiende todo perfectamente. Ya no queda ninguna letra que cueste distinguir ni palabra cuyo significado desentrañar. Pero no le soy fiel a esta maravillosa mujer, a veces me pierdo entre los manuscritos más antiguos, me disperso, o copio páginas enteras de libros de actas capitulares. Uno de los secretarios del Ayuntamiento de Lebrija que escribía con bastante claridad se llamaba Manuel Reyna Valle, quien al parecer usaba libros similares para dejar copia de todo y dársela a su amigo Jacobo de Paula *el Seis*. A Clara no le importa que haga incursiones por otros libros, con tal de que no deje de escribir cuando me siento mejor. Pero como ella quiere que lleve un orden, me limitaré a copiar lo que entre besos en la boca me ha ido diciendo.

«Jacobito», repetía mi padre en el tren, «presta mucha atención a este sabio. Estás dotado para la Arqueología, y para las lenguas muertas, ya lo sabes. Fíjate que eras el número uno en griego antiguo y en latín en el seminario. Hubieras llegado a cardenal por lo menos, te aseguro que sí, si no te llegas a cansar. Pero, ¿no te das cuenta, chiquillo, que tienes un don propio que debes explotar? Déjate de música; y de doña Matilde, claro, que te va a dejar seco. ¿O es que te crees que no me doy cuenta de lo que hay? Deja también la contabilidad de los cortijos para Alberto, quédate aquí en Madrid, no seas tonto, vuelve a estudiar. Según don Gaspar, lo que aprendiste en el seminario te servirá para la Universidad, así que ábrete los sesos, empápate de lo que sabe este arqueologo, porque pasará a la historia cuando demuestre lo que casi nadie quiere creer todavía».

»Me lo decía como aprensivo, receloso de que por la edad o por mi vana afición a la música y a las mujeres espantara el entusiasmo con Tartessos que Shulten me trasmitiría. Derrocharía —ese era el verbo que más denostaba— "el talento que la naturaleza te ha concedido"».

»Pero por la mañana cuando llegamos al Hotel Ritz, donde don Gaspar quedó con un adelantado de Shulten para ir a la estación a recoger al hispanista que vendría de Barcelona, alguien comentaba en la recepción que Ortega y Gasset andaba por allí. Hablaban de que hacían un homenaje a Mallarmé en el Jardín Botánico, poco antes de la tertulia que mantenían en Pi I Margall, en el Palacio de los Libros, los intelectuales y escritores más relevantes de España. Lo más probable es que estuvieran presentes Unamuno y Antonio Machado, y Juan Ramón Jiménez. Quizás tendrían la oportunidad de ver y escuchar en persona a algunos políticos sobresalientes. O quién sabría, porque Ortega andaba entonces alejado de la batalla política, achicharrado y desilusionado con las masas a las cuales le endosaba la responsabilidad de todos los males de España».

»Al oír el nombre de Ortega, mi padre saltó de admiración. Y es que profesaba una gran devoción al escritor, de leerlo en los periódicos que abundaban en casa de don Gaspar. Y más que en esa casa, donde echaba horas de tertulia hablando de política y de arqueología era en la farmacia de Manuel Reyna y en el Círculo Republicano de Lebrija. En la rebotica había fotografías de algunos antepasados del boticario, de su padre Manuel Reina Martínez, del abuelo materno Rafael Méndez que fue el primer alcalde de Sevilla en la Primera República, de su hijo Mario Méndez Bejarano. También estaba el retrato de su abuelo paterno Manuel Reina Valle, sentado a la mesa de la Secretaría del Ayuntamiento de Lebrija que ostentó con orgullo desde 1870, hasta que lo echaron en 1881 por preocuparse demasiado de "los problemas sociales de

los trabajadores”. —Pero volvió a los cuatro o cinco meses —me decía el nieto— y estuvo hasta final de siglo. Allí y al Círculo iba yo a veces con mi padre y escuchaba sus comentarios sobre los artículos de los periódicos y revistas que se apilaban en las estanterías».

»Tu abuelo le preguntaba al farmacéutico por su hijo Manuel, que estaba en Madrid con su tío Mario, diputado en las Cortes por el partido de su primo José Canalejas, cuyo asesinato por un anarquista cuando miraba el escaparate de una librería en la Puerta del Sol había sumido en la tristeza a su familia y a su sobrino».

»El padre estaba orgulloso porque su hijo Manuel escuchaba en las tertulias en casa del tío a políticos e intelectuales tan influyentes como su pariente Canalejas, a Ortega y Gasset y a Niceto Alcalá Zamora, a Manuel Azaña. Y a otros autores ilusionados y comprometidos con la regeneración de una España podrida, corrupta y embalsamada en la miseria por los caciques y los políticos de la Restauración».

»Pero antes de morir el orgullo del padre se tornó en preocupación al enterarse de que su hijo tenía un venazo de artista. Lo que de verdad le apasionaba era el teatro. Le angustiaba ver que el veneno de la cuarta pared y de la literatura, y también el de la política, le había sido inoculado en la tertulia de don Mario, a través de las conversaciones que escuchaba de boca de Echegaray, de Pérez Galdós y del padre de Ortega y Gasset, José Ortega Munilla, entre otros escritores. En esas conversaciones se lamentaban del rechazo de un resentido Maura al ingreso del Catedrático de Literatura Mario Méndez en la Academia. “Aquí en la Academia no se entra por méritos, sino por votos”, contaba sin acritud el farmacéutico que le había dicho a su tío uno de los académicos, quien había firmado en 1902, precisamente, el dictamen favorable de la Academia que la “Literatura” de Méndez Bejarano se usara como texto en los colegios españoles. La frase

de Menéndez Pelayo resonaba en la trastienda de la botica: “Don Mario, creo que no hay candidato comparable en mérito a usted, pero, como se está poniendo esta casa, tendrá usted el honor de ser derrotado».

»En la farmacia, por las noches cuando cerraba, y en la tertulia de la sede de los republicanos se hablaba y andaban al corriente de la política y de los libros, de la miseria, del analfabetismo acuciante de los trabajadores, del ímpetu imparable de la nueva generación de escritores y políticos nuevos socialistas y republicanos que acabarían con la penuria violenta que la desesperación provocaba. En la rebotica, Reyna recordaba a sus abuelos entre anécdotas de sus actuaciones en el teatro. Comentaba admirado, con un punto de envidia sana, acaso enconado por la atracción popular de un autor que sin duda se iba haciendo célebre y famoso, la irrupción de Federico García Lorca con La Barraca. Ponderaba la desenvoltura del granaíno, la energía que desplegaba en los ensayos de *El Maleficio de las Mariposas* dirigiéndolos a él y a la actriz Catalina Bárcenas. Reyna soñaba con irse de gira con la compañía de la cubana que iluminaba a Lorca, correr mundo a caballo de la pasión que lo devoraba: El Teatro. Las tablas de los escenarios. Vender la farmacia de la calle Leganitos e irse a América a triunfar en Broadway. Ante el retrato de José Canalejas, Reyna se enorgullecía del primo de su madre asesinado, con la misma nostalgia y pasión que lamentaba su pérdida en un momento definitivo de la historia de España. Una época en que el Presidente del Consejo de Ministros estaba inmerso en la redacción de una serie de leyes y reformas que habrían de transformar el régimen liberal en una verdadera democracia, y habrían acabado por fin con el fraude electoral establecido por el caciquismo. Reyna soñaba con que la República iba a poner en marcha muchas de las leyes que quedaron en los cajones de la Presidencia cuando Canalejas fue asesinado, cuya intención era reducir el número de órdenes religiosas

con el propósito de alcanzar una total separación del Estado y la Iglesia de manera pacífica y negociada. El inspector municipal de farmacia narraba, ufano, que fue Canalejas quien intentó poner freno a las redenciones en metálico del servicio militar, redactando personalmente una Ley de Reclutamiento. El pueblo lo admiraba por eso, lo aplaudió».

»Con nostalgia, sin resentimiento y con esperanza contaba Reyna que Canalejas también fracasó en varios proyectos de expropiación de tierras con indemnización, los cuales fueron bloqueados junto a normas laborales para prohibir el trabajo nocturno de las mujeres y limitar el trabajo en las minas a nueve horas y a 72 semanales en las fábricas de textiles. El boticario soñaba con que todo aquel entramado de reformas, a las que puso fin el atentado del anarquista Pardiñas, se haría realidad con el advenimiento de la segunda República. Todo el esfuerzo regeneracionista de Canalejas, fallido para reconducir el rumbo de la Restauración, tendría veinte años más tarde de su muerte una justa y necesaria recompensa. Con esas salía el boticario cuando su amigo el anarquista Paco Páez lo acosaba entre bromas y en serio, endosándole al político liberal la responsabilidad de haber empleado la fuerza para reprimir el botín republicano del guardacostas Numancia de 1911, los sucesos de Cullera y la huelga ferroviaria de 1912 que organizaron los trabajadores. “No estoy de acuerdo con el método de los tiros, mi querido Reyna, pero con las cosas de comer no se juega,” le decía Páez a su amigo, en tono siempre amistoso y bonachón».

»A Paco Páez le encantaba hablar con el boticario. Eran amigos desde niños y juntos oyeron contar al abuelo de Reyna la de instancias y cartas que tuvo que escribir, los problemas que tuvieron el Ayuntamiento, los trabajadores, los labradores y la Empresa con la desecación y el saneamiento de las Marismas para ponerlas en cultivo en 1877. También hablaban de la expropiación que se haría de las marismas y la

dehesa boyal del pueblo para el proyecto que había redactado y dirigía otro lebrijano, Juan Gavala. Reyna decía que este ingeniero de caminos era el mejor conocedor de la marisma y todo el Bajo Guadalquivir. Los planos que ese hombre ha hecho del Lago Ligustino y del Golfo Tartésico no hay quien los supere.

»Pero en las tertulias también se agarraban de vez en cuando en discusiones que tu abuelo sabía cortar de raíz, metiendo un tema de conversación que fuera capaz de reconciliarlos. Y ese tema siempre era el mismo: enumerar y recordar los pormenores, las leyes, los innumerables escritos cursados desde que en 1727 los vecinos de Lebrija compraron al rey Felipe V todos los terrenos baldíos del término, hasta que a fecha de 1930 solo quedaran poco más de mil hectáreas. En eso sí que estaban siempre de acuerdo el anarcosindicalista y el boticario republicano. En que Lebrija, en poco más de 50 años, había perdido más de 16.000 hectáreas de marismas de sus propios mediante las ventas decretadas por las leyes desamortizadoras y por la expropiación de la Compañía de Marismas. Y en que esas tierras volverían algún día cercano a sus verdaderos dueños cuando estuvieran reducidas a cultivo».

»Don Gaspar estaba suscrito a algunas revistas. Pero sus hermanos Alberto el capitán de infantería, Gustavo el veterinario, y Adolfo, cuya carrera se desconocía, aunque era tratante, borracho y mujeriego, empedernido jugador y famoso por alardear de su amistad con don Miguel Primo de Rivera, no eran simpatizantes de muchos periódicos. Tu abuela lo sabía, y por eso los quitaba de en medio enseguida. Pero el Guzmán que más odiaba los libros, y todo aquello que no fueran los bajos salarios de los jornaleros, los caballos, las escopetas, los galgos, quien de veras le profesaba una enfermiza aversión a la cultura y al conocimiento, ese era don Cristóbal de Guzmán».

»En el camino hacia la estación tu abuelo y don Gaspar no dejaron de hablar de Ortega y Gasset, de

las críticas que le propinaba Unamuno. Yo escuchaba algo desde el asiento trasero, un poco asustado de ver como mi mecenas sorteaba a los tranvías y a los coches brillantes que circulaban por el Prado y giraban como locos al llegar a Las Cibeles. Iba intimidado por la rigurosa actitud del secretario de Shulten, que no hacía más que mirar el reloj con impaciencia, quizás ante la flema con que el conductor y su secretario acordaban hablar con un primo de don Gaspar, Gonzalo de Guzmán, que entonces era un escritor en ciernes, discípulo de Ortega, y no se perdía una conferencia, curso o cualquier charla que impartiera el prolífico don José».

»Quedaron en que le llamaría don Gaspar para comer juntos. Gonzalo vivía en un chalet contiguo al palacete de los Guzmanes, cuya entrada principal daba a la calle más arriba del Museo Arqueológico. Degustarían la siempre sorprendente creación culinaria de Lourdes, la cocinera. Durante la comida, le sacarían al joven poeta el compromiso de acompañarlos, solo a ellos dos, al homenaje en el Botánico a Mallarmé, y de agenciarles unos asientos en la tertulia lo más cerca posible del vibrante orador. El gigante trigueño alemán comería con su jefe en el Ritz».

»Siguieron charlando mientras esperábamos la llegada del tren procedente de Barcelona. Cuando hizo su entrada en el andén, y la gente se había apeado ya de los vagones, la humareda y el vapor casi se habían disipado. El secretario del hispanista nos dijo preocupado que su jefe, o habría perdido el tren, cosa que le extrañaba, o le habría surgido algo extraordinario para no venir».

»Pero no, ni mucho menos, mi padre no se había olvidado de mí para ver a Ortega. Al contrario, lo que deseaba, y yo me olí al punto, era evitar que yo asistiera a un acto que para él era político, más que literario o filosófico. En el camino hasta la mansión de Serrano, don Gaspar tampoco habló nada. Permanecía serio, pero en sus rasgos afloraba el conato de un

ademán de satisfacción, como si retuviera con gusto una información con la que su silencio aristocrático se sentía enormemente halagado. Mi padre tampoco habló, como siempre que don Gaspar adoptaba una actitud parecida, aunque a mí me resultara extraño que amigos como eran desde la infancia, separados, eso sí, por el ancho espacio social que media entre una aristocracia noble y rancia, y una vieja y leal saga de escribanos, no perdiesen casi nunca las formas, algo estrictas y correctas, de la cortesía que conlleva la subordinación. Si don Gaspar de Guzmán no hablaba, aun teniendo algo que decir, pero queriendo callar por desear hacerlo o por lo que fuera, Juan Cumbreras, que no era más que un empleado, no tenía por qué importunar su silencio meditativo, por muy hombre de confianza y amigo que fueran. Por lo demás, yo di por cierto que el motivo de su silencio era la privación del magisterio del arqueólogo alemán. Pero no, la causa era mucho más poderosa, mucho más importante».

»La verdad es que no me gustaba nada insistir rogándole a tu abuela, rebajándome como si fuera un niño para salirse con la suya. Uno siempre es para su madre el niño que acariciaba entre sus brazos. Pero yo quería ver a Ortega y Gasset y a los escritores, a los políticos que nombraba Gonzalo mientras comíamos y azuzaban mi ansia por escuchar y conocer. Por eso le insistí a mi madre para que tratara de convencerles».

»Porque a ella no hacía falta convencerla de nada. Si la tuve que machacar a ruegos y súplicas no fue porque ella temiera que la política me tocara, faltaría más. Precisamente ella fue la que desde chico me impulsó a que aprendiera mucho, “Para cambiar este injusto mundo, mi niño. Aprovéchate de la riqueza de esta familia, déjate llevar al seminario para aprender, que el saber no ocupa lugar. O eso dicen, aunque yo creo que ese dicho no es acertado, viendo la cantidad de papelejos y librotes que hay escritos para guardarlo. Tú déjate llevar, Jacobito”. No: si mi

madre se resistía a convencer a su marido para que éste hiciera lo mismo con su patrón, era por eludir plantarse ante los dos, que a veces parecía que la temiesen, —a ella, a Elvira de Paula *la Cuatro*, como la llamaba mi padre con tono socarrón, cuando después de una discusión tenía que ceder a la fuerza de sus irrebatibles argumentos — Daba la impresión de que la temían como a una vara verde, dejándolos en ridículo y achicados en presencia de Gonzalo. No: ella, en realidad, anhelaba que yo fuera a la charla, o a lo que fuera. Pero no le hizo falta plantarse, accedieron mansamente».

»Bien, es hora de dejarlo por esta noche, hay que descansar. Estas primeras páginas no han quedado mal del todo. Además, escribirlas pensando que puedas leerlas algún día, hijo mío, me ha colmado de gozo, pero mañana hay que echar algún tiempo en el cuarto de la música. Hay que forrar las maderas de las paredes; la Tata asegura que en el silencio de la noche se escucha el violín, y aunque dice que apenas se oye no me fío, no quiero problemas. Con varias capas de cartones rellenas de borra y la lana que me trajo tu hermano, creo que será suficiente. Pero tengo que hacerlo yo solo, él está trabajando con las yuntas en Lora del Río, y se queda a dormir en el cortijo. No puedo demorar por más tiempo ese trabajo».

21. ARREBATADOS ANTE EL ESPEJO

Llevo muchos días sin escribir nada. Ni una sola palabra. A veces, copiar también me aturde. Menos mal que hemos estado preparando en el taller las piezas de la escultura. Eso me distrae bastante. Pero el ensamblaje de la estatua se ha demorado. Yo quería ya soldar durante algunas horas, porque echo de menos un trabajo que me gustaba. Al fin y al cabo, es lo que hice casi toda mi vida, y ahora que estoy jubilado la mayoría de las veces no sé en qué invertir el tiempo que tengo.

Jacobo ha salido a un viaje relacionado con la compra reciente de unas impresoras en tres dimensiones que están instalando en la nave nueva. Por lo poco que he oído, parece que tienen problemas con una de ellas, porque el escultor quiere que la máquina le haga bustos en serie similares a sus vaciados y a los que sacan las reproductoras automáticas. Pero el fabricante le asegura que con ese tipo de impresoras es imposible hacerlos sin que se note la diferencia del proceso de fabricación. Creo que ese empresario no sabe aún con quién se las trae, con la testaruda y tesonera voluntad de salirse con la suya que mi amigo tiene. Ese no ha visto bien el bastión imbatible al que habrá de enfrentarse, si quiere vender esas máquinas que dicen que modelan esculturas, reproducciones y prótesis de cualquier tipo a una velocidad considerable.

Yo estoy en la gloria, mientras tanto. Salgo todos los días con Clara a pasear por Florencia. Pero no me permiten que vaya solo como me gusta salir cuando ella no está. No se fían de mi memoria. Hemos subido al *Duomo,* y allí casi discutimos por primera vez.

Y es que ella se empeña en convencerme de que ya hemos estado otra vez allá arriba. Yo no me acuerdo de nada. Sí, es posible que estuviéramos. Clara dice que fue el día que nos vimos en Piazza Pitti, pero no lo recuerdo, aunque sí reconozco que ese día la memoria me volvió a jugar otra mala pasada. Luego hemos tomado un *Chianti* en la *enoteca* del sevillano, que nos ha invitado tras presentarnos a un grupo de españoles que han venido a trabajar a Florencia. Por lo visto, una de las chicas es licenciada en Historia del Arte; otra, en Biología; la que parece más joven creo que es arquitecto; o ingeniero. Pero de las carreras de los chavales no me acuerdo. Ah, sí, uno me parece que es informático; el otro creo que trabaja en el taller de Jacobo. No sé si es físico; o químico.

Después de comernos en casa un exquisito revuelto de papas fritas con verduritas, huevo y bacalao picado muy jugoso y unas colitas de langostas cocidas con mahonesa, nos hemos endulzado y refrescado con el helado que trajimos de una *gelatería*. Luego lo hemos dejado todo recogidito, y nos hemos echado para la siesta, pero Clara saca de su bolso y me la enseña agitándola en el aire la revista que edita Jacobo, *Arqueología Estatuaria*. La abre por las páginas del final, con la sonrisa pícara de quien espera sorprender y seducir con un secreto que por fin ha resuelto desvelar.

Hemos leído dos páginas ilustradas de estos textos que Clara llama mis ejercicios de terapia. Se ha reído a carcajadas cuando le he dicho que no reconozco mi escritura, que eso no lo he escrito yo, que quien haya transcrito lo que puse en la libreta lo ha cambiado todo. Pero ella asegura que el redactor se ha limitado a pasar al ordenador y aclarar lo que a veces emborrono. Me dice que ha habido que eliminar algunas redundancias de mi estilo. Vuelvo a releer, y sigo sin identificarme en esas páginas. Han hecho lo que les ha dado la gana con mis ejercicios. Clara se desternilla de risa, retozona y coqueta, me arrebata la revista

de las manos, y la tira al suelo para besarme con los cabellos alborotados. Tiene los ojos encendidos. ¡Qué hermosa está¡ Le pido, le suplico tratando inútilmente de zafarme para poder admirarla, ya casi desnuda, con la cara iluminada, cabalgándome, que me devuelva la revista, que me muestre algunos pasajes en los que hablo de Ligustia y de Lebrija, de la época de la alfarería. Pero se niega a dármela con la excusa de que esos capítulos aún no se han publicado.

Nos despertó el timbre estridente de su móvil. Era su marido. Le colgó soltando un resoplido de hartura, suplicando al cielo, impotente. Yo no le digo ni pío nunca, a ver por dónde resuella todo esto. Pero el malhumor se instaló en su cara y transformó sus facciones arqueando su boca durante un tiempo interminable y opresivo hasta que, después de hacer la cama como si yo no estuviera presente, me dio un beso en la mejilla sin mirarme. Luego llamó al ascensor para irse a la tienda de su prima Aurora.

Me deja desconcertado su aparente desdén en esos momentos interminables. Aunque sé que de su desapego no soy yo el culpable, su actitud aviva y azuza los celos cargados de inquina, de odio hacia su esposo, hacia ese yonqui medio muerto que no la deja tranquila. Maldito sea. La única manera que encuentro para olvidar, lo único que me queda para ahuyentar la desazón que el timbre del teléfono me ha suscitado, la única salida para sofocar el incendio devastador que me devora, de solo pensar que pueda perderla, es ponerme a copiar las páginas que ha señalado en el manuscrito de don Jacobo.

Pongo a reproducir unos cuartetos de Dvorák.

«Después de comer, tu abuelo y don Gaspar se fueron al salón a tomar el café. Gonzalo se marchó a su casa y quedó en pasar por la tarde a recogernos. Aquel día descubrí la relación de Gonzalo con Lourdes, al ver que ella lo llamaba por señas e hizo que se volviera desde la puerta, y se lo llevó hacia el fondo de la cocina, donde por el reflejo del cristal de la puerta

abierta los vi abrazados y besándose. Ella se sentó en la encimera».

»Mi madre planchaba en una habitación soleada muy espaciosa, a la derecha del pasillo que llevaba al salón con grandes ventanales abiertos a un jardín pletórico de arrayanes y rosas blancas. Sin dejar de mirar el vaivén de la plancha, aleccionaba a tu madre en la destreza de sacar las rayas de camisas y pantalones derechas como vaquetas. Lourdes se quedó en la cocina, después de soltar a Gonzalo, así que hubo un momento en que me sentí aliviado, sabiendo que nadie estaba pendiente de mí ni me echaría de menos. Podría perderme un rato en la formidable biblioteca contigua al salón».

»Me acordaba de la enorme librería porque unos años antes — el año1918, cuando las movilizaciones se generalizaron y las huelgas y la violencia paralizaban el país— poco después de abandonar el seminario, vine, o me trajeron, la primera vez, a ver si me daba la picada y me matriculaba en Historia Antigua. En aquella incursión sustraje de los anaqueles una biografía de Beethoven. Al amplio recinto repleto de vitrinas y estantes se accedía por una puerta que daba a la izquierda del pasillo. A través del testero derecho la biblioteca comunicaba con el salón por una ancha y gruesa puerta de corredera de dos hojas. Una vez dentro, lo primero que hice fue mirar si la cerradura estaba echada, y me alegré de que lo estuviera, porque así mi padre y don Gaspar no me verían trajinar. Para estar más tranquilo y ratonear a gusto eché el pestillo».

»La biblioteca estaba diezmada. Los anaqueles estaban casi desiertos y cubiertos de polvo y sostenían algunos vestigios de excavaciones y fósiles. Unas pequeñas ánforas griegas, vasijas con trozos de menos, varios bustos a escala desnarigados y rotos de sabios griegos. Había una testa entera restaurada de un emperador de Hispania, no recordaba si era Trajano o Adriano. En uno de los estantes se apretaban unos

volúmenes religiosos, varias biblias de diferentes traducciones, algunos clásicos, libros militares, una biografía de Napoleón, y casi toda la obra de nuestro pariente Elio Antonio. De música no quedaba absolutamente nada, salvo un viejo pianoforte que debía tener varios siglos; estaba sobre la pared junto a una estantería. Matilde se trajo todo lo demás a Sanlúcar. De la enorme colección de ingeniería y mecánica que yo recordaba haber ojeado años atrás tampoco quedaba ningún volumen. También faltaban dos enciclopedias ilustradas y algunas obras de Jovellanos y Diderot. Entonces recordé que en aquella residencia ya no vivía un hermano de don Gaspar, el ingeniero don Marcelino de Guzmán, pues se había trasladado a Barcelona cuando adquirió una industria textil con lo que sacó de uno de los cortijos de Jerez. Don Marcelino había vendido muy bien la finca, en una época en que el precio de la tierra estaba por las nubes, empujado por la elevada demanda de productos agrícolas en Europa. La venta del cortijo le rentó unas plusvalías fantásticas, a las que sumó las ganancias de su trabajo y los conocimientos adquiridos en Alemania, dirigiendo una fábrica de equipos para la industria del petróleo».

»Al cabo de algún tiempo, don Marcelino fue elegido diputado a Cortes por Barcelona, aupado por la burguesía industrial catalana y por su amigo Primo de Rivera, que entonces era Capitán General de Cataluña. Don Gaspar aseguraba que la posesión del escaño le había enemistado para siempre con el padre de Gonzalo, también diputado por Cádiz en representación de los terratenientes. Lo cierto es que al comparar mi incursión de aquél día con la de cinco años antes parecía haberme equivocado de lugar. Pero no, en realidad la biblioteca había sido desmantelada, lo que quedaba de ella más parecían los restos de una quema de libros, algo así como lo que dejaría el cura y el barbero del origen de la locura de Don Quijote».

»Me sacó del ratoneo la voz de mi padre hablando con don Gaspar. La voz me llegaba amortiguada por la gruesa puerta. Apegué el oído a la madera, atraído por el tono exclamativo de sus palabras. Era un tono como asombrado, con el timbre de una alegría contenida por una noticia, por una información que no me llegaba a los tímpanos. Había, realmente, un regocijo no disimulado en las palabras casi opacas de ambos: "Esto se veía venir, Juan, se veía venir hace tiempo, por fin aquí se va a poner orden en este caos de nación. Ya lo veremos. Miguel no se arredra fácilmente, ese tiene redaños." Me llegaban sordas y apagadas pero perfectamente audibles. Percibía claramente el sentido de la conversación. "Pues está al caer, mi hermano Alberto dice que será un día de estos. Pronto, muy pronto. En Barcelona. Está loco de contento, como sabe que se lo traerá aquí a Madrid está que trina de gusto". "Bueno —dijo mi padre tras un breve silencio— y digo yo, don Gaspar, volviendo al tema de la contabilidad, si Alberto se viene a Madrid… ¿quién se hará cargo de la teneduría? Porque si Jacobo también se queda… Yo ya no estoy para eso, ya sabe usted como tengo la vista." "Es verdad, Juan, ya he pensado en eso. Hablaremos con mi hermano Cristóbal, a ver qué opina; seguro que él tiene a alguien competente. La verdad es que las cuentas de los cortijos van bastante claras desde que Jacobo le ayuda a Alberto. Bueno, es un decir, eso de ayudar. La pura verdad es que el que ayuda desde que se vino de Marruecos es Alberto. Pero bueno, como la cosa está más tranquila desde que arrendamos Los Nopales y Los Montecillos. Ya veremos qué sucede en estos días»

»Me separé de la puerta al oír a Lourdes que entraba al salón con el café. Algo gordo estaba a punto de ocurrir, de eso no cabía la menor duda: algo que yo no acababa de entender del todo en aquel instante, aunque estaba acostumbrado a escuchar a Alberto y Adolfo cuando sin disimulo alababan y enaltecían la figura campechana y brava de su íntimo amigo Mi-

guel Primo de Rivera. Alberto narraba emocionado las hazañas compartidas en el ejército, él de alférez a las órdenes del General. Adolfo se jactaba como un sibarita de las noches de juerga y de putas que le organizaba a su amigo de la infancia cuando el general se dejaba caer por Jerez o por Cádiz».

»Yo había aprendido a escuchar como mejor se hace. Como me enseñaron desde que nací, que es siempre en silencio, con la máxima discreción. Sin intervenir jamás si no te preguntan. Y aun así, la respuesta deberá ser lo más escueta posible. Como si no estuviera presente. Pero las orejas y la mollera abiertas de par en par. Como me enseñó mi madre y mi abuelo, su padre: "Jacobo, no lo olvides nunca, sé siempre discreto como un mayordomo inglés, como un escribano de la corte, custodio de los secretos como un fiel y leal secretario. Indiferente y frío como un eunuco"».

»Como un eunuco, me advertía, recuerdo ahora tantos años después aquí abajo encerrado en estas ruinas romanas. Pero sucedió, hijo mío, que yo no era ningún eunuco cuando Matilde de Guzmán me acostó con ella a dormir la siesta con once o doce añillos con el mismo cariño y ternura que lo hacía cuando era más chico. Aquella tarde me daba clases de piano, porque al violín le había roto yo días antes una de las clavijas de tanto apretar para sacar unas notas que no salían. Estaba muy entusiasmada, muy contenta de estar de vuelta de Viena, donde llevaba varios años tocando y estudiando. Tras la comida, después de tomarse un café con un chorrito de coñac, se sentaba a horcajadas en una banqueta alargada que usaba para tocar el piano. Me colocaba delante de ella entre sus piernas, o sentado sobre ellas, y me enseñaba con sus dedos larguiruchos a reconocer las teclas y las notas con los míos».

»Aquel día también nos entró sueño. Como de costumbre, nos acostamos en una manta gruesa de pelos suaves, la cual le gustaba tender en el frescor de la solería de mármol del salón en penumbra. Para dormir

la siesta. Pero aquella tarde no me quedaba dormido. Cerré los ojos y fingía que lo estaba, y entonces me di cuenta de que ella sí emitía unos discretos ronquidos, y gemidos, en sus sueños, mientras sus manos me recorrieron casi entero. Yo me volví hacia el otro lado escandalizado, asustado por mi estado, afectando la respiración para que creyera que dormía».

»Matilde se levantó jadeando un poco. Su cuerpo grande y desgarbado se trasparentaba rozando con sus curvas escuálidas el color crudo de la bata de seda china; estaba ardiendo. Se fue hacia el armario. Yo la veía con los ojos entrecerrados reflejada en la luna del ropero sacar algo entre las manos. Se sentó en el sofá cerca de la mesita baja. Era un baulito rectangular de madera oscura con un espejo en el interior de la tapa, sobre el que alineó varios lomitos de un polvo blanco —luego supe que era cocaína— que esnifó varias veces con un tubito delgado como un cigarrillo de plata. Luego se puso una copa de coñac».

»No era un eunuco Jacobo, no, no lo era. Las siestas de aquel caluroso verano en las que yo fingía dormir bocabajo con la cabeza sobre los brazos las pasé espiando cómo Matilde se hacía lomitos y bebía coñac y whisky solo o leía. O liando en una maquinita las hebras de tabaco suelto que aliñaba con una picadura verde que Alberto traía de Marruecos. O acostada a mi lado con su mano deslizándose como sin querer por mi piel caliente. Después de aquel verano, te digo, ya no volví a verla hasta dos o tres años más tarde, cuando yo tenía unos catorce años, y ella unos veinte. Fue al final de unas vacaciones. Bueno, pues en aquellos días de septiembre, antes de que dejáramos de vernos hasta unos años más tarde, me enseñó los primeros escarceos sexuales que quebraron para siempre mi fervor. Mi sincera vocación de seminarista empezó a resentirse».

»Pero fue más adelante, cuando yo ya había dejado el seminario, cuando me enteré por ella misma —una vez establecida entre nosotros una relación netamen-

te sexual, siendo ella profesora en el conservatorio— que su hermano Severo le había advertido de su intención de enviarme al seminario o al colegio de los Escolapios de Sanlúcar. Por tal motivo, Matilde se alejó de mí como leona que aguarda que su presa engorde, esperando que el tiempo y la abstención sexual del seminario hicieran su trabajo. Como efectivamente ocurrió».

»Respecto al interés que mostraba el padre Severo al advertir a su hermana menor que no estropeara lo que él mismo estuvo a punto de hacer años atrás, ese interés no era más que la inercia del adoctrinamiento. El que el párroco y su prima sor María, y también Matilde, llevaron a cabo conmigo desde que era chico en la iglesia y en la catequesis. Con mi sumisa y devota ayuda a misa diaria, cantando en el coro, en las clases de música, memorizando o rezando las oraciones estaban todos encantados y orgullosos, siempre sorprendidos con mi progreso».

»Fue durante aquellas vacaciones en la mansión de Sanlúcar que los Guzmanes tienen frente a Doña Ana, con catorce años, en una formidable habitación diáfana y soleada, donde en aquellos días previos al comienzo del tercer curso en Sanlúcar aquellas lecciones de violín y piano hirieron mortalmente mi fe. La suavidad de la manta peluda y las caricias de Matilde habían socavado la cauta edificación espiritual construida bajo el auspicio del padre Severo y la inquebrantable paciencia de los Escolapios. Se llevaron por delante mi virginidad. Entre lecciones y cabezadas la vocación se resquebrajó. Se cuarteaba sin remedio, aunque yo no lo aparenté nunca, ni nadie sospechó nada hasta que decidí dejar el seminario y quedarme en la contabilidad. Fui capaz de engañarlos a todos. Menos a tu abuela, claro. Ella sí sabía, o creyó al principio que la vocación era en buena parte ficticia; que era una tapadera para atesorar conocimientos».

»Cuando rezaba en el Colegio lo hacía pensando en el pentagrama en blanco que Matilde me hacía relle-

nar con las notas de los nocturnos de Chopin que ella en bata desgranaba del teclado. Cuando hincaba los codos en el pupitre me devanaba los sesos para quedar el primero, ganarme la confianza y poder practicar con el violín en las horas libres. Cuando se acercaba el verano cuidaba más si cabía mi comportamiento ejemplar para despejar cualquier sombra de duda en los formadores sobre la firmeza de mi vocación. De noche para dormirme en la celda después de la visita del tutor recreaba de memoria las sonatas de Beethoven que atacábamos arrebatados en el salón iluminado con vistas a Doña Ana».

22. EL HIJO DE MATILDE

»El verano del 1915 Matilde no vino a Ligustia ni pasó por Lebrija. Se había quedado en Madrid, con un músico de la Sinfónica de Viena, al cual conoció el año anterior en un concierto benéfico. El verano anterior, en septiembre de 1914, el día antes de irse para Madrid, Matilde me dijo que se iban a casar pronto. Me lo soltó cuando recogíamos la manta del suelo, todavía desnudos, y a mí me pareció entonces que lo decía para que me olvidara de ella, pues después de todo el verano de clases y de siestas en que no dormíamos hasta caer agotados, Matilde pensaría que había hecho un daño irreparable. Y así fue, en efecto, aunque no porque yo me hubiera enamorado de ella ni mucho menos, sino porque como ya te he dicho aquellas acaloradas sesiones abrieron la primera brecha en mi vocación de incipiente seminarista. Tuvieron un hijo, Ramiro. Así que no la vi más hasta el 18, poco antes de abandonar el seminario. Ella ya se había separado del concertino hacía algún tiempo y, para tener la libertad que siempre disfrutó hasta parir a Ramiro, se lo trajo a Sanlúcar y allí estuvo con sus tías hasta que se vino con su tío Gaspar al pueblo. Ramiro pasaba también largas temporadas en Sevilla y en Cádiz, en la órbita de la familia de su abuela materna, que estaba emparentada al parecer con los Mora-Figueroa y los Carranza y Gómez de Aramburu».

»Desde el 18, con ella separada y yo trabajando en la contabilidad, nuestra relación recomenzó y fraguaba ardientemente entre preludios, sonatas y fugas, que ella excitaba con sus polvitos blancos y sus aromáticos cigarrillos, sin hacerle ascos a catavinos cortitos de oloroso seco y a copitas enanas de coñac. Yo no bebía ni fumaba, pues nunca me gustó el alcohol, y además porque prefiero la lucidez pura que el cere-

bro genera sin estímulos artificiales. Me embriagaba, y todavía me pasa, con la carga emotiva que late en el Claro de Luna de Beethoven, en los Nocturnos y los Improntus de Chopin o en los preludios de Bach. Y leyendo, aunque a veces me vea obligado a dejar la lectura durante algún tiempo, porque estoy como borracho, hasta que los nervios se aplacan de nuevo. Hay tantas cosas y tantas melodías, tantas lecturas que estimulan y emocionan de verdad. Pero le he cogido el tranquillo para relajarme: el método es excavar en uno de los tajos que tengo abiertos. Nada de libros ni de música ni emociones fuertes. Lo mejor es salir de madrugada, tomar el fresco en la explanada del Castillo por el lado de la muralla del agujero, sin temor a que nadie te vea. Aunque sea peligroso, pero eso me relaja. Y buscar las constelaciones, seguir la rotación de la tierra sintiendo su giro hasta rayar el alba, en ese momento lúcido en que el lucero comienza a quedarse solo en el azul claro del cielo».

»Mi relación con Matilde era netamente sexual, ya te lo he dicho. No hubo nunca ni por su parte ni por la mía intención ni, por fortuna, accidente de enamorarnos ni de trasegar a los huecos del corazón las emociones que compartíamos tocando a dúo. Además, Matilde es algo seca y flemática, nunca fue una mujer atractiva, a pesar de su fogosidad y bravura. De manera que cuando nos veíamos en Sanlúcar, o en Ligustia donde en su casa tenía varios pianos y un Stradivarius, íbamos a tiro hecho: un par de horas tocando, y el resto de tiempo, bueno, pues ya se sabe».

»Y así hasta que me enamoré de tu madre».

»Aquel día de septiembre en Madrid me preguntaba a mí mismo en la biblioteca: ¿Entonces, si el golpe de estado de Primo de Rivera es un hecho, o casi, y el General se trae a su pupilo y amigo a Madrid como le prometió, quién se hace cargo de la contabilidad? La respuesta venía a caballo de la pregunta, pues nadie mejor que yo sabía de qué iba aquel tinglado de las cuentas, trapaceadas y repletas de marrullerías en

las salidas y en las entradas, sobre todo en ciertas salidas, cuyos conceptos me veía yo negro para disfrazar en los libros ante los controles del administrador, quien no debía enterarse ni por asomo de los tejemanejes que se traían entre manos Alberto y Adolfo. Mi confianza con los dos hermanos se basaba y dependía de mi férrea discreción y, sobre todo, en mi habilidad para enmascarar el fraude que ambos cometían con los dineros de los Guzmanes y del Ayuntamiento cuando fue alcalde de Ligustia».

»Claro que yo estaba al corriente como mucha gente —hasta el más analfabeto y ciego de los jornaleros creo que lo sabía— de la alegría que sentían los militares y con los buenos ojos que los terratenientes, la Iglesia y los socialistas iban acoger el golpe militar. Y hasta muchos políticos y escritores creían de veras que de esta manera tan española de sacar los sables se acabaría de una vez con el corrupto y caótico régimen de la Restauración. Pero creo sinceramente —hoy, después de tantos años, aquí dentro exiliado, pero tan cerca de este régimen que echa raíces y que Franco implantó, tan mezquino y tan vil—, creo que yo estaba más contento que nadie, rumiando la posibilidad de no quedarme en Madrid estudiando.

Yo estaba seguro de que Alberto y Adolfo harían lo imposible para no dejar la contabilidad en manos de otro que no fuera el fiel y discreto Jacobito. El servicial y taimado contable, que tanto debía al capitán Alberto por haberle salvado de ir a Marruecos, poniendo delante de su amigo el inspector médico, listo para la firma, el informe falsificado que certificaba la deficiencia mental de Jacobo de Paula. Y mi padre ya lo había dicho, él no volvería a la llevanza de las cuentas; si acaso, podría seguir ejerciendo de secretario de la familia. Así que me froté las manos, casi eufórico de contento».

»Salí de la biblioteca al pasillo sin hacer ruido, procurando no llamar la atención. Deseaba estar solo para saborear la expectativa de la vuelta definitiva a

nuestro pueblo, y enfilé a la derecha del pasillo para salir por la puerta del comedor al jardín. Entonces, al pasar por la habitación donde estaba mi madre planchando, vi que ella seguía con la ropa, pero a tu madre no la veía. Creí que estaría en una zona de la enorme habitación oculta a la vista desde el pasillo, o haciendo alguna faena en las habitaciones de arriba. La vi en cuanto salí al jardín, sentada en uno de los sillones de mimbre del templete de mármol blanco, circundado de parterres y arriates, cuajados de rosales y magnolias. Su cuerpo estaba casi oculto por las celosías de los barandales de piedra, pero su cabeza inclinada hacia la tela tersa del bastidor donde bordaba, dejaba caer hacia un lado una cascada de pelo negro acariciado por el sol, brillante como la crin de una potrilla salvaje. Sus ojos grandes, rasgados y entornados, parpadeaban de vez en cuando, como al compás de algunos pensamientos que afloraban en una recatada sonrisa, abierta con su boca para decirme que allí se estaba muy bien y muy fresquito. Nunca me había fijado en ella de aquella manera, como tampoco jamás sospeché que me enamoraría de casi una niña, tan inocente y tierna, a la que siempre había querido como a una hermana pequeña, desde que jugábamos juntos en los patios de los cortijos, en el palacete del Puerto y en el de Sanlúcar, cuando la familia de don Gaspar venía de veraneo».

»Fue un momento fugaz, que al punto se borró cuando le pregunté qué estaba bordando en aquel lienzo de muselina enorme como las enaguas de una mesa camilla, con hilos rosas, verdes y lilas. “Una mantelería para don Alberto”, me respondió, con una sonrisa que le achicaba con gracia sus ojos negros. Todavía recuerdo la candidez, el timbre de su voz inocente. Cada vez que veo el mantel extendido en la mesa, cuando como con tu hermano Juan aquí abajo».

»Bien, hasta aquí por hoy. Llevaba una temporada sin escribir, y cuando me puse me costó mucho empezar, pero una vez que encarrilé la estilográfica he se-

guido hasta que se ha agotado el depósito y tuve que parar para llenarlo. Las palabras salen solas. Ahora me pondré un par de horas a excavar otro tramo de alcantarilla. Está taponada de tierra. Me da a mí que el conducto abovedado de la cloaca muere en el antiguo puerto de los romanos. Y no debe quedar mucho para llegar, llevo ya descubierto más de 200 metros. De acuerdo con los planos que tengo del trazado de la villa romana de Nabrissa, no pueden quedar más de unos 50 metros».

»Días atrás he seguido cavando la parte estrecha de la galería, donde discurre la vena de agua, pero ha habido que apuntalar algunos tramos, así que he avanzado muy poco. A cambio me he llevado una grata sorpresa, porque estaba seguro de que llegaba al pozo de Zancarrón, pero veo la posibilidad de que también muera en el puerto. O que siga fluyendo por debajo de la marisma hasta morir en el río. Vamos a ello».

23. LINGOTES DE ORO

Jamás imaginé que esto fuera tan maravilloso. Dispongo de tiempo para hacer lo que me gusta. Vivo con la mujer que siempre quise. Me siento, además, querido y deseado por ella. Pero claro, todo no puede ser tan estupendo. Porque uno es consciente de que tiene los días, si no contados —nadie los tiene— sí en menos cantidad para disponer de ellos. ¿Será por eso que cuando salgo o estoy con Clara el tiempo pasa volando? También merodea siempre el temor de que uno enferme; y el miedo a esos fallos de la cabeza, claro, que te dejan traspuesto cuando menos te lo esperas.

Esta mañana he estado otra vez más de media hora sin saber por dónde iba. No reconocía las calles. Luego, de buenas a primeras, me encontré en la puerta del taller como si acabara de despertar. Entonces decidí volver a casa. Pero lo que más me preocupa son esas llamadas cada vez más frecuentes del marido de Clara. Esos trinos del móvil que no dejan de sonar. No la deja en paz. ¿Por qué no se muere de una vez este tipo?

Luego hemos visitado la *Biblioteca Medicea Laurenzana*, en la Plaza de San Lorenzo. Nos acompañó la chica española que ha encontrado trabajo en la *enoteca* del sevillano. Nos cuenta que trabajará de viernes a domingo, y que su novio el informático hará su mismo trabajo de martes a jueves; así, entre los dos, nos dicen, sacarán suficiente para seguir adelante mientras les sale algo de lo suyo. Catalina, que así se llama la licenciada en Historia del Arte, está estudiando italiano y japonés, quiere ser guía turística. El chaval, vivo como el hambre y con los ojos celestes muy claros, está a la espera de que Jacobo le haga un

hueco en el taller, ahora cuando lo amplíe con la nueva línea de producción.

Antes, cuando salía solo por Florencia no me enteraba de lo que veía. Y si me enteraba de lo más superficial, de lo que cualquier turista se sabe al dedillo, si acaso lo hacía a medias porque los conocimientos que tengo de Arte son nulos para entender nada. Pero con Cati da gusto dejarse llevar, cuando habla de la colección de miles de libros y manuscritos familiares conservados en la Biblioteca fundada por el Papa Médicis, Clemente VII, allá en 1520. Nos relata Catalina que Cosme el Viejo, el taimado fundador de la dinastía política de los Médicis, tuvo que exiliarse en el Renacimiento por mor del enfrentamiento entre varias familias adineradas que se disputaban el poder en Florencia, lo mismo que tuvieron que hacer Dante y Maquiavelo huyendo de las represalias. Dice que Cosme el Viejo pudo regresar al poco tiempo, pues cuando se largó se llevó con él sus negocios financieros y su enorme fortuna, y así a la vuelta logró pactar con sus enemigos, dorando la píldora astutamente a las instituciones republicanas de la ciudad, con tan buena fortuna que muchos historiadores piensan que la estabilidad que impuso El Viejo, y el apoyo que le dio al arte, fue fundamental para el desarrollo del Renacimiento.

Mientras detalla los retorcidos manierismos de la sala de lectura diseñada por Miguel Ángel, Catalina disfruta describiendo con ejemplos el atentado contra las leyes arquitectónicas que el genio florentino perpetró, tomando prestados materiales y motivos de Brunelleschi, que habían sido utilizados ya en la iglesia adyacente a la Biblioteca. Tan evidente se hacía el efecto buscado por el artista y la precisa descripción de Cati, que empecé a sentirme como el que está encerrado en un barracón oscuro, embutido entre las raras estructuras y elementos decorativos que dotan la sala de lectura de una consecuencia de inquietud y claustrofobia.

Al salir comimos en casa del sevillano. Luego regresé a casa yo solo, pues está muy cerca y Clara pudo ver como entré en el portal antes de irse a la joyería. Ahora mismo, al ver uno de los manuscritos de don Jacobo sobre la mesa, abierto y con el papelito amarillo adherido a una carilla, señalando las que he de copiar, he recordado la rica colección de los Médicis.

«Cuando llegamos al Jardín Botánico el homenaje a Mallarmé casi había terminado. De entre los asistentes al acto, don José Ortega y Gasset sobresalía de todos, no por su estatura, no, pues el filósofo era más bien retaco y anchete. Ortega destacaba por una arrogancia que no se molestaba ni un pelo en disimular. Por el contrario, más bien se ufanaba de ella con una seguridad en sí mismo que intimidaba. Estaba sonriente y bromista. Pero yo le veía algo fanfarrón también, y lo mismo le parecía a Gonzalo, que le desgranaba a mi padre los rasgos de la personalidad de Ortega. "Es fanfarrón, sí, y risueño y jovial, es algo pedante, y bastante seductor, pero lo que más llama la atención de su personalidad es esa inteligencia tan fulgurante y expansiva de la que uno se quiere contagiar».

»Vi a Juan Ramón Jiménez que espiaba desde cerca entre los árboles como un furtivo. Andaban por allí, según iba informándonos Gonzalo, el poeta Moreno Villa y Mauricio Bacarisse, el amigo de Fernando Villalón, con otros que no recuerdo. Gonzalo le indicaba a mi padre a José Bergamín, del cual le decía que Ortega no era, aunque lo pareciese, santo de su devoción. "La máquina de pensar —como llamaba Gonzalo a Ortega— es el adversario más correoso del tradicionalismo conservador y de moral católica. Dicen que sus profesores ya se percataron muy pronto de que descollaba, lo mismo que se dieron cuenta enseguida sus hermanos y sus colegas de las primeras escaramuzas estudiantiles».

»Mi padre iba entre Gonzalo y yo cuando salíamos del Botánico, algo abrumados por la carga de datos

sobre las rencillas y las trifulcas entre algunos escritores y políticos de Madrid. Don Gaspar caminaba más adelante con el alemán; había quedado en recogerlo cuando entró en el Ritz. Ahora pienso que en los minutos que estuvo dentro del hotel mientras esperábamos en el coche, probablemente se informaría con una llamada a Alberto de la inminencia del golpe. Al parecer, el alemán le contaba la conversación con Ortega, el cual le informó, para que se lo comunicara a Shulten, de que estaba terminando un libro que se titularía "Las Atlántidas", inspirado por la atracción de esas "culturas sumergidas o evaporadas que de repente destellan en la atención del europeo».

»Gonzalo llamó a su primo para comunicarle que no iríamos a la tertulia porque habían organizado un acto en el Ateneo. Mejor, sería mucho más interesante, incluso emocionante, escuchar a otros oradores además de Ortega. Era probable que anduviesen por allí muchos profesores, políticos y autores teatrales que descollaban de los demás, como Manuel Azaña. Casi seguro que estaría Antonio Machado, pensaba yo, que había leído más de un artículo suyo en el que glosaba divinamente a Ortega. ¿Estaría también el que parecía el escritor más prolijo y venerado por Machado, don Miguel de Unamuno»?

»Gonzalo hablaba y aportaba nombres sin parar, quizás viendo cómo mi padre se atolondraba por verse de manera inminente entre escritores cuyos artículos devoraba clandestinamente en su despacho, y en la cama acompañado por mi madre que leía más que él. Al contrario que tu abuelo, ella no se escondía nunca para leer; lo hacía tan campante cuando daba por terminaba la faena de cuerpo de casa y se sentaba a la mesa camilla en la sala del servicio. Lo que sí ocultó siempre fue su obsesión por guardar, nadie sabía dónde, —ni yo tampoco lo sabía entonces— todos los periódicos viejos y libros y revistas que ninguno de los señoritos leía, pero que don Gaspar pedía sin mesura a las editoriales».

»Probablemente, también acudirían al Ateneo Francisco Giner de los Ríos, el admirado impulsor de la Institución Libre de Enseñanza. A esta institución, más que mi padre, quien la veneraba era tu abuela Elvira, que veía ese proyecto como lo más grande que se había puesto en marcha en España en toda su historia. Lo mismo pensaba del Centro de Estudios Históricos que Ortega fundara años atrás. Todavía recuerdo una frase que glosaba de Ortega: "He descubierto que el motor del futuro nacerá de reescribir de nuevo de arriba abajo la historia de España, bastardeada por insensateces y fábulas que constituyen una serie ininterrumpida de majaderías. Para eso es el Centro, para que se reúnan una legión de sabios y archiveros con esa función».

»Estarían seguramente Azorín, Valle Inclán, Ramiro de Maeztu, quizás Pio Baroja, que era amigo íntimo de Ortega. Y Ramón Pérez de Ayala, Américo Castro, y el socialista Fernando de los Ríos. Gonzalo citaba además a otros más jóvenes, alumnos como él mismo de Ortega, como Francisco Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Xavier Zubirí, y María Zambrano. "Todos, cuando habla Ortega están casi todos, tanto quienes le admiran como aquellos que le profesan aversión o envidia, que no son pocos. Claro que también don José no deja títere con cabeza, pues no disimula, antes al contrario, se jacta ante todos ellos, en su cara, de no merecerle ningún respeto intelectual la mayoría de los literatos y periodistas de la época. Él se ve más filósofo, más alemán. Ahora está otra vez de vuelta a sus libros, por eso ha dejado la política de lado. Y eso que hay muchos que lo ven como presidente de la no muy lejana República».

»Gonzalo no dejó de hablar y responder a las preguntas de tu abuelo por autores que solo conocía de leerlos. Algunos ya estaban muertos, o creo recordar que así era, como Benito Pérez Galdós y su amante y amiga gallega Emilia Pardo Bazán. Le preguntó por el periodista Josep Pla, al que admiraba por sus ar-

tículos en Las Noticias. Le inquirió por los columnistas de la revista España en la que escribía Azaña. Le interrogaba por la identidad que se escondía detrás de los editoriales de El Imparcial, el diario que había sido mucho tiempo propiedad de los abuelos de Ortega, cuyo padre escritor y periodista se había casado con la hija del señor Gasset y de quien hablaba con admiración y respeto Manuel Reyna en las tertulias de la botica. O por los de El País, La Voz, y las revistas Faro, Europa, Blanco y Negro, La Juventud».

»Yo recordaba aquellas cabeceras de haberlas ojeado bastante, aunque siempre de manera muy discreta. Es ahora, aquí encerrado, al sacar alguno de los periódicos de las estanterías para recordar aquel tiempo, cuando los leo más detenidamente. Entonces no me atrevía a insinuar siquiera mi simpatía hacia los escritores, excepto de aquellos clásicos que hablaban de Nabrissa y Tartessos. Y si alguna vez tuve interés por la política me guardé mucho de aparentarlo. Mi discreción me fue siempre bastante bien. Además, siempre noté que mi padre lo temía, decía que no quería que yo pasara por lo que él ya había pasado y lo asqueó para siempre en la guerra de Cuba. Que no merecía la pena».

»A tu abuela sin embargo no parecía importarle tanto, aunque más tarde cuando ya estaba enfangado hasta el cuello me demostró que recelaba de esa herramienta para cambiar el mundo. Yo sospechaba, o intuía al menos, que ellos estaban como a la expectativa de mi futuro, al quedar yo solo de tres hermanos por morir los otros dos en Marruecos. Había oído algún retazo de conversación sobre un secreto que no se atrevían a revelarme aún, y que tenía que ver con las copias que mi padre hacía de los libros de la teneduría, y de los archivos que su cuñado escribano —mi tío Paco— le traía del Juzgado y del Ayuntamiento. Las actas del registro de la Iglesia se las traía el sacristán, un amigo de la infancia que en agradecimiento por haberlo recomendado al padre Severo le proporciona-

ba lo que suponía que era un vicio de coleccionista. Yo también sospechaba que guardaban unos buenos ahorros, ya que cuando alguien de la familia o algún vecino tenían problemas económicos, por falta de trabajo o por enfermedad, acudían discretamente en su ayuda, con la condición de no airear su procedencia. Aún me dan escalofríos al pensar que todo este rico patrimonio del que ahora podemos disfrutar por poco se pierde para siempre».

»Mi padre le hablaba a Gonzalo de la Conjunción Republicana que fundó Ortega con los liberales Melquiades Álvarez y Azcárate, con los socialistas de Pablo Iglesias y con los radicales de Alejandro Lerroux. A este líder oscuro y poco de fiar tu abuelo no lo tragaba ni en pintura. No se cansaba de afirmar lo vicioso y tramposo que era, lo denostaba por su radicalismo violento en contra de las monjas, por las arengas a sus acólitos para que las atacaran y violaran si fuera preciso».

»Gonzalo se asombraba de la información de lector de periódicos que le llovía por la calle Prado, camino del Ateneo, de boca de su acompañante. "El enemigo es la Restauración, pero el adversario es el Partido Liberal". "Lo que no concibo es eso de que la Conjunción y Ortega quieran asaltar el poder con gente que no superen los cincuenta años».

»El escritor apenas metía baza: "Sin izquierda no hay fuerza política, y sin política no hay pueblo". "España es un caos, un país sacudido por una violencia y una protesta popular que estalló en 1917 y está dejando un reguero de cadáveres". "España necesita una larga era de reconstitución liberal porque no ha existido ni existe una organización política fuerte que eduque en el pueblo español la conciencia de la libertad". "Y esta es la vía —venía a decir mi padre, que, cuando hablaba de política se cuidaba de que don Gaspar no le escuchara — para la europeización de España: la vía por el conocimiento de la historia y de los clásicos, de la ciencia y del socialismo democráti-

co, y no esa vía muerta que es el régimen autoritario de los bolcheviques, ni esa moral edénica y mesiánica de los anarquistas».

»No recuerdo haber visto en el Ateneo a muchos de los escritores que citaba Gonzalo. Nos colocaron en una de las últimas filas. El local estaba atestado. Pero sí recuerdo la voz vibrante y el discurso rítmico de Ortega, su habilidad para modular y acercarse in crescendo y piano al tono y al timbre de su voz gradualmente, hasta llegar al espacio de silencio donde rebrotan los aplausos. Sí vi a Antonio Machado, y a Juan Ramón que estuvo casi escondido en el Botánico. Azaña andaba por allí con su cara de forense, pero se notaba que la gente estaba cautivada por el filósofo. Yo no estaba tan deslumbrado como tu abuelo, aunque para entonces ya era consciente de que si alguien había de cambiar el país, ese alguien estaba allí dentro. Y no me equivoqué, como más tarde pudimos comprobar. Pero claro que el país ha cambiado. Y tanto que ha cambiado. Solo que en una dirección que no esperábamos. Al menos yo no esperaba esto».

»Al salir, mi padre quedó con Gonzalo y don Gaspar charlando con el alemán en la puerta entre algunos grupos que comentaban las intervenciones de Azaña y Ortega. Yo me justifiqué con que quería caminar un rato hasta Serrano, extrañado conmigo mismo por un punto de ansiedad que me acosaba desde que al salir me acordé de tu madre. Creo que desde entonces no se me cae de la cabeza esta mujer, ni creo que se me caiga en los años que me puedan quedar. Parece que la esté viendo».

»Cuando llegué no estaba, había ido con su tía Lourdes a casa de Gonzalo, el palacete contiguo al que estábamos nosotros. La tía conocía a la cocinera de la familia del escritor, de haber estado algunas temporadas en Madrid con la esposa de don Gaspar y alguno de sus hijos. Además, el jardinero de las residencias de los Guzmanes era un viejo amigo de Lourdes, con ciertos derechos adquiridos desde que se

conocieron en Sanlúcar cuando ella trabajaba de limpiadora. Mi madre me mandó a avisarlas, temiendo que llegara don Gaspar para cenar, y salí pitando de alguna manera rara porque exclamó asombrada con un tono tan evidente que no me cupo duda de que se había percatado de mi reciente atracción por la sobrina de la cocinera. Las mujeres deben tener un olfato especial para distinguir el amor, sobre todo de aquél que brota entre casi una niña —o casi una mujer— y un hijo que fueron siempre como hermanos».

»Temiendo que mi madre avanzara en sus sospechas, y la empujara a rastrear pesquisas en un caso que yo debería ocultar, me adelanté a la vuelta para entrar en la casa el primero y perderme en la biblioteca. No quería que tu abuela me viera junto a tu madre, al menos hasta que yo no tuviese claro algo más sólido que los pensamientos que me asaltaban desde que la vi en el templete bordando. Salí de la biblioteca después de varias horas, cuando estaba todo el mundo acostado, menos tu abuela —que me inquiría rebuscándome en los ojos alguna delación— y me preguntó si pensaba acostarme sin cenar. Le respondí que comería algo en la cocina y luego me acostaría. Sí: las mujeres nos ven venir desde lejos, ven la yerba crecer bajo los pies, detectan al punto esas vibraciones silenciosas que irradian los enamorados, por muy taimados y discretos que sean, como era mi caso».

»Al día siguiente nos levantamos temprano para ir a la sierra, lo cual me desconcertó porque pensé que iríamos a la universidad. Pero ni don Gaspar ni mi padre dijeron nada. Me dejé llevar detrás del asiento del coche con la capota echada. Paramos en El Escorial a desayunar en el mismo restaurante que comimos varias horas más tarde de vuelta. Luego visitamos el monasterio con parsimonia, con un punto de aburrimiento, como si estuviéramos haciendo tiempo, como si aguardáramos, lo cual era cierto, algún acontecimiento por venir».

»A la vuelta se había instalado entre los tres un silencio incómodo, el cual neutralicé echándome a dormir, sin conseguirlo, pero a cubierto detrás de don Gaspar para no encontrarme con su mirada. Mi padre dormía de verdad. Lo despertó el capitán Alberto de Guzmán, nada más aparcar detrás de su hermano en la puerta del palacete de Serrano, con la baca y el interior del coche repleto de maletas y cajas. A mí me saludó el militar como solía hacerlo cuando estaba de buen humor: "¡Hombre, qué tal está el seminarista abortado"!, adueñándose sin saberlo de una orteguiana de libro».

»El día siguiente, el 13 de Septiembre de 1923, cuando estaba ayudando a mi madre y a Rosario a organizar el equipaje y los muebles de las habitaciones donde se instalaría Alberto, llegó la noticia desde el salón donde estaban reunidos don Gaspar y mi padre con Gonzalo, un militar amigo suyo y varios diputados de la familia de los Guzmanes: el general Primo de Rivera ha dado un golpe de estado en Barcelona. Las sonrisas y los frotamientos de manos entre parabienes y felicitaciones no amainaron durante un buen rato. Por fin España iba a cambiar de una vez por todas. Ahora se iban a enterar cómo se las gasta un jerezano de pro. Las felicitaciones recomenzaron cuando apareció Alberto, con una sonrisa exultante, pidiendo calma y que se sentaran para contarles lo que había hablado con su hermano Adolfo y con el Capitán General».

»Pero Alberto era inquieto, muy efusivo. Todavía lo sigue siendo, aunque bastante menos desde que, no sé si por el remordimiento y el fracaso, ha perdido los redaños que tenía. Ahora parece que le han capado, está manso como un caballo viejo y penco. Pero entonces era muy fogoso, y más con el golpe consumado que había apoyado el Rey. Estaba eufórico, no se mantenía sereno un momento, como buscando ansioso algo que aliviara la voracidad de su ambición. Poco después que yo apareció por el pasillo mi madre, Lourdes y

Rosario. La miré a los ojos, y noté que tu madre se ruborizó, se puso como la grana, pero no era por mí, no. Su mirada pasaba de largo de la mía y se detuvo en la de Alberto, a quien le centelleaban los ojos vidriosos irguiendo la compostura, como buscando un empaque más acorde con el uniforme que llevaba. Se puso casi firmes pero sin lograr, como nunca la alcanzaría, la gravedad, el decoro distinguido y aristocrático que era natural en sus hermanos Gaspar y Cristóbal»

»El sofoco de tu madre me recordó la ráfaga de miedo que le descubrí un año antes, cuando Alberto la acariciaba de modo poco fraternal en la oficina de la teneduría, con algo en su actitud de deseo apenas disimulada. Aquella vez me pareció que no era la primera vez que la acosaba, por los gestos y la aspereza de los movimientos defensivos de ella. En cambio, como era de esperar, el día del golpe Alberto se cuidó mucho de no mostrar los colmillos babosos. Supo recatarse a tiempo delante de todos en el umbral de la puerta del salón, domando su ardor, apelando a su afectado don de autoridad para insinuar a su hermano Gaspar y a mi padre que estaban allí de más. Tenía que hablar con los diputados y con el otro militar. Y con su primo Gonzalo».

»Ya está bien por esta noche, Jacobito, que es muy tarde y mañana temprano viene Agapito para llevarse mercancía. Le tengo preparada una carga de ánforas pequeñas, y unas cuantas cráteras de plata para que las cargue en el fondo de los serones, debajo de los cántaros y las macetas. Se llevará también tres lingotes de oro de a kilo. Ahora hay que dormir un poco».

24. LA DICTADURA

Antes de copiar del manuscrito estuve ojeando otro libro con dibujos y bocetos; pero no entendí nada. Las notas al pie están en latín, y las del lado izquierdo de las líneas rojas que acotan la página están en castellano antiguo, así que ahora que vuelvo a ojear sigo sin descifrar lo que dicen. Pasé páginas y páginas pero lo veía todo embrollado, confuso. Y es que las notas de los bocetos me recuerdan las de Leonardo da Vinci en la copia del Hombre de Vitrubio. No tengo paciencia para descubrir qué significan. Hay dibujos de herramientas de piedra y de bronce, parecidas a las de la vitrina y del Museo Arqueológico de Madrid.

En uno de los libros sí he parado un buen rato, atraído por un dibujo trazado con tiralíneas que parece un torno de alfarero. Las notas están en latín, pero aunque no entiendo lo que dicen, en varios dibujos también reconozco en seguida la cueva de Zabulón y el sótano secreto debajo del pesebre. Hay otro boceto de perfil con las estancias y la calle de piedra que discurre por debajo de la ladera. El dibujo termina en la parte de arriba con líneas onduladas y quebradas del contorno del cerro del Castillo y los restos de murallas del antiguo patio de armas. Se ven el filo de los acantilados, las laderas plagadas de chumberas, las pitas con tallos crecidos como espárragos enormes.

El dibujo principal, y sus piezas detalladas en otra página, es un torno, pero invertido. Además, la rueda que impulsa el alfarero con el pie no está completa, solo es algo mayor que un semicírculo. Este segmento está reforzado en todo su perímetro por un aro de hierro, con unos agujeros donde se aloja la punta de un cerrojo. Es el fondo del pesebre de Zabulón, cubierto

con lajas de piedra, cuyo espesor sumado al de la madera es de un palmo. Se esconde debajo del techo. De pronto me acordé del día de lluvia que Jacobo y yo estábamos sentados en el borde del pesebre, el día que Agapito contó lo del *Cojo Charrabacos*. En realidad él, que estaba hacia dentro, apoyaba los pies sobre la parte superior del torno. Ahora entiendo su inquietud, su actitud impaciente.

El eje de hierro llega hasta el suelo del sótano donde hay un cojinete que lo aloja. Tiene diez centímetros de diámetro; a él están atornillados con pernos varios peldaños de madera gruesa dispuestos en espiral. De tal manera que si desde arriba se gira el fondo en cualquier sentido se va abriendo la entrada a las ruinas romanas. Hay un dibujo específico del mecanismo, y varios detalles del pestillo escondido dentro de la falsa canaleta de desagüe. Está justo delante de Zabulón. Para desalojar el trinquete de los alojamientos hechos en el aro que refuerza la media rueda de madera, y permitir que con un impulso del pie el torno gire, don Jacobo y sus hijos y todo aquel que conocía la entrada a los sótanos solo debía meter el brazo por la boca de la gárgola, hasta el sobaco, y tirar de la argolla alojada en la parte alta del conducto.

El aro metálico tiene cuatro alojamientos equivalentes a las cuatro posiciones de apertura. Si tiene que entrar o salir una persona, se detiene el impulso del torno en el primer cuarto de giro, accionando desde el primer peldaño otro pestillo dispuesto en el techo del sótano para frenarlo. Si eran piezas más grandes paraban en los siguientes, o en el último, y dejaba la entrada abierta de par en par. Una vez dentro, para volver a girar y cerrar se fija el cerrojo de la gárgola con el mecanismo interior y, alguien —supongo que el Mudo Paula, Jacobo, su madre, y Agapito Paniagua— echaban paja o varios sacos de yerba en el pesebre. De lo demás se encargaba Zabulón y su prole con sus formidables dentaduras y coces. Y la verja de hierro

de la puerta de la cueva siempre cerrada con varios candados. Pero sigamos copiando a don Jacobo.

«Antes de aquel viaje a Madrid yo vivía en una burbuja, en un ambiente tibio de gozo y de indolencia. Bueno, al menos en un mundo muy diferente al que me pertenecía como clase, de la que yo había salido por obra y gracia de la filantropía de un hombre bueno y generoso como es don Gaspar de Guzmán. Dejándome llevar dócilmente. Como hicieron mis padres y mis tatarabuelos con los de don Gaspar, la familia descendiente de uno de los ganadores que estableció Alfonso X para colonizar Andalucía, después de conquistar Lebrija y Ligustia a los árabes. La extensa familia de los Guzmanes no solo había mantenido a lo largo de la historia las tierras que les regaló el Sabio rey en pago de sus servicios militares, sino que habiendo sabido adherirse a las instituciones locales, provinciales y nacionales sacaron partido para multiplicar el rico patrimonio comprando muchas tierras comunales y de la Iglesia».

»Hasta el día que me enamoré de tu madre mi vida transcurrió entre privilegios inalcanzables para la mayoría de los obreros. Aquel día lo cambió todo. Empecé a ver los problemas ajenos a mi entorno, que eran poco más que mis devaneos con algunas mujeres del servicio de la casa, la música y los libros de latín y griego. Y con los viajes a los cortijos. Ya sabes, desde que abandoné el seminario anduve encoñado con Matilde. Entonces no me faltaba de nada. No siempre viajaba solo en aquellas escapadas, a veces se apuntaba el administrador. Si era cerca y el tiempo era bueno íbamos en el quitrín con un lacayo, pero si era a Sevilla o a Lora del Río, a Medina Sidonia o a Jaén y el tiempo amenazaba o hacía frío, viajábamos en el automóvil más moderno que salía al mercado, conducido por Baldomero, el discreto chófer y mecánico cuya familia, igual que la mía, siempre estuvo al servicio de la casa. Sin embargo otras veces iba yo solo en el coche a revisar o cuadrar las cuentas de las

haciendas, y en esas salidas la brújula marcaba siempre el lugar donde se encontrara Matilde. Ese lugar podía ser en Sanlúcar, en Sevilla, en Lora del Río o en Córdoba; eso dependía de donde estuviera dando clases o de vacaciones. Balances y cuentas que revisar había de sobras en aquella época de bonanzas y de buenas producciones de patatas y de trigo y de lo que fuera para abastecer el mercado que abrió la Guerra Mundial. Si por lo que fuera a Matilde se le antojaba tocar un rato a dúo, y yo no tenía previsto viajar en breve para vernos, ella se inventaba algo que justificara el viaje y llamaba directamente a la oficina. Lo más socorrido era visitar a los colonos reticentes a pagar la renta de las tierras arrendadas para apretarles las clavijas. Algunos campesinos siempre escasos de recursos te prometían el pago en la próxima visita que siempre la marcaba mi necesidad de desfogarme. Tanto en los cortijos de explotación propia como en los arrendados había mucho que organizar. Siempre hacíamos lo mismo: una sonata de Beethoven para violín y piano, algún nocturno de Chopin, algo ligerito pero que nos entonara lo suficiente. Luego, continuaba la ruta».

»La llegada de la Dictadura contribuyó a que todo cambiara. Pero lo que influyó decisivamente, visto desde la perspectiva de un desterrado como yo fue haberme enamorado de tu madre. Desde el día que nos despedimos en Madrid mi vida era ella. Se quedó allí con su tía Lourdes, para ayudar a la familia tras la vuelta de las vacaciones, y las dos semanas que tardaron en regresar a Ligustia fueron suficientes para darme por vencido: la necesitaba como el aire que respiraba; el tiempo no transcurría; la imagen de ella sofocada con Alberto no me dejaba vivir».

»A la vuelta obligada por el golpe de Primo de Rivera, cuyo acontecimiento abortó mi improbable matrícula en la universidad, mis padres se fueron para Toledo para pasar unos días con unos parientes que tenían una tienda en el Rastro, en la que vendían y

trajinaban con chismes de todas clases. Después se quedarían un par de días en Córdoba, en casa de Marcelo, un anticuario amigo de nuestra familia. Saludarían también si no andaba de viaje a los Paniagua, parientes nuestros desde los años la alfarería de la ladera, esa que está destruida ahí arriba y que nuestros antepasados montaron con el dinero de las Indias. Hacía siglos que no cogían vacaciones, pero aprovechando quizás la euforia por el cambio de régimen que se avecinaba, don Gaspar y sus hermanos accedieron a la petición de tus abuelos siempre postergada. De manera que yo cogí solo el tren para Sevilla y me quedé un par de días con Matilde, que se preparaba para incorporarse a las clases del conservatorio. Luego volvimos a tocar juntos; pero algo cambiaba en nuestra relación. Ella empezó a preguntarme que en qué coño pensaba cuando me despistaba con los acordes o perdía el ritmo y el compás que ella me marcaba al piano. —"En qué voy a pensar, en los problemas con los jornaleros y lo arrendatarios de las tierras, que no nos dejan tranquilos" — le mentía, sin éxito alguno. A partir de aquellos desbarres mis visitas fueron menguando y las sonatas dejaron de sonar frente a Doña Ana y cerca del Parque de María Luisa. Además, Ramiro andaba muchas veces por allí y ella se quitaba del piano a cada instante para atenderlo y yo perdía aún más la concentración y el interés».

»Cuando Lourdes se vino al pueblo porque don Gaspar contrató para Madrid a un matrimonio filipino, y tu abuela se incorporó al trabajo de la casa, tu madre volvió a venir para echar una mano y sacar algunas perras. Pues con el dinerillo que sacaba ayudaba a su numerosa familia, que vivían hacinados en una choza con el suelo de tierra, sin agua, si luz ni sitio donde hacer sus necesidades. Mi madre intercedía alguna vez para que le dieran algunas peonadas a sus hermanos y a sus padres. Pero el mayor, que había trabajado en Los Carrizales casi toda su vida, hasta que se calentó con las huelgas y las movilizaciones

campesinas del 18 con las ideas de los bolcheviques, perdió por completo la confianza. Además perdió el huerto que le dejaba el señorito, tras despedirlo y asegurarle que no pisaría el cortijo en lo que le quedara de vida. Y no lo pisó, no, la criatura no volvió a pisarlo. Ni otros dos hermanos, ni su padre tampoco, ni la madre que estaba sirviendo en otra casa de la familia. Otro hermano estaba aprendiendo a leer en el Centro Obrero hasta que la dictadura lo prohibió y cerró sus puertas. Tu tío había dejado la bebida, el tabaco y las putas que lo traían cocido y estaba empeñado en apartar a los demás de la mala vida y del camino hacia la salvación de la clase trabajadora. Tu madre, aleccionada con tanto fervor, llegaba algunas veces con la cara iluminada a la cocina y como una poseída desplegaba sobre la mesa una hoja a la que arrancaba lentamente unas palabras que tu abuela enseguida detectó como peligrosas. Mi madre refunfuñaba diciendo que parecían palabras de los curas antiguos. Así que me encomendó a la obligación cotidiana de darle lección durante una hora diaria, o más si nos daba tiempo, porque no quería que cayera en la nueva religión que abrazaban los sindicalistas. Y no porque ella fuera creyente ni mucho menos. Tu abuela odiaba la obligación de creer en una sola religión y eso fue lo que hizo imponerme la formación de tu madre. Y tanto que me hice».

»Pero no creas que aparenté en ningún momento que la quería. Ni que le daba clases en horas que nadie veía. Durante mucho tiempo nadie sospechó que su afición por la lectura, su interés por los problemas y las condiciones de la vivienda y la educación de la gente se debiera en parte a las horas que dedicaba para que asimilara la obra de algunos clásicos. Lo hacía sin poder desdeñar, he de confesarlo, prolongadas charlas que ella provocaba comentando las ideas sobre la emancipación de los trabajadores. No, nadie sospechaba entonces mi entusiasmo, mi interés por la situación de los jornaleros y los campesinos. Nadie la

conocía tan bien como yo, por verlos entrar apretando la gorra entre las manos, cabizbajos, humillados cuando le pedían al administrador o al *aperaor* las peonadas que el manijero le hubiera negado por alguna rencilla personal. O por no caerle bien por lo que fuera».

»Durante la Dictadura tu abuelo siguió yendo de vez en cuando a la tertulia de Reyna el boticario. Yo lo acompañaba algunas veces, siempre callado y muy discreto, porque eran clandestinas, sin tomar nunca la palabra ni mostrar mi opinión sobre las huelgas o la violencia, ni por la quema de conventos o las aspiraciones reformistas de Reyna y sus compañeros de Alianza Republicana. Estaban desencantados por el derrumbe de sus expectativas de que Primo de Rivera convocara elecciones para unas Cortes Constituyentes que echara a andar una nueva sociedad política y civil».

»No, nunca tomé partido en aquellos debates templados por la sensatez del farmacéutico, que cada dos por tres salía a abrir la farmacia a dispensar alguna medicina a los pobres que no tenían ni donde caerse muertos. Sobre todo en las temporadas de paro de cinco o seis meses y los familiares de los enfermos se abarrotaban en la farmacia, confiados en la generosidad del boticario republicano».

»No tomaba nunca la palabra, pero los oídos siempre los tuve bien abiertos».

»Al cabo de un año dejé de tocar con Matilde. A Rosario, a tu madre no me declaré hasta que no cumplió los dieciséis años. Tu abuela se encargó de despegarla de la influencia de *la Guzmana*, la monja que acarreaba novicias y dotes a los conventos, y como tu madre tenía poco metálico que aportar no le costó nada arrebatarla de las garras de las catequistas. Solo iba a la casa de la hermandad, a bordar con hilos de oro el manto de la virgen y los estandartes de las cofradías. Tenía unos dedos finos, ágiles, más rápidos que los de todos y bordando levantaba la admiración y la

envidia de sus compañeras. Así que mi trabajo cambió poco, aunque mi forma de ver la vida nunca fue ya indiferente. Las únicas que estaban al corriente de mi enamoramiento eran Matilde, que me conocía mejor que nadie, y mi madre».

»Tu abuelo creía de veras que yo hacía caso de las trasnochadas charlas y batallitas que me contaba sobre los descubrimientos arqueológicos de Jorge Bonsor, de Adolfo Shulten y de Tartessos. Por entonces en Lebrija aún andaban revueltos con los seis candelabros de oro hallados por unos trabajadores el año del golpe de Primo de Rivera, cuando sacaban barro de un foso, ahí arriba en el huerto del Pinteño. Estaban alobados con los tesoros».

»En las tertulias, en las conversaciones que yo escuchaba sin decir ni pío a los republicanos en la bodega del *Pelao,* en la zapatería, en las gañanías de los cortijos y en los tajos o en reuniones en la plaza, era cada vez más evidente el desengaño con Primo de Rivera. Y es que nada más hacerse cargo del timón del país que el rey le entregó para salvarse de las consecuencias implacables del desastre de Annual, el jerezano prohibió los sindicatos de campesinos y clausuró el Centro Obrero y los partidos políticos. El Ateneo fue cerrado; se ve que pensar y hablar de los problemas de España con la intención de resolverlos no estaba entre sus preferencias».

»Pero no sería justo contigo, Jacobo, si dijera desde aquí dentro, quizás condicionado por mi destierro y por otras consecuencias que ahora pagamos todos, si dijera que Primo de Rivera no intentó resolver los problemas más serios de nuestro país. Porque es verdad que había muchos motivos para acoger con alegría y cierta esperanza la Dictadura. Había ganas de acabar con la conflictividad social de las luchas obreras y callejeras. Eso se oía en todas las oficinas de los cortijos, en los despachos de los administradores. Los intelectuales, como vimos en Madrid y podemos leer en los periódicos más republicanos, con Ortega

Gasset a la cabeza, apoyaron a Primo porque veían en él la posibilidad de acabar con la vieja podredumbre de la Restauración. Aquí también tenían ciertas esperanzas los republicanos y los anarquistas. Incluso comerciantes como el *Pelao* y Galante. También yo escuchaba a Paco Páez, el presidente de la A.G.T., el sindicato anarcosindicalista, que esperaban contar con mayor libertad para difundir sus objetivos revolucionarios. Por eso confiaron en que el militar convocaría elecciones a Cortes Constituyentes, porque creían que con ellas se abriría un régimen más adecuado para sus intereses. Pero pronto se desengañaron todos. Los conservadores y militares fueron los primeros que le dieron la espalda cuando vieron que se desinflaba su proyecto. Los únicos que le siguieron hasta el final fueron los socialistas de Largo Caballero, que con acierto colaboró con un militar que le admiraba, ante la incomprensión y el odio manifiesto de los demás partidos y sindicatos de la izquierda. Paco Páez, y algunos tíos tuyos, y hasta tu abuelo Curro, le juraron odio eterno al socialismo, por colaborar con la burguesía y con los terratenientes. Por esquiroles».

»Para entonces, varios días después de volver de Madrid, ya en octubre del 23, casi todo el mundo estábamos de acuerdo —¡qué remedio!— con lo que el abogado Benito Torres dijo en la toma de posesión de la Alcaldía de Lebrija, prometiendo que "permanecerían alejados de cualquier bandera política y el ofrecimiento de la nueva Corporación al Directorio Militar. Reyna y tu abuelo Juan estaban de acuerdo, aunque es verdad que con alguna retranca. El *Pelao* no tanto, él era más reacio a los militares, como la CNT a la que dicen que estaba afiliado. Pero es verdad que tenía cierto atractivo el objetivo común de derrocar el período constitutivo de la Restauración, como insinuaba Ortega en el Ateneo, que, vaya paradoja, se encontró cerrado a cal y canto por los mismos que el periódico *El Sol* abogaba. Pero había algo más que no tragaban los campesinos y los jornaleros. Tu tío Anselmo no se

cansaba de repetirlo: "Lo que quieren es acabar con la tolerancia y con las conquistas laborales y sociales que con nuestra lucha hemos conseguido los trabajadores". En cambio mi padre creía que la Dictadura buscaba acomodar la política agraria a la difícil situación en el campo, donde, a pesar de los buenos precios y las buenas cosechas y la mejora de los salarios, el paro y la miseria seguían siendo alarmantes. También sabía por Reyna que el proyecto de Juan Gavala se pondría en marcha con Primo de Rivera, quien conocía bien las marismas y esperaba establecer en ellas familias de campesinos».

»Yo me las tenía que ingeniar para convencer a los jornaleros de más confianza para que trabajasen a destajo, porque no querían, aunque ganaran mucho más y en menos tiempo. Rechazaban trabajar por cuenta; estaban convencidos de que si producían menos trabajarían más compañeros y sus condiciones mejorarían. Lo cierto es que había más mendigos por las calles, y más analfabetismo aún, porque si algún chaval pudo ir a la escuela en épocas de menos trabajo, como durante los años de la Dictadura había más empleo, la mayoría de ellos acabaron de aprendices o en los tajos de los cortijos».

»No fueron pocos los que creyeron sinceramente a Primo de Rivera —yo también— cuando afirmaba que estaba consagrado a la consecución de una mayor justicia social. De hecho hicieron programas de viviendas baratas, aunque al final, después de tanta zambomba, si acaso se asentaron unas cuatro mil en toda España. Pero es verdad que algo mejoró, se percibía, se notaba en la gente, en los trabajadores. Estaba claro que si había más faena, que si la gente cobraba varios meses seguidos las peonadas; que si los campesinos accedían al crédito y las producciones aumentaban los follones y las huelgas disminuían. También los arrendatarios, con los que yo tenía que batallar para cobrarles y no ceder a sus inacabables pero comprensibles demandas podían hacer frente a

las subidas de salarios que se habían establecido. Lo cierto es que las condiciones económicas mejoraron con el buen mercado y los precios elevados después de la Gran Guerra, como ya os dije antes. Hasta tus tíos y tus abuelos tenían trabajo. Tu madre estaba encantada porque vuestra abuela Elvira medió para colocarla fija en el servicio de la casa. Continuó ampliando su ajuar, bordando y bordando y leyendo sin parar, ilusionada y comprometida con un hombre calladito que le gustaba, y que era un buen partido con un trabajo fijo, consciente de que yo la quería. Además estaba contenta, se le notaba de lejos, aunque ella no insinuara nada, por la lejanía del señorito Alberto. Ya no se sentía acosada».

»Bien, ya es suficiente por hoy. Estoy cansado, los ojos se me caen de sueño en cuanto detengo la pluma para pensar un rato. Es normal, hoy he estado excavando medio día. He avanzado unos cinco metros por la alcantarilla sacando tierra. Había un buen tramo derrumbado. Ha habido que sacar también una de las piedras rotas del pavimento de la calzada. Temo que por las raíces que asoman el exterior esté demasiado cerca. Habrá que averiguar a qué árboles pertenecen; cuando suba me daré una vuelta por la ladera, así sabré por donde voy exactamente. De las chumberas no creo que sean, no son tan gruesas, es posible que sean de los cipreses del camino. Mañana o pasado continuaré. Estoy muy cansado. Tengo que dormir. Ah, tengo que decirle a mi Juan que traiga más bombillas. De menos vatios, que estas dan mucha calor».

25. EL TESORO

No quisiera detenerle mucho tiempo, estimado lector, pero conviene decir que Adán escribe últimamente muy poco de su cosecha. Casi todo lo que transcribo está bajo los pisapapeles desde hace tiempo. Además, se ha empicado a copiar, y está enganchado a la grabadora; le ha dado por transcribir las conversaciones de todo el que pasa por el estudio. Pero en general escribe más sucio, incluso aquello que más claro está en los manuscritos. Es evidente que su memoria está peor, a la espera de un tratamiento en Estados Unidos, del que nos asegura el neurólogo haberse obtenido buenos resultados en otros pacientes. No obstante, y por fortuna para este viejo, hay momentos en que Adán escribe con una claridad y velocidad asombrosa. Eso supone sin duda un alivio, pues se pasan al teclado sin mucho sufrimiento.

Y prosigue, lector, si ha llegado hasta aquí, leyendo algo de lo que se puede entresacar más claro de sus paseos con Clara por Florencia, durante los días que quedan para irnos a España, aprovechando que Jacobo tiene que terminar las esculturas que irán ubicadas en la Orchestra y en las Caveas del Teatro Romano de Ligustia. Han terminado de descubrirlo y restaurarlo, y uno siente cierta impaciencia por volver donde nació y se crió.

❋❋❋

Por la *enoteca* del sevillano pasan a diario jóvenes españoles que buscan trabajo en Florencia. Son todos diplomados y licenciados universitarios. Algunos, como Cati y su novio, han encontrado algo para ir tirando, pero en todos ellos se nota cierta inquietud, acaso derivada de su falta de perspectiva laboral, pues muy pocos encuentran un trabajo acorde con su formación.

A mí me recuerda el tiempo en que yo tenía más o menos la edad de ellos. Quizá yo fuera algo más joven, aunque la diferencia tremenda entre los emigrantes que salíamos en los sesenta y setenta y estos jóvenes de ahora sea la formación que ellos tienen. Nosotros éramos casi analfabetos, o analfabetos por completo, y no disponíamos de la desenvoltura que el avance de los tiempos y la tecnología proporciona hoy a la juventud; pero al menos uno salía con un contrato de trabajo asegurado que nos hacía refractario a la desesperación y a la desesperanza.

Mientras desayunábamos, Clara hablaba con Cati. Yo metía el oído en la conversación de una chica con dos chavales que estaban en la misma mesa. Hablaban de la corrupción en España, de la irrupción de unas nuevas plataformas políticas en los parlamentos autonómicos, en los ayuntamientos y en el Congreso de los Diputados. Pero, aunque he notado en ellos algún síntoma de alegría, de cierta esperanza, no les veo gestos que me hagan pensar que de esa novedad en la composición ideológica de las instituciones del país ellos se vayan a ver beneficiados a corto plazo. Me intereso por los estudios de algunos de los muchachos: uno es biólogo, el otro filólogo, la chica es doctora en químicas, me parece.

Luego hemos ido con Cati a visitar la Galería de la Academia y nos ha explicado, desde todos los puntos de vista posibles, las características, los datos de la escultura más famosa del mundo, *el David* de Miguel Ángel. Pero no es hora ya de someter a mi cabeza al esfuerzo de recordar, de describir semejante balague-

ro de información y matices que la muchacha nos ha ido desgranando durante el recorrido por el museo. Prefiero copiar para relajarme. Vaya, pero hay algo que resuena en mi cabeza. Paco Páez. El pesebre. No. La entrada a las ruinas. Uf.

«En los años de la Dictadura de Primo de Rivera las condiciones económicas mejoraron, qué duda cabe. Se notaba en la actitud de la gente, en las listas del fiado de las tiendas de comestibles, en la forma de vestir y de reír de los niños y las mocitas. Se percibía en las caras relajadas de los trabajadores. Aunque los salarios seguían siendo una miseria, como había más faena y estaban más tiempo trabajando, los jornaleros protestaban menos, pues circulaba el dinero y había algo para comer. Gracias a la situación mundial, es verdad, pero hay que reconocerle también a la buena gestión de la administración pública que se instalara agua potable en el pueblo, y el alcantarillado. Los caminos, las carreteras, las calles y las plazas se endonaron, y a Primo de Rivera lo vimos inaugurando el colegio para niñas Ignacio Halcón. Pero Anselmo y el Pelao, y Reyna, y Paco Páez, y Josele, y Benito Marín, y Galante, todos ellos, anarquistas y republicanos, y radicales, lo mismo que mis padres y yo, nos fuimos dando cuenta de que, aunque la riqueza de algunos aumentara continuamente, sobre todo la de los adjudicatarios de las obras que ofrecía el Ayuntamiento y algunos concejales acomodados, la mayoría de la población trabajadora y campesina seguía en una situación muy precaria. Es cierto que había algo más de trabajo, pero los precios estaban más altos, y los salarios —bien lo sabía yo que los pagaba y los anotaba, calculándole a don Cristóbal el ahorro mensual— bajaron en pocos años el 50%. Por algo se frotaba las manos el señorito como si estuviera moliendo trigo con ellas. Y por lo mismo a su hermano Adolfo y a los dueños de las almazaras y las bodegas se les caía la baba hablando de don Miguel. Y es que las ganancias subían como la espuma, los ingresos al banco eran

cada vez más cuantiosos, más que al acabar la guerra, mucho más. Los gastos de ellos también subían, claro, y tanto que subían; y los convites, y las juergas de Adolfo con *agradaores* y flamencos en los salones de los cortijos también se alargaban hasta media mañana. Algunas de aquellas farras duraban dos o tres días, con mujeres y vino de sobra para paliar un poco el apetito insaciable de don Miguel».

»Pero el tío tiene cierto atractivo, eso no se puede negar, no, solía decir el administrador cuando íbamos sin el chófer a algún cortijo a registrar las cosechas, o parábamos de camino en una finca de doscientas y pico de hectáreas que él se había comprado en los años de bonanza. "Primo de Rivera tiene cierto atractivo, no te creas que no, Jacobito. Y a pesar de lo que pueda parecer no comparte los sentimientos de esta casta suya de terratenientes. Al contrario de estos latifundistas, él tiene intención de remediar y mejorar la condición de los pobres, ¿te lo puedes creer? Pues así es el tío. Además, en cierto sentido es un pacifista. Con todo lo cafre que es, y tiene un venazo de humanitario, a pesar de los complots que se trae entre manos. Si no, fíjate que en los años que lleva de gobierno no se ha llevado a cabo ninguna ejecución. Y ya es ser humanitario, porque si por mí fuera más de uno ya verías tú como iban a reclamar salarios y derechos. Pero derechos que iban a andar. Horizontal y calladitos." A veces, el administrador soltaba la lengua como si tuviese la necesidad de explayarse con alguien como yo, que no tenía opinión y parecía estar mudo o era tonto, con la certeza absoluta de que la esencia de sus monólogos iría a la tumba con el mutismo de su interlocutor y subordinado contable. Reyna también hablaba del general con mi padre y con algunos de sus amigos y correligionarios. Comentaban que Primo era algo anarquista, como un político de café, que dictaba decretos a diestro y siniestro y luego no les hacía ni caso si se le antojaba. No pocos se burlaban de él al principio, porque ejercía la justicia a lo

Robin Hood, imponiendo castigo a los viejos políticos y caciques, lo que resultaba muy divertido. Pero el mismo pueblo que lo aplaudió —lo aplaudimos— se iba cansando y estaba ansioso por el retorno del orden y la ley. "A los españoles no nos gusta, decía el boticario, que nuestros políticos pierdan la dignidad, y este está perdiendo hasta el empaque familiar y cordial que siempre le distinguió." Reyna, que conocía a Unamuno de cuando estaba en Madrid con su tío Mario, imitaba con sorna, con su don de actor, lo que el escritor pensaba del dictador «Un loro, es simplemente un loro. Se sabe siempre lo que va a decir».

»La crítica del administrador al general era de distinto tono. "Pero este tío no tiene preparación para el arte de gobernar. Tiene cosas buenas, sí, es verdad, y es que desprecia a toda esa caterva de intelectuales y políticos, a esos chupatintas y *lenguarones* que no dicen más que pamplinas en los periódicos y en esa olla de grillos que es el parlamento. Pero es un desastre. A pesar de que es militar es un indisciplinado, un caótico que no tiene reglas ningunas, y las que tiene se las salta a la torera cuando se le pone en los cojones. ¿Sabes que se queda hasta las tantas de la noche charlando y bebiendo con los amigos? Pues así es, y claro, al día siguiente se levanta a las diez de la mañana y no da golpe en bola. Así no se puede gobernar un país: ni un país ni un cortijo ni nada; vamos, ni una casa de putas. Y después de comer, su siestecita hasta las cinco de la tarde no hay quien se la quite. Pero lo más gracioso de Riverita es la simpatía que le tiene a los socialistas; coño, son los únicos legales, los demás sindicatos y partidos de la izquierda los ha prohibido. Ese Largo Caballero se ha convertido en su asesor, eso es inaceptable. Y todavía hay muchos que piensan que es un acierto. Como eso de la regulación de las relaciones de trabajo, que en vez de rebajar las que han conseguido sacar a todos los gobiernos inútiles, desde la revolución de los rusos, desde aquella maldita Huelga General, lo que ha hecho ha

sido ampliarlas, reforzarlas todavía más, y así no hay manera de ganar un duro con las tierras, así no hay manera. O eso de los comités paritarios. Pero qué les gusta un comité, una comisión para no doblarla. Encima el jerezano quería que estuviéramos contentos cuando teníamos que atenernos a las decisiones que tomaban estos dichosos comités, cuando estábamos obligados por ley a pagar los salarios impagables que pedían. Y bien beneficiados que se vieron entonces los trabajadores. Pero eso está cambiando ya. Y más que va a cambiar. Tiempo al tiempo».

»Había algunos amigos de mi padre y de Reyna que sostenían que Primo de Rivera era un anacronismo, que pertenecía al tiempo anterior a 1874, antes de la Primera República, cuando el pobre y el rico aún no habían comenzado a sentirse separados, cuando el odio no se había generalizado tanto. Mucha gente de izquierdas y republicana, menos los anarquistas que odiaban a los socialistas, aceptaban encantados la admiración que Primo de Rivera sentía por el secretario general de la UGT. Y lo vieron entonces como el artífice de una política inteligente. Sí, el general no tenía aire de señorito, eso es cierto, lo noté en la inauguración del colegio, no tenía ese aire respingón y superior de los terratenientes. Pero el dictador fue incapaz de seguir el impulso de su voluntad y llevar a cabo su política parcelando los latifundios, que era en realidad lo que sustentaba las ideas de los pequeños campesinos y jornaleros. Si hubiera querido, si hubiese aprovechado aquella disposición de los socialistas y hubiera tenido agallas, la historia de ahora sería muy otra, y ni yo estaría aquí dentro, ni muchas criaturas en las cunetas ni miles fuera de España. Me acuerdo ahora de lo que decía su amigo Adolfo, en tono de burla. "Es un tío muy cicatero, usa ropa muy barata, y si engorda el muy tacaño se arregla los trapos viejos que tiene. Pero eso sí, Miguel tiene esa grandeza del típico andaluz que tan estrecha nos hace la vida».

»Alberto de Guzmán también se mofaba del dictador en ese sentido, pero lo hacía de manera que se fijaran en los modales del General y no en los suyos. Porque Alberto no dejaba ni deja de ser un patán. Siempre lo fue, y lo es todavía por mucho que intente vestir bien y gastarse los dineros en ropa cara. Aunque se vista de rey, es un palurdo arrogante. Mucho dinero y muchas tierras, sí, pero un señorito chabacano y vago, incapaz incluso de ocultar su vulgaridad detrás de su uniforme impecable de comandante, que ahora solo se pone para presumir en las bodas y los entierros».

»Pero por lo demás hablaba bien del Dictador, y halagaba su tesón para no dejarse convencer por los sindicalistas para parcelar y expropiar las tierras. Y sobre todo porque, en el año 24, Primo de Rivera lo recibió comandando los refuerzos en África cuando decidió pacificar Marruecos. El general llevaba de España directamente el mando militar y civil para emprender el repliegue hasta la costa alentado por la necesidad de acabar con el derroche de una guerra absurda en la que se habían enterrado millones de pesetas y millares de muertos. En eso optó por echar el resto para salir del matadero de África».

»Dicen que tras una retirada de las tropas que costó miles de muertos, aprovecharon que Abd-el-Krim atacó la costa francesa, y Francia y España se unieron en la defensiva. Yo recuerdo lo que me contaba Bernardino, un jornalero muy discreto, trabajador y responsable, muy diestro en todas las faenas del campo, al que pude facilitarle muchas peonadas en contra de la opinión de un capataz que lo tenía atravesado. Bernardino había estado en esa retirada, y contaba que había visto cosas muy, muy desagradables y crueles. "Los moros son bastante sanguinarios, Jacobo, eso es cierto, pero hay mandos españoles que son peores, si es que se puede ser más cruel. ¿Y tú ves a ese Alberto, el hermano del bonachón de don Gaspar?, ese tiparraco tiene muy malas pulgas. Ese malnacido

ha matado a más soldados españoles que los moros. Y eso que solo se ponía en la vanguardia cuando estaba borracho o ciego de kifi. Pero cuando lo hacía, y alguna criatura intentaba darse la vuelta cagado de miedo, no le temblaba el pulso para meterle dos tiros. Y es que los soldados estaban muy desmoralizados. Allí habían caído muchas criaturas que estaban mal alimentados y mal vestidos, hartos de ver como se derrochaba el dinero, cómo la corrupción tenía podrido a todo el mundo, desde los sargentos hasta los generales, a costa de la miseria de los soldados. Todo lo que te cuente es poco", me decía Bernardino. Ese malasangre se enardecía con la crueldad que mostraba Franco y Díaz Criado, cuando después de atacar una aldea marroquí aparecían por el campamento con algunos de sus soldados, ondeando en sus bayonetas las cabezas de los moros clavadas como trofeos. Pregúntale si quieres a Andrés, el hijo del mulero del cortijo de Ducha, que estaba de ordenanza del caballo de Franco. Vio cosas que no quiere ni recordar. Él te puede contar cómo Matías Corrales, que era el corneta de la compañía de Franco, le cortaba una oreja a un prisionero ante las burlas y las chanzas de muchos legionarios. Pregúntale también al hermano de tu suegro, que estaba de cocinero cuando Primo de Rivera visitó Marruecos en 1926. Que te cuente cómo Alberto organizaba con el comandante a todo un batallón de la Legión, para que aguardara la inspección del General con docenas de cabezas ensartadas en las bayonetas».

»Alberto de eso no hablaba. Claro, él administraba muchos de los fondos del presupuesto en Marruecos. Conocía al dedillo los chanchullos que traían entre manos los militares. Pero se le caía la baba cuando rememoraba la llegada de miles de soldados de refuerzo que desembarcaron en el mes de septiembre bajo su mando, "con el viento a favor y al alba", y lograron pacificar y ocupar todo el Rif. "Aquel fue el gran acierto de don Miguel - añoraba años después Alberto, cuan-

do Azaña mandó a la reserva a miles de oficiales y jefes del ejército- así se ganó a pulso la dictadura civil, con el apoyo del Rey. Aquello vino bien para quitar a muchos políticos de en medio"».

»Hijo mío, esto hubiera sido muy diferente si las razonables expectativas que levantó Primo de Rivera se hubiesen cumplido. Pero dependía del ejército y de la clase de la que procedía, los terratenientes que tienen la tierra, los caciques que se quedaron con las tierras comunales y de propios y las que birlaron a la Iglesia, comprándolas a precios irrisorios en subastas amañadas. Aunque lo hubiese deseado, no fue capaz de arreglar lo del paro agrícola. Se aterrorizó cuando su ministro le dijo el montante económico que supondría para las arcas caninas del Estado financiar las expropiaciones de los cortijos que estaban sin cultivar, teniendo en cuenta los precios de las tierras por el auge de los productos agrícolas. De manera que no se planteó más -si es que alguna vez lo hizo- solucionar el sangriento conflicto que se alimentaba de la situación social de Andalucía».

»Pero sí se invirtieron verdaderos capitales en el país, todo hay que decirlo, aunque al foco principal de la violencia andaluza llegó poco dinero. Hubo una buena actuación en el plan de obras públicas que casi terminó con el paro en España. Pero aquí en Andalucía no desapareció, ni mucho menos, la mayoría eran jornaleros, campesinos y colonos comidos por la miseria, agobiados por las altas rentas que pagan. Sin embargo, en todo el país se hicieron carreteras, presas, pantanos con centrales eléctricas e instalaciones para el riego de las tierras. Construyó paradores, fomentó el turismo mediante las exposiciones universales de Sevilla y Barcelona. Pero todo lo que escatimó en inversión para mejorar la vida de los campesinos y, de paso, solventar el problema del hambre y la violencia, repartiendo tierras, o explotándolas colectivamente, lo fundió de forma desproporcionada por todo el país. Los gastos fueron tan excesivos, crearon tal sensación

de falsa prosperidad que la deuda pública se disparó un treinta por ciento».

»Creo que si hubiera dedicado solo parte del dineral que se llevaron muchos aprovechados, como esos amigos del administrador y su hermano que se intercambian los dineros en las timbas del casino, en cambiar la forma de explotar la tierra, todo esto sería distinto. Pero Primo de Rivera y su poder pisaban en falso.

Reyna y el *Pelao* lo comentaban con tu abuelo Juan. Decían que su poder descansaba en una enorme contradicción: debía hacer reformas radicales, sí, pero su gobierno estaba sostenido por las dos fuerzas más reaccionarias del país, como son el ejército y la Iglesia. Además, Primo tenía el consentimiento del ejército, pero nunca tuvo su representación, como tampoco dispuso de la aprobación del rey para convocar Cortes Constituyentes. Para colmo, se enfrentó con los intelectuales, se echó en manos de la Iglesia, y no supo ganarse el apoyo de las clases medias. Y para algo era un dictador, para tomar medidas represoras. Espiaba también las comunicaciones de gente respetable, abría correspondencia particular y privada. Hasta tal punto degeneraba, que el Rey y aquellos cuyos intereses representaba empezaron a conspirar contra él, llevándolo a hacer un ridículo tremendo, destruyendo de tal manera su imagen que acabó siendo toreada y citada con un par de banderillas por un público apático, pero olvidadizo de haber sido advertido de lo que se veía venir».

»El administrador se reía a carcajadas de Primo de Rivera. Despotricaba de él cuando montaba a caballo por las besanas, y se pavoneaba y simpatizaba con los jornaleros más bailarines que en los cigarros de los tajos se burlaban del fracasado Dictador, imitando cómo el general, borracho como una cuba, firmaba decretos dando tumbos arrastrando la voz».

»Alberto se vino otra vez a Ligustia, con unos permisos o vacaciones que nadie se explicaba. Se trajo

una temporada a su primo Gonzalo, el escritor alumno de Ortega y Gasset. Lourdes estaba muy contenta. Adolfo estaba alicaído, porque la salud de su amigo ya no soportaba los días de mujeres, ni las parrandas encerrados en algún cortijo durante varios días con los teléfonos desconectados.

»Don Cristóbal de Guzmán había arrendado a varios campesinos las tierras peores que tenía, en unas condiciones y a un precio tan escandaloso que difícilmente serían rentables para los arrendatarios. Yo me di cuenta de que la información que disponía de la situación política era privilegiada. Se notaba, porque quería desprenderse de muchos ataderos antes de irse a Madrid. Estaba ansioso por irse. Arrendó dos fincas al administrador y a un hermano suyo. Luego el administrador se la subarrendó a unos cuantos mayetos a unos precios inasequibles. Lo veía dándole instrucciones para que se hiciera cargo de todo; ya lo mandaría a llamar, para que lo pusiera al corriente de las cosechas y las cuentas. Don Cristóbal siempre confió en él, era su mano derecha, lo dejaba hacer, organizar. Pero la manía del señorito de inmiscuirse en los pormenores de las tierras y los salarios dejaba a veces al administrador a la altura del betún. Por ese motivo, excepto en los libros de cuentas que nosotros lográbamos casi siempre ocultar a sus pesquisas, metía la pata hasta el corvejón. Me hizo revisar y cuadrar el balance de los cortijos, de la viña, de la bodega, y una vez que se hizo una idea, la idea que le mostró el administrador, se marchó a Madrid antes de que cayera de una vez la dictadura. Luego ya no volvió hasta las elecciones. Le encantaba la compra de votos a los jornaleros, llenando él mismo los vasos de vino, repartiendo las teleras de pan que entregaba muy ufano en la Plaza. Para entonces, Primo de Rivera ya había muerto en París, consumido, entre los cabarets y la iglesia donde comulgaba diariamente».

»Mi padre y sus amigos, bien informados por Reyna, que conocía bien el ambiente intelectual de la ca-

pital, analizaban las circunstancias cambiantes de cada día. El rey decretó varios expedientes para volver a la normalidad después del desbarajuste dejado por la dictadura, en un vano intento de alargarla con el gobierno de otro militar, Berenguer, el cual ocupó su cargo "para dejar que las aguas volvieran a su cauce". Vamos, para salvar al Rey. Solo que las clases medias descubrieron con entusiasmo la facilidad con la que el Dictador había caído, y por ello pensaron que el Rey, que había perdido la reputación por completo, también podría caer. Don Gaspar solía decir que si la dictadura había caído, —y esta vino para encubrir al rey por su responsabilidad en el desastre de Annual— dicha caída se llevaría al monarca por delante. Y el error fatal que cometió, tirando de fuerza de costumbre, fue la ejecución en consejo de guerra de Galán y Hernández, sublevados en Jaca a favor de la República. Con aquello el Borbón perdió la poca popularidad que le quedaba, por la misma razón que la perdieron antes Espartero en 1847, y su fogosa abuela Isabel II en 1866».

»Así que no tuvo más remedio que convocar elecciones municipales para sondear de donde soplaba el viento. La sorpresa fue tremenda para todo el mundo. Sobre todo para los partidos de izquierdas y para los socialistas, que habían estado a punto de abstenerse, con razón. A mí me ocurría como a ellos, no me fiaba de las elecciones, conocía muy bien con qué facilidad se compraban los votos de la gente desde que trabajaba para los Guzmanes. Un poco de vino, una telera de pan, la promesa de unas peonadas en alguno de los cortijos, el permiso de los guardas para dejarlos rebuscar cuatro garbanzos o unas cuantas papas podridas. O una simple sonrisa falsa, una palmada en el hombro del señorito llamándolo por su nombre de pila, bastaban para rebosar las urnas de votos favorables a la derecha. Y si no eran suficientes, ya se encargaban los funcionarios del Ayuntamiento de meter los votos que hicieran falta. Pero por fortuna no

se abstuvieron los socialistas, y hasta yo, que no me metía en nada, siempre temeroso de que el administrador y mi padre pudieran reprobármelo, logré convencer a muchos trabajadores para que votaran por los republicanos. Y ganamos. Bueno, en Ligustia no ganamos, no, ni en Lebrija ni en casi ningún pueblo, porque la manipulación de los patrones hizo su efecto, como resultaba siempre, desde que se instauró el sufragio más o menos universal. Los partidos monárquicos superaban los votos en el mundo rural. Los caciques, como aquí hicieron los Guzmanes con la ayuda del padre Severo y el administrador, compraron fácilmente los votos de los mayetos, de los guardas y sus familias, de casi todos aquellos que necesitaban alguna yunta o simientes para sembrar sus pegujales y no tenían con qué pagar. Don Cristóbal vino de Madrid a controlar de cerca las elecciones, y el día de las votaciones sacó a la plaza un montón de sacos de teleras de pan y dos botas de vino en un carro, para el que deseara un vaso o hartarse. Había cola. Fue entonces, en aquellas elecciones municipales cuando me metí la primera vez en política. Aunque muchos jornaleros prometieron que votarían a la derecha, y recogieron las papeletas que les daban los manijeros y los aperadores, yo me encargué de cambiar los votos con sus consentimientos, o sin él, y tu madre de hacer lo mismo para convencer a sus mujeres, que aunque no podían votar, sí podían calentar a sus maridos a que votaran a los republicanos».

»Pero en las grandes ciudades fue diferente. La gente no estaba tan atada ni sumisa a los patronos. Además, tenían un nivel cultural más alto, la gran mayoría votó a la izquierda y a los republicanos. Reyna estaba eufórico. Don Gaspar y mi padre también. El Ejército y la Guardia Civil retiraron su apoyo al rey. Incluso los grandes de España, temiendo la revolución social que tus tíos y los anarquistas aseguraban que vendría, se retrajeron en silencio y abandonaron al monarca. Así que cuando se sintió más solo que la

una cogió y se fue. Y ni un militar sacó su pistola o su espada por él, para defender una monarquía que en palabras de tu abuelo Curro era “una sociedad de socorros mutuos del clero, los militares y la aristocracia, a expensas de todos los demás».

»Lo que no podremos oír más, porque los mataron, son las conclusiones que sacaron Reyna y otras muchas personas, honestas y trabajadoras, políticos entregados al cambio, y también artesanos, trabajadores, campesinos que nunca tomaron partido por ninguna idea, sino que solo querían desarrollar sus actividades en paz, sin la violencia ni la locura que se respiraba por las calles. Pero sí recuerdo aún las palabras de aquellos hombres que están ahora enterrados en la fosa común del cementerio y en las cunetas de las carreteras».

»Yo tengo la vida, el privilegio de poder contar aquello, colaborar en lo que pueda para que no se olvide, para preparar y formar a las generaciones que vengan detrás. Yo tengo el patrimonio que a lo largo de los siglos mis antepasados lograron atesorar, apartándose de la mentalidad reinante, ahuyentando la fiebre de derrochar la soberana fortuna sobrevenida con la conquista de las Indias. Yo tengo la suerte de haber salvado el pellejo al esconderme en las entrañas de estas ruinas bien guarnecidas, confortables, acompañado por toda la sabiduría que mis padres y sus antepasados supieron conservar».

»Jacobito, aquí y ahora, muchos años después de aquella locura, encerrado pero más libre que millones de españoles, rodeado por decenas de tablillas con caracteres fenicios; de miles de libros escritos por griegos y hebreos; de manuscritos y pergaminos romanos, de códices árabes recuperados de la gran biblioteca que Almanzor erigiera en Córdoba; de cientos de tomos originales traducidos por la escuela de Toledo; de los archivos copiados del Registro Civil y de la Iglesia y de los libros de contabilidad de los Guzmanes y las actas del Cabildo y del Concejo; de las obras comple-

tas de Elio Antonio de Nebrija; de las enciclopedias y cientos de tomos de la Ilustración. Aquí me siento el hombre más rico y poderoso de la tierra. Tuve la fortuna de nacer en un pueblo sabio, de pertenecer a una saga de escribanos que siempre supieron preservar lo más extenso y rico del conocimiento humano, lo más antiguo de nuestra tierra, la memoria escrita desde que se inventó la escritura. Me siento fuerte, seguro, guarecido, a salvo en estos subterráneos milenarios que mis antepasados mantuvieron a salvo de los saqueadores, del expolio de los carroñeros».

»Estoy rodeado de vestigios que me hablan y me orientan. Puedo tocar aquí debajo del escenario las tramoyas, las carruchas y las sogas de los artilugios que los romanos utilizaban para subir y bajar los telones y los toldos en las funciones teatrales. En el silencio en penumbra de las noches frescas y cálidas oigo las palabras de los indígenas que hicieron a mano esas vasijas de barro: los veo aprender las nuevas lenguas de los visitantes y conquistadores. Oigo sus pisadas por estos suelos donde los cartagineses o los romanos construyeron esta calzada de piedras. Se oyen las ovaciones del público en las gradas enterradas bajo la ladera de ahí arriba. Oigo los rezos de los visigodos, el ruido de sus picos derribando el teatro y el templo romano para erigir sus iglesias y sus ídolos. El lamento del almuédano, desde el alminar de la pequeña mezquita erigida cerca de la iglesia, se cuela por la grieta de donde surge esta vena de agua que puede llegar al mar. Hay restos de una noria, arcaduces, ladrillos, maderos y ataderos de cuero. Veo rostros entumecidos y macilentos con los ojos anegados de sangre; manos nerviosas aterrorizadas destruyendo, amontonando y quemando miles de volúmenes traducidos por manos virtuosas que recopilaron tanta experiencia y maestría. Puedo tocar los ricos tesoros acaudalados que mis tatarabuelos acumulaon bajo estas bóvedas. La luz de las bombillas que mi Juan me ha instalado arranca rayos dorados de los

relicarios, cálices, incensarios y copones de plata y de oro que muchos creen que se llevaron los franceses cuando la invasión. Carromatos enteros cargados con miles de kilos de oro en joyas y reliquias de las iglesias de Sevilla pasaban por ahí abajo, por el camino de Jerez, para protegerlos en Cádiz de la rapiña de los franceses. Tesoros, vestigios arqueológicos acopiados durante siglos relumbran en esta profundidad del Cerro y me alivian este destierro. Ánforas, cráteras romanas, vasijas y jarrones griegos, armas y herramientas neolíticas, lingotes de oro y de plata y de plomo, barras de estaño de las minas de Jaén, grandes maderos de cedro y de roble, anclas de plomo, monedas árabes. Cuentas, alhajas, sortijas, brazaletes de oro traídos de las Indias por Jacobo de Paula Dos; enseres, semillas, ídolos incas y aztecas, pieles, minerales preciosos, pequeñas esculturas, bustos de dioses y emperadores, sabios togados, escritores antiguos».

»Aún recuerdo las conclusiones que sacaban Reyna y el Pelao —o las que mi padre me contaba que sacaban — de la Dictadura de Primo de Rivera y sus consecuencias: Se había perdido una oportunidad de oro».

»Pero quiero parar un poco, para transcribir las conclusiones de Agapito, Deseo con toda mi alma que no sean erróneas, ya que mi compadre afirma que "Ningún gobierno que haya de depender de la Iglesia, los terratenientes y el Ejército puede contar nada más que con un apoyo temporal". "Ningún régimen que propugne un mero bienestar material a costa de la libertad logrará satisfacer a los españoles". Ojalá sea así, pero de momento no lo es. "En un país en el que la población se siente a criticar al Gobierno, ningún dictador puede sostenerse mucho tiempo". Sí puede mantenerse, digo yo, si a todos los que aman la libertad y a todos los que no son mudos se les mata».

»Vale, Jacobito, ya basta por esta noche. Tras varias semanas sin escribir nada de esta especie de testamento no está mal la cantidad de páginas. No

creas que no aprovecho el tiempo. Que sepas que cavo todos los días, unas veces en la alcantarilla y otras siguiendo la galería de agua que ahora lleva el canalillo repleto por las filtraciones de las lluvias. En algunos tramos hay que reforzar la bóveda del túnel con las tablas que tu hermano me trae. No quiero acabar sepultado aquí abajo. He revisado lo planos de los caminos y los pozos. Estoy convencido de que este manantial llega hasta la marisma. Creo que he pasado del pozo de Zancarrón. Además, estoy traduciendo las memorias de mis antepasados del castellano antiguo; que podáis leerlas algún día. Y la música. Es lo que me mantiene en forma, las sonatas de Mozart y de Beethoven, Shubert, Bach. Escuchar a Pepe de la Matrona y a Manuel Torre. Cuando me intoxico de lecturas es lo que más pronto me depura. Bueno, mañana será otro día».

26. EL ADMINISTRADOR CORRUPTO

Acabo de visitar otra vez la Galería de la Academia con Clara y Catalina. Había poca cola en la entrada después de comer y entramos pronto. Ya dentro, sus explicaciones sobre la historia de las esculturas inacabadas de Miguel Ángel que hay en el vestíbulo me mantuvieron alerta, sin permitir que cayera en el sopor que me aturdía cuando iba solo a algún museo. San Mateo y los cuatro prisioneros —o *Prigioni*, como le gusta decir a Juan de Paula, quien no permite nombrar nada en español— atraen a los turistas y arrancan comentarios sobre los esfuerzos que parecen hacer luchando, retorciéndose para escapar del interior de los bloques de mármol.

Yo me quedo rezagado mientras Clara y Cati están alrededor de la colosal escultura de David, bajo la cúpula del museo. Cuando llego a su altura, la chica sugiere que nos paremos a observar la nervadura de las venas y los músculos del David, los cuales parecen palpitar como dotados de vida bajo la piel de mármol, en su transcurso por sus manos y sus poderosos brazos y piernas y por el cuello hasta encontrarnos con la terrible mirada del hondero. Cati dice que aunque a distancia el vigor de la estatua trasmite equilibrio y serenidad, sobre todo desde el perfil izquierdo, si nos detenemos en el derecho y observamos con calma la mirada ese vigor resulta amenazador, como debió de estar David, varonil y crispado, esperando al gigante Goliat para matarlo.

Mientras la jovencita señalaba el sentido del equilibrio en el balanceo del cuerpo, en la tensión de la cadera, en la firmeza del brazo izquierdo agarrando la honda, yo trataba, en vano, descubrir en la escultura

de más de cinco metros la cualidad de mediocre que Jacobo ve en ella. Mis nulos conocimientos de arte no la dejan ver; y si mi amigo asegura que el David a él le parece bastante mediocre, es, con toda seguridad, porque realmente no está dotada del aura y la belleza de las obras de Fidias o de otros genios griegos que él adora. Pero esa cualidad yo no la veo, como tampoco la distingo de la mayoría de otras estatuas de Florencia, las cuales me dejan asombrado, agradecido con su belleza y su perfección.

Hubo un momento en que yo no miraba el David, ni escuchaba a Cati ni abría la oreja a los comentarios que hacían otros guías españoles que había en la sala porque estaba pendiente de Clara. Aunque fingía seguir los datos que nuestra amiga desplegaba sobre la historia de la escultura, su mente estaba en otra parte, me lo decía esa angustia en su mirada. El móvil acababa de sonar, pero ella pulsó la tecla para cortar la llamada sin acabar de sacar el teléfono del bolso.

Ya no pude concentrarme en lo que decía Catalina del encargo que los comerciantes florentinos reunidos en Santa María de Fiore le hicieran a Miguel Ángel en 1501. Al parecer se trataba de aprovechar un bloque de mármol de mediana calidad que hacía muchos años había abandonado un escultor inhábil. Los comerciantes querían que el escultor sacara de él la estatua del futuro rey David en el momento de acometer la muerte de Goliat. Pero oyendo a Cati no escuchaba lo que decía, estaba pendiente de Clara, que me miró de refilón, sin detener su mirada en la mía, como queriendo ocultar su pensamiento, quizá sin saber que yo sabía muy bien, con nada más escrutar ligeramente su rostro, que el que estaba insistiendo, percutiendo, molestando y alterando nuestra felicidad era el desgraciado de su marido.

Por no dejarla con las palabras en la boca, pues se había percatado también del despiste de Clara, me apegué a Cati y le pregunté por el bloque de mármol empezado por otro escultor. Nuestra guía me decía,

yéndonos los tres hacia la salida, que por tener la piedra unos trozos de menos Miguel Ángel resolvió el problema encontrando una actitud que le convencía, y que por esa razón David está de pie, muy joven y con la honda y el brazo izquierdo en esa postura. Me hizo notar, en una de las réplicas en miniatura que hay en la tienda de souvenirs —reproducciones que están fabricadas muchas de ellas en los talleres de Jacobo— las señales que se distinguen del primitivo boceto en lo alto de la cabeza, y en el hombro que tuvo que dejar algo hacia atrás. Me decía también que Miguel Ángel se hizo antes un modelo de cera, construyó una barraca que cerró perfectamente alrededor del bloque de mármol de Carrara, y empezó a esculpirlo el 19 de septiembre de 1509, pocos meses después de que le hicieran el encargo, con la ayuda de un equipo de obreros. He recuperado algo de esta conversación de la grabadora del teléfono. Está atestado de explicaciones de los guías turísticos.

Ya en la calle, Cati se despidió. Clara se fue a la tienda, y yo, que pensaba que se iba a venir conmigo hasta el estudio, o al dormitorio, me he quedado a dos velas, sin otra cosa que me apetezca sino copiar lo señalado. Y a eso me limito, a ver si mientras Jacobo nos avisa pronto para ir a Lebrija. Estoy deseando dar una vuelta con Clara. Hace tanto tiempo que no voy.

«El día 14 de abril de 1931 por la mañana tu madre me dijo que sus padres y sus hermanos estaban muy contentos. Se había extendido la huelga general. Además, estaban satisfechos por haber apoyado la candidatura de la Alianza Republicana, a la que pertenecía el farmacéutico Manuel Reyna. Le estaban muy agradecidos a aquel buen hombre por los muchos favores que les hacía, dándoles a los jornaleros las medicinas que necesitaban cuando estaban enfermos y no tenían con qué pagar, que era la mayor parte del año. “No tenéis más que venir por lo que necesitéis, que en esta farmacia no os faltará medicina republicana».

»Un par de años antes, tu madre y yo nos fuimos a vivir juntos a una parte de casa que nos alquilamos en la *Cilera*. Allí, al cabo de nueve meses, nació tu hermano Juan, fuerte y llorón y muy grande, robusto, con cerca de cinco kilos. Para entonces, —cuando ya me quedaba en el despacho menos horas que de costumbre, pues hasta que nació tu hermano trabajaba doce o catorce horas, con domingos y fiestas en las campañas de recolección— el administrador ya no dejaba de controlarme. Y eso que no me metía entonces en política, por lo menos en la medida que más adelante lo hice. Yo pensaba al principio que era por vivir con tu madre sin casarnos, situación que muchos criticaban, o envidiaban, y por simpatizar con sus hermanos, sobre todo con Antonio, que también era amigo de Bernardino y con los que yo solía hablar de política. Por muy discreto que fuera procurando que no me vieran con ellos, al final había mucha gente que sabía que me juntaba con los anarquistas. Pero no era solamente por eso. En realidad, pienso ahora, la desconfianza sobrevino también, en parte, en uno de los viajes que hacíamos a los cortijos para actualizar la contabilidad y recoger las facturas que los administrativos guardaban. En uno de esos viajes nos paramos en *Los Albercones*, una de las fincas que mi jefe había comprado. En la puerta del almacén había dos remolques cargados con simiente de remolacha, y otros dos con sacos de abonos y nitratos de Chile. Provenían de los mismos almacenes de Sevilla que los que se traían para los cortijos de los Guzmanes, cosa comprensible porque, haciendo los pedidos juntos, aprovechábamos el descuento que nos aplicaban. Yo había visto otras veces esos remolques, como había visto también obreros, máquinas y bestias de don Cristóbal labrando o cosechando las tierras del administrador, así que nada anormal veía en aquello. Pero cuando llegamos a *Los Carrizales*, la mayor finca de los Guzmanes, una mirada del administrativo al entregarme unas facturas me puso en guardia. Como yo solía quedarme algún tiempo departiendo con él,

mientras que al administrador le ensillaban el caballo y daba una vuelta por los tajos, pensé que quizás querría decirme algo. Pero antes de preguntarle, el administrador lo llamó para que lo acompañara».

»Entonces se me ocurrió dar una vuelta por los alrededores del cortijo. Bajo el porche del almacén habían apilado el volumen de cuatro remolques de simiente y dos de abono, pero en las facturas que yo había visto antes cargada a *Los Carrizales* el concepto eran de siete remolques de semillas y cinco de fertilizantes. Estuve mirando por allí cerca, pero no había más pilas ni sacos sueltos, y como la sementera no había empezado todavía y las hileras de sacos estaban completas, la única explicación me la daban los remolques de *Los Albercones*. Aquello me abrió los ojos de par en par a los tejemanejes del administrador con las cuentas de los Guzmanes, a las que cargaba, como pude comprobar muy pronto, muchos gastos de peonadas, yuntas y maquinarias que invertía en su finca».

»Cuando volvíamos para el pueblo aquel día él no cesó en todo el camino de despotricar de los últimos días del dictador Primo de Rivera, de los republicanos, de los anarquistas. A todos los metía en el mismo saco, todos eran el mismo peligro para España: "Si es que es lo que dice don Cristóbal y el padre Severo: que todos están contra el cristianismo. Desde los liberales chupatintas de la clase media hasta los anarquistas pasando por los socialistas, los comunistas y esos maleantes de los nacionalistas. Todos son iguales. Como dice Pemán: "es hora de escoger definitivamente entre Jesús y Barrabás; las masas, o son cristianas o son anarquistas y demoledoras. No hay medias tintas." Yo, como siempre, guardaba silencio, no hablaba como no fuera de números y de cuentas; solo y lo necesario para responder a lo que me preguntaban. "Bueno Jacobito —me soltó aquél día— ¿y tú de qué vas, ajuntándote con esos iluminados? Porque no querrás tú también hacer la revolución y quitarnos las

tierras, no? No creo, no. Tú estás muy bien aquí, don Gaspar te quiere como a un hermano chico; qué digo como un hermano; más, mucho más que a Adolfo y a Alberto seguro que te quiere: como a tu padre, que es uno más de la familia».

»Yo procuraba evadirme como buenamente podía, justificándolo con la relación con tu madre, que aunque era muy discreta y callada, y todos en la casa de los Guzmanes la veían con buenos ojos, no dejaba de ser la hermana de unos anarquistas. Su tía Lourdes también era respetada por todos, y gozaba de la confianza del administrador, con el que compartía Alberto los suculentos favores, no solo gastronómicos y culinarios, de la buena cocinera. Así que, entre evasivas, derivando la conversación al descuento de los últimos pedidos de fertilizantes, pude escurrir el bulto de la pregunta. Y entonces fue cuando creo que metí el *pirré*, porque su cara se iluminó y miró de repente a la cartera de las facturas. Luego cerró la boca, y no habló más hasta que llegamos a la oficina. Ya dentro, con la puerta cerrada, abrió la caja fuerte. Fue a entregarme dos mil pesetas. "Toma, Jacobito, últimamente echas muchas horas extras, te mereces una prima. Anda, cógelas". Pero no las acepté. Me limité a decirle que me consideraba pagado, que estaba muy contento con todos ellos; además yo tenía mucho que agradecerle a la familia; ya me cogería algún día libre, le dije. "Bueno, vale. Pero ten cuidado con la política. Y mira con quién te ajuntas. Ya sabes, tú siempre has sido muy discreto, nunca has visto ni oído nada ¿De acuerdo, Jacobito? Y piénsatelo, porque siempre se necesita algún dinero para lo que sea, ¿me comprendes?».

»Te puedo asegurar, hijo mío, que nunca había reparado en que casi todos los gastos de su finca *Los Albercones* los pagaban los Guzmanes. Pero la forma de mirarme del administrador me convenció de que él creía que yo lo sabía hacía tiempo. Y no, no era así. No me había dado cuenta ni descubierto el volumen de

gastos que desviaba, hasta que no cotejé los libros de la teneduría con las cifras que los administrativos de *Los Carrizales* y de otros cortijos anotaban en los libros de entradas de los almacenes. Eran muchos miles de duros los que se ahorraba, un verdadero dineral. Más tarde descubrí que, si no me había dado cuenta antes de aquellos cargos, se debía a que uno de los contables se las había ingeniado hasta entonces para falsificar las facturas. Pero ese administrativo, que era el hijo de Manolo el casero, y también amigo de Bernardino, había decidido salirse del juego y avisarme indirectamente con la mirada que me dirigió aquel día. Más tarde haríamos juntos muy buenos chanchullos, con la diferencia de que lo que sacábamos inflando peonadas, falsificando facturas, o alterando las tajas de los vareadores de aceitunas marcando más kilos de los que realmente se habían recolectado, se empleaban en socorrer a muchas familias necesitadas».

»Todos estábamos muy contentos, sorprendidos, como tu madre y tu abuelo la mañana del 14 de abril, por la victoria de los republicanos y los socialistas en las capitales de provincia. Paco Páez y los de la A.G.T. decían sentirse como niños con zapatos nuevos. Reyna, *El Pelao, Josele,* Galante, Bertholet y los de Alianza Republicana barajaban ya los nombres para la Comisión Gestora provisional que se hiciera cargo del Ayuntamiento republicano. Los hermanos de tu madre enumeraban las fincas mal labradas que se expropiarían. Nos alegrábamos todos porque el Ministerio de Agricultura pronto repartiría entre campesinos sin tierra, ahora sí, las 14.000 hectáreas de marismas que la empresa que dirigía Gavala iba a poner en cultivo y acabaría con la miseria y el hambre de toda la comarca. Los arrendatarios de tierras de los Guzmanes veían por fin cerca la justicia en los precios del arrendamiento, en las condiciones de explotación de las tierras y la salubridad de las viviendas. La mayoría de ellos vivían peor que los cochinos en las pocilgas. Centenares de familias esperaban viviendas

dignas con retretes para dejar las chozas míseras e incestuosas en las que se hacinaban. El hermano de Manuel Reyna, el maestro Rafael, se veía desarrollando con sus alumnos todo el entramado docente y moderno que la Institución Libre de Enseñanza, con Francisco Giner de los Ríos a la cabeza, había engendrado para cambiar la formación de los españoles, para adecuarla, junto con España, a "la normalidad con Europa", como yo recordaba todavía haber oído de boca de Ortega y de Azaña en el Ateneo, antes de que lo clausurara Primo de Rivera».

»Ese día 14 por la tarde yo estaba en el Casino cuando la multitud de gente se aglutinaba en la Plaza. Había subido para que don Cristóbal me firmara unos documentos, al no aparecer aquel día por la oficina, y hube de esperarlo, sentado en uno de los butacones cercanos a una de las ventanas que da a la Plaza, a que terminara la partida de cartas que estaba jugando. En el salón del Casino había otros señoritos y algún concejal charlando con dos funcionarios del ayuntamiento, dos hombres que yo veía a menudo en la casa de los Guzmanes, cuando Adolfo o don Cristóbal eran concejales. También estaba un constructor que se había hecho millonario con las obras que le asignaba el ayuntamiento. Con el contratista charlaba un proveedor que suministraba herramientas y todo lo que las delegaciones de obras y servicios demandaran. Leían la prensa y las revistas, *El Siglo Futuro*, *El Debate*. Aún recuerdo unas líneas que leí un día en uno de aquellos periódicos en el despacho de don Cristóbal: "Todo está preparado ya para la batalla decisiva que ha de librarse entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, entre el catolicismo y el judaísmo».

»Algunos clientes miraban hacia la calle entre los visillos de las ventanas; las habían cerrado para evitar las voces, las miradas amenazantes de la gente que se concentraba en la Plaza. A mí no me parecían nada extrañas aquellas aglomeraciones de jornaleros

en las calles. Había visto tantas y tantas huelgas, y tantos tajos ahorcados, que no me sorprendían. Pero la de aquel día era diferente. No participaban solamente jornaleros, sino que muchos tenderos y comerciantes y muchos pequeños agricultores también se concentraban en grupos, sin disimular su alegría por el resultado de las elecciones en las grandes ciudades, y por los comentarios que se oían sobre la marcha de Alfonso XIII».

»Desde aquel mismo balcón yo había visto, de la mano de tu abuelo, con seis o siete años, una serie de movilizaciones que duraron unos cuantos días y acabaron casi siempre en una arremetida de la Guardia Civil. Eran los años del hambre, allá por 1904 y 1906. Entonces también había miles de parados que no tenían trabajo ni nada para mantener a la familia. Pasaban mucha hambre. No pocos murieron reventados por hincharse de comer malas yerbas del campo para saciarla. Yo escuchaba desde chico decir a don Cristóbal que toda la culpa de aquello la tenía el tiempo, que no paraba de llover y no se podía entrar en las tierras. O que no llovía y los sembrados se secaban y el ganado se le moría de hambre. Que él, lo único que podía hacer era dejarlos rebuscar habas y garbanzos. O dejarlos cazar algunos conejos. Pero el día que estaba en el Casino con tu abuelo se lió muy gorda. Cientos de jornaleros con bieldos y hoces salieron por las calles, y asaltaron y saquearon las tiendas y los despachos de comestibles. Estaban desesperados, enloquecidos. El hambre es muy mala. Yo los veía en las casas de vecinos, en las chozas donde se apretujaban cuando iba a jugar con mis primos, o cuando me mandaba tu abuelo con unos kilos de pan y algunos litros de aceite. Allí andaban descalzos, casi en pelotas a todas horas, no tenían apenas muebles, dormían casi todos juntos en unos colchones de paja en el suelo de tierra. Los padres entraban y salían muy inquietos de sus chozas, de sus cuartuchos, como si no supieran adónde ir ni qué hacer. Yo notaba que el mío no era

así, que siempre estaba ocupado y nunca se aburría. Pero aquellos hombres siempre estaban muy tristes, como avergonzados, nunca sonreían, las mujeres casi siempre estaban suspirando y relatando o llorando».

»Aquel motín popular de 1905 se aplacó por la buena condición de un hombre rico de Lebrija, que repartió montones de kilos de pan entre la gente hambrienta. Se llamaba Santiago Béjar Ruiz. Sí: era un rico propietario, y uno de los mayores contribuyentes que por lo mismo fue Alcalde en 1926, cuando la Dictadura. Pero aquel pan no solucionó los problemas, claro está. Si no hubiera sido por la Guardia Civil, que en aquellos días fue aumentada en sus efectivos, la gente habría seguido protestando. Y es que el hambre no razona, y menos si esos razonamientos tienen que concordar con los intereses de los grandes terratenientes».

»Yo recordaba sentado en el butacón del Casino, casi refugiado detrás de las páginas de *El Debate*, otras manifestaciones y huelgas de campesinos, la violencia de algunas de ellas; sobre todo las huelgas agresivas de los años que siguieron a la revolución rusa. Hasta entonces, hacia el año 18 o 19, aparte de algunos brotes gordos de cabreo producidos por alguna sequía o por mucha lluvia como en 1905, se mantenía una calma tensa en las relaciones entre los trabajadores y los patronos. La miseria, aunque era crónica, se veía aliviada por la condescendencia de los señoritos, que hacían la vista gorda, permitían la caza furtiva de conejos y el rebusco. Incluso regalaban comida a los hambrientos, porque había un cierto paternalismo. Pero después de las movilizaciones de aquellos años, la cosa cambió bastante. De aquella fecha viene el odio mutuo a muerte entre tus abuelos y tus tíos, y los Guzmanes».

»También rememoraba los problemas que yo mismo tenía con algunos braceros a la hora de pagarles. Creían que el responsable de la cuantía de sus salarios era yo, que solo me limitaba a hacer mi trabajo

lo mejor que podía. Yo era consciente de que muchos trabajadores me odiaban más que al mismo señorito. Me veían como un desclasado».

»El 14 de Abril, escuchando a los clientes del casino apostados detrás de las cortinas señalando a los líderes de la gente de la Plaza, entre los cuales había algunos que no dejaban de mirar amenazantes entre risas a las ventanas del Casino, yo me acordé de las conversaciones que tenía tu abuelo Curro, el padre de tu madre, con el mío, tu abuelo Juan, cuando ni uno ni otro se imaginarían que en el futuro serían compadres».

»Los mirones del casino fueron aumentando. Yo me levanté también, porque me llamó don Cristóbal a una mesa para firmarme los papeles, y mientras lo hacía eché un vistazo a la Plaza. Vi en uno de los grupos a Curro y a dos de tus tíos; estaban bromistas y sonrientes, como si les hubiese tocado la lotería. Al verlos tan eufóricos me acordaba de las conversaciones que tenían —algunas de ellas entre los bocoyes y barriles de vino de la bodeguita del *Pelao*, o en la de Galante, aunque nunca los vi borrachos, pues ni Curro ni dos de sus hijos bebían alcohol ni fumaban— siempre concluían en lo mismo. Y siempre con el mismo escepticismo de mi padre, cuya actitud era, en cambio, dejarse llevar casi siempre por tu abuela Elvira. Él creía que mientras la gente no aprendiese a leer y adquiriera cultura la cosa no tendría remedio. Curro, sin embargo, veía la solución al hambre y a todos los problemas, incluido el analfabetismo, en el reparto de las miles de hectáreas de buenas tierras que los señoritos mantenían en barbecho o sembrados de pastizales para el ganado. Y en la parcelación y el reparto de las marismas. Pero no gratis, no, tampoco era eso. Aunque deberían serlo, al menos las marismas, porque todas esas tierras ya fueron compradas por el Ayuntamiento en 1727 al primer Borbón que reinó en España».

»Tu abuelo se jactaba de haber acompañado con otros labriegos a Azorín en una visita que el escritor hizo a Lebrija, pocos después del motín y el saqueo de los comercios en 1905. Pusieron al escritor al corriente de la situación y, en varios artículos, Azorín refería la situación de los trabajadores y la opinión de algunos. Y ahí en El Imparcial están resumidos los largos sermones que yo escuchaba de tu abuelo Curro, convencido de que para los jornaleros sin trabajo y para los campesinos que no podían vivir con un cacho de tierra, la única solución posible consistía en el reparto de grandes extensiones de terrenos que no se labraban. Esos terrenos son los que ellos creían que el Estado debía expropiar a sus propietarios, para vendérselos a ellos y pagarlos a largo plazo. Eran conscientes de que el Estado no podía acometer tal reforma sin fomentar el crédito agrícola, porque faltaban créditos y Bancos que suministrasen el dinero a buen precio para los labradores, por eso era, y sigue siendo necesario, una reforma general a nivel político y social. Ellos también eran conscientes de muchos problemas sufridos por los terratenientes. De hecho, tu abuelo Curro fue siempre consecuente, muy comprensivo. Recuerdo haberlo visto discutiendo con sus hijos y otros sindicalistas para que aceptaran los salarios y las condiciones que firmaba por las buenas con los patronos y los alcaldes. Pero Curro, y Paco Páez también, estaban hartos ya, porque cuando aportaban alguna idea sobre el reparto de tierras, o cuando pedían permiso para una reunión, les mandaban una compañía de guardias civiles a sofocarlos».

»El gobierno no conocía ni quería saber nada de otra forma de solucionar los problemas sociales. No se escuchaban sus razonamientos, ni se les contestaba; se les amenazaba con los fusiles y con eso los ministros creían haber cumplido con su deber. En realidad era así, sostenía Curro: la mayoría de las tierras que podían estar produciendo y dando trabajo a la gente, y que no se sembraban, habían sido comunales o de la

Iglesia desde la Reconquista. Como los que gobernaban eran los mayores contribuyentes que se presentaban para diputados y alcaldes, las leyes y los precios de las tierras estaban muchas veces de su lado, y nadie que no tuviera, ya dinero o papel en deuda del estado, podía optar a las subastas de las tierras. De forma directa y coherente, los ministros y alcaldes no hacían sino defender lo que era religiosamente suyo. Y lo hacían con el método que habían usado siempre para llevarlo a cabo: con la fuerza y la Guardia Civil, saltándose descaradamente las pocas e hipócritas leyes a la torera».

»Mi padre le replicaba con los argumentos que debatía con Reyna y los republicanos. Hablaban de la Coalición Republicana con los socialistas, la cual él veía con buenos ojos porque Ortega y Gasset y otros escritores y políticos de Madrid la defendían. Muchos comerciantes y algunos industriales, panaderos, zapateros, junto con propietarios de pequeñas parcelas de tierra que se había unido en la Alianza Republicana de Lebrija, creían de verdad que serían capaces de abordar las reformas necesarias para mejorar la situación. A ellos tampoco les iban las cosas bien con tanto paro y vender fiado, tanta violencia y demasiadas huelgas. Lo que proponía la Coalición tenía buena pinta, se trataba de acceder al poder para construir una España moderna que destruyera la influencia de la Iglesia y erradicara el militarismo, que emprendiera una reforma agraria de verdad que mejorase la vida de las familias pobres, las cuales constituían la mayoría de la población».

»Firmando los talones de los proveedores, don Cristóbal paraba de vez en cuando para meter baza en los comentarios de otros señoritos, blandiendo en el aire la estilográfica de oro. “Déjalos que disfruten ahora, que ya vendrán a llorar para mamar de la teta cuando empiece el verdeo y la siega. Déjalos estar. Pero lo que no saben todavía es que como sigan así

van a comer República. ¿No queréis República?, pues la vais a comer hasta atragantaros con ella».

»Cuando salí del casino la Plaza estaba abarrotada de gente. Salí rápido, porque no quería pararme con nadie, y menos con *el Chavetas* y con Bernardino, que estaban en el grupo de Curro y me hicieron señas desde la palmera frente al Casino. No quería que desde la ventana me vieran con ninguno en la plaza, de manera que enfilé la calle Cataño y entré en la oficina para dejar la cartera y los documentos. Sin embargo, estuve allí hasta muy tarde, comparando facturas, sumando las peonadas de la gente que los listeros anotaban en los estadillos, cotejándolas con la cantidad que el administrador me había pasado para registrar en el libro, preparando para el día siguiente la relación de pagos».

27. LOS REFLEJOS DEL MUDO

¡Ay¡ Clara subió al estudio al atardecer. Estuvimos un rato charlando de los chicos nuevos que han llegado de España buscando trabajo, de la dificultad que tienen para encontrar, no ya alguna actividad relacionada con sus estudios, con sus acreditadas formaciones, sino ni siquiera como camareros o cuidando niños. Está todo quemado, no les sale nada, a pesar de que Jacobo y Aurora han recomendado a conocidos y clientes a muchos recién llegados.

Sí, se está haciendo imposible nuestra relación. No hay forma de estar tranquilos. Hay entre nosotros un muro invisible que late y se yergue, que no nos deja acercarnos, intimar como lo veníamos haciendo desde aquel día que también perdí la memoria, como ayer tarde, durante un rato. Es como si se sintiera vigilada bajo un férreo control por ese residuo humano de su esposo, que ni vive ni la deja vivir, ejerciendo sobre ella unos derechos que no se resiste a abandonar.

Otra vez ha vuelto a llamarla. Una y otra vez, hasta que agobiada decidió irse a casa de su prima, muy disgustada por la insistencia del medio muerto en verla. La verdad es que la tiene desquiciada. No para. La amenaza con abandonar el proyecto de regenerarse si no va a visitarlo. Le pide dinero si quiere que continúe allí. Hoy Clara ha estado a punto de confesarle lo nuestro, pero al final no se ha atrevido. Es como si le tuviera miedo. Yo le insistí en que se lo dijera de una vez, porque creo que cuanto antes lo sepa mejor será para todos. Así no podemos seguir, por lo menos yo, me saca de quicio, quiero estar con ella, quiero que sea para mí, y yo para ella, sin que nadie nos impida querernos. Tiene que dejarlo de una vez.

Me quedé copiando hasta muy tarde esperando que me venciera el sueño. A media mañana, con el sol bañando el estudio, el murmullo de Jacobo organizando los libros en las estanterías me despertó. Al verlo trajinar con cara de asombro, murmurando en voz baja palabras que no entendí, me sobresalté, di un brinco del sofá. Me dijo que habíamos quedado en el taller para puntear las secciones de la estatua que ya tenía vaciadas. Pero no me acuerdo de nada. Además, con la preocupación por Clara y las llamadas se me había ido de la cabeza lo de soldar la estatua.

La noche anterior estuve hasta tan tarde porque me entusiasmé al ver lo que Clara señaló para copiar, siguiendo la prescripción del médico. He descubierto que así es mejor, porque si no, me pierdo entre tantos libros, tantos datos, la grabadora, saturado de información, picando en uno y en otro libro, sin asentar la vista en ninguno, devorado por el vano y angustioso ímpetu de abarcarlo todo, aturdido, desorientado al descubrir que toda mi vida había estado engañado. Ya no sé lo que es verdad y lo que no. Por eso, si la selección de las páginas a transcribir la hace ella, la tarea es un verdadero placer. Copiar, trasladar las palabras tan claras de don Jacobo a mi cuaderno, conlleva una actividad hechizante que nunca pierde su encanto. Un placer que brota a medida que se va reconociendo el estilo, la curvatura manual y resuelta de la escritura, y va uno descubriendo fascinado las palabras que conforman la narración de su testamento. Lo único que hay que tener en cuenta, atendiendo al estado de mi memoria, es no pretender entender lo que uno transcribe. En mi caso me relaja solo copiar, dejándome llevar por los trazos de la grafía magistral del contable, escuchando la misma música que él cuando escribía.

Porque si me empeño en enterarme de todo, al ver que tengo tanto por delante que saber y tanto que leer, el desaliento al constatar que será imposible acceder a tan ingente cantidad de conocimientos por falta evi-

dente de tiempo contribuye al bloqueo, a la quietud de la voluntad. Entre tantos libros me cuesta discernir qué es lo más prioritario. Por dónde empezar a poner en pie y remover la falsa realidad que cubre la que verdaderamente fue, como la maraña de chumberas se entrevera con la maleza y las pitas cubriendo las laderas del Castillo, en cuyas entrañas estuvo oculto tantos años el padre de mi amigo. ¿Cómo no supe nunca que debajo de la cueva estuvieran las ruinas del teatro romano? ¿Cómo pudo estar ese hombre tanto tiempo allí abajo sin que nadie lo descubriera? ¿Estuvo allí los cuarenta años, o viajaba a algún lugar? ¿Por qué hay tantas cosas que desconozco de mi vida y de nuestra historia? ¿Cuánto tendré que leer para saber siquiera una parte de lo sucedido? Ya no me queda tiempo. Qué pena.

Aunque, si soy sincero no es que me preocupe ya mucho, la verdad, porque desde que Clara está conmigo me siento tan bien. De alguna manera, este estado de ánimo que ella propicia —o ha suscitado hasta que anda sin tino con ese malaje— me recuerda la felicidad inocente de la adolescencia, la época cuando era un ignorante empedernido que a veces se ufanaba de serlo. Pero no. No es lo mismo. Además, lo que me llena de gozo, lo que me conforta y me alienta de Clara es precisamente su facultad, su talento para guiarme en este laberinto, cuyas calles sinuosas y oscuras va marcando para salir sin perdernos. Ella transita, hurga, cavila con calma, buscando también datos sobre su tío, el abuelo de Aurora, del que se comentaba que era el dueño y conductor del camión en que llevaban los falangistas de Ligustia a los detenidos para fusilarlos. Clara y Aurora dicen que no. Que son bulos y mentiras. Sí, su tío era un borracho y un putañero que se jugaba a las cartas el dinero ajeno que debía a todo el mundo, pero la camioneta no era la suya ni él la conducía. Recuerdo a aquel hombre, y la verdad es que siempre lo asocié a los portes a las tapias de los cementerios de los que clandestinamente hablaba la

gente. Casi siempre iba borracho, muy amargado, y aún lo veo en mi memoria sobre el mármol de la mesa de autopsias, tras haber ingerido una botella entera de pesticida.

Cuando llegamos al taller, las secciones de la estatua estaban ya ordenadas en una mesa grande junto a la peana: un mazacote de bronce rectangular con un tronco de chumberas en un extremo, haciendo la función del tronco de árbol de donde arranca la pierna derecha del *David*. Jacobo las iba sosteniendo en su posición vertical, apoyándolas en las varillas de la estructura mientras yo daba unas puntadas para mantenerlas. Una tras otra, las piezas van conformando una figura que no logro identificar con el *David,* a pesar de que el escorzo, la postura de la pierna izquierda, el brazo izquierdo hacia atrás y el equilibrio confirman el origen de la influencia. Pero esta estatua está en tensión, el hondero está volteando la honda, se dispone a soltar un extremo y lanzar el guijarro. Cerca de donde la ensamblamos está el modelo descabezado de arcilla, pero no desnudo, sino con una camisa de franela de campesino y un pantalón de pana ceñido con un grueso cinturón. Todo indica que se trata de una versión de *David* distinta a las que conozco de Florencia.

Apenas hablamos durante el montaje. Solo algunos comentarios acerca del buen comportamiento del material. Tampoco yo le pregunto —ni se me ocurriría— nada sobre lo que acabo de descubrir en los manuscritos. No quiero mezclar esas historias con el trabajo que tenemos entre manos. Al fin y al cabo, para eso estoy aquí, bastante lo conozco para saber que me utiliza —en el buen sentido, claro está— para ayudarle en su trabajo. Aunque viendo las instalaciones modernas del taller, con los operarios de bata blanca alrededor de máquinas que percuten solas, dando forma milagrosa a bloques y planchas de mármol dentro de los cercados de metacrilato, me pregunto por qué usa este método para fabricar esta estatua».

«Bueno, no vayas a pensar que esta es la definitiva», dice como leyéndome el pensamiento. «Si así fuera la hubiera fundido a la cera perdida de una pieza, la hubiera vaciado a tamaño natural, como una normalita y corriente de bronce. En realidad, la que habríamos de hacer sería mucho más grande, habría que montarla y soldarla *in situ* pues su altura sería de unos catorce o quince metros. Pero antes había que presentar al cliente esta maqueta, en la que se puedan ver las piezas y las uniones que lleva. 17 piezas. Ya te enseñaré luego cómo va situada en el conjunto monumental. Ahora puedes ir soldando esta parte que tenemos punteada. Cuando acabes montaremos el resto, menos la cabeza, que aún no tengo muy claro cómo debe quedar».

Siempre fue así, el escultor te habla de las cosas como si nada existiera previamente en su pensamiento, como si improvisara. Pero no es así, lo conozco lo suficiente para saber que no improvisa. Estoy seguro de que antes de poner manos a la obra en algún trabajo lo tiene ya prefigurado al completo en su mente. Tengo la certeza de que la cabeza la tiene clara, me refiero a que tiene claro cómo será la cabeza de la estatua, por mucho que ahora diga que no lo tiene. Siempre guarda la información, no suelta prenda. Cuando me jubilé, y me invitó una vez más a que viniera a Florencia, me dijo que tenía que hacer esta escultura. Pero me ocultó que se trataba de una maqueta. Además, va integrada en un grupo monumental del que nada sé. Una minucia, en realidad no es nada comparada con la gigantesca obra que se trae entre manos. Me asombra, me intimida. Jacobo siempre me sobrepasó desde chico, pero ahora al verlo con la bata merodear por las naves departiendo con los operarios y los escultores, con los ingenieros, o diseñando en el ordenador, no me parece el amigo del que me separé cuando llevábamos cuatro meses en Alemania. Bueno, algo sí me comentaba en las cartas que me escribió durante muchos años. Pero eran tantas cosas las

que me contaba de su trabajo, tan diferentes de las que yo le contaba del mío, el cual me tenía casi siempre enajenado de todo lo demás, que apenas recuerdo nada. Y si algo retengo en la memoria está como restos de sueños olvidados.

Lo cierto es que tengo tajo para unos cuantos días. No me ha puesto plazo, ni falta que hace, él sabe que mientras tenga juntas que soldar no me quedaré tranquilo. Eso sí, tendré cerca el cuaderno y cuando me venga algo a la memoria lo anotaré, así luego podré rescatar algo de las ideas que me asaltan mientras sueldo. Y en esas notas y en el móvil me baso para poner en pie los recuerdos que Jacobo alumbraba en mi memoria.

En solo cuatro meses aprendió más alemán que yo en varios años. A los pocos días de estar en la fábrica, mi amigo hizo con unos retales de chapas una escultura inspirada en un operario alemán mutilado de guerra, cuyo puesto de trabajo dentro de la nave estaba frente a la puerta de la escuela. Viendo la figura de hojalata torcida y escorada a la izquierda, algo encorvada, con la sonrisa socarrona que insinuaba en su rostro bajo la gorra metálica, todos los operarios de la factoría reconocieron entre carcajadas de inmediato al veterano de guerra que vendía refrescos y bocadillos, yendo y viniendo, desde la taquilla a la mesa de trabajo, renqueando con la pierna quebrada por la metralla. Al enterarse la intérprete, que había hecho Filología en España, se quedó asombrada con la formación del alumno de soldadura, con el que comenzó un breve intercambio de libros, y con el que a veces hablaba en latín o en griego ante el asombro de todos. Huyendo de la expectación que levantaba la fascinación de la intérprete, una robusta jaquetona de ojos azules claros, Jacobo parece que quedó con ella en no hablar en presencia de otros, reacio como siempre a llamar la atención. Siempre le gustó pasar desapercibido.

Pero un día, en la residencia donde vivíamos, un antiguo convento de tres plantas de cuyos tejados inclinados sobresalían las ventanas verticales de las buhardillas de arriba, uno de los trabajadores residentes se enajenó con la borrachera que pilló en el bar de la esquina. Desnortado con la priva, en vez de abrir su habitación en la primera planta abrió la que estaba justo encima en la segunda. Las plantas y los pasillos de la vivienda eran iguales, pero para acceder a la segunda, que estaba deshabitada, había que subir un tramo más de escalera, el mismo tramo que la tajada no permitió contabilizar al pequeño vallisoletano. Por confianza de la intérprete, o por la prisa en desahogarse, vaya usted a saber, no echaron la llave, y cuando Feliciano empujó la puerta por poco se cae de espaldas al ver en su cama a la intérprete cabalgando a Jacobo como una valquiria desbocada. Ella estaba casada. Felicísimo, como llamaban al vallisoletano, no se cortó en propagar su error. Jacobo no apareció más por la residencia ni por la fábrica. Se quedó varios días en un hotel, donde yo iba algunas veces a verlo, hasta que un compañero italiano le ayudó a gestionar los papeles y la matrícula en una facultad de Bellas Artes aquí Florencia. «Ya me las apañaré, tengo algún dinero ahorrado», respondió cuando le pregunté de qué iba a vivir. Luego nos escribíamos casi todos los meses y, aunque estuvimos varios años sin vernos —nos vimos en el 82 cuando murió su padre, estando yo en Córdoba trabajando y me acerqué al entierro— siempre estuvimos en contacto, contándonos cómo nos iba la vida y el trabajo. También estuve aquí varias temporadas de soldador en el taller que tenía antes. Cuando me peleaba con Matías.

Durante las primeras horas soldando un material desconocido uno no se come mucho la cabeza. Hasta que se le toma confianza, y los movimientos con la muñeca adecuan la pistola a la mejor postura para fundir la varilla, toda la atención del operario se cen-

tra en la actividad de soldeo. Pero una vez alcanzado el dominio, si no completo sí en buena medida, la mente sigue su comezón natural, ese cavilar continuo con el tema que en ese momento signifique la preocupación del pensamiento. En esos momentos, el trabajo se hace de manera automática; ocurre algo parecido a cuando se va conduciendo en un largo viaje y cruzas pueblos y lugares que luego no recuerdas haber pasado. Claro que, como dice Jacobo, el otro yo que no suelda, pero que piensa, ha llegado seguramente a concretar algo, a sacar alguna idea neta de sus meditaciones.

De tal manera es así, que al poco tiempo de estar soldando la atención al comportamiento del material se volcó en anotar en el cuaderno algunos apuntes que no son sino meros flecos de recuerdos del *Muo Paula*. Durante casi toda la tarde, el viejo estuvo merodeando de nuevo detrás de mí, como si quisiera seguir de cerca el avance de la soldadura. No llevaba su traje de lino ni sus botines de Ferragamo. Iba con el mono azul, calzaba botas de seguridad como las mias, y llevaba el zurrón que ya usaba cuando de niño tiraba guijarros a las tunas del vallado. Ese mismo zurrón es el que lleva el hondero que estoy soldando. No veía bien al viejo porque la pantalla de cabeza apenas deja espacio para ver el reflejo. Además se protegía con mi cuerpo de los rayos de la soldadura. Es curioso, pero es como una sombra que secuestra mi tranquilidad, llega a ponerme nervioso, no deja que me concentre.

Al verlo y sentirlo cerca, espiando de vez en cuando por el cristal de la careta, pensaba en las primeras veces que nos llevaba a la cueva en el mulo metidos en los cogujones del serón de esparto, y cómo, más tarde, ya algo mayores, con cinco o seis años nos metía en el serón de la moto, que era de palmas y mucho más suave. Y otra vez vuelvo a recordar cuando siempre que íbamos a la cueva Jacobo desaparecía de mi vista. Alguna vez durante un largo rato, horas quizás, en las que el mudo me distraía buscando fósiles por

los alrededores del cerro y cogiendo higos chumbos si era el tiempo; o pidiéndome que le diera los fósiles más pequeños del morral, para tirarlos con la honda y cortar las pencas de las chumberas.

Pensaba también —y pienso ahora escribiendo esto, cuando parece que algo cobra sentido y recobro datos perdidos en la edad en que ideas, enseñanzas y emociones dejan su huella imborrable — pensaba, digo, en lo que contaban de Juan de Paula los adultos que lo conocían desde que nació. Yo trabajaba en el cortijo con un hombre que había sido amigo suyo hasta que se quedó mudo el día que violaron a la madre en la casa de la Falange. El niño lo presenció todo escondido en una artesa de paja. No solo la violación, también vio cómo la rapaban, le ataban un clavel a un lazo rojo en la cabeza y le daban aceite de ricino, cuyo efecto la purgó y la humilló junto a otras mujeres, durante el paseo ante la gente y mujeres que andaban con las monjas y los curas. Juan, me contaba el jornalero, dejó de hablar desde aquel día. A partir de entonces salía muy poco, se hizo más huraño. Algunas veces era incluso peligroso ir a buscarlo después de varios días sin aparecer por los corrales para jugar al romo o a *piola*, porque andaba aprendiendo a tirar con la honda y a más de uno le dejó alguna matadura en la cabeza. El mismo que me lo contaba tenía una cicatriz en la sien que, aseguraba, estuvo a punto de matarlo desangrado al cortarle la pedrada una vena. Luego se fue con los hermanos de la Tata, y con su tío Juan, que eran maquileros y tenían varias yuntas de bestias y algunas máquinas, a arar y a sembrar a las fincas de propietarios y arrendatarios, quedándose a pernoctar en las gañanías por temporadas. Pero incluso cuando llovía y en las épocas sin faena el mudo se perdía de vista y nadie sabía dónde estaba. Otras temporadas dejaba de trabajar, y lo único que hacía era cavar en la cueva y vaciar las espuertas de tierra en el terraplén. Cuando Jacobo creció sí se le veía más a menudo, pero su paradero habitual era la cueva. Allí

se quedaba hasta para dormir, y había quien aseguraba haberlo visto alguna vez entrar acompañado por varias mujeres, aunque eso no pasó de la categoría de chismorreo, por lo menos en el tajo que yo trabajaba.

En las imágenes que guardo en mi memoria del mudo de entonces, siempre aparecen la honda y los fósiles. Las balas de plomo como huevos de codorniz se las vi una vez durante una pelea a pedradas que tuvo con unos vecinos de un barrio de chozas, los cuales querían robarle la mochila repleta de balas y guijarros. También recuerdo verlo seleccionando piedras de sílex, lascas con muchas aristas afiladas que cortaban como cuchillas — la cicatriz de mi dedo gordo es testigo— como las que usaban los paleolíticos de herramientas de corte. Usaba unos guantes de cuero para trabajar las piedras. Golpeando unas contra otras, labraba unas bolas de piedra con muchas concavidades y filos cortantes, de cuatro o cinco centímetros de diámetro, y las guardaba en el zurrón con gestos de avaro. Miro a la vitrina y estoy por afirmar que son esas de ahí alumbradas por ledes; las que sacaba de un arcón antiguo y enorme con grandes bisagras y dos candados tremendos que tenía en la cueva. Otras veces le daba por hacer puñales de piedra de pedernal, las cuales cortaban como cuchillos afilados.

Cuando me fui a Alemania me olvidé del hermano de mi amigo, como se olvida uno de gente y cosas de la infancia después de tantos años fuera de tu pueblo, entregado de lleno al trabajo y a gozar del tiempo libre. Luego me contaría Jacobo en el entierro del padre, que se traería a su hermano aquí a Florencia y, helo aquí, más elegante, gallardo y espigado que el más seductor de los florentinos. Ahora comparte su tiempo entre los talleres y las oficinas de Jacobo. También dice un operario del taller que aprende a escribir en los ordenadores, en la redacción de la revista de Jacobo. Por cierto, no he ido allí aún pero dice Clara que iremos un día a llevar mis ejercicios. Me da un poco de vergüenza esto de que tengan que co-

rregir lo que escribo. Sí, es posible que esté todo algo embarullado y con tachones, pero a estas alturas no pienso aprender a escribir en el ordenador. Además, me da igual que lo publiquen o no; una vez que estrujo la memoria y lo leo yo y Clara qué más me da. Lo verdaderamente envidiable, lo estimulante es, cavar, extraer, exhumar recuerdos que uno ni se imaginaba que pudieran permanecer en la memoria, tan vivos y emocionantes.

Terminé la tarea que me propuse casi al sol puesto. El mudo se había marchado ya. Los operarios habían parado las máquinas y los ordenadores, y el fragor de la percusión de cinceles automáticos esculpiendo mármol había dejado paso al silencio, solo arañado por el leve fluir del gas a través de la boquilla de la pistola de soldar. Cuando le di a las costuras una pasada sin aportar varilla para peinarlas, cerré el gas y desconecté la máquina. Solo se oía de vez en cuando el suave crepitar de las tensiones del metal caliente. Tras quitarme el mono la soldadura estaba ya fría. El silencio era casi total. De vez en cuando, se oía algún resoplido lejano y residual de los compresores de aire. Todas las luces de las naves estaban apagadas, menos los dos focos de la zona donde trabajaba. Jacobo me había dejado otra vez la llave para que cerrara antes de irme cuando se marchó a la tienda donde Aurora y Leo lo esperaban.

Pero antes de salir, ya con un pie en la calle, me tiró hacia dentro del taller la curiosidad. Era como una sed ansiosa de saber qué había detrás de una puerta al fondo de la nave, a la izquierda del pasillo que lleva al despacho de Jacobo. Una puerta que el mudo abría y cerraba el tiempo que se quedaba dentro de la habitación, o lo que fuera que hubiese detrás de la puerta. Volví a cerrar la de la calle y volví a encender solo uno de los focos. Me fui medio a oscuras hasta la puerta del fondo. Pero estaba cerrada. Estuve a punto de desistir: qué pintaba yo allí solo, sin hacer nada sino husmear en lo que no me importaba en

absoluto. A veces uno siente como un remordimiento por meterse en camisa de once varas, por curiosear en la vida de los demás. Pero es que el viejo se llevaba casi toda la tarde vigilándome con su reflejo en el cristal de la pantalla, me tenía harto de su presencia. Así que si fisgoneaba en sus cosas tampoco tenía por qué recriminármelo.

Tendría que buscar la llave en el despacho de Jacobo, si es que estaba abierto, claro. Y no lo estaba. Pero en la argolla en que iba la llave de la puerta de la calle sí estaba la del despacho. Pensé otra vez en el viejo, antes de probar en las cerraduras dos llaves especiales que encontré en un cajón, junto a un manojo que supongo están las de todas las puertas. Deduje que a esa hora el viejo andaría paseando por el centro de Florencia, tras la estela de alguna turista siguiéndola con disimulo.

28. BAJO EL VALLE DE LOS CAÍDOS

La puerta tiene dos cerraduras. Al meter las llaves sentía pálpitos en el corazón, al acordarme del sigilo de Juan cuando cruza la entrada. Pensaba mientras abría que la misteriosa puerta debería mantener alejado de la vista de todos algo íntimo o de mucho valor.

La habitación es un recinto amplio, un enorme almacén con una puerta grande metálica en el fondo, cerrada, que da a la nave de los hornos y crisoles eléctricos. A la izquierda hay otra puerta más pequeña, robusta, de madera con clavos de latón cuyas cabezas son pirámides en miniatura, con una cerradura doble también con las llaves echadas. Las paredes están cubiertas de estanterías manchadas de arcilla, de cera y de yeso, y las baldas están repletas de herramientas antiguas de esculpir y de embutir y pulir. Trépanos y buriles, taladros, juegos de escofinas, limas, piedras de esmeril de varios tamaños. Sobre unas tarimas frente a las baldas de la pared hay centenares de bustos de barro, de alabastro, de mármol, de bronce. Hay bustos de cobre de aborígenes australianos y negros africanos, moldes de filósofos, escritores españoles, alemanes, franceses. Todos tienen etiquetas con la identidad, el país y lugar donde están ubicadas las obras definitivas.

Hay decenas de modelos de esculturas en medio y alto relieve yacentes, erguidas, sentadas. Retratos tallados, conjuntos y grupos ornamentales modelados en barro, metal, madera. En una de las baldas están varias cabezas de Aurora y de Leo. De Juan de Paula, el mudo, sobresalen algunas testas fundidas en latón y cobre, y otras aleaciones que desconozco. Separadas

por un pasillo de los estantes de la pared se alinean filas de modelos sin brazos de distintos materiales; figuras con señales y taladros con dibujos, marcas, referencias y medidas que sugieren ser plantillas para la ejecución de esculturas definitivas. Varias maquetas de jardines, parques y edificios monumentales acogen algunas reproducciones de los modelos que atestan la estancia.

A la izquierda se disponen en hileras algunos modelos de esculturas y bajorrelieves encargados por Asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica de España, para algunos cementerios y parques españoles. En un extremo del recinto, frente a la puerta de clavos dorados está la maqueta más grande, construida con varios materiales. Su dimensión, encima de un pedestal de madera, sobresale por encima de las demás por la rigidez de los soportales y la altura de la cruz que se alza en el monte de granito del Valle de los Caídos.

Estuve curioseando durante un tiempo que transcurrió sin darme cuenta, y cuando miré el reloj del móvil me alarmé al ver que llevaba allí dentro más de dos horas. Era muy tarde para buscar las llaves de la otra puerta, aunque necesitara aplacar la curiosidad que crecía conforme escudriñaba entre modelos y maquetas. Tendría que volver más tranquilo otro día. Pero cuando apagué la luz ya fuera del recinto, se oyó el ruido de alguien que entraba en la nave. No podía ver quien era, porque quien fuese aún permanecía en el amplio recibidor de las oficinas, que estaba separado de la zona de fabricación por una pared y una puerta. Debía quitarme de en medio antes de que se abriera, no quería que me pescaran allí a esa hora; además no tenía ni idea de quién podría ser.

De pronto se encendieron algunas luces. Tuve que volver, asustado y temblando, a entrar en el almacén de las maquetas sin encender la luz. Cerré por dentro con llave, pensando que si al inesperado visitante le daba por entrar no encontrase las cerraduras abier-

tas. Pero si entraba tendría que esconderme en algún sitio, así que encendí la linterna del móvil y busqué donde meterme. Había sitios de sobra entre tantas estatuas y trastos: alguna peana, un pedestal hueco. Escogí el de madera del Valle de los Caídos, ya que era el más grande, y la trasera estaba separada de la pared por un espacio que cabía perfectamente.

Estuve a oscuras más de una hora en la que no entró nadie. Escuchaba silbar y mascullar a una persona que no podía ser nadie más que el mudo. Conozco muy bien esa melodía que silba de oírsela cuando chico. Me daba la impresión de que esperaba a alguien, porque se paseaba por la nave y en cada paseo pasaba por la puerta del almacén, acercándome al oído las notas de la *Bienpagá* de Miguel de Molina. En uno de los paseos, el silbido se alejó en dirección a la puerta de la calle. Pero el viejo no salió, como al principio pensé y deseé que hiciera.

Entró gente en la nave. Se oían varias voces femeninas que cruzaron el taller con él. De repente, el mudo abrió la puerta del almacén con una agilidad de experto.

Eran dos chavalas. No deben pasar de los veinte años. Parecían estudiantes. Una tercera, algo mayor, de unos cuarenta años entró la última. Desde la rendija de la maqueta que hay entre el risco de granito de bronce, donde nace la cruz del Valle de los Caídos y la cubierta de la cúpula del monumento, alzaba y bajaba el ojo apegado a la madera. Estaba sentado en el suelo, temblando de miedo, temiendo que me pescara el mudo espiándolo. Veía bastante bien a las tres mujeres; apenas hablaban. La mayor, una morena con melena corta tenía una mejilla y un ojo amoratado. Una de las chicas, muy delgada, de rasgos afilados y las cejas muy arqueadas, pelada muy corto, le acariciaba la otra mejilla como queriéndola consolar, dándole cariño. Era la que trabajaba en la tienda de Clara. La otra, de rizos pelirrojos, le decía muy bajo a Juan, que estaba abriendo la puerta de clavos, «Muchas gracias

por todo, papá, no sabes cuánto te agradecemos lo que haces por nosotras».

Las mujeres no entraron en la otra habitación; permanecieron en silencio hasta que Juan volvió a salir y cerrar. Entonces le entregó dos pastillas rectangulares, doradas, relucientes, dos tabletas de oro. Me quedé atónito, desconcertado. Las tres mujeres se abalanzaron dulcemente hacia él, que con gestos paternalistas las llevaba del brazo hasta la salida del almacén, sin decir una palabra, manteniendo el mutismo todo el tiempo que estuvieron en el taller. Yo intentaba ver algo del cuarto del que sacó el oro, pero el ángulo de visión y la escasa apertura de una sola hoja de la puerta, no permitía ver nada más que, de manera sesgada, unas estanterías repletas de archivos y libros viejos, de legajos y pergaminos antiguos. Tras el cuerpo agachado del viejo, manipulando algo que no pude ver, pude identificar por el sonido el mecanismo de una caja fuerte. Pero al viejo solo le veía parte de las piernas; el cuerpo y la cabeza los ocultaba la puerta. Además, en esa dirección no veía con claridad entre los huecos de las estatuas a través de la estrecha raja de la maqueta. En el suelo, cerca de la pared debajo de las estanterías vi de refilón, cuando ya estaba cerrando la puerta, el arcón grande de madera que yo había visto por primera vez cuando chico, hace sesenta años, en la cueva de Zabulón.

Antes de salir y cerrar, el viejo recorrió con la mirada todo el almacén durante unos segundos interminables. Olfateaba el aire como queriendo identificar algo extraño. Su ademán de alzar la cara, aguzando la nariz mientras giraba la cabeza hacia uno y otro lado con la velocidad de un espasmo, me recordó a cuando lo espiaba desde las chumberas del Castillo: parecía un águila husmeando el rastro de alguna presa intuida. Por fin salió y cerró, mientras que la mujer de la cara hinchada le decía, agradecida, con la voz encogida de angustia, unas palabras que todavía me resuenan en la cabeza: «Pero por favor, Juan, no le

digas nada a mi marido, no le llames la atención, que ya se le pasará, por favor, que me da mucho miedo de él. Además, ya tiene la orden de alejamiento».

Cuando salieron esperé debajo del pedestal un buen rato, hasta que se hubieron alejado del taller. No quería arriesgarme a que Juan me viera por allí en el barrio de Oltrarno a esas horas, así que me demoré lo bastante para darle tiempo a llegar a casa. Y en efecto, cuando llegué él estaba terminando de cenar algo que había preparado Clara para los tres: rollitos de espárragos verdes a la plancha con lonchas de jamón de bellota y medallitas de solomillo ibérico asado. El mudo salió haciendo una señal muy familiar, acercando la palma de la mano a la mejilla inclinada, lo cual significaba que iba acostarse. Yo subí al estudio cuando terminé, royéndome la cabeza con lo que había visto, sin entender nada, con la conciencia pellizcándome por haber estado espiando, mordido por la incertidumbre de si contarle algo a Clara o callarme la boca. Me tenía intrigado la confianza, la intimidad entre las tres mujeres y el viejo. Los pequeños lingotes de oro. Alguien había golpeado a la mujer. ¿Quiénes eran aquellas mujeres? La esperé tendido en el sofá escuchando un compacto de coplas de Miguel de Molina, el silbido tenue que me resonaba en la cabeza. Pero Clara no subía, oí el zumbido del ascensor pero iba bajando. Había salido a la calle. Me asomé al balcón, y la vi bajo la farola hablando por teléfono caminando, parándose de vez en cuando, manoteando con una actitud de impotencia. Di por seguro que era Roberto otra vez.

Al cabo de un rato arrancó el ascensor de nuevo, vi a Clara subiendo la escalera hasta aquí. Estuve cavilando con el viejo, tan espigado. Debe medir más de uno noventa. Y tan elegante para los años que tiene, con su barba recortada y pulcra, su melena corta y blanca como la nieve, con su traje de lino cuando sale a la *Plaza de la Señoría* a dar lo que aquí llaman *a fare il giro*. Juan de Paula se siente, no hay más

que observarlo, y así creo que lo ve todo el mundo, un florentino perfecto, y como tal, no deja casi nunca sus paseos, tranquilo y erguido como una vara con esa apariencia de modelo viejo, acorde, en palabras de Aurora, "con las virtudes estéticas de Florencia". Pero yo no sabía que tenía una hija. ¿Será la madre la del ojo morado?

Estaba impaciente, Clara no llegaba, no dejaba de pensar en ella, en el maldito teléfono que cada vez molestaba más.

—Te veo muy entusiasmado con esa copla— me dijo al llegar, antes de que yo la mirara.

—Estaba pensando en Juan, escuchando la *Bienpagá*. Ha estado toda la tarde en el taller con la misma canción— le respondí.

—Ahí tienes para distraerte. Entre el ilustre paisano y los testamentos de los antepasados de Jacobo ya te puedes tirar aquí hasta la vejez, que no te quepa duda.

—¿Qué testamentos, y qué antepasados? No sé de qué me hablas. ¿Y qué ilustre paisano?

—Vaya, no me digas que no has visto todavía esos manuscritos de allá arriba, a la derecha de la Gramática. Ahí te he bajado uno para que copies algunos textos.

Me di cuenta una vez más de lo despistado, lo atrasado, lo cazurro y aturdido que soy. Me sentí avergonzado por mi crónico atolondramiento y algo me arrebolé sintiéndome cogido *in fraganti* en uno de mis extravíos. A decir verdad, la mayoría de las horas las paso tendido en el butacón de cuero, escuchando música entresueños con la cabeza embotada. Porque últimamente apenas cojo un libro, y si es de la estantería acristalada ni siquiera he leído la mayoría de sus títulos. Con los que ella me va indicando llevo ya de sobra. Y es que, aunque me siento lúcido, y durante muchos días la memoria no me falla, cada vez me cuesta más concentrarme.

—Este que está aquí es sencillamente precioso.

Subida en la escalera con una pierna flexionada, apoyando la punta del dedo índice en el lomo de cuero de uno de los volúmenes, con esa sonrisa que le entorna los ojos y le endulza la mirada Clara me vuelve loco.

—Lo que pasa es que está en latín y en hebreo, pero Jacobo ya tiene traducido más de la mitad. Son como unas memorias, el testamento de Paula Gobantes. Nació en 1444 y murió en 1530. Era la madre de este otro: Jacobo de Paula Primero, 1475-1545.

—¿La madre de Jacobo Primero? ¿Paula Gobantes?

—Sí, dice mi prima que son emocionantes, conmovedoras. Ella no las ha leído pero Jacobo lo conoce todo.

Sentí venirme abajo como si el sillón donde estoy sentado se hundiera en un abismo y me tragara sobrecogido de vértigo. Es como si de repente me hubiera trasladado a otro mundo diferente al mío, envanecido y abrumado, a otro mundo desconocido y misterioso, aunque más cálido, acogedor y generoso.

—Mira, aquí está el que le sigue: Jacobo de Paula Segundo, 1502-1580.

—Y los demás: Elvira de Paula Primera, Elvira de Paula Segunda. Aquí está otro Jacobo, y una Leonor de Paula Primera, 1681—1780. Vaya con la Leonor, vivió 99 años, ¿qué comían, por dios?

—Lo mejor es que están todos traducidos del latín y del hebreo, y del castellano anterior a la Gramática de Elio Antonio. Cada página está plastificada junto a la traducción que Jacobo *el Siete* hizo mientras estuvo escondido— continuó recalcando Clara, con una sonrisa triunfal al notar mi prodigiosa ignorancia.

—Aquí hay otra Elvira de Paula Cuarta, 1871-1936, la abuela de nuestro Jacobo. Ah, sí, esta es la que mataron junto al marido, cuando la República. Hay que ver ¿no?, matar a los dos a la vez. Bien, y el

ilustre paisano que te digo es Elio Antonio, también puedes copiarlo, con eso conoces algo de él.

Volvía a estar desamparado, completamente confundido. ¿Me estaba hablando Clara del Jacobo que yo conozco desde que tengo uso de razón? Eso no es posible. Jamás me habló de esos antepasados. O ya no me acuerdo. Lo de los abuelos sí que lo sabía, aunque también es cierto que no tanto por lo que él me contara como por lo que la gente y los trabajadores de la alfarería murmuraban. También la Tata dijo algo alguna vez. Ahora entiendo el apodo *el Siete*. Sí, pero, ¿y el de Jacobo, *el Pulpo?* De repente, el silencio arrullado por las palabras de Clara se rompió con el timbrazo largo y estridente de su móvil. Bajó los dos peldaños de la escalera. Se puso pálida, severa. Salió a la terraza y estuvo un par de minutos hablando, luego colgó, entró en el salón, y se fue del estudio.

—Esto no tiene arreglo, Roberto ha dejado el centro y se viene para Florencia. Por lo visto hay un italiano que se viene y, claro, él se ha apuntado al viaje. Como siempre, este tío se apunta a un bombardeo. ¡Joder, a ver si se muere de una puta vez y me deja tranquila ya¡ —exclamó, rompiendo a llorar escaleras abajo. No pude detenerla antes de que entrara en el ascensor y bajar.

Anoche tampoco se quedó conmigo, y mucho me temo que no lo hará más si a ese mamarracho le da por quedarse mucho tiempo en Florencia y ella no se decide a dejarlo. Cuando se marchó quedé desolado, estuve a punto de irme a callejear por la ciudad; eso me sigue relajando, perderme por las calles antiguas de noche cuando los turistas están acostados. Pero opté por quedarme copiando este texto de Elio Antonio, temía perderme en la ciudad.

«De la Apología»

«Pero si el propósito del legislador debe ser recompensar a los hombres buenos y sabios; y en cambio a los malos y a los que se apartan del camino de la

verdad refrenarlos con castigos, ¿qué puedes hacer en esta república donde se ofrecen premios a los que corrompen las Sagradas Escrituras; y por el contrario a quienes restituyen lo alterado, a quienes recomponen lo dañado, a quienes depuran lo que está lleno de errores se les impone tacha de infamia, soportan la censura de excomunión; o donde, si te empeñas en defender tu postura, te puedes ver obligado a afrontar una muerte indigna?».

Reconozco y soy consciente de copiar y no enterarme de nada de lo que escribo, pero tengo que hacer el esfuerzo de proseguir para no pensar en ese desgraciado de Roberto:

«¿Qué diablos de servidumbre es esta, o qué dominación tan injusta y tiránica, que no te permita, respetando la piedad, decir libremente lo que pienses ¿Qué digo "decirlo"? Ni siquiera escribirlo escondiéndote dentro de los muros de tu casa, o excavar un hoyo y susurrarlo dentro, o al menos meditarlo dándole vueltas en tu interior».

29. EL MONÓLOGO DE CLARA

La mayoría de las veces transcribo como un autómata y no asimilo lo que escribo. Lo hago como cuando sueldo o conducía de una punta a otra de España o de Alemania, con la misma inconsciencia que hace olvidarse a uno de sus piernas durante una larga caminata. Ahora, cuando acabo de copiar el texto de Elio Antonio descubro que no sé muy bien lo que dice, ni tengo ganas de calentarme la cabeza para saberlo. He ido registrando en mi cuaderno la caligrafía en tinta china de don Jacobo mecánicamente, a caballo de la quinta sinfonía de Gustav Mahler, y he llegado al final y sigo escribiendo esto cuando son las cinco de la mañana y todavía no tengo sueño, desvelado con las sonatas de Beethoven que don Jacobo tocaba con el violín cerca de la Iglesia y frente al cementerio.

Pero que no haya entendido lo que dice Elio Antonio no significa que la mente haya estado en blanco: al contrario, mientras copio no he dejado de pensar en Clara y en su marido, no puedo evitarlo. En las conversaciones que hemos tenido a veces sobre las adicciones que siempre tuvo ese desgraciado y que en los últimos años tras vanos intentos de regenerarse le acarrearon recaídas cada vez más letales para la convivencia. También cavilaba con la duda que me corroe sobre si contarle o preguntarle algo de la hija del *Muo Paula*. ¿Y las otras mujeres? Sigo sin aclararme si serle sincero, confesándole que había estado espiándolo, o mentir diciéndole haber visto de lejos en alguna calle de Florencia a Juan acompañado por tres mujeres. Al mismo tiempo, la mente se me iba a algún cajón del despacho de Jacobo donde puedan

estar las llaves de la puerta de clavos dorados. Posiblemente pueden estar en el manojo que vi junto a las del almacén.

Ahora me gustaría recordar lo que me decía Clara aquella tarde; pero no puedo sacar nada de esta cabeza. Usaré la grabadora como ella me enseñó.

«¿Sabes una cosa?» me decía Clara la tarde que soñé que volaba, cuando al despertarme me la encontré sentada en el brazo del sofá hurgando con su lengua entre mis labios, «pensé muchas veces que me gustaría, que quería estar contigo. La primera vez fue el día que te vi en la plazoleta del Mantillo durante la representación *de Noviembre y un poco de yerba* por la gente de Juan Bernabé. Aquél día estuve dispuesta a tirarte los tejos y no crearle más falsas expectativas a Roberto, te lo digo de verdad, pero tú estabas embobado con aquella tía de Sevilla que venía a ver a los del teatro. Al final te fuiste con ella después de estar fumando los dos detrás del escenario. Recuerdo perfectamente que antes que ella se sentara junto a ti me miraste como lo estás haciendo ahora, con esos ojillos casi cerrados que no sé cómo puedes ver a través de ellos, con esa sonrisa de medio tonto y buena gente. Antes de que terminara la representación te vi montar muy risueño en la furgoneta que ella traía, cogiendo por el brazo a aquella furcia que iba victoriosa como la perra que acaba de cazar un pato entre los juncos. Después de aquél día ya no te vi más, y si me imaginaba que podría encontrarme contigo en el teatro o dando paseos por la Corredera, y darte la oportunidad de vanagloriarte con tus amigos de que yo te gustaba, me quedaba en casa o me iba con Roberto a su casa de Sanlúcar, o al rancho de su padre a montar a caballo. Te voy a decir una cosa, desde que te fuiste con aquella fulana decidí olvidarme de ti. Pero qué quieres que te diga, siempre volvías a mi pensamiento, cada vez que iba a ver una obra de teatro, o veía pasar un carro cargado de barro y pasaba por una cantarería, me acordaba de ti».

Ahora sí, ahora recuerdo aquel día detrás del escenario con aquella soberbia mujer que me pasaba el cigarrillo liado a mano para que le diera unas caladas. Antes había estado siguiendo cada movimiento de Clara, que era casi una niña todavía, muy recatada, aunque ella siempre pareció una mujer hecha y derecha de una sensatez y desenvoltura fuera de lo común. Envidiaba al tiparraco que estaba con ella, el hijo de un señorito venido a menos con el pelo ondulado, repeinado hacia atrás con brillantina y unas patillas largas, con un lustre en la cara y una vestimenta muy diferente a la mía, que entonces tenía la cara torrada y reseca y las manos llenas de costras y de callos. Pero después de fumar la marihuana yo no paraba de reírme y decir tonterías. Cuando me hallé horas más tarde en el caserón de una hacienda de Ligustia con la mujer desnuda no recordaba nada, aunque sí me acuerdo todavía de los dos días que estuvimos sin salir para nada del caserío. Nunca había estado con una mujer. Tampoco imaginaba entonces lo poco que cuesta, a un chaval que no pregunte mucho ni sea muy escrupuloso, si te dejas llevar y te dejas querer, acabar en los brazos de alguna cuajadita en años que no espere ya la llegada de un don Juan que la seduzca, ni de un buen partido que la libere. Aquella moza madurita y retozona, que además manejaba dinero, era una de esas agradables mujeres sin prejuicios que no tienen remilgos para disfrutar lo que la vida le ofrece sin remordimientos. Ni tampoco se reprimen en dar lecciones magistrales de sexo que sus pánfilos alumnos no olvidarán mientras vivan, porque de cuya experiencia y magisterio se alimentarán en sus futuras y frecuentes relaciones. La madurita también me enseñó algo más. A la semana siguiente, en otra representación en otra plaza, al verla sentada me fui para ella como si la conociera de toda la vida, creyendo que tendría asegurado el acceso a su cuerpo otro fin de semana, pero ella me miró como a un extraño con una risa burlona y de lástima. Le dijo al chaval

que tenía al lado, al que le pasaba un cigarro como una trompetilla, que no me conocía de nada.

«¿Sabes qué?, no te imaginas la de veces que he pensado en aquella víbora. De no haber sido por ella quizá no me hubiera dejado engatusar tanto por Roberto. En cierto modo, me dejé llevar porque aplacaba los celos que me devoraban. ¿Te creerás que la primera vez que nos acostamos en uno de los boxes de las caballerizas al que veía era a ti? Pero todo pasa. Y más aquello que siempre creí que fue un calentón infantil demasiado tibio para resistir las comodidades y atenciones que Roberto me agasajaba».

»La verdad es que era encantador, era delicioso. Mientras tuvo de dónde tirar y no le faltó de nada no había día para mí que no le agradeciera a la vida haber nacido para conocer a un hombre tan fascinante y maravilloso. Pero los problemas llegaron cuando las cosas se torcieron y sus padres tuvieron que vender el cortijo por cuatro perras y mudarse a Sevilla. Se largaron casi huyendo de los acreedores, comiditos de vergüenza por ser una familia arruinada por los vicios y chanchullos y la mala gestión de un capital fabuloso. Yo sabía que fumaba, claro que lo sabía, aunque delante de mí no lo hiciera. Liaba la picadura aliñada con una maquinita y metía los cigarrillos en un cajón de su despacho. Cuando se le apetecía, se encerraba y se fumaba alguno, y cuando llegaba al dormitorio venía con los ojos inyectados en sangre y muy contento, gracioso y dicharachero, más simpático, seductor y más amable todavía de lo que habitualmente era conmigo».

»Algunos años más tarde sí fumaba delante de mí, incluso en la cama, y me daba algunas caladitas que me entonaban más aún de lo que siempre me tenía. Pero aquello no fue lo que lo estropeó, o por lo menos eso quiero creer; la yerba no es tan dañina, aunque quizás le haga algún daño a la memoria. Lo que empezó a devorarlo como los gusanos de seda comen las hojas de mora fue el polvito blanco ese que venden

los camellos en taleguitas de plástico atadas con una guita, con un cablecillo fino o en papelinas plegadas. No pensaba en otra cosa. Si no se metía se ponía nervioso, estaba sin tino, muy agresivo».

»La primera vez que me di cuenta de que se había pasado fue porque no pudo terminar lo que siempre fue para él motivo merecido de orgullo varonil. Quería pero no podía. Se obstinaba inútilmente, pero había que dejarlo por imposible, y entonces con la impotencia cogía un cabreo de mil demonios. Lo que aplazábamos para años más adelante, para poder viajar y divertirnos sin ninguna carga, lo de tener hijos, lo evité a tiempo por temor a que vieran a un padre desquiciado cada dos por tres, que dejaba de ir a trabajar a la oficina del cortijo y llegaba casi todas las noches borracho y ciego de coca apestando a tías».

»Un día le puse las cartas boca arriba. Le dije que o endonaba su vida o me iba a casa con mis padres. A los dos o tres días apareció a las ocho de la mañana ciego perdido, y con las mismas hice la maleta y me fui, no estaba dispuesta a aguantarlo más. Pero a los pocos días apareció en casa de mis padres muy modosito, haciéndose el tontito que no rompe un plato, simpático y adorable como mi madre lo conocía y lo admiraba, y logró sin mucho esfuerzo poner a los dos de su lado y convencerme entre todos a que volviera. Para reconciliarnos nos vinimos a recorrer Italia como en una nueva y larga luna de miel. En Venecia estuvimos un mes. Luego nos quedamos otro aquí en Florencia con mi prima y su marido. Recuerdo que en aquellos días, cuando llegamos a este mismo estudio con Aurora para saludarlo, Jacobo leía una carta que le habías escrito. Le contabas que estabas en Polonia trabajando, y que vivías con una operadora de grúa gallega de la fábrica de Matías Corrales. Por lo que nos contaba entonces de ti Jacobo se ve que no perdías el tiempo tú, vamos, que no dejabas pasar ni una».

»Aquella reconciliación duró unos cuantos años. Nos iba tan bien que llegué a creer que había cam-

biado para siempre, ya que no salía apenas ni llegaba a las tantas, ni bebía, ni noté que se metiera nada de aquella mierda. Éramos muy felices. Lo fuimos, hasta unas navidades que nos vinimos a Florencia otra vez de vacaciones, solo ocho días, porque él estaba entonces en un banco de Sevilla de comercial en el que estaba muy bien mirado. Me decía que lo iban a ascender a director de sucursal porque no había nadie que vendiera tanta cantidad de participaciones de fondos de inversión y de todos los productos financieros de la entidad. Estábamos encantados, como en nuestros mejores tiempos. Pero una mañana, sin venir a cuento, después de hablar si acaso un minuto por teléfono, cogió un rebote y tal cabreo ahí abajo en la cocina que estrelló la tarrina de la margarina y el café sobre los azulejos y salió dando un portazo. A mediodía no vino a comer. Llegó por la noche, muy nervioso y tan violento que cuando le dije que si volvía a las andadas se quedaba solo como la una me estrelló contra la pared. Me salvó de la paliza Juan, el hermano de Jacobo, que se enteró del vocerío y vino corriendo hasta la cocina».

»Y fíjate cómo es que se puso a llorar como un niño chico pidiéndome perdón, alegando que estaba hecho polvo porque había un problema en el banco y se lo achacaban a él. Entonces decidí regresar a Lebrija con la intención de prepararlo todo para dejarlo de una vez. Pero al día siguiente de llegar a casa, llegaron dos hombres para cobrar la deuda que contrajo en el casino la tarde anterior a nuestra salida de vacaciones. Se llevaron el *Seat 1.500* y la moto, y engancharon la yegua y el caballo al quitrín que heredó de su abuelo. De aquella apareció a los dos días borracho, ciego otra vez, y se acostó sin decir ni pío. Cuando despertó, se hartó de llorar pidiéndome perdón y queriéndome abrazar. Yo estaba desconcertada, sin entender lo que pasaba, incluso me parecía mentira que se comportara de aquella manera, no parecía el mismo, estaba cambiado por completo, casi no me acordaba ya de que así estaba cuando me fui a

casa de mis padres la primera vez. Creo que por eso me dejé querer de nuevo, porque llevaba unos cuantos años muy bien, y era muy bueno, no bebía, ni yo sabía que jugaba, ni que andaba trapicheando con la puta droga. Me daba mucha lástima».

»Pero ya te digo, volvió a las andadas. Al cabo de pocos meses ya no se cortaba en meterse delante de mí, ni en cortar la coca y pesar las papelinas y las bolsitas en la mesa de su despacho. Un día le dije que dejara aquella porquería de una vez, que eso no era forma de vivir. Él me dijo que si yo era capaz de trabajar para mantener la casa y pagar las deudas que teníamos él dejaría de suministrar a sus clientes y a los señoritos en las fiestas y en el Rocío. Entonces no me pude aguantar: lo puse como los trapos; le dije de todo; me abalancé a él, me sacó de quicio lo de las trampas, porque yo no le debía ni le debo nada a nadie. Aunque si te digo la verdad, lo que más me encendió fue que mentara a mi abuelo, que lo recordara para hacerme daño, porque él sabía bien que aquello me dolía, que fuera en una de las cuadrillas de los que apretaron el gatillo cuando la República. Por eso mismo me preguntó con mucho sarcasmo y retranca que si había heredado de mi abuelo esos arranques de bravura y *mala leche*. Salté encima suya para partirle la cara pero me paró en seco y me dio un guantazo que me tiró al suelo. Me dio unas cuantas patadas en las costillas. Luego me ayudó a levantarme, y me pidió perdón. Pero aquello era demasiado, así que lo dejé otra vez y me vine aquí con mi prima».

»¡Y qué quieres que te diga¡ Volví a verlo varios años después, cuando apareció un día de Nochevieja por la joyería del *Puente Viejo*, acompañado por un italiano del que se hizo amigo en el centro. Te mentiría si te dijera que no me alegré mucho de verlo. Se había puesto la ternilla de la nariz de plástico y ya no hablaba tan gangoso. También estaba más gordo, y parecía más joven y más guapo, la verdad. Pero me daba algo de miedo. Y lástima, me daba mucha pena

de él. Estuvimos juntos de nuevo varios días bajo la promesa de que si permanecía otro año más en el proyecto podríamos volver de nuevo a compartir nuestras vidas. Y así sucedió, se recuperó del todo, o eso creía yo, y estuvimos otros dos años. Sus padres murieron en una residencia de tanto sufrimiento, y quién sabe si de la nostalgia de haber sido ricos y tan poderosos. A él lo colocó una prima con influencias políticas de administrativo en una delegación de Urbanismo de un pueblo de la provincia. A mí me pasaron el examen para un puesto de archivera en el mismo ayuntamiento, así fuimos tirando con lo que ganábamos entre los dos».

»Pero la cabra siempre tira al monte. En Urbanismo reconoció a muchos de los contratistas y políticos que se jugaban los cuartos con él en el casino y recobraron sus buenos tiempos de negocios y trapicheos, hasta el extremo de que las comisiones y las comilonas se multiplicaron y el dinero recomenzó a fluir por todos los cajones de casa. Y así hasta que hace un par de años lo dejamos definitivamente, después de una paliza que me dejó baldada. Ahora lleva otra temporada intentando recuperarse, como ya sabes. Pero no hay más oportunidades que valgan. Se acabó. Aparte de eso, el médico le ha dicho que tiene el hígado como una criba, que es muy difícil que escape de ésta si no cambia por completo y deja de beber».

»Porque esa es otra. En esta temporada que lleva en el centro me han dicho que ha vuelto a las andadas. Que si no lo echan es porque se las habrá ingeniado para pagar una buena cantidad por adelantado. Encima tiene la desfachatez de colaborar en las actividades del centro como si fuera un monitor de los más responsables. Pero, quien me ha informado de su estado y de sus andanzas, una terapeuta amiga mía que entró en el proyecto hace muchos años cuando estaba enganchada hasta las trancas, y a la que por cierto intentó tirarse a la fuerza más de una vez, me asegura que está fatal. Así que se acabó. Ahora te ten-

go a ti. Ya no hay marcha atrás. Un día de estos se lo tendré que decir, no tendré más remedio, para que se le quiten las expectativas de volver conmigo».

Es lo que yo sabía más o menos de ella y de su relación con Roberto, antes de venirme a Florencia. Era lo que me había contado por encima Jacobo en sus cartas, respondiéndome a las preguntas que sobre ella yo le hacía en las mías, de manera taimada, queriendo aparentar que las hacía por simple curiosidad, sin darme cuenta ingenuamente que él sabía de sobra que yo la amaba desde que era un chaval. Lo mismo sucedía con Aurora, que estaba al corriente de mi veneración por su prima desde mucho antes de venirme con ellos, mientras yo seguía creyendo que no se había dado cuenta. Aunque, ahora lo pienso, es posible que yo hubiera estado alguna vez en boca de las dos, si Clara le hubiera confesado en algún momento que también estaba enamorada de mí. Las mujeres suelen desahogarse con sus amigas, su prima además en este caso; les gusta contarse sus desengaños amorosos y sus lances con más sinceridad que uno hace con los suyos.

Pero hay una cosa en el monólogo de Clara que no sabía. Nunca me enteré de que su abuelo había participado en los fusilamientos del 36. No advertí que el abuelo de Aurora fuera la misma persona que el abuelo de Clara, el hombre que se envenenó con el pesticida. Siempre prejuzgué que era algún familiar suyo que vivía con los padres de Aurora, y no sé si alguna vez pensé que era un tío abuelo de su prima; hasta ese punto desconocía casi todo de la familia de Clara. Es evidente que la memoria pone trampas de las que es difícil escapar, y que después de tantos años transcurridos desde aquellas historias, lo residual en el recuerdo son meros flecos deshilachados. Ahora entiendo su interés en buscar en los manuscritos de don Jacobo.

Termino de escribir amaneciendo, con el sol entrando plano por los cristales con las cortinas y los

visillos descorridos. Apago la luz del flexo. Recojo los manuscritos que estaban sobre la mesa y en el sofá, donde los había dejado Clara con las notas de las páginas que tengo que copiar. No los coloco en la estantería; los dejo apilados en la mesa. No tengo sueño, estoy espabilado, con una lucidez extraña y una claridad mental tan liviana y fresca como el aire de la mañana que me acaricia la cara cuando he salido a la azotea y me acodé en la baranda. Miro hacia la izquierda, alargo la vista hasta lo más alto y lejano de los picos turbios de los Alpes, difuminados en la neblina que empiezan a clarear con los primeros rayos de sol. Aún no se distinguen en los campos los cipreses, ni el ocre asalmonado de las casas de los campesinos. A la derecha, por el sur, apenas empiezan a insinuarse las colinas onduladas cubiertas de viñas y olivares salpicadas de granjas de piedra. Más cerca, casi al frente, los gajos de la cúpula del *Duomo*, cercados con sus nervaduras de mármol y sus tejas rojizas, ascienden y se estrechan vigorosos para ceñir la base de la linterna blanca. Las cuadrículas y rectángulos de mármol enmarcados en verde y azul comienzan a emitir un brillo vivo, que ahuyenta la humedad de la lisura pulida de los muros de la catedral. De pronto, los párpados se me caen embrujados por el sueño.

30. LOS SEÑORITOS

Clara no sube a verme desde que vino ese esperpento a meter la pata. La he visto desde entonces una vez solamente. Con él, en la joyería del *Puente Viejo*. Los vi cuando iba para el taller, otra vez para nada, porque los ingenieros andan instalando en la nave las impresoras y hay mucha gente, técnicos, informáticos y colegas de Jacobo merodeando por todas partes y observando con lupa las esculturas que las máquinas imprimen. Así no me gusta estar soldando, aunque esté protegido de la vista de todos por las mamparas prefiero hacerlo cuando hayan terminado.

Roberto está seco, esquelético, pero aún conserva la tiesura fanfarrona y echada para adelante. Tiene la cara acorchada y macilenta, los pantalones algo caídos. Ellos no me vieron. Me escondí entre los turistas para poder observarlos. El yonqui estaba como ausente, cerca de la puerta, muy severo, calvo por completo, sin despegar la vista de uno de los mostradores repletos de piezas de orfebrería y alhajas de oro. Está mortificado, tiene la cara desencajada y una mueca torcida y rara de repulsa hostil a la vida, como un gesto repelente que se le haya congelado en el rostro. Clara habla con Aurora por dentro del mostrador del fondo, de perfil, y a mí me parece que está a punto de llorar, lo que me confirma cuando se vuelve. Está desconocida, ha adelgazado varios kilos. Y llorando.

Me pregunto si se está quedando con él en casa de su prima o en un hotel, porque no me ha dicho nada de lo que piensa hacer. No sé si le habrá dicho algo a lo que queda de Roberto sobre lo nuestro. ¿Por qué no me dice nada? No lo sé, lo único que sé es que debo esperar. Me dan ganas de liarme a andar, perderme por las calles de Florencia, pero por otra parte también

quiero seguir aquí encerrado en el estudio, hasta que suba y me comunique algo. Entre tanto no me concentro leyendo, ni me apetece escarbar en la memoria para recordar algo. Además, mi cabeza parece la orilla de la playa después de bajar la marea: limpia de las huellas marcadas en la arena antes de la pleamar. Si busco alguna imagen para rescatarla no encuentro nada en absoluto, está todo limpio, plano y vacío como la superficie de las chinas lavadas de un río. No me acuerdo de nada.

Solo me queda copiar, y para eso tengo que leer por muy pocas ganas que tenga lo que ha señalado Clara en el manuscrito de don Jacobo:

«Al día siguiente de la proclamación de la Segunda República, de mañana fui al Casino a esperar a don Cristóbal, pues con la gente agolpada en las ventanas del Casino la tarde anterior, criticando la bulla de la plaza, se me olvidó pasarle el talón de mayor cantidad para que lo firmara. La Plaza estaba desierta todavía, pero el Casino, que muchas noches cerraba por dentro mientras jugaban a las cartas algunos clientes, estaba ya abierto. Los labradores más tempraneros tomaban el café y comentaban los acontecimientos y el izado de la bandera tricolor en el balcón del Ayuntamiento la tarde anterior. Don Cristóbal no había llegado aún, de manera que decidí esperarlo sentado en el sillón de siempre, leyendo *El Debate*. Detrás del periódico con las grandes hojas desplegadas me sentía como cobijado de los señoritos. Así podía prestar atención a lo que hablaban, sin que ellos se dieran cuenta de que yo no leía, pendiente de sus conversaciones».

Tengo que parar. Me canso.

«Don Cristóbal no llegó aquel día al Casino. Estuve esperándolo en vano hasta media mañana, pues no tenía dinero suficiente para pagar los salarios del laboreo de los olivares y las viñas. Me lo dijo su hermano don Gaspar, que entró a desayunar y a esperar a tu abuelo Juan para ir al Cerro del Trigo, en Doña Ana, a visitar las ruinas del poblado que está encima

de la ciudad de Tartessos. La actividad de empleado y patrón desde que me hice cargo de la contabilidad se centraba casi exclusivamente en realizar excursiones para recabar pesquisas a los yacimientos arqueológicos de la comarca».

»Cristóbal ha ido a Sevilla, me dijo su hermano Adolfo, al sentarse con una copa de coñac en la mano en uno de los sillones. Cuando llegó tu abuelo Juan para reunirse con don Gaspar, se vino hacia mí y me dijo al oído que anduviese con cuidado. Algunos anarquistas andaban diciendo que había que cargarse la República. Me lo dijo como si le hablara a un ignorante. La verdad es que yo no manifestaba lo que ya sabía de antemano por la información que me llegaba de la familia de tu abuelo Curro y de tu madre. Mi discreción era absoluta. Nadie, excepto tu madre y los más amigos como Juanillo *el Chavetas*, tu tío Juan y Bernardino conocían mis actividades».

»Aquella discreción perduró todavía unos años, aunque cierto es que se conocía mi amistad con alguno de ellos. Mi prudencia era total con el administrador, pues desde que descubrió que yo conocía los chanchullos en la llevanza de los libros no me quitaba ojo, esperando a pescarme en algún renuncio. El renuncio para él consistía en olvidarme de hacer la vista gorda ante los enjuagues, las falsificaciones y omisiones de ciertas cuentas y facturas».

»En una de las mesas estaban sentados el secretario del Ayuntamiento Antonio Calderón y su primo Antonio. Hablaban de algo sobre Andrés Sánchez de Alva. Del dineral que se estaba gastando el amigo de Caro en el comedor para pobres que tenía montado en la calle Porrita desde los años veinte. Del disparate de haber vendido el cortijo *El Lirón* para aumentar el número de comidas para los necesitados y las ayudas a las viudas pobres del pueblo. En otra mesa hablaban dos labradores de lo que estaba ocurriendo, de que había que convencer a los agricultores y propietarios de la mayoría de las tierras para no sembrar,

había que apretar las clavijas a los sindicatos. En un velador cerca del secretario municipal y su primo, el futuro albacea de don Andrés *el Tonto,* había dos labradores, vestidos con pantalones de rayas y chaqueta corta, con sus anchos sombreros cordobeses algo caídos sobre las cejas. Le contaban a un joven periodista lo que opinaban los señoritos de la situación que se veía venir. "El campo, —venía a decir uno de ellos, bodeguero y terrateniente de la zona— no da más que señorío. Se es labrador por el placer de uno de atravesar el cortijo montado en una buena jaca y llevando detrás una traílla de galgos. El campo no da para más. Es el lujo más caro que se puede tener. Fíjese usted cómo vive la mayoría de los señoritos de la comarca y de Sevilla, a todos se los comen las trampas. Cortijo que se hipoteca, cortijo que no vuelve más a ser de su amo. El campo no da más que señorío. Ya sabemos que los braceros y los pequeños campesinos no nos quieren: que si les valiera nos arrastraban y que si no fuera por la Guardia Civil nos habían degollado ya a todos. Bueno, pues nos echarán, y entonces a ver si les va mejor que con nosotros y nuestros aperadores y manijeros con esos banqueros vizcaínos o catalanes y con sus tenedores de libros. Nosotros ya sabemos que estamos mandados a retirar, quizá haya llegado el final de nuestro tiempo, y tal vez nos lo hayamos merecido. ¿Qué se le va a hacer? ¡Que vengan otros a labrar el campo en vez de nosotros!».

»Yo recordaba conversaciones que tu abuelo Juan y don Gaspar mantenían de vez en cuando sobre el mismo tema. También me acuerdo de los comentarios sobre las instrucciones que el hermano ingeniero de los Guzmanes, Marcelino, daba a mi padre y a Alberto antes de vender su finca e invertir en industrias de Barcelona. El ingeniero recomendaba la necesidad de llevar una contabilidad rigurosa de las haciendas y modernizar la agricultura para ponerla al nivel de Francia. Fue tu abuelo el que se esmeró bastante en esa tarea que tanto le molestaba al administrador».

»El señorito que estaba con el periodista paraba de vez en cuando para agitar el coñac de la copa, bebía un buche, se enjuagaba la boca y chasqueaba la lengua antes de continuar. Yo había estado varias veces acompañando al administrador de los Guzmanes en una de las fincas de don Jacinto Perea. Tenía varias haciendas de olivares y viñas, y otra de tierras muy buenas para los cereales. Las fincas daban trabajo a centenares de hombres, además tenía alguna ganadería y ensayaba alguna industria derivada de la explotación agropecuaria, empezaba a cocer y envasar aceitunas. Por mediación mía se colocó un hijo de Manolo, el casero de *Los Carrizales*. Pero de lo que más se jactaba don Jacinto era de las tres cuartas partes de su hacienda que dedicaba para atender a sus, como él las llamaba sin remordimiento, "tres debilidades suntuarias: los galgos, las jacas y la bodega." "Mire usted, antes se podía vivir del campo. Sí, es verdad que daba muchos disgustos, pero también había satisfacciones. Pero hoy al señorito se le hace la vida imposible. No hay en toda Andalucía quien no sienta como un castigo de Dios el tener un cortijo. Vamos, que si no nos hemos ido o hemos arrendado las tierras es porque no podemos. Y es que los braceros antes se venían a razones. Los dineros que da el campo los saben los pequeños agricultores y los jornaleros tan bien como lo sabemos nosotros los amos. De sobra saben que son habas contadas, por eso mismo, cuando venía un año malo todos apretábamos el hombro. El amo de la tierra pedía dinero a cuenta de ella, se entrampaba hasta los ojos para seguir adelante, y como el trabajador tenía necesidad de trabajo venía con interés a echar una mano. Sin embargo, con esas ideas que trajeron los anarquistas y los comunistas de Rusia, y que ahora defienden todos los republicanos, ese régimen de colaboración se ha roto para siempre, se lo han ventilado por completo. Los obreros no tienen conciencia, lo único que quieren es sacarnos los hígados a los patronos. Ellos dicen, y ahí los tienes en la plaza preparando su revolución, que nosotros tampo-

co la tenemos, que lo que queremos es que revienten de hambre. Así está claro que no se pude seguir. Un día cualquiera de estos se armará una terrible, se liará la de Dios. Entonces ya veremos quién se lleva la peor parte».

»Recuerdo la jactancia de don Jacinto, pensando quizá en el momento en que tendría que defender a tiros su hacienda contra el asalto de los jornaleros con los que ya no había forma de entenderse, como muy bien sabía yo entonces, por lo que contaba tu abuelo Curro y tus tíos, a los cuales nunca les faltó trabajo en sus fincas. Tu abuelo, quiero que lo recuerdes, era muy exigente, protestón, sí, y hasta se hizo anarquista creyendo ingenuamente, como muchos llegamos a creer, aunque por muy poco tiempo, que sus patronos accederían de mil amores a repartir la tierra y vivir y labrar en colectividad después de la revolución que se avecinaba. Reclamaba, insistía, calentaba y agitaba a la gente para que fueran a la huelga hasta el mismo día de empezar la sementera o la siega. Pero al final, nunca permitía que las labores de la tierra quedaran sin hacer, siempre llegaba a un acuerdo satisfactorio para ambas partes, aunque no se ciñera a lo reivindicado por los sindicatos. Con esa actitud, junto a su capacidad de trabajo y su honestidad con sus compañeros y los señoritos, se ganó la fama de líder sensato y consecuente entre los patrones y los alcaldes de la comarca. Pero, como ciertamente aseguraba don Jacinto, aquella condescendencia y colaboración mutua entre ellos se había terminado para siempre. En su lugar quedó un odio y un enfrentamiento irreconciliable, hasta el punto que tanto unos como otros esperábamos que se liara la que fuera para, si no arreglar las cosas, por lo menos hacer que cambiara todo. Y tanto que cambió, querido Jacobo, claro que cambió».

Mientras copiaba automáticamente los párrafos anteriores se me vino a la cabeza otra vez el nombre de Paco Páez. He tenido que parar. Me canso de copiar. He tardado varios días en transcribir estas ho-

jas. Me suena de algo ese nombre, pero no acabo de saber de qué, aparte de haberlo visto aparecer en los escritos de don Jacobo. No se me cae de la cabeza. Paco Páez, los libros, la alacena. ¿Dónde estará esa «primera piedra», el recuerdo más antiguo de mi memoria?

31. ASESINATO EN EL PUENTE

Acabo de llegar del taller y vengo malo. Debí haberme quedado soldando aunque fuera con el trajín de los ingenieros probando las impresoras. Al menos no me hubiera topado con la algarabía de curiosos en el *Puente Viejo*, alrededor del busto de Benvenutto Cellini, esperando que los buzos de la policía sacaran el cadáver del fondo del río. Apenas entiendo el italiano, pero entre lo que pude coger mientras contemplaba el rescate y lo que veía deduzco que alguien, un hombre de mediana edad, se había arrojado al río con un cinturón al que le había colocado varios trozos de plomo. Al parecer, el suicida se había rebanado el cuello antes de tirarse al agua.

La policía desalojó la zona del monumento a Cellini en cuya cerca metálica repleta de candados entrelazados estaba yo dejado caer, delante del pretil del puente. Había varios agentes de paisano con los esprais y los útiles de captar huellas dactilares, recogiendo del suelo y del pretil muestras del reguero de sangre que revelaban el proceso seguido por el suicida. Uno de ellos comentó a un colega, casi con gestos, la presencia de pisadas sobre la sangre del suelo. Me llamó la atención que uno de los joyeros del *Puente Viejo*, adelantándose al criterio que se estaba estableciendo entre los curiosos dijera, o eso creí entender, que si se tratara de un suicidio la sangre no estaría pisoteada en la acera del puente, ni la del pretil estuviera refregada como si hubiera habido un forcejeo sobre ella. Tampoco se creía el joyero que el hombre hubiera podido extender de tal manera la sangre, que brotaría a chorros del cuello recién cortado antes de arrojarse. Si la sangre estaba pisoteada, excepto las

salpicaduras y goterones que manchaban los candados y la baranda, alguien lo habría hecho. Ese alguien solo podía ser el asesino.

El orfebre hablaba con el colega de la tienda contigua, gesticulando con sus manos señalando al *Puente de la Trinidad* y a los otros puentes, mientras yo intentaba con disimulo coger algo de lo que decían. He creído entender —tengo que preguntárselo a Clara o a Jacobo— que este cadáver es el tercero que aparece degollado en el río Arno, con un cinturón de plomo en la cintura. Creo que el primero apareció poco tiempo después de llegar yo a Florencia. No pude entender nada más.

La tienda de Aurora estaba ya cerrada. Ni rastro de Clara, ni de Roberto. Tampoco quiero preguntar a Jacobo sobre cosas que no creo le importen mucho, bastante liado está con las máquinas y los problemas que tienen con los materiales.

El cadáver me recuerda algo que ahora no consigo poner en pie. Ah, sí, una vez de chico vi en el cementerio a un hombre que se clavó un cuchillo de matanza en el cuello por encima del hombro. Se desangró. Pero no recuerdo nada más. Tengo la cabeza como un libro en blanco. Copiaré un rato antes de acostarme.

Paco Páez, los platos de la alacena del cuartillo donde dormía mi abuelo. Y los libros, ¿Qué libros? En casa nunca hubo libros.

«Ya por aquellos días algún rumor corría de que don Andrés era capaz, conociendo su rareza caprichosa, de extender aún más su ayuda a los pobres. Algunos pensaban que debido a la crítica situación que sufrían los jornaleros en aquellos meses de crisis mundial, de sequía y hambre, el benefactor de Lebrija vendería otra de sus fincas, igual que hizo con el Cortijo *El Lirón*, de 256 hectáreas, para aumentar los comedores de pobres. La alegría tenía varias causas para los que se beneficiaban de su generosidad, fuese por las comidas, por el apoyo que recibían, por las

parcelas que les había cedido, o fuese porque con la Reforma Agraria de la República la calamidad tocaba a su fin. Cerca del Ayuntamiento, frente a la botica de Reyna, recuerdo haber visto con él a Antonio *el Pelao* y a José Falcón».

»En junio de 1934, José Falcón era el alcalde cuando don Andrés murió; enseguida se corrió la voz del destino previsto para sus bienes. Pero con esa noticia se propagó también la desconfianza que tu tío Curro, Paco Páez y todos los que tenían influencia en el pueblo tenían en el albacea. El alcalde tampoco veía con buenos ojos que el capital heredado por los pobres fuera administrado por una persona que no lo era en absoluto, que estaba alejada de su clase y de sus problemas. Por ello, queriéndose adelantar a los acontecimientos nombró una comisión presidida por él, compuesta por cuatro concejales, dos miembros de la C.N.T. y dos vecinos del pueblo para que estudiase controlar la gestión del albacea. En el mes de septiembre, la comisión se trasladó a Madrid, donde consiguieron una copia del testamento y fueron recibidos por Diego Martínez Barrios. Pero el ministro le comunicó a la comisión que el asunto ya había sido puesto en marcha por el albacea, y al oír la propuesta que le planteaban, de que la herencia fuera administrada por el Ayuntamiento, les aclaró a los lebrijanos que la ley por la que se regía el testamento era imposible modificarla para una sola persona. Debían aceptar las decisiones del albacea. La única salida era llegar a un acuerdo por las buenas, para que se hiciera trasparente y justa la gestión y el reparto. No había otra».

»Aún recuerdo las caras de los miembros de la comisión cuando desde el casino los vi llegar desilusionados de Madrid hasta la puerta de la botica de Reyna, antes de entrar en el Ayuntamiento. El Alcalde se tomó la cosa como un asunto personal, y convocó a los trabajadores en la sede de la Asociación de los campesinos, la cual se llenó hasta los topes. Allí estaba tu abuelo Curro y nos contó a tu madre y a mí,

que no fuimos por discreción, cómo el alcalde, que era un hombre apasionado, que vibraba cuando hablaba sinceramente a los oyentes que tan bien conocía, criticó en verso duramente al albacea, y vaticinó patéticamente el triste final al que estaba condenada la herencia de don Andrés».

»Si te digo que ni tu madre ni yo asistíamos por discreción a las asambleas de los trabajadores no te miento, aunque pueda parecer que en realidad no íbamos por miedo al qué dirían. Eso es lo que pensaba más de uno. Tampoco iba mi padre, a él le tiraban más las tertulias en el Círculo Republicano. Ni tu abuela Elvira, que lo que pensara la gente le trajo siempre sin cuidado. De sobra la conocía todo el mundo para saber que a pesar de ser su empleada ejercía sobre don Gaspar una extraña influencia que alcanzaba a cada miembro de su familia. Tu abuela me contó una vez, antes de confesarme la existencia de estas ruinas, que el respeto que los Guzmanes la profesaban se debía a que ella podía demostrar que su blasón, su genealogía, aunque plebeya y humilde y despojada de cualquier símbolo de nobleza, era más antigua que la de ellos. De hecho, a veces le contaba a don Gaspar cosas de sus antepasados que ninguno de los Guzmanes sabía, pero que, al enterarse de su veracidad por el archivero municipal o por el de la Iglesia, solo podían corroborar lo que Elvira de Paula afirmaba. Aseguraba que sus antepasados ya estuvieron al servicio del más antiguo ascendente de los Guzmanes. Eso que decía tu abuela no lo entendí hasta muchos años después, estando ya aquí abajo».

»En cuanto a tu madre y a mí, si no íbamos a las reuniones no era por miedo. Bien es verdad que luego pasé bastante, cuando estuve a punto de perder la vida. Yo no iba a las reuniones de los trabajadores porque prefería que me dijeran de todo y me tacharan de cobarde antes de dar explicaciones a Alberto y al administrador que me complicarían la vida. Siempre me fue bastante bien siendo discreto y prudente,

como cuando estuve en el seminario y demostré a todos ser el más aplicado y fervoroso seminarista. En cuanto a tu madre, era la más informada de todo por tu abuelo y tus tíos. Se enteraba de cuándo iba a haber huelgas y sabotearían las máquinas trilladoras, y entre las mujeres del servicio era respetada tanto o más que su tía Lourdes la cocinera, sin tener que llegar, creo sinceramente, a intimar de manera carnal con ningún señorito ni con el administrador. A pesar de ser hija de un viejo anarquista que había aprendido a leer y a escribir perfectamente, las mujeres la respetaban, y seguían sus consejos. Además, tu madre tuvo la virtud de mantener hasta su muerte el respeto y la amistad hacia los curas y las monjas. Pero de eso ya hablaremos, ahora quiero decirte algo más de la herencia de don Andrés».

»Te contaba antes, recordando el día de la proclamación de la Segunda República, algo de la conversación del albacea y su primo el abogado acerca de don Andrés y su herencia. Me acuerdo más de aquel día por el desdén en las palabras de los dos primos que por el tumulto en la Plaza con la huelga general. Pero con todo, aquella arrogancia no era nada comparada con el desprecio con que el administrador y don Cristóbal se referían a don Andrés, antes y después de morirse».

»Desde que me escondí aquí abajo en agosto del 36 ya no volví a ver al albacea ni a su primo ni a nadie del pueblo hasta varios años después de terminada la guerra. Fue cuando salí la primera vez disfrazado y me puse a tocar frente a la Parroquia en el funeral de la madre de don Gaspar. Le toqué muy bajito y piano algunos adagios de Bach. Matilde, que lloraba detrás de unas gafas negras, se volvió rápidamente. Yo no sabía que iba a estar presente en el entierro, pues Rosario me había dicho que no vendría por estar en el extranjero, pero al parecer aún se encontraba en Lora del Río y vino en cuanto le avisaron del deceso de la madre. Me alarmé, porque temí que me reconociera,

ya que aquel adagio de la Sonata Nº 1 era uno de los que más nos gustaba tocar a dúo; ella misma recomponía la partitura original modificando la tonalidad de algunas notas y la cadencia de esa obra musical. Como Matilde no entraba en la iglesia y no dejaba de mirarme, opté por desafinar con disimulo retardando acordes y obviando algunos silencios con la intención de alejarla de unos recuerdos que de seguro se le refrescaron. Aquel día, al salir de la parroquia, cuando ya me disponía a recoger las monedas del estuche y guardar el violín para marcharme, *la Guzmana* demostró ante la vista de los dolientes y los curiosos, como hizo en algunos entierros años más tarde, su generosidad caritativa depositando en la caja sin agacharse varios rollitos de billetes de una peseta sujetos con una gomilla. Por ahí deben andar aún aquellos canutillos de dinero que tu hermano luego recogía para contar lo recaudado y coleccionarlos pacientemente».

»Para entonces, en el año 42, el albacea todavía no había dicho en público ni hecho nada acerca del reparto de los bienes de Andrés. No se daba ninguna prisa ni tenía a nadie que le pidiera explicaciones. Todos los que formaron parte de la comisión presidida por el alcalde Falcón Cano habían sido fusilados o estaban huidos o escondidos, como el mismo *Josele*, de quien yo sabía que estaba emparedado en su casa. En las casas que eran propiedad de don Andrés seguían viviendo los mismos inquilinos de siempre, pero en la que él vivió en *La Corredera*, la más grande, un caserón de más de 700 metros con postigo a la calle Norieta, cerrada desde su muerte, se había instalado la Falange. Antes del golpe militar y de las matanzas la casa fue solicitada al Ayuntamiento por los maestros de Lebrija para la instalación de una nueva escuela. El albacea aceptó verbalmente, pero dejó pasar el tiempo esperando quizás la escabechina que vino luego, y cedió la casa sin renta alguna para que se instalaran, no solo Falange Española, sino también la Jefatura Provincial del Movimiento, las Delegaciones

del Sindicato, Auxilio Social, el Frente de Juventudes y la Sección Femenina. También ubicaron en la vivienda de don Andrés las oficinas de la Hermandad de Labradores cuya presidencia desempeña todavía. Cada vez que salgo y paso por la puerta no puedo olvidar que en la estancia de atrás violaron y torturaron a muchas mujeres para sacarles donde se escondían sus hijos o sus maridos. Que las raparon y purgaron con aceite de ricino y la humillaron por la calle ante las burlas de las señoritas de la Sección Femenina, muchas de las cuales todavía le guardaban rencor a tu madre por haber abandonado altivamente, cuando era todavía una niña, las sesiones de catequesis».

»Pasé varias veces por la puerta de la Falange en mis primeras salidas de aquel año, cuando se supo que tras muchos requerimientos al albacea por parte de la Junta de Beneficencia Provincial, para que pusiera en marcha la voluntad de don Andrés, el Gobierno optó, a petición del alcalde Antonio Álvarez, porque se investigara la administración de la herencia. Ocho años después de morir don Andrés, el gobierno envió una inspección sin previo aviso para aclarar las acusaciones de sus colegas vecinos, las cuales trataban de los temores premonitorios que el alcalde *Josele*, los maestros, la comisión que fue a Madrid, tu abuelo Curro y muchas personas que conocían al albacea nombrado por don Andrés: que no había voluntad ni intención, ni nunca la hubo de repartir nada. Como ya te dije antes, Jacobo, a los ocho años de la muerte de don Andrés no se había hecho sino marear la perdiz. De toda la administración de la testamentaría no había facturas ni recibos, ni un papel. La Inspección de la Junta, apoyada por las declaraciones juradas de los molineros que compraban las cosechas de los olivares, determinó que "no ya cuentas de ingresos ni gastos de la Fundación, sino siquiera la tenencia y llevanza de libros en regla, apareciendo los ingresos y gastos del patrimonio de don Andrés con los del patrimonio del albacea».

»Yo sabía algo de aquellos tejemanejes, porque lo vi entregar las aceitunas alguna vez antes de esconderme aquí abajo cuando el golpe de Franco. El administrador de los Guzmanes también era un experto redomado en aquellas triquiñuelas. Igual que este hacía con muchos de los gastos del laboreo de las tierras y con las partidas de semillas y abonos para su finca, cuyas facturas llegaban a mí para asentarla en los libros, el albacea entregaba en el molino como suya la cosecha de 252 hectáreas de los olivares propiedad de los pobres, junto con la recogida de las 78 hectáreas que él llevaba a renta. El truco, la trapacería, el robo descarado y puro, y también permitido, es viejo, antiguo como la vida misma. Pero no quiero ser yo, sino los hechos reales que sucedieron los que te hagan sacar una conclusión justa sobre ellos».

»Ocho años tuvieron que pasar para que lo cesaran como Patrono de la Fundación Sánchez de Alva. Primero lo suspendieron de manera provisional hasta que se demostrara su culpabilidad o su inocencia, mediante la presentación de facturas y cuentas. Y mira por donde, tu madre se enteró, por medio de un funcionario amigo, que el 12 de abril de 1942, once años después de las elecciones que trajeron la República, el albacea presentó a la Junta de Beneficencia el balance, sin adjuntar ni una factura, ni recibo, ni justificante alguno de los ingresos y gastos que se consignaban. Las cuentas y el balance que presentó cuadran, pero eso es lo más fácil que hay en contabilidad, si se elimina la obligación de justificar correctamente los gastos y los ingresos».

»Le abrieron un expediente al albacea y amigo de don Andrés *el Tonto*, como el pueblo le llamaba, aunque de tonto nada tuviera. Aquel hombre bueno supo aunar mediante compras y permutas un patrimonio heredado y disperso. Logró reunir una serie de haciendas que dio de comer a muchas familias de campesinos humildes, y fue lo bastante inteligente para dedicar su vida a paliar la miseria de mucha gente,

con la intención no solo caritativa, sino también de eliminar los conflictos sociales que esta acarreaba».

»Le abrieron expediente, y se demostró, como está bien claro en la copia del documento que me trajo tu madre, lo fundado de los temores de muchos fusilados en las cunetas y torturados en su misma casa. La Orden del Gobernador Civil se basaba en "que los hechos motivo de la inspección, del expediente y del acuerdo de suspensión aparecen realmente probados y que el interesado, en sus escritos de recurso y justificación, lejos de conseguir justificarse, no ha venido a conseguir otras cosas que reafirmar la evidencia de su actuación incohenestable y que los hechos someramente indicados y realmente comprobados, venían a constituir abandono y negligencia grave en el desempeño de las funciones patronales, con daño a la Fundación».

»Por lo que me contaba tu madre, y por mis salidas cuando se enterraba alguno de ellos, me fui enterando de lo que ocurría con los bienes que dejó don Andrés. Después de cesarlo de patrón de la Fundación Sánchez de Alva se eligió un segundo patronato constituido por el alcalde, el cura párroco, un maestro nacional y el delegado de Auxilio Social. Pero eso es harina de otro costal que otro día sacaré, para que la amases y hagas buen pan con ella».



Los libros de la alacena de los platos y las fuentes para la ensalada y los cubiertos. La despensa de tres baldas de un metro de ancha y metro y medio de alta de dos puertas con las vetas sobresalientes de la madera. Los libros del tesorero del sindicato. ¿Qué libros?

❋❋❋

32. LIBROS FANTASMAS

Aunque tiene la barbilla hinchada y amoratada Clara está más hermosa que nunca; su mirada relumbra serenidad y dulzura mientras recorre aliviada los manuscritos que ha sacado de la vitrina. No ha llorado por la muerte de Roberto. Ni una lágrima. Sólo parece turbarla un poco ignorar la identidad de quien lo degolló antes de arrojarlo al río con una canana de plomo.

Las cenizas están ya diluidas en el agua turbia del Arno. Fuimos los dos, tras recogerlas del crematorio, y ella misma abrió la urna y volcó su contenido desde el lugar del puente donde lo mataron. Luego dejó caer la vasija, que se fue hundiendo poco a poco conforme se llenaba de agua. Jacobo se ha hecho cargo de todos los gastos, ya que el difunto no tenía seguro de deceso, ni nada donde caerse muerto, y además ha puesto a un detective a investigar la autoría del crimen y el robo de algunas joyas de la tienda del Puente Viejo.

En el informe de la policía que se ha filtrado a la prensa consta que Roberto estaba sentado en el pretil, cerca de la estatua de Benvenutto Cellini, el patrón de los orfebres florentinos, cuando alguien le cortó el cuello de oreja a oreja. La policía, una vez analizados los destrozos en el cuello del cadáver, descarta que el arma usada fuera un cuchillo. El corte fue hecho después de haberle sido colocado el cinturón con las pastillas de plomo. Los buceadores han rastreado el fondo del río buscando el arma, pero no se dice si encontraron algo.

Otra hipótesis que barajan es que el asesino le habría golpeado y dejado grogui, le habría puesto la canana con los lingotes, y lo hubiera degollado después, inclinado sobre el pretil, justo antes de empujarlo al

río. Yo me dejo llevar, no pregunto nada. No me interesa en absoluto quién haya podido acabar con la vida de ese desgraciado. Él se lo habrá buscado. De todos modos estaba frito de salud, y me engañaría a mí mismo y a todos si dijera que no siento cierto alivio con su muerte. Lo único que tengo que hacer es esperar a que Clara asimile la sorpresa y sane. Que olvide los golpes que recibió de ese cabrón la tarde antes de su muerte. Otra vez tuvo que separarlos el mudo cuando estaban en casa de Aurora, enzarzados en una paliza en la que ella llevaba la peor parte, a pesar de la flaqueza enfermiza de ese malasangre.

Cuando baja al dormitorio después de darme un beso que me reconforta, que me alienta de esperanza y de una alegría que temía no recuperar, Clara me conmina a que no la acompañe. Porque quiere estar sola y prefiere que siga copiando del manuscrito, que ejercite mi memoria para que no me juegue malas pasadas. Yo hubiera preferido irme con ella, acariciarla, quererla, agradecerle con besos lo que está haciendo por mí, por cuidarme. Pero sé que la hago feliz también de esta manera, copiando, dejándome llevar sin pensar mucho en lo que hago. Así que vamos a ello.

«Cuando abandoné el casino después de que Adolfo me dijera que don Cristóbal se había ido a Sevilla, fui a la oficina a guardar los documentos y los talones sin firmar. La gente estaba expectante. En la puerta del Ayuntamiento había corrillos que se enfrentaban con los funcionarios que salían para desayunar, volvían al cabo de una hora o dos y se demoraban en los pasillos hablando de política criticando la normativa que el Alcalde empezó a establecer. Las noticias que llegaban del advenimiento de la República habían entusiasmado a los parados y exigían la solución de sus problemas».

»Luego me fui a comer con tu madre y tu hermano Juan, que entonces tendría un par de años. Por la tarde volví a la oficina para revisar algunas cuentas y facturas pendientes. Lo que estaba haciendo el

administrador, ya te lo dije, era algo más de lo que en principio pensé. Estuve cotejando facturas con los registros de las entradas en los almacenes que me pasaban algunos de los administrativos de confianza de las fincas. Varios contables habíamos formado un grupo de apoyo a la República, en el cual colaboraban Juanillo *el Chavetas*, Bernardino, tu abuelo Curro y tu tío Juan. Tras comparar los estadillos de peonadas verdaderos que hacían los manijeros, con los que el administrador me entregaba para registrar, llegué a la conclusión de que tanto las tierras que llevaba a renta como la finca que se compró años antes se financiaban con dinero de los Guzmanes».

»En esas estaba cuando asomó tu abuelo Juan por el porche de la puerta de la oficina. Al final no pudieron ir al Cerro del Trigo por una indisposición de don Gaspar, que andaba cada dos por tres averiado. Creo que muchos de sus achaques se debían a lo que veía venir, sin poder hacer nada para refrenar la actitud beligerante y chulesca de sus hermanos. Sobre todo de Alberto y de Adolfo, que andaban con su primo Gonzalo, el escritor, enfrascados en propagar las ideas fascistas que venían de Italia y de Alemania. Recuerdo que alguno de estos falangistas andaban en Madrid cuando el golpe de Primo de Rivera, alabando a Ortega y Gasset».

»Llevaba ya un tiempo queriéndole comentar a tu abuelo los chanchullos del administrador pero no me atrevía. Prefería desconocer su opinión sobre unas prácticas que con toda probabilidad él quizá conociera mejor que yo, después de tantos años en la llevanza de los libros. Además, cada vez me hacía más el huidizo de mi padre, no quería que se enterara de mis escarceos, de mis discursitos clandestinos, ni de que era el redactor de muchas de las octavillas que anegaban las besanas y los cortijos llamando a la huelga general y al sabotaje a las cosechadoras. Pero aquella tarde, al ver la mesa atestada de papeles, de facturas y archivadores, parece que se olió algo, quizá por la

diligencia con que intenté inútilmente quitar todo de la vista para que no sospechara de mis pesquisas».

»Te veo bastante liado con los libros, ¿no?», dijo. “Qué pasa, ¿no te cuadran las cuentas?” Entonces se lo solté sin pensarlo, lo puse al corriente de todo. Pero tu abuelo no se inmutó; se limitó a sonreírme como compadeciéndose de mí, con un gesto que sugería cierta tristeza y resignación. “Qué ingenuo eres, Jacobito, me decía. ¿Qué te crees, que has descubierto las ruinas de Troya? No, qué va, eso es tan viejo como Troya, valga la redundancia. Mira, escucha lo que te voy a decir: cuando yo descubrí lo mismo que tú en las prácticas de otro administrador que tuvo la casa antes de este, y que ahora lleva a renta varias fincas de los Guzmanes de Jerez y Lora del Rio, se lo comuniqué a don Gaspar. El patrón se lo dijo a su padre, el cual venía poco por aquí; siempre estaba en Madrid. ¿Y sabes lo que le dijo el padre? —Oye Gaspar, ese hombre me entrega todos los años las cuentas y las ganancias de la explotación de las tierras y las bodegas. Además, me detalla las rentas de todos, sin faltar ni uno, de todos los colonos a los cuales cobra con más regularidad que ningún otro propietario; vamos, que estoy muy conforme con lo que gano, así que déjalo hacer y mira para otro lado. ¿Que se lleva alguna migaja para sus tierras? Bueno, eso no me quita el sueño, si a nosotros nos salen las cuentas. Así que ya sabes, no te compliques la vida y haz la vista gorda”, me dijo tu abuelo. Y otra cosa, Jacobo, que no te pillen en un renuncio. Por favor te lo pido, no vayas a caer en meter la mano en la caja, aunque veas que otro lo hace. Si lo hace ese degenerado, allá él con su conciencia. Ya sé que es fácil meterla, y que nadie se entere, pero con tal de que te enteres tú y no lo apruebes es suficiente. ¿Sabes una cosa?, llevamos trabajando en esta casa 12 generaciones, bien de escribanos, bien de contables; incluso algún secretario en el Ayuntamiento tuvimos. Y nos hemos ganado la reputación y la confianza de todos por nuestra fama de honrados,

de discretos y austeros. Por nuestra fidelidad inquebrantable. No quiero ni pensar que se nos vaya por el sumidero el crédito de toda una saga de leales y fieles servidores. Y piensa una cosa: aunque veas a este administrador actuar de esa manera, ten siempre presente que la mayoría son honrados, no creas que todos meten la mano. Y tú conoces a algunos, así que sigue tomando el mejor ejemplo»

»Cuando tu abuelo pronunció la palabra servidores me cayó como si me hubieran dado una puñalada. Sin pensarlo, de sopetón, como nunca le había respondido a mi padre en todos los días de mi vida, me levanté y frente a él con la mesa de por medio le dije, casi amenazándole, a menos de un palmo de su cara, que yo no era esclavo de nadie, y menos de estos explotadores, de estos vagos, de estos golfos putañeros y criminales. Nunca antes ni después de aquel encontronazo vi la cara de tu abuelo tan descompuesta y tan pálida. ¡Qué golpe más bajo le di¡ ¡Qué vergüenza¡ Cuánto me arrepiento de aquello¡ Porque no acabó ahí la cosa».

»Pero chiquillo, hijo de mi alma, ¿qué te han dado, qué te han hecho en esa casa de los padres de Rosario? Ella no será la que te ha metido esas cosas en la cabeza, ella es una mujer prudente, muy respetuosa, ¿por qué me dices eso de los Guzmanes? No tienes derecho a hablar así de esta familia. Ningún derecho ni ningún motivo, porque todo lo que eres se lo debes a ellos. A don Severo, que siempre te quiso y confió en ti, y te dio desde chico la formación que muy pocos como tú tienen. ¿Cómo puedes hablar así de don Gaspar, con todo lo que ha hecho por ti? ¿Acaso te ha faltado de algo? ¿Acaso alguien aparte de ellos te dio nunca la confianza que gozas para hacer y deshacer a tu antojo, para irte cuando te ha dado la gana y te ha picado la entrepierna a retozar con Matilde, en sus mansiones, sin que te faltara ni gloria?».

»Yo no le debo nada a nadie de esta gentuza, le respondí sin amilanarme, subiendo el tono. Si a alguien le debo algo es a ti y a mi madre, que siempre me

habéis querido, lo que reconozco muy a gusto. Pero me duele que tú creas que no es a vosotros a quién se lo debo, a vuestra entrega y a vuestro sacrificio, sino a esta familia de terratenientes que son los amos de todo, los responsables de tanta miseria y tanta ignorancia. Pero tiempo al tiempo porque pronto van a cambiar las cosas. Y en cuanto al padre Severo, ¡ay!, si yo te contara de qué va ese cuervo».

»Pero Jacobo de mi alma, por los clavos de Cristo, ¿tú te crees que yo no quiero que venga la República y cambie esta mierda de Régimen corrompido hasta los tuétanos, saqueado por casi todos los que se acercan para gobernarlo? Claro que quiero, lo mismo que tu madre, y estoy deseando que el rey se vaya al carajo de una vez como se fueron su abuela y su tatarabuelo. Pero, de verdad, chiquillo, con las maneras de esta gente que te está envenenando las meninges, con esas ideas, con tanta violencia, lo más seguro es que dentro de poco, en el caso de que se largue, vuelva aclamado por los mismos que ahora no lo quieren, como volvió su abuela Isabel y su padre Alfonso».

»Me hervía la sangre. Perdí la compostura, cada vez estaba más encolerizado. Nunca me había sentido de aquella manera. Me mordía la lengua, se me atropellaban las palabras que quería soltarle. Pero algo me decía por dentro que eso no se podía nombrar. Era como un tabú, debía callar aquello como hice desde niño. Tu abuelo continuó, aunque ni mucho menos tan alterado como yo».

»Has caído en lo que siempre temí, Jacobito. Te han contagiado esa lacra de política, ese fanatismo religioso que va contra el progreso y la modernidad. ¿Acaso creéis que vais a parar los adelantos que traen las máquinas? Mira que me lo temía y procuré alejarte de ella. No solo del anarquismo, sino de toda la política, porque quería otra cosa mejor para ti, pero al final te has podrido. ¿O te crees que no sé qué traes entre manos con tu amigo el Chavetas y con Bernardino? No me chupo el dedo, ya te lo dije muchas veces. Es-

pero que se te pase antes de que sea demasiado tarde. Después de todo, eres más tonto de lo que crees. Ingenuo. Espero que te hartes de esas influencias como te cansaste de tantas cosas. Con lo que has tirado por la borda, y ahora esta gente te ha roído la cholla. Pero que sepas que a mí no me engañas como cuando estabas en el seminario. Pero si es que siempre te cansas de todo, no sé a quién sales. O sí lo sé, sí. Estuviste de chico de monaguillo, eras el ejemplo de todos, atento y respetuoso, y se te metió en la cabeza dejarlo para irte al coro y a las clases de música con Matilde. También prometías. Como en la escuela, siempre el primero. Luego, el seminario, todos locos de contento contigo y, ¿qué pasó? Te cansaste; mucho fervor, muy calladito, muy listo, pero de terminar, nada de nada. No rematas la faena. Y ahora esto, tienes la confianza de don Gaspar y don Cristóbal para hacer y deshacer en la teneduría y estás a punto de estropearlo todo porque no ves bien lo que hace el administrador. Pues no mires lo que no quieras ver, atontado».

»Yo escuchaba a tu abuelo refrenando sin poder contener más las palabras agolpadas en la punta de la lengua: No tienes ni idea, papá, le dije. Tú no sabes de la misa ni media. ¿Tú ves a ese farsante de don Severo? Pues ahí donde le ves es un vicioso, un degenerado. Se calienta, se excita leyendo los párrafos más sanguinarios la Biblia, ¿te enteras, papá? Y cuando se excita ya no para, siempre tiene a mano algún niño para sentarlo en su falda y acariciarlo, para tocarlo y que lo toque hasta desfogarse. ¿Qué te parece? ¿Eso no lo sabías? Pues ya lo sabes. Y que sepas también que conmigo se cebó unos cuantos años hasta que le hice creer que mi vocación era verdadera, que lo era, y no como la suya, y me mandó al seminario. ¿Y de la otra, de la maestra de música, tampoco sabes que es una viciosa que se enciega con cocaína y una borracha que se tira a los alumnos más modositos que parezcan medio tontos como yo? Parece mentira que no conozcas a esta gentuza. Claro, tú solo ves a don Gaspar,

que, bueno, ese sí es buena persona y decente, no te lo niego, como también lo será su hermana sor Irene, y los aprecio, y le agradezco, si quieres, lo que hacen por nosotros. Pero no me digas que lo que soy se lo debo al cortijo y a estos señoritos de mierda».

»Tu abuelo había entornado la puerta de la oficina. Sin dejar de escucharme señalaba que bajara la voz, temiendo que el servicio de la casa se enterara de la trifulca. El pobre estaba consternado. Ahora, después de tantos años, entiendo mejor por qué. Yo nunca había alzado la voz de esa manera, y a él menos que a nadie. Recuerdo que si me encolerizaba por algún motivo, porque algo no saliera como hubiera tenido previsto, o porque algo me defraudara, casi siempre me desahogaba tocando el violín. Mis cabreos se diluían con los arrebatos de Paganini o en los últimos cuartetos de Beethoven. Y entonces yo llevaba sin tocar cinco o seis años. Pero a mi padre nunca le alcé la voz hasta aquel día. Estaba abatido, me miraba de arriba abajo como si esperara otra embestida de un monstruo desconocido. Se recuperó un poco cuando tu abuela Elvira empujó la puerta y entró en la oficina. Mi madre cerró por dentro, y vino rápidamente hacia mí a separarme, porque estaba agarrado a los hombros de tu abuelo a punto de sacudirlo, de engancharme con él».

»¿No os da vergüenza del espectáculo que estáis dando?, dijo tu abuela. Ya os podéis callar esa boquita y dejar este numerito. Pero, ¿qué coño os pasa, os habéis vuelo locos?».

»Tu abuelo salió con los ojos llorosos de la oficina. Me quedé a solas con mi madre, que sermoneaba mientras yo recogía los papeles y los archivadores. Me pedía explicaciones de lo que ocurría, pero no hablé nada. Quería contárselo todo, sí, estaba deseando desahogarme con ella, como siempre había hecho, pero no sabía por dónde empezar. Ella se dio cuenta, me dijo que cuando quisiera me esperaba para hablar conmigo».

»Por la tarde, con toda la actividad paralizada y los comercios cerrados menos el Casino, se corrió la noticia de que en España se había proclamado la República. La multitud se había concentrado en la plaza gritando alborozada vivas al nuevo régimen, mientras Reyna el boticario, Antonio el Pelao, José Falcón y los demás concejales republicanos la proclamaban oficialmente en el salón de Plenos. Luego izaron la bandera tricolor en el balcón del Ayuntamiento. El Rey Alfonso XIII había salido con dirección a Cartagena para expatriarse, tras reconocer que las elecciones celebradas dos días antes le revelaban que no gozaba ni por asomo de la menor confianza y el mínimo aprecio de su pueblo».

»Jacobo, hijo mío, ahora me avergüenzo de aquello. Me duele mucho, me entristece recordar aquella discusión con tu abuelo Juan, cuando pienso que lo mataron cinco años después. Que se fue sin saber probablemente que al poco tiempo de aquél encontronazo conmigo mi cariño y mi gratitud hacia él fueron cada vez mayores. Aunque nunca se lo diera a entender, pero cada día que pasa le doy más la razón y lo quiero más».



Se llevaron los libros y los sacos de garbanzos y frijones y habichuelas que tenía almacenados en el soberao. Se llevaron la bicicleta y las herramientas de carpintero y la mula de la cuadra. Se lo llevaron entre dos hombres que le ataron tras la espalda las manos con un alambre. Al salir de la casapuerta a la calle miró para atrás y nos dijo adiós con la mirada. Tenía los ojos verdes y vivos. Se llevaron los libros. ¿Qué libros? Allí no había libros.



33. LA ABUELA ELVIRA

«Después de la discusión con tu abuelo Juan estuve algunos días sin ver a mis amigos. Me dediqué a recorrer las fincas de los Guzmanes. No se me caía de la cabeza la bronca que tuve con mi padre. Por una parte le daba la razón, porque yo sabía de sobras que él era republicano».

»Fue tu abuela Elvira la que me endosó la responsabilidad de enseñar a leer a tu madre. Lo hizo al ver que en el Centro Obrero la estaban «adoctrinando en una nueva religión», como ella consideraba al anarquismo. Ya te conté que en esas lecciones mi enamoramiento de tu madre fue creciendo hasta acabar, al cabo de seis años, viviendo juntos en la parte de casa de la *Cilera*».

»Mientras tanto, a las lecciones que daba a tu madre también asistía el entonces mi íntimo amigo Juanito *el Chavetas*, a quien yo enseñaba desde que salí del seminario. Sí, ese al que ahora llaman *el Poleas* y está podrido de dinero y que, desconociendo que yo estaba prendado de tu madre me confesó más de una vez que estaba enamorado de ella. Si no faltaba a ni una clase era porque lo traía loco. Tus tíos también iban algunos días. Y hasta tu abuelo Curro, como ya te he dicho, que aunque sabía leer y escribir perfectamente aparecía por casa de tu abuela, su futura comadre, para meter baza en la tertulia que con frecuencia él mismo se encargaba de suscitar».

»Tus tíos se dejaban caer alguna que otra vez con libros que sacaron del Centro Obrero, antes de que lo clausurara la dictadura, para que les explicara párrafos ya subrayados por los numerosos lectores de obras que, por otra parte, se vendían como rosquillas entre los jornaleros ávidos por aprender. Traían libros de

George Sorel, de Malatesta, de Anselmo Lorenzo y de otros autores como Bakunin, que servían para iniciar aquellas charlas de las que salían iluminados. A veces parece que entraban en una especie de éxtasis colectivo, en un estado de ánimo que más de una vez tuvo que cortar tu abuela, ante mi incapacidad para imponerme, al ver que la clase de lectura y de escritura se convertía en una extensión del Centro Obrero».

»Faltaría yo a la verdad si no reconociera que aquellas ideas calaron profundamente en mi mollera. Pero no sería sincero si dijera que me dejé llevar por ellas y sus principios con la devoción de verdaderos sindicalistas como los hermanos de Rosario. Aunque colaborara a veces con ellos como si lo fuera. Mis convicciones siempre estuvieron agrietadas, tenía dudas, contradicciones que no me dejaban dormir. Y miedo, mucho miedo de que los Guzmanes y el administrador me calaran. De alguna manera pensaba que los estaba traicionando, cuando en realidad lo que hacía, colaborando con los sindicalistas, era trabajar para una causa justa, cuyo objetivo era mejorar las condiciones de vida de tu madre y la mayoría de la gente. Condiciones que a mí me hacían sufrir y me indignaban. Y me siguen indignando, me remuerde la conciencia presenciar ahí afuera la sordidez, la congoja, la tristeza en la cara de tanta gente enlutada; le niegan incluso el reconocimiento de la pérdida de sus seres queridos».

»Lo cierto es que mientras tu madre ya leía y escribía con soltura sin faltas de ortografía, entonando la cadencia de las frases sin la afectación ni la impostura de sus hermanos, yo me llenaba de aquellas ideas. En realidad, eran semejantes a ciertos pasajes bíblicos sobre la necesidad de una revolución social que acabara con tantas injusticias y desigualdades. Pero por fortuna, pienso ahora con gratitud hacia ella, tu abuela Elvira le traía a tu madre otros muchos libros, de esos que están ahí en los anaqueles, que ella devoraba con pasión cuando terminaba las faenas de la

casa. Por eso creo que el fervor que yo profesaba a las ideas y hechos de tus tíos y tu abuelo Curro se entreveraba con la sensatez y la cordura de tu madre. Su mesura aportaba una especie de equilibrio que, a pesar de todo, estallaba cuando menos me lo esperaba en un ataque de rabia y de ira, como el que tuvo que soportar tu abuelo Juan el día de la proclamación de la República».

»Han pasado muchos años de aquello; han sucedido tantas cosas. Malas, muy malas. Ha corrido mucha sangre, las injusticias han aumentado. Ahí afuera hay una paz como de cementerio. Muchos amigos murieron. Otros se afiliaron a la Falange por miedo, lo que no quiere decir que fueran mala gente. Al contrario, alguno de ellos son mejores personas que otros que se llamaban de izquierdas. Agapito me ha contado que en Lora del Río y en otros pueblos los anarquistas y los republicanos fusilaron también a gente de derechas, aunque no a niños ni a mujeres. Atrocidades hemos cometido todos, es verdad, pero no en la misma medida ni por las mismas causas. No creo que la ideología esté por encima de la condición humana. Tu abuelo repetía que "la condición y los principios de las personas son como los cimientos y la estructura de un edificio; las ideologías, como el mobiliario y los cuadros que lo decoran. En una fuerte ventolera los muebles pueden salir volando, pero lo más importante del edificio queda en pie, a la espera de mobiliario nuevo o de segunda mano". Alguno no lo hizo por miedo sino por puro oportunismo. También los hubo que nunca creyeron lo que decían creer, ni se debatían entre las contradicciones que yo. Han pasado muchos años y ya no tengo contradicciones, las cuales acaso se han aclarado de tanto pensar en lo que recalcaba mi madre. Sobre todo en las consecuencias que las ideas de Sorel tuvieron cuando las clases medias más agresivas abrazaron su doctrina, con la misma pasión que lo hicieron los trabajadores que triunfaban en las

huelgas de muchos lugares de Europa, al conseguir muchas de sus reivindicaciones sociales y laborales».

»Yo también llegué a sentir, a creer que mediante el sacrificio y el heroísmo de nuestra lucha contra la burguesía surgiría un tipo superior de hombre. Llegué a pensar orgulloso que era uno de ellos, iluminado por ese sentido caballeresco y guerrero, convencido de la dignidad de nuestra misión. Ese sentido que para mí consistía en redactar y corregir octavillas, en falsificar facturas y partes de horas de trabajo, en adulterar la cantidad de kilos de aceitunas y de cereales y de uvas, en hacer todas las triquiñuelas que se pueden hacer para que el dinero fluya en la dirección que tú desees, para paliar un poco la miseria de los necesitados. Yo también me creía uno de esos nuevos hombres seleccionados entre los militantes que conduciríamos a los trabajadores a la lucha, aunque lo poco que yo hiciera fuese calentar a *Chavetas* para que dislocara las poleas de las máquinas trilladoras. Tan hábil y eficaz era que mientras su padre, el mecánico de los Guzmanes, se dejaba arrastrar por una enfermedad que lo dormía cuando menos se lo esperaba, Juanito, que era su ayudante, se dedicaba a limar las chavetas de las ruedas metálicas. Y lo hacía con tal destreza que cuando las máquinas llevaban un rato trillando o segando, las chavetas rebajadas se desprendían de los ejes, y las poleas salían disparadas rodando por los rastrojos, sin sospechar nadie que todo estaba programado para sabotear la mecanización agraria que eliminaba la poca mano de obra que había».

»Luego ya ves cómo son las cosas, Juanito cambió de bando, y en lugar del apodo de *El Chavetas*, se le quedó *El Poleas*. Y es que si primero rebuscaba por el suelo las chavetas para esconderlas, cuando se hizo falangista perdía el culo corriendo detrás de las poleas para que las máquinas no dejaran de producir. Él conocía al infeliz que hacía lo mismo durante muchas campañas de siega y de trilla, porque lo había enseñado, igual que hizo con otros ayudantes en otros

cortijos. Casi todos están muertos, a Juanillo le faltó tiempo para delatarlos».

»Tu abuelo Curro era más sensato que todos nosotros, como lo fue tu madre, que en eso era igual que él. En las tertulias que provocaba, su manera de entender el sindicalismo chocaba con Juanillo y tus tíos, quienes sostenían con entusiasmo que "la verdadera edad de oro fue aquella en que los hombres eran castos". En consecuencia, por aquella época muchos trabajadores dejaban el vino y las mujeres, parecían ascetas ermitaños. Ahora entiendo mejor aquella actitud católica, nihilista, romántica y religiosa en que se funda el fascismo. Quién le iba a decir a tu abuelo Curro que los puntos de vista de sus hijos acabarían enfrentándose a tiros con el suyo en la guerra civil».

»Me gustaría contarte, Jacobo, cómo veo ahora, a cierta distancia de los hechos, el entusiasmo que sentía desde que me enamoré de tu madre. ¡Cómo crecía conforme ella fue aprendiendo a leer y a escribir¡ Yo notaba dentro de mí cómo fermentaban las ideas. Era una fragancia tan repentina, tan falta de causas aparentes. Era como un renacimiento místico y religioso que se extendía también por los tajos y los cortijos, por todos los pueblos. Era tan intenso, tan contagioso, que Paco Páez, el presidente de la A.G.T. atrajo también a muchos artesanos y humildes campesinos».

»Tu abuelo Curro hablaba como un profeta, serenamente, con una ternura y una amabilidad que nos cautivaba. Cuando estaba tu abuela Elvira, él se callaba y dejaba correr el torrente que brotaba de su futura comadre como la lava de un volcán que acaba de entrar en erupción. "El anarcosindicalismo, venía a decir tu abuela, lo que busca es dar un nuevo vigor al pasado, volver a las municipalidades de la edad media, tal como era antes de que los nobles y los grandes señores y el rey acabaran con sus cualidades democráticas". No paraba de hablar cuando tomaba la palabra en la sala que nos servía de aula. "Buscáis lo mismo que esos carlistas, tenéis la misma ansiedad

por restaurar las antiguallas enterradas por la historia. Pero también es verdad que vuestra actitud es una clara resistencia a la esclavitud que estos tiempos nos impone, tan asfixiante como la que sufren en las fábricas los trabajadores».

»Cuando tu abuela se ponía de aquella manera parecía otra persona, no la encargada del servicio de la casa de los Guzmanes. "Todo ese trajín que se traéis entre manos del cultivo en común de las tierras surge de esa nostalgia. Por eso pedís en las huelgas que el Ayuntamiento y el Gobierno os dé trabajo, hasta que la tierra pase al poder de vuestros sindicatos para cultivarlas como se hacía en la Edad Media", le decía a tu abuelo y a tus tíos condescendiente».

»Claro que todo este fanatismo que os está nublando el camino no es más que la reacción contra las condiciones de vida a las que nos han llevado siglos de mentiras y de corrupción. Pero si alguien en Andalucía consigue alguna vez que estas condiciones desaparezcan, entregando tierras para que se trabajen en parcelas o colectivamente, dad por seguro que esas ideas que ahora está echando a arder España se apagarán como el humo de los conventos y los sembrados que estáis quemando por todo el país. No tenéis más que fijaros que es aquí donde tenéis más adeptos. Bueno, y también en las fábricas de Cataluña, que por cierto están llenas de andaluces y murcianos que conocen bien las penurias. Dejaros de tanto mesianismo, de tanta palabrería, de tanta violencia. Con eso lo que hacéis es dar motivos a esta gentuza para hacer tabla rasa y que comparen con vosotros a todos los republicanos. Eso no es bueno, que lo sepáis, porque entre ellos se encuentran, que no os quepa ninguna duda, los hombres y mujeres que pueden darle a este embrollo alguna solución».

»Tu abuela opinaba que los anarquistas intentaban llevar a la práctica una utopía. Una utopía tan ascética y severa como la primitiva utopía judeocristiana. Te puedo asegurar, Jacobo, que el entusiasmo

que yo sentía, aquél pellizco de esperanza, el arrebato que yo experimentaba en los primeros tiempos del seminario y, antes, cuando era un chiquillo, cuando iba a misa y escuchaba a don Severo celebrar, era idéntico al que sentía luego cuando enseñaba a tu madre. El mismo que cuando leíamos juntos algunos pasajes o escuchaba a tu abuelo Curro durante sus vibrantes discursos. Pero lo que mi madre criticaba no era que quisiéramos conseguir cambiarlo todo. Ya te dije que era ella la primera que me lo decía siendo un chavalillo. Lo que no le gustaba, lo que no creía era que se pudiera hacer el cambio de repente, y menos por la fuerza».

»Escribiéndote esto me acuerdo de las discusiones que tu abuela tenía con don Gaspar. A veces me daba la impresión de que eran hermanos, por la fraternidad con la que se hablaban. Pero como una hermandad en la que uno de los miembros era incapaz de doblegar nunca la superioridad inalienable del otro. Durante aquellas charlas, en las que don Gaspar procuraba inútilmente demostrarle a tu abuela, ante la mirada sumisa de tu abuelo, que el anarquismo que asolaba a Andalucía estaba alimentado por la influencia de la revolución rusa, yo disfrutaba bastante. Disfrutaba y aprendía, porque yo notaba que los argumentos de tu abuela me resultaban familiares».

»Don Gaspar se amilanaba ante la fuerza y despliegue de unos conocimientos de los que ni los Guzmanes ni el personal del servicio conocían su procedencia. Yo sí sabía que siempre estaba leyendo en casa, que tenía el vicio inconfesado de acopiar todo documento escrito que se le pusiera por delante. Ahora, al contemplar todos estos tesoros, tantos archivos acumulados durante siglos por sus antepasados, comprendo mucho mejor lo que antes a mí me asombraba y fascinaba a los demás».

»Tu abuela describía al anarquismo como la herejía protestante de la que la Inquisición salvó a España en los siglos XVI y XVII. Y aunque no compartió

nunca sus métodos directos y violentos, comprendía que hablaban la misma lengua de amor y libertad, que procedía de la misma luz interior que las Sagradas Escrituras. Los consideraba moralistas intransigentes. Decía que, para ellos —entonces ella no sabía que yo andaba influenciado— no había término medio, que cada acto era bueno o era malo, que por eso justificaban sus actos como un medio justo para llegar a la Revolución Social. Así con mayúsculas la escribía Juanillo. Cuando queman casas y sembrados, —decía con aire de impotencia, señalándole a don Gaspar una Biblia que siempre tenía a mano, y que ahora tengo sobre la mesa— hablan como Amós o Isaías: «Por esto la maldición devorará la tierra; porque sus habitantes pagarán la pena, y por esto serán consumidos los que en ella moran, del que solo se libertará un corto número».

»Repetía una y otra vez que casi todas las iglesias incendiadas en España fueron quemadas por ellos, que la persecución que le hacían a la Iglesia no se conocía desde la guerra de los 30 años. "Para estas criaturas libertarias, que no tienen ni idea de lo que traen entre manos, la Iglesia ocupa el lugar de un Anticristo en este mundo cristiano de usted y su católica familia, don Gaspar. Aunque usted no lo quiera ver así, ni pueda verlo, ellos la ven como algo más que un estorbo para su Revolución, ese terremoto que no ha hecho más que empezar a temblar, ese fuego que devastará a muchas iglesias y conventos. En esa Iglesia, no en la vida de Cristo que sor Irene cree, ven ellos la fuente de toda maldad, la corruptora de la juventud, con esa miserable doctrina del pecado original que tanto daño hace a la naturaleza y sus leyes».

»Aquellas palabras me retumban todavía en la cabeza. Es curioso que yo estuviera de acuerdo con mi madre, y que también lo estuviese con mis amigos, y con la familia de tu madre. Pero así fueron las cosas, quizás tu abuelo Juan llevara razón cuando me reprochaba mi falta de constancia, mi ingenuidad. Lo

cierto es que cada día que pasa estoy más de acuerdo con lo que decía tu abuela: que el anarquismo es como una herejía religiosa que proviene de una rebelión dentro de la Iglesia contra una serie de abusos, contra el fracaso del clero para llevar una vida de acuerdo con sus propias exigencias. Cuando una herejía como esta adquiere forma doctrinal, como se manifestaba en las caras iluminadas de los jornaleros cuando salían de las reuniones del Centro Obrero, es mucho más peligrosa porque está alimentada por la indignación. Porque esa emoción originalmente religiosa tiene una enorme ventaja sobre el cuerpo que se sabe hipócrita y profano. Cuánto comprendía a mi madre cuando hablaba de esa manera, mientras rememoraba los vicios y el babeo jadeante y enfermizo del padre Severo. "Esta herejía, este anarquismo, ya lo veremos, viene a tumbar la República y todo aquello que suene a orden y concierto. Y la derribará porque toma al pie de la letra las frecuentes alusiones de las Sagradas Escrituras contra la maldad de los ricos y la bendición de los pobres. Ahí la tiene usted, don Gaspar, esa Biblia. Esa traducción retraducida y tergiversada de la que fue apartado nuestro querido Elio Antonio contiene explosivos de sobras para volar todos los sistemas sociales que existen en Europa. Y será por la fuerza de la costumbre, será por ese precioso ritmo divino de las palabras, o por el perfume sedante del incienso por lo que no nos enteramos o no queremos enterarnos de ello».

»Ya por entonces me parecía una triste paradoja que una religión, en la que yo creí durante años, que constantemente exalta al pobre y condena al rico, fuera, y sea todavía más ahora, practicada por las clases más ricas, más egoístas y respetables de nuestro pueblo. Por eso creo que siempre ha existido el riesgo de romperse la influencia de la Iglesia, y el clero se aleje de los principios de igualdad y pobreza voluntaria, de ese amor fraternal que yacen en las mismas raíces de la Cristiandad».

»"¿Y dónde se cumple eso mejor que aquí en Andalucía, don Gaspar? En cualquier choza puede ver usted a esos pobres agricultores que compran esas biblias como esta que se venden por miles por todos los rincones de nuestra tierra. En esta Biblia donde pueden leer que la Virgen María que adoraban y rezaban cada noche al acostarse pensaba en aquellas cosas. Su Virgen, su patrona de usted que sacáis cuajada de brillantes y alhajas con ese manto que borda Rosario y otras hijas de gente que se muere de hambre. La Virgen de esos pobres labradores está poseída de un inconfundible espíritu profético. Esa Virgen suya, y del padre Severo, y de los desheredados, se alegra de que los poderosos hubieran sido arrojados de sus sitios de privilegios. Se complace en que los pobres como ellos hubieran sido exaltados, de que los hambrientos hubieran sido colmados de cosas buenas, mientras los ricos habían sido despedidos con las manos vacías. ¿Cómo no van a ver estos labradores con estas mismas doctrinas la expresión de la lucha de clases que está asolando nuestro país?"».

»Yo también padecí aquella rabia de los anarquistas. Y la entendía perfectamente como el rencor de un pueblo intensamente religioso que se siente decepcionado. Porque los curas nos abandonaron en un momento crítico de nuestra historia. Se echaron en manos de los ricos. Los humanitarios principios de los teólogos del siglo XVII fueron despreciados. El pueblo empezó a sospechar que todas las palabras de la Iglesia no eran más que pura hipocresía. Por eso cuando se lanzaron a la lucha por su utopía cristiana, ayudados en buena medida por las nuevas ideas del liberalismo, y por el rico contenido de la Ilustración, fue contra la Iglesia, y no con ella como antes lo hicieron nuestros antepasados para expulsar a los franceses en 1808. Entonces, el clero solo tuvo que apelar a la ayuda del pueblo que aún se sentía amparado por ella. Todavía reconozco que, aunque se pasaron bastante, hasta su misma violencia puede ser catalogada

como cristiana; después de todo, la Iglesia española ha sido siempre militante, y todavía sigue, y en qué medida, pensando y practicando la destrucción de sus enemigos».

»A tu abuelo Curro no le gustaba la violencia. En cambio tus tíos, *Chavetas*, Bernardino y miles de trabajadores creían de veras que usando los mismos métodos revolucionarios y con la acción directa podrían librarse de los que no pensaban como ellos. Ahí se encontraba siempre la grieta más ancha de mis contradicciones, la tierra de nadie donde yo pretendía ingenuamente unir lo mejor de cada uno. Dentro de mi cabeza bullían las enseñanzas que adquiría de las desigualdades sociales de mi entorno, quizá eso originaba el acuerdo con parte de la doctrina anarquista. Además, en mi corazón palpitaban también los vestigios de la enseñanza social de la Iglesia, de los sentimientos que aparecen en el Nuevo Testamento. Porque, ¿qué es la historia del cristianismo sino la apropiación por parte de los fariseos de la doctrina de su enemigo Jesús, quien predicaba su evangelio de salvación de los oprimidos?».

»Pero los fines que defendían eran más amplios y personales que lo político, ofrecían un modelo de vida, pues para ellos, su ideología no era solo por lo que había que trabajar sino algo más profundo. Era, sobre todo, la forma de vida que había que adoptar. En sus discursos inflamados de mesianismo ofrecían a la comunidad un nuevo mundo fundado en principios morales. No hicieron como los socialistas, cuyo error fue pensar que esto se podría alcanzar simplemente mejorando el nivel de vida de la nación, sin modificar desde los cimientos la estructura de la propiedad de la tierra».

»Muy al contrario —y en eso tu madre estaba de acuerdo— con frecuencia se mostraban escépticos y puritanos. Sí: es verdad que muchos creían en el amor libre. Todo tenía que ser libre, pero una cosa era la libertad y otra muy distinta era el libertinaje. Tu ma-

dre tenía subrayada una frase de Anselmo Lorenzo para reprochárselo a uno de tus tíos muy mujeriego y a su tía Lourdes: "No conocemos nada más cínico y repugnante, nada más peligroso para la moral pública que la vida privada de los paladines de la religión, de la propiedad y de la familia." A mí aquello me resultaba cercano, pues bien conocía las costumbres de don Severo y su hermana Matilde, tan bien como las del lujurioso Alberto y el tabardillo de Adolfo, tan moditos y fervorosos en misa y tan degenerados en su comportamiento privado. Cuando era un niño, el párroco y la ardiente camarera de la Virgen fueron los primeros que me inculcaron la fe en el cristianismo, pero también me contagiaron sus debilidades inconfesables. Pero es verdad que había religiosos y militares que abrazaron honestamente aquella ideología, y eran personas honradas, buena gente, no eran hipócritas; lo que predicaban lo llevaban a la práctica. También había labradores, y propietarios que querían y abogaban por la solución de los problemas que nos estaban enfrentando a todos. Por eso mismo pienso ahora que yo andaba siempre entre dos aguas, o entre dos fuegos, o mejor dicho entre multitud de fuegos, tantos quizá como partidos e ideologías había. Porque así era, me debatía entre unos y otros, aferrándome a lo bueno que hasta en la peor de las organizaciones políticas creía podía hallar».

»Aunque yo colaboraba activamente con los anarquistas redactando y corrigiendo las octavillas que tiraban por los pueblos y los tajos, llamando a la huelga general y al sabotaje de la maquinaria agrícola, y para ello llevaba un mínimo de organización, muchos de ellos actuaban casi siempre por instinto. Acción directa, pura y dura. Nada de orden ni de plan alguno ni otro acuerdo que enturbiara la luz que los iluminaba. "Una vez que empieza la batalla hay que arrojarse adelante siguiendo la luz interior de la naturaleza, con todo el ardor y valentía," repetían tus tíos. Había que luchar por la libertad, ese era siempre el retintín

de *Chavetas*. Nada de organización de la sociedad porque el mundo tiene que ser libre para vivir una vida natural y alimentarse de frutas y verduras. Algunos asentían cuando Juanillo arengaba con solemnidad que “si la acción directa como fin para la Revolución Social no le importaba a algún compañero, o si quería beber vino y frecuentar las casas de citas, cultivar sus propias tierras, ir a misa y rehuía los indiscutibles beneficios que el ser humano aportaba al comunismo libertario, pues nada, no pasa nada. Solo se trata de uno de los descarriados perversos que quizás se puedan curar, pero que lo más seguro es que esté corrompido por la herencia y la educación burguesa. Por lo tanto, no es digno de pertenecer al paraíso anarquista. Una bala en la cabeza. Y por supuesto sin acritud, hombre, faltaría más. Incluso se puede fumar el último cigarrillo antes de morir. Después de todo, ¿qué carajo es la muerte, compañero?».

»Recuerdo una vez, ya cerca del 36, que surgió una conversación con tu tío y varios anarquistas cuando me trajeron un texto para corregirlo. Algunos compañeros recularon cuando unos cuantos decidieron pegarle fuego a los conventos de Lebrija y a la casa de don Gaspar. De paso quemarían también las de otros terratenientes que no querían pagar los jornales que echaron practicando la acción directa. Harían lo mismo que estaban haciendo en muchos pueblos».

❋❋❋

Son la cuatro de la mañana. ¿O de la tarde? Hoy ha estado aquí esa mujer que no conozco. Me dice que estamos en Florencia. Que mi apodo es Adán. Me llamo Anad. Mi padre no ha venido a verme. Mi madre me ha estado repitiendo lo que me contaba cuando chico en el cuarto de mi abuelo mientras cortaba en la tabla sobre el regazo los lienzos de tela para los pantalones de los jornaleros que se casaban. Esa alacena estaba llena de libros y se los llevaron todos los hombres que vinieron por él para matarlo.

❋❋❋

34. HABÍA QUE TOMAR PARTIDO

»Cuando coincidían tu abuela Elvira con tu abuelo Curro y tu madre en clase era cuando más tranquilo me sentía y más en calma estaba el mar de mis contradicciones. Una vez que tu abuela tomaba la palabra no se cansaba de explicar lo que opinaba del anarquismo español. Y lo hacía tomando partido por la Conjunción Republicana, a pesar de que nunca fue a las tertulias de Reyna ni al Círculo Republicano. Citaba mucho a Antonio Machado y a Juan de Mairena. Decía que tomaba partido pero sin despojar al adversario de sus razones, porque compartía con Machado la idea de que la razón se genera con el diálogo entre verdades relativas y absolutas. A ella le encantaba dialogar, enriquecer sus ideas con las de los demás. Pero lo que no sabía tu abuela es que en aquellos años había que tomar partido». "Los anarquistas clavan su mirada en el pasado", decía. "Lo de esta gente no es sino el intento de resurgir las comunas de los siglos XVI y XVII para volver a los concejos medievales, cuando eran gobernadas por las asambleas de los hombres adultos. Al concejo abierto cuyos plenos poderes desempeñaban en el Cabildo antes que se fueran introduciendo los abusos que corrompieron el sistema. Porque siempre pasa lo mismo. Los nobles obtuvieron puestos hereditarios en el Cabildo, o compraron los votos igual que lo hicieron en épocas posteriores y lo hacen todavía en nuestro pueblo estos caciques. Para debilitar el poder que los nobles fueron acaparando el rey nombró a una serie de empleados oficiales, los corregidores que acabaron con el carácter democrático de aquellas instituciones. Para cuando nuestro querido Elio Antonio ya habían

dejado de reunirse en las ciudades, excepto para la superficial ceremonia de elegir al Cabildo. Pero en pueblos pequeños como el nuestro, aún se reunieron durante muchos años, y la decadencia no se produjo. Esto es lo que los anarquistas desean ahora aunque ellos no lo sepan". Tu abuela no se cansaba nunca de hablar. Si callaba, la mayor parte de las veces era porque su interlocutor o tu abuelo le cortara la hebra. Era infatigable. "En realidad, a lo que aspiran estas criaturitas es a restaurar los cimientos de la vida social de España en los días de su grandeza, y quieren hacerlo con los métodos de la Iglesia. Lo que ocurre es que a diferencia de esos como Gonzalito de Guzmán y José Antonio Primo de Rivera que tanto se parecen a los carlistas, ésta nostalgia no supone una simple restauración arqueológica. Estos ingenuos no piensan que tienen unos lazos que lo unen al pasado, no son conscientes de ello. Pero sus creencias han conseguido expresar los deseos y los recuerdos tenaces de gran parte de España. En todo eso radica ese triunfo, esa capacidad para atraerse a tanta gente a sus ideas, a tantos jornaleros y artesanos y a miles de pequeños labradores".

»Aquellas ideas también me calaron. Comulgaba con ellas con la misma convicción que lo hice con los Testamentos. Justificaba sus pasajes más sanguinarios, los que subrayaba el padre Severo en la Biblia, con los ejemplos más justos como el reparto de tierras y su explotación en colectividad que defendían los anarquistas. Pero también comulgaba y estaba de acuerdo y defendía lo que opinaba mi madre sobre ellas. Y es que, como me reprochaba tu abuelo Juan yo era muy endeblito de criterio. Eso me echaba en cara, que lo mismo estaba colado por las ideas de los anarquistas que por las de los republicanos, y que, si venía de hablar con mis amigos comunistas y socialistas que también dejaron el seminario no hacía sino repetir como un loro lo que los otros me habían metido en la cabeza».

»Y algo de razón llevaba tu abuelo. Pero yo siempre tuve claro que no era hombre de partido. Y no lo era porque si me dejaba llevar por la corriente de los aplausos y por el fervor que levantaban los oradores en los mítines, me daba cuenta de que las pocas ideas propias que había logrado mantener de pie, escuchando a mis padres y leyendo a los clásicos, desaparecían de mi memoria como el agua entre las manos. Entonces me sentía como un verdadero idiota, no me encontraba, mi pobre criterio se reblandecía aún más y lo poco que estaba claro en mi cabeza se enturbiaba. Me veía ridículo cuando me dejaba llevar por el entusiasmo de los mítines».

»Pero había que tomar partido, había que luchar por una causa, y esta causa tenía que ser la de alguna organización política o sindical, no el simple criterio de un contable de los caciques más conservadores. De un contable que llegó a defender ante sus amigos, un día que había estado escuchando a Gonzalo de Guzmán, el dirigente de la Falange, uno de los tres puntos fundamentales del programa redactado por José Antonio Primo de Rivera. Aquel punto que se refería a la desarticulación del capitalismo rural, ese sistema que consiste todavía en que, por virtud de unos títulos inscritos en el Registro de la Propiedad, ciertas personas que quizás no sepan dónde están sus fincas ni tienen ni idea de su labranza, tienen derecho a cobrar una renta a los que están en esas tierras y las cultivan. De un simple contable idiota que veía con buenos ojos la intención de los falangistas de cancelar la obligación de pagar la renta a los terratenientes».

»Había que tomar partido y había que ser honesto y fiel con sus ideas, aunque desde tu criterio personal, el cual era mejor abandonar cuanto antes, algunas fueran injustas. Había que tomarlo y yo no lo hice y creo que por ese motivo me quedé completamente solo, alejado de todos, inseguro de mis creencias. Solo tu madre me comprendía; al final, hasta mis padres

dejaron de confiar en mí. Solo tenía la compañía de Montaigne y los clásicos».

»No sé si te he dicho que desde que adquirí conciencia política tras abandonar el seminario y dejar a Matilde me sentí un desclasado. Por mi educación, por la influencia de la familia que me había criado, no era un trabajador al uso. No era un mayeto, ni un agricultor, ni propietario de nada ni tenía taller artesano ni tienda ni profesión engarzada en sindicatos. Tampoco era un obrero del campo o de la industria que se afiliara para mejorar y defender sus intereses de clase. Evidentemente, tampoco era un señorito aunque estuviese con ellos muchas veces en el casino. Yo no era nadie, era un solitario, un fiel y discreto contable, un criado que se salvó del ejército por medio tonto gracias a la influencia del señorito. O era, quizá, seguramente, como llegué a pensar alguna vez, tonto de verdad. No obstante, hasta que llegó el Frente Popular pude hacerme un sitio en el complicado espacio político de la República. Cerca de los anarquistas, sí, pero sin dejar de creer sinceramente que en todos los partidos y asociaciones republicanas, socialistas, comunistas o católicas se podían hallar personas e ideas para crear un nuevo país. Y llegué a contemplar entusiasmado cómo lo que yo y mi madre creíamos caló profundamente en dirigentes y militantes de los integrantes del Frente Popular. No hice hasta entonces, además de mi colaboración económica, sino creer en muchos hombres a los cuales leí y seguí desde que despertó mi conciencia cívica. Desde que estuve en el Ateneo de Madrid con mi padre y don Gaspar no dejé de leer a escondidas a Machado, a Azorín, a Juan Ramón, a periodistas como Chaves Nogales, Josep Pla o Julio Camba, a otros escritores como Pérez de Ayala, a Proust. Y a uno que escandalizaba singularmente al padre Severo, Nietzsche. Con todos esos autores simpatizaba, quizá porque ninguno de ellos tomaba partido, o eso pensaba yo entonces. Aunque lo que de verdad respetaba era que todos eran republicanos

por encima de ideologías totalitarias o descabelladas, como las de aquellos que más cerca tenía. Seguía también todo lo que García Lorca publicaba porque a la farmacia de Reyna llegaba la información directamente de Madrid y me las ingeniaba para que tu madre me la llevara. Pero ya era demasiado tarde. Todo se salió de un cauce demasiado reseco, agrietado por el odio que la miseria y la ignorancia de siglos había sedimentado en su lecho».



¿Quién es este tío que anda por aquí como si estuviera en su casa? Mi padre va a venir ahora para comer y no hay nada. Estoy molido. Voy a acostarme ahora mismo.



35. TE VAN A MATAR

«Alguien que aún no sé quién es o quién fue avisó a mis padres de que me iban a matar. Mi madre me llamó. Entramos en la alcoba. Tu abuelo se quedó en la sala contigua cerrada con llave, con la cortina que separaba los dos cuartos echada, liando unos chorizos y dos barras de pan, sacando ropa, guardándolo todo en dos talegas de tela.

"Escucha Jacobo, te van a matar si no te quitas de en medio cuanto antes. Tienes tantos enemigos que nada te salvará. Hijo de mi alma, ¿cómo has llegado a esta situación? Siempre confiaste en nosotros, pero te has ido alejando tanto que no te reconozco. Desde que discutiste con tu padre, cuando por cierto prometiste que me contarías el motivo de la trifulca, no eres el mismo, no nos das la cara. No te pega ser tan cobarde. Supondrás que él me lo contó todo, y no te equivocas, quizá por eso no me has contado lo del administrador y sus chanchullos. Pero yo lo sé todo, más incluso que tu padre, así que nada debiste ocultarme. No quiero perderte, Jacobo, tú eres el único que queda de nuestra familia. Ya perdimos a tus hermanos en una guerra absurda, pero tú no puedes morir ni puedes dejar a tu Juan sin padre, tienes que seguir adelante con nuestro legado. Este legado del cual no te hemos querido confesar nada por temor a que lo despilfarraras. Ahora las circunstancias nos obligan a confesártelo todo. Confiamos en que guardarás el secreto. Eso, o esperar a que Alberto venga por ti y te lleve a fusilar con esos desgraciados que están detenidos. Alberto hace unos días que está en Sevilla, en el acoso y derribo de fugados. Los están cazando como a conejos desperdigados por el campo. No sé si a ti te mantendrá vivo siquiera un solo día, porque me han dicho que te la tiene jurada, y ya sabes cómo se las trae"».

»Yo sabía que el administrador y algunos señoritos no me tragaban ni en pintura. Ni Manolo el casero ni *el Poleas* ni otros anarquistas tampoco, así que tratarían por todos los medios de quitarme de la circulación. Lo que no sabía era que Alberto fuese capaz de atentar contra mi vida. No porque no me odiara más que a nadie en el mundo desde que me enamoré de tu madre y se la arrebaté de sus colmillos babosos, sino porque sabía que su hermana Matilde no le perdonaría jamás que a mí me ocurriese algo, viniese el daño directamente de él o de sus sicarios. Y Alberto le debía muchas cosas a su hermana. Sobre todo el hecho de que su parte de herencia y de su hermano Adolfo su madre la dejara en manos de Matilde, temiendo que ambos se la fundieran viéndose abocados a la miseria. Pero cuando días más tarde vi correr a sus secuaces, camino de la cueva arriba con fusiles, ordenando que me parara o se liaban a tiros, pensé que estaba equivocado».

»Tu abuela no se demoraba: "Ahora mismo nos vamos con tu padre a la cueva y te escondes hasta que pasen unos días y todo esto se tranquilice. No le digas nada a tu mujer, ni a tu Juan, ya me encargaré yo de ponerlos al corriente cuando estas matanzas terminen. Agapito nos está esperando con el carro en el corral, él nos llevará hasta allí. Si nos ven diremos que vamos a abrirle la cancela para que desenganche las bestias. Él se quedara allí a dormir. Tú te metes debajo de los sacos de cebada en un hueco que te ha preparado"».

»Eso hice, y salimos para la cueva, pero cuando llegamos a la entrada del camino Alberto apareció en el coche con su sobrino Ramiro el hijo de Matilde, y con otro falangista. Nos detuvo para preguntarle a mi padre que dónde me encontraba, pues quería que me fuera con él para no correr peligro ya que el administrador y otros señoritos querían detenerme. Mi madre, que luego me contó quién iba con Alberto, le dijo que yo había ido a uno de los cortijos de Lora a un

recado de su hermano. Aquello no fue del todo mentira, pues yo tenía que salir a la mañana siguiente para traer unos restos arqueológicos del yacimiento de Setefilla que le guardaba un colega a don Gaspar. Por aquellos días, casi lo único que hacía eran recados y llevar cuatro papeles. Estaba ya alejado de la contabilidad que en otro tiempo controlaba».

»Alberto se despidió de mis padres y de Agapito. Yo tiritaba de miedo entre los sacos de cebada, conocía demasiado bien al militar, aquella entonación de la voz cuando mentía sin remordimientos. Adivinaba aquella sonrisa que ya ha perdido, aparentemente seductora y bonachona pero que tenía la marca inconfundible de su absoluta falta de escrúpulos y compasión. Cuando llegamos a la cueva, mi padre abrió la cancela y encendió el quinqué. Agapito se demoró charlando con él, mientras yo salía de entre los sacos, y me fui detrás de mi madre hasta llegar a la altura del pesebre, delante de donde estaba amarrado el padre de Zabulón.

"Mete la mano dentro de esa canaleta de desagüe, anda, dijo tu abuela mirándome. Hasta el sobaco. Ahora vuélvela hacia arriba, y ábrela. Tira del asidero hacia afuera y lo dejas enganchado en el tetón que hay arriba. En el lado de acá", dijo con tono imperativo».

»Apenas era consciente de los rápidos movimientos que hacía de rodillas en el suelo, temblando de miedo, obedeciendo a mi madre. "Ahora sube al pesebre, gira el fondo con el impulso del pie, entras dentro del torno, y vuelve a cerrar desde el escalón, lo vamos a llenar de paja. Espérate ahí hasta que vengamos. No salgas para nada, oigas lo que oigas." Así fue como en menos de un minuto entré por primera vez en estas ruinas. Temblando, siguiendo las instrucciones de mi madre como un niño amedrentado que confía en la seguridad del cálido amparo materno. Desde el escalón del torno no se oía casi nada afuera. Me llegaba lejano el rebuzno de una bestia, pero no se oía nada más.

Algo más aliviado, bajé hasta el suelo y me vine hasta este amplio salón donde ahora escribo. Atranqué la gruesa puerta después de echarle el cerrojo. Luego supe que mis padres se fueron enseguida. Agapito se quedó dentro, con la cancela cerrada. Una hora más tarde llegó Alberto con Juanillo, me buscaban. Lo obligó a punta de pistola a que abriera la reja. Soltaron a los animales, estuvieron removiéndolo todo, maldiciendo por la tardanza en detenerme, rebuscando en los sacos, en las galerías entre las pacas de paja, entre los arreos de las bestias, en todos los huecos que hay ahí arriba. Pincharon con las horcas de acero la paja de los pesebres. Y los colchones. Yo no me enteré de nada. Agapito me lo contó años después».

»De haberle hecho caso a tu abuela y no haber salido de allí me hubiera ahorrado los disgustos que luego tuve. No hubiera estado a punto de ser fusilado ni estaría ahora aquí abajo encerrado. Pero tus abuelos bajaron aquí a la mañana siguiente, muy temprano, para ponerme al corriente de lo que tanto tiempo me ocultaron. Tu abuela recelaba de «mi endeble personalidad y mi culo de mal asiento», como tu abuelo declamaba con triste resignación. "Aquí tienes el legado de nuestra familia, Jacobo. Yo quería contártelo todo desde hace mucho tiempo, pero tu padre era reacio a que lo supieras, no se fiaba de ti. Aquí está la herencia de doce generaciones, los testamentos, las memorias, los archivos que han ido acumulando a lo largo de cinco siglos nuestros antepasados. Hay constancia escrita de la vida de todos ellos, desde Paula Gobantes hasta nosotros. Pero Paula no escribió nada en castellano, ni dijo a nadie, que se sepa, oralmente, quien fueron sus padres. Todo lo que hay está en hebreo y en árabe, a la espera de que alguno de sus descendientes lo traduzca. Una Leonor ya tradujo algo. Por eso se sabe que de niña Paula era muy amiga de Antonio Martínez de Cala. Escribe de ambos que asistieron varias veces al sorteo de los Regidores del cabildo en la iglesia de El Castillo, para sacar de un

sombrero los papelejos con los nombres de los elegidos. Y también se sabe que estando el gramático en Sevilla enseñando a Fonseca se vieron algunas veces. Hasta dio un escandalito la Gobantes cuando poco después de uno de sus viajes a Sevilla, para estar con su amigo de la infancia y de juegos, el vientre empezó a crecerle de manera inesperada. Hay mucho que traducir. Debes seguir tú con esa tarea".

"También hay mucho castellano antiguo, romance, bastante latín y mucho de todo que leer. Tu padre anda liado poniendo en orden todo esto, pero es una tarea que no llegará a terminar por la enorme cantidad de documentos y manuscritos que hay. Sabemos que será imposible conocer siquiera una pequeña parte, pero al menos los testamentos y algunas memorias sí me he leído atraída por la curiosidad de saber la procedencia de estos tesoros. Yo también hago algo, y trato de escribir, pero estos tiempos no son buenos para centrarse en una tarea que siempre acabo por posponer. Lo aplazamos todo acerca de este legado. No sabemos aún qué hacer con este oro, con tanta plata, tantos lingotes de bronce y de plomo, con estas joyas antiguas y tal cantidad de fósiles, de piedras y tiestos de todas clases. Y esas pilas de maderos de cedro, que deben llevar por aquí abajo dos o tres mil años. ¿Sabes? nos da vergüenza reconocer que su procedencia no es muy limpia, que es la consecuencia de un vicio de nuestros antepasados, de una adición al gusto por lo ajeno que algunos de nuestra familia, calafateros de oficio, llevaron a su máxima expresión haciendo hundir en el Guadalquivir varios galeones cargados de oro de las Indias para hacerse con parte de la carga. Del gusto por lo ajeno, sí, es verdad. Pero también por el de atesorar sin ostentar ni gastar ni derrochar nada. Hay una cosa que no me cansaré de repetirte: no digas nunca a nadie ni una palabra de esto. Y procura no salir de aquí abajo, que no te vean. Ahora mismo solo conocemos estas ruinas cuatro personas, incluyéndote a ti: nosotros tres y Agapito

Paniagua, que es pariente nuestro desde la segunda generación de los Paula. Por lo que sabemos de lo leído y por trasmisión oral una ascendiente de Agapito, Elvira, hermana de Lope Rojas, escribano público del Cabildo, casó con Jacobo de Paula Primero. Se casaron años antes de irse él de ballestero al cerco de Baza, al servicio de Antonino de Guzmán, que era un noble caballero descendiente de los conquistadores y pobladores de Ligustia. Lope Rojas, que estuvo antes que Jacobo en Granada, a las órdenes de los Reyes Católicos, cayó prisionero durante el cerco de Baza y llevado cautivo a Berbería. De los moros pudo ser rescatado con una fuerte suma que su hermana Elvira reunió con la venta de varias fincas heredadas de su madre. Fue entonces, al regresar a Ligustia cuando Lope contó entusiasmado a Jacobo lo que en Baza vio, y este, deslumbrado por las posibilidades que se le abrían de correr alguna aventura y ganar dinero, firmó compromiso con Antonino de pelear contra los moros por un sueldo de 50 maravedís diarios. Al parecer, no cobró lo acordado, por lo que Jacobo dejó escrito en su testamento que su señor le debía 3.500 maravedís desde que estuvieron en Baza. Pero por uno u otro motivo y a pesar del reconocimiento de la deuda por parte del caballero ligustino, ni Jacobo ni Elvira, que trabajaba también en la casa, ni sus descendientes cobraron jamás el dinero ganado en batalla. De aquellos polvos estos lodos.

Se sabe que Jacobo solamente cobró mientras guerreaba con su ballesta la pequeña parte que los Reyes abonaban a los servidores de caballeros. Al mismo tiempo, se dedicaba con un amigo de Lebrija que servía con un hermano de Elio Antonio a esconder cuanto botín y despojo recogieron de las batallas. De tal manera, acumularon en grandes agujeros escarbados en un olivar grandes cantidades de armas de metal, armaduras desguazadas, toda clase de artilugios y utensilios metálicos. Meses más tarde, una vez conquistada Granada y muerto en batalla su amigo, que

cayó junto al caballero Juan Martínez de Cala, Jacobo y su hijo fueron trayendo chatarra a Ligustia. Acompañados del pariente Agapito transportaron miles de kilos en los carros y caballerías, usados para vender los cántaros de la alfarería, y en uno de los hornos abandonados aquí en estas ruinas fueron enterrando parte de lo que ves. Fueron ellos los que comenzaron a excavar en Cerro Benito y ahí arriba en la ladera por primera vez. Elvira Rojas, al parecer amiga de Elio Antonio, les había hablado de "la muestra de historia que el famoso maestro de Lebrija había entregado a la Reina cuando pidió licencia a su alteza para que pudiese descubrir y sacar a la luz las antigüedades de España". Elvira guardaba cientos de pergaminos y papeles de Paula Gobantes, pero están en hebreo, creo habértelo dicho ya, hay que traducirlo casi todo, te lo repito, porque entonces se sabrá quiénes fueron nuestros antepasados. Tú conoces esa lengua, tradúcelo, que no se pierda la tradición, pero no salgas, que no te cojan.

Más adelante, Jacobo *el Uno*, como él mismo se nombra en sus memorias, dejó la industria y el comercio de la alfarería. Como se había acostumbrado en los viajes al rebusco y al acopio de metales con tanta pasión no había metal que se le resistiera. La atracción por el brillo del oro y la plata que vio a un marinero de una de las carabelas que paraban en Tarfía, para repostar y seguir Guadalquivir arriba hasta Sevilla, lo deslumbró para siempre. En Sanlúcar se compró un carabelón por 20.000 maravedíes y se asoció con su tío Juan, que estaba a cargo de una carabela, *"La Gobantes",* prestando servicios en el Guadalquivir y en otros puertos de Andalucía. Jacobo aprendió a reparar y construir carabelas y galeones, y se hizo un experto en el arte de la navegación. También dominaba el buceo bajo las aguas turbias del río. Cuenta que en una ocasión, estando un galeón cargado de oro en el dique a la espera de una ligera reparación y abastecimiento para continuar río arriba, lograron entre

dos amigos abrir una brecha en un costado y sacar, antes de que nadie se diera cuenta, docenas de lingotes de oro y plata y cajas de monedas que pasaron a su nave. Cuando la tripulación observó que la marea subía, pero el barco quedaba varado en el dique del astillero, su amigo estaba borracho en una bodega de Sanlúcar con unas cuantas mujeres que le sacaban las monedas de los bolsillos, jactándose de tener más oro que la catedral de Sevilla. Poco más tarde, cuando al compinche se le quitó la tajada en la cárcel y cantó lo suyo sin llevarse muchos golpes, *el Uno* ya había escondido el botín aquí en Ligustia. Según nos cuenta él mismo, al rato se encontraba de polizón en una de las carabelas de Juan Díaz de Solís, Piloto Mayor del Reino, que partía por aquellos días para las Indias. Aquello fue en 1.515."

«Y hasta esta parte de la historia de mi familia me contó aquella mañana mi madre. No querían estar más tiempo aquí dentro, porque sabían que Alberto y los suyos merodeaban por el Castillo y por las laderas, sabedores de que entre las chumberas y cañaverales podrían refugiarse los republicanos y los anarquistas fugitivos. Mis padres no tenían por qué esconderse. Pero si alguien se acercaba a la cueva mientras salían del fondo del pesebre se descubriría todo. Y entonces habría un grave problema para la familia».

»Pero cuando salieron me percaté de que habían vuelto a olvidar, como la noche anterior, las talegas con la comida y la ropa. Por eso salí imprudentemente a las pocas horas de que se fueran, en vez de esperar a que descubrieran el olvido y trajeran las viandas. Entonces no sabía que era la última vez que los vería, cuando salí con cuidado y cerré el torno, creyendo que Agapito estaría aún arriba en la cueva, con la intención de decirle que les avisara del olvido. Pero el que estaba jugando con unos fósiles y unas piedras en el umbral de la puerta era mi Juan, tu hermano, que no sabía que yo estaba allí, ni que el pesebre fuera la entrada y salida del teatro. Pero no me vio saltar del

pesebre, y creyó que yo salía de una de las galerías, con tan mala fortuna que de la sorpresa empezó a hablarme, lo que alertó a los hombres de la cuadrilla de Alberto que vigilaban la entrada del camino por si yo aparecía. “Papá, por ahí vienen dos hombres con escopetas”, fueron las últimas palabras que le oí decir. Ya no habló nunca más. Yo salí corriendo, crucé por un agujero el vallado y seguí subiendo por la ladera hasta que alcancé el machón grande de chumberas donde está uno de los respiraderos de la cueva. Ellos no llegaron a ver cómo me perdía entre las tunas del vallado, pero sí me vio tu hermano desde arriba de la ladera y fue corriendo inmediatamente a decírselo a tu madre sin que lo vieran. Y allí estuve hasta que Juanillo me delató. No me atrevía a salir para volver aquí, tenía miedo, miedo también a que descubrieran la entrada a estas ruinas, porque sabía que andaban por allí cerca».

❋❋❋

Adán, me llamo Adán, tengo que recordarlo, repetirlo, Anad. Nad. Para que no se olvide. Mi madre me ha recordado otra vez la tarde que se llevaron los libros de Paco Páez. Era anarquista. Pero era muy bueno. Muy trabajador. Era muy honrado. Todo el mundo se fiaba de él, me vuelve a repetir. Creo que es la primera piedra, sí.

❋❋❋

36. LA SAGA DE LOS PAULA

«No recuerdo si he contado que el día que tus abuelos se olvidaron de dejarme la comida y la ropa aquí abajo fue la última vez que los vi. No pude seguir escuchando de boca de tu abuela la historia de nuestros antepasados y el origen de estos tesoros. Cómo lograron acumular tanta riqueza sin hacer ostentación de ella, sin que nadie la descubriese nunca. Cuando salí a ver si estaba Agapito para decirle que habían olvidado las talegas, vi a tu hermano jugando en la puerta de la cueva; me avisó de que había dos hombres con escopetas. Él echó a correr delante de mí. Me vio esconderme en el vallado. A la mañana siguiente muy temprano me llevó una cesta con comida y pan, y una botija de agua. Me dijo que tu madre trataría de venir por la tarde, por la parte de arriba de la ladera, para despistar a los que vigilaban la entrada del camino en la parte baja del vallado. Tu hermano se encargaría de despistar a pedradas a los vigilantes».

»Pero esa tarde no llegó. Vino a la mañana siguiente, a la hora de misa en la parroquia. Me dijo que la tarde anterior no pudo porque se dio cuenta de que la seguían y tuvo que volver a casa. Conque de mañana entró en la iglesia, y en vez de sentarse ella en el banco quien se sentó fue la Tata Dolores, que se había vestido igual que tu madre, con un velo y una toca negra. Luego tu madre salió por la otra puerta, subió la cuesta del Castillo y bajó por la vereda de la muralla hasta llegar al respiradero. Estuvo muy poco tiempo, porque le dije que se fuera, que la podrían ver y me cogerían. La Tata me contó años más tarde que los hombres entraron en la iglesia y se dieron cuenta del cambio. Le preguntaron por tu madre en vano, pero la partera se hizo la sueca y no le sacaron nada; ella no

había visto a Rosario desde hacía varios días y menos allí en la iglesia donde la criada de los Guzmanes no entraba nunca».

»Aquel mismo día Juanillo le dijo a tu madre que en la casa de la Falange de Ligustia le iban a dar trabajo y ella, confiando en nuestra vieja amistad se dejó llevar y fue a informarse para saber cuándo empezaba. Salió de allí a la semana, después de torturarla y que le hicieran de todo. Sin embargo, en cuanto se recuperó un poco y pudo despistarse fue a verme al vallado, cubierta con la toca y el velo como las moras para taparse los moretones de la cara. Cuando volvió a casa de verme, Juanillo *el Poleas* estaba esperándola. Había sido él quien le dijo que fuera a la Falange, y él mismo montó el paripé para que la soltaran. Luego en casa la consoló, no se despegó de ella, al fin y al cabo era nuestro mejor amigo desde la infancia, habían aprendido muchas cosas juntos, se confió, y le soltó dónde estaba yo escondido. Y vinieron por mí Juanillo, Manolo el casero y otros dos falangistas, me llevaron a la sede de la Falange y media hora después me tenían delante de Alberto: "Jacobito, de esta noche no pasas. No sabes cuánto lo siento. Ya tengo la orden de Queipo de Llano." Jamás desde que lo conocía le vi aquella mirada tan fría, aquella serenidad de plomo sentado ante la mesa con la pistola a un lado, revisando una lista en la que tachaba los nombres de los que iban cayendo».

»Pero lo que yo no sabía ni tu madre tampoco, porque desde mi discusión con tu abuelo las relaciones se habían enfriado y solo nos veíamos de tarde en tarde, es que habían matado a mis padres poco después de que me detuvieran. Los mataron estando en su alcoba, acostados los dos en la cama. Alberto, su sobrino Ramiro y varios jóvenes que venían de Sevilla con él se presentaron de improviso y aporrearon la puerta con las culatas de los fusiles para interrogarlos y sacarles dónde me escondía. La Tata, que escuchaba desde su cuarto —y preparó los cadáveres y lo limpió todo

luego— me dijo que apenas les preguntaron nada. Solamente una vez. Tu hermano sí veía todos los días a tus abuelos y se quedaba algunas noches a dormir con ellos. Pero dormía con la Tata los días que tu madre estuvo detenida, por eso se ahorró de ver a aquellos hombres armados casi borrachos, aunque sí se enteró de todo, y oyó el disparo, y presenció los chorreones de sangre por el suelo y por las paredes del cuarto. Quizás Alberto sabía que mis padres no iban a delatarme, que no dirían ni pío. Quizás tu abuela no se imaginara que Alberto, al que ella había visto nacer y crecer y había cuidado y querido de niño como si fuera su hijo, fueran a causarle daño. Pero Ramiro, el hijo de Matilde, que era un joven impulsivo, aunque era abstemio y no iba bebido, que se jactaba de perseguir a caballo a los rojos huidos con las huestes de los terratenientes sevillanos y el torero *El Algabeño* por los campos, como si fueran vaquillas practicando el acoso y derribo, se fue para tu abuelo y lo zarandeaba por los hombros mientras preguntaba de malas maneras dónde estaba yo. Sentado en la cama tu abuelo le dio una bofetada. Le llamó niñato malcriado y criminal, levantándose del colchón, le hizo retroceder. Pero entonces Ramiro embrazó su fusil y le disparó a bocajarro. Tu abuela, que estaba a su lado, intentó cubrirlo, pero recibió el tiro de tal manera que la bala entró por el cuello cortando en seco la carótida, y el proyectil siguió su trayectoria hasta alojarse en el pecho de tu abuelo. Me contó la Tata que poco antes de que Ramiro apretase el gatillo del máuser Manolo el casero entró corriendo en la alcoba, diciéndole a Alberto que yo estaba ya en la casa de Falange. Pero Ramiro no se detuvo. Lo podría haber hecho, porque sabía que ya me tenían, pero no lo hizo, mató a los dos».

»Se llevaron los libros. Estuvieron un rato registrando en la sala y en la cocina. Según la Tata, traían varios costales de lona que llenaron de cosas, lo que quiere decir que alguien, Alberto con toda probabilidad, pensaba, si no matarlos allí mismo, llevárselos

para obligarlos a declarar y arramblar con las pertenencias del matrimonio, como hicieron con otros represaliados. Poco tiempo después incautaron las doce fanegas de tierra de la ladera de ahí arriba y los aperos de labranza, las bestias; los sacos de cereales y de garbanzos también desaparecieron. Solo nos quedó la cueva. Se la dejaron a tu tío Paco porque estaba casado con una prima de Manolo el casero y tenía buenas relaciones con todos ellos».

»Por fortuna para nosotros las pertenencias más valiosas de mis padres estaban y están aquí abajo. Lo que se llevaron fueron unos cuantos libros, unas copias de los archivos de la Iglesia y del Ayuntamiento que nadie se explicaba el motivo de hallarse en casa de los Paula, aunque algunos afirmaban que mi madre los robaba, pero te aseguro que eso no era verdad: lo que hacía era llevarlos a casa para que tu padre y ella misma hicieran copia de los documentos y devolver luego los originales a su sitio una vez transcritos. Ese vicio de copiar documentos y guardarlos me contaba mi madre que lo tenía mi hermano Pedro, auxiliar de escribiente, uno de los que cayó en el desastre de Anual, el único conocedor de este patrimonio. Mi hermano Antonio, apodado *el Balear*, se dedicaba a la agricultura. Era más de campo que un olivo y muy bruto, pero muy buena persona, y pensaba como mis padres que el dinero solo traía problemas. Tu hermano es el que más se le parece. Hasta en el manejo de las bestias y tirando con la honda ha salido a él».

»Gracias a su constancia y a su pasión de archivera, a su bendita manía de leerlo y guardarlo todo, a no tirar ni un papel y acaparar cuanto documento se le pusiese por delante hoy podemos conocer de verdad nuestra historia. Y a través de lo que ella sabía por trasmisión oral de sus padres y sus abuelos, por todo lo que leyó de estos libros y legajos, por la discreción del matrimonio. He encontrado en un anaquel el manuscrito de donde seguramente ella bebió también para contarme lo que sabía de Jacobo Primero y su

viaje de polizón a las Indias con Juan Díaz de Solís. Está escrito por Leonor de Paula Segunda, una antepasada nuestra que nació en 1771 y murió en 1845, después de una ajetreada vida repartida en el Perú, Venezuela, París, Barcelona y Ligustia, donde estuvo la mayor parte de su existencia. Esta Leonor parece que no aguantaba mucho tiempo en el mismo lugar, ansiosa siempre por viajar en compañía de algún hombre bragado, afanoso de aventuras y riquezas. Se casó con Manuel García, un escribano público que tenía devoción por Elio Antonio y por cualquier lugar donde la lluvia descubría algún vestigio de restos arqueológicos. También esta Leonor trabajó durante muchos años para los Guzmanes. Manuel estuvo varios años en la cárcel, acusado junto a su cuñado Bernardo de Paula de defender y ayudar a los franceses cuando estuvieron aquí. Parece ser que participaron en la desaparición de varias cargas de tesoros de las iglesias de Sevilla y la provincia cuando las trasladaban a Cádiz en los carros de Bernardo para ponerlas a buen recaudo. Ellos aseguraban que solo habían cogido dos custodias y algunos cálices de oro, porque no les habían pagado lo acordado, los cuales fueron devueltos cuando alguien los delató. Ya ves, es verdaderamente antigua esta manía. Espero que tú, Jacobo, sigas por la misma senda, y me alegro cuando te veo aparecer por aquí, tan pequeño todavía, jugando con los fósiles, dibujándolos tan bien. Creo que tienes el don».

»Cuenta Leonor que Jacobo de Paula *el Dos* se embarcó a las Indias unos años después de hacerlo *el Uno* la primera vez. Los que escaparon de la emboscada donde murió Juan Díaz de Solís y cuatro o cinco marineros que fueron atraídos amistosamente por lo salvajes, contaron a la vuelta en Sanlúcar que Jacobo se había salvado porque lo dejaron arrestado en el barco. Al parecer quedó a la espera de la decisión que tomara el Piloto Mayor —que lo conocía bien de verlo trabajar en los astilleros de Sanlúcar— a la vuelta de la expedición del que ahora se llama el Río de la

Plata. Al volver a las carabelas los que se salvaron del engaño de los indios, Jacobo quedó en libertad. Cuentan que entonces decidió ir a buscar al grumete que se había quedado con los indios. Que cuando supo por un marinero que quedó agazapado, espiando cerca del poblado, que los nativos no hicieron daño al chaval sino que lo acogieron de buen grado, el polizón ligustino, que casi había criado al grumete y lo quería mucho, pensó con acierto que a él también le respetarían la vida si el chaval decía que era su padre. Al cabo de algún tiempo, Jacobo empezó a enviar mucho dinero a la Casa de la Contratación. Escribe Leonor que no había barco que atracara en Sevilla procedente de las Indias que no trajera algún arca llena de joyas y pedruscos de oro destinados a Elvira. Pero cuando iba a recoger el envío a la capital siempre le negaban la entrega, con la excusa de errores en los documentos que acreditaban su parentesco con Jacobo de Paula. Al enterarse Elvira de que la imposibilidad de retirar los envíos se debía en realidad a la gestión opositora de su patrón, a la sazón Alcaide de Ligustia, e hijo de Constantino de Guzmán, el caballero acreedor del dinero ganado en el cerco de Baza, Elvira mandó recado a su marido para que no enviara más riqueza. A partir de entonces, su esposo se encargó él mismo de traerlas en un barco propio que incorporaba alquilado a una flota, y dejaba su carga particular en el puerto de Tarfía antes de descargar las demás mercancías en Sevilla. Cuenta Leonor que Jacobo, siempre que venía lo hacía en secreto. Veía a su mujer y a sus hijos en su camarote del barco o aquí abajo en estas ruinas. En uno de aquellos viajes su hijo, *el Dos*, se fue con él. Desde aquella época, los Paula decidieron no hacer ostentación de la riqueza, cosa por otra parte que ellos nunca hicieron. Pero un marinero de confianza que le ayudó a la familia a transportar los arcones hasta el horno en ruinas de la alfarería se fue de la lengua, y para callarlo tuvieron que pagarle una gran suma de dinero antes de regresar al Perú. A partir de entonces establecieron en la familia la norma de que

solo uno de los descendientes, el considerado más discreto y modesto, menos ostentoso y nada avaro fuera conocedor de este lugar. A los demás hijos había que orientarlos en el oficio de alfareros, escribanos, secretarios del Cabildo. El matrimonio también pensaba que, para que la discreción fuera creíble y efectiva ante la gente del pueblo, y ante ellos mismos, porque no querían rencillas ni que el odio se fuera heredando durante generaciones, que lo más conveniente sería ocupar algún puesto de confianza en casa de los Guzmanes. Después de todo, Elvira y alguno de sus hermanos gozaban de toda la confianza de los nobles caballeros».

»Antes de irse de nuevo a Las Indias Jacobo y su hijo compraron las doce fanegas de tierra que lindan con la alfarería vieja, ahí arriba junto a la ladera. Para entonces, *el Dos* y su primo Paniagua ya habían comenzado a excavar la cueva tras el rastro de unas monedas árabes y de restos de vasijas romanas que hallaron. Luego ampliaron la alfarería. Mientras tanto, hallaron enterrados los baños árabes y la aljibe sobre estas ruinas del teatro romano. Tras la marcha de padre e hijo, quedaron los demás hermanos y sobrinos bajo la férula de Elvira, quien se encargó de controlar la construcción de los hornos, los secaderos y las excavaciones, lo más en secreto que pudo con la ayuda de la tapadera del alfar. Pero en las obras murió un sobrino por el desplome de un muro y parece ser que eso paralizó la exhumación del yacimiento. Al cabo de unos años, Jacobo *el Uno* y su hijo *el Dos* regresaron del Perú con una buena carga de plata, una colección de cántaros y botijas de oro de varias medidas, una pareja de indios, y su hija casi niña que en seguida se casaría con *el Dos*. Pusieron a la india de nombre Librada y en seguida la colocaron en el servicio de los Guzmanes».

»Continuaron las excavaciones y la construcción del alfar. Los secaderos y hornos de entonces ya no existen, pero lo que encontraron cavando los fosos de

los hornos es esto de aquí al lado, en la estancia grande. Estaba todo enterrado bajo los escombros esparcidos ladera abajo por los musulmanes: los restos de la fortaleza romana donde los moros construyeron el Castillo allá por el siglo XI, cuando Lebrija y Ligustia estaban gobernadas por una mora. Estas gruesas paredes de piedra, los arcos, el entresuelo del teatro soportan aún el peso de la tierra y las piedras que la erosión del tiempo ha desprendido de los acantilados del cerro. Poco a poco, entre padre e hijo, con la ayuda de Elvira fueron pasando el metal acumulado durante años desde el horno en ruinas a estas amplias estancias. Debajo de la chatarra hallaron muchos de estos artilugios y utensilios de metal de los cartagineses y romanos; las tramoyas y las máscaras de las actores; las maderas y las anclas de plomo».



No puedo dormir. Estoy muy inquieto. Hicimos el amor. Hemos discutido porque dice que mis padres se murieron hace mucho tiempo. Sé que algo me pasa. Que no me acuerdo de muchas cosas. Pero ellos están ahí. Igual que está ese viejo canoso que no conozco de nada y come con nosotros como si fuera de la familia.



37. EL HONDERO

¿A qué se deberá no enterarme de casi nada cuando copio? ¿Qué estará ocurriendo dentro de mi cabeza para que me sienta tan torpe y tan liado? Me he traído la libreta al taller. Jacobo me dijo ayer tarde que los brazos, las manos, los pies y la cabeza del Hondero Ibérico están vaciados, listos para soldarlos; sólo queda soldar al puño la honda volteando por encima de la cabeza. La presilla que sujetan los dedos va fundida con ellos. Es la última pieza que hay que soldar. Los modelos de barro cocido de la honda y la mano que Jacobo trajo para mostrármelos están en el banco, pero es lo único que hay, las piezas metálicas no están, así que no puedo soldar nada. Se ha debido olvidar de lo que dijo ayer. Miraré en el almacén.

Jacobo estaba dentro trajinando en torno a la maqueta del Valle de los Caídos. Junto a la maqueta hay varias cajas con docenas de estatuillas de bronce de tamaños semejantes. Las iba sacando una a una, pasándole las manos como si las acariciara, como queriéndole quitar el polvo que se mete entre los pliegues y las arrugas cubriendo el brillo mateado del bronce. Sonriéndome, ha ido nombrando uno a uno los nombres conforme los iba colocando delante de los soportales: Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Juan Ramón Jiménez, Emilio Prados, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala, Jorge Guillén, Arturo Barea, Chaves Nogales. «Tienen que caber todos los que hay en las cajas, aunque no están todos los que fueron. Los que tuvieron que huir, los que murieron fusilados o entristecidos en el exilio por creer que su país se podría modernizar. Por luchar con sus palabras y con su vida por una España mejor y más justa. Hay más de cien estatuillas para asentarlas frente a la ex-

planada del Valle: los hay de la generación del 98, de la del 14, del 27, y algunos de la generación del 36». Las figuras están en actitud pensativa, sentadas, saludándose, escribiendo… También hay trabajadores y agricultores.

Jacobo hablaba de los escritores con una familiaridad como si se refiriese a unos amigos con los que hubiera estado tomando copas un rato antes. Mientras lo escuchaba asombrado ante las estatuillas, recordaba algo de lo que contaba en las cartas que me estuvo escribiendo durante cuarenta años. Yo le hablaba siempre de mi trabajo, de las nuevas máquinas y robots que Matías compraba para los talleres y de las obras en las que montábamos los equipos que construíamos, de las plataformas petrolíferas; de la mujer con la que viviera en el momento; le contaba mi vida como siempre lo hice desde que éramos niños. Pero no me acuerdo de casi nada de lo que él me escribía. Y eso que las cartas eran de tres o cuatro carillas o más, aunque sí recuerdo que le respondía con una sinceridad que luego cuando nos veíamos de tarde en tarde no lograba alcanzar. Cuando nos veíamos después de mucho tiempo me daba la impresión de que era otra persona, pues el tono era más frío, más distante que el de las cartas. Me hablaba de las esculturas, de los grupos monumentales encargados por países en los que goza de bastante prestigio. Me contaba lo que su padre, que había logrado reunir una fortuna fabulosa trabajando en las excavaciones arqueológicas en Francia, soñaba con hacer cuando viniera a España una vez Franco muerto. Habiéndola sumado a la de otros exiliados republicanos en Europa y a los capitales donados por otros que prosperaron en México, en Argentina y en otros países de Sudamérica, acordaron donarla al estado español con el objetivo de financiar una remodelación y cambio de uso del Valle de los Caídos. Yo aquello lo leía pero siempre creí que era una batallita más, una historia más de la República y los exiliados. Lo que nunca imaginé es verme,

ya jubilado, delante de la maqueta de tal monumento con mi amigo añorando el sueño del padre.

Delante de la maqueta están las figuras distribuidas en el lugar que su padre determinó. Jacobo ordenó a los operarios organizar el almacén, y han desalojado un amplio espacio donde han dispuesto la maqueta para fijar las imágenes. En el extremo de la explanada, frente a la cruz, han colocado un pedestal de bronce donde irá colocada la estatua que estoy soldando. Los brazos, las manos, los pies y la cabeza están en unas cajas que Jacobo acaba de abrir. Es Juan de Paula. La cabeza dorada, hueca, sonora y mate es la del *Muo Paula*. El Hondero Ibérico del que me hablaba Jacobo es su hermano. Su efigie irá fijada frente a frente de la enorme cruz del Valle de los Caídos.

Yo estaba aturdido, tratando de aclararme con lo que tenía delante mientras Jacobo hablaba sin dejar de sacar figuras y colocarlas en sus basamentos.

«Verás, Adán », decía moviendo figuras, «creo que es hora de que te cuente algo, aunque estoy seguro de que vas a descubrirlo si sigues encerrado y escribiendo. Si es que no lo sabes ya, porque Aurora ha estado hablando con su prima, que también busca explicaciones sobre su abuelo. Ya, ya sé que al final habéis acabado juntos Clara y tú. Mucho habéis tardado. Me alegro de que así sea, aunque haya tenido que pasar lo de Roberto. No sé si habréis leído mucho de los diarios que el otro día vi desperdigados en el estudio, pero ahí está todo, por eso te voy a ser breve: mi padre nunca se marchó a Francia huido, no se exilió jamás de España, aunque sí viajaba a varios países de Europa y a México a partir de los años sesenta, pero cuando regresaba tras dos o tres semanas fuera, tres o cuatro veces al año, siempre se ocultaba. Estuvo cuarenta años escondido debajo del teatro romano. ¿Te acuerdas de la cueva? Te lo contaba en mis cartas. También estuve a punto de contártelo todo un día que por poco lo pillas saliendo del pesebre: el día de la granizada, pero no me atreví.

»Hace unos días los arqueólogos y gente de mi equipo han terminado de excavar en la ladera de Ligustia y han descubierto del todo el teatro romano. Está ya todo al aire libre, limpio y saneado, pronto lo van a inaugurar. Lo que queda es llevarnos la estatua de mi hermano y otras que tengo fundidas para colocarlas en la orquesta y donde estaba el frente escénico, que eso sí está destruido. Algunas basas y fustes nos servirán de pedestales. Bueno, no sé si te acuerdas, pero de todo esto te contaba en mis cartas, de lo que quería hacer en memoria de mi padre y los caídos por la República.

»Allí estuvo escondido mientras vivió Franco, sin darse a conocer en el pueblo hasta el mismo día de la muerte del dictador. Y allí estuvo también durante siglos buena parte del bronce de estas estatuas y de otras que hemos fundido para encargos de Asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica. Ya, ya sé que te tuve engañado mucho tiempo pero, si te sirve de consuelo, piensa que así estuvo todo el mundo. También estuvieron allí dentro muchos de los libros, y el tesoro que se donó para la remodelación del Valle. Al final, de nada sirvió la lucha de mi padre y de tantos republicanos por restablecer una memoria que es necesaria para regenerar en el recuerdo de los españoles la verdad.

»Es cierto que la ley de Zapatero recogía las aspiraciones de muchos que murieron en el exilio, y de que hubo voluntad en sectores de la izquierda y la socialdemocracia de sanear las heridas que todavía supuran odio y rencor entre muchos españoles. Se han colocado centenares de monumentos y estatuas en parques y cementerios, se han escrito pilas de libros, pero el odio, el rencor, el resentimiento no han desaparecido ni de los discursos ni del comportamiento de políticos y periodistas. Infestan a diario las tertulias, los periódicos de la derecha y la izquierda de España. El reconocimiento en el parlamento español del daño cometido por quienes se levantaron en armas contra

la voluntad popular y las leyes republicanas no se ha producido de manera clara y sincera. Se quiso hacer borrón y cuenta nueva con la ley de Amnistía en la transición, sí. Se dotó de prestaciones a muchas viudas y represaliados, se rescataron para su estudio las obras de poetas, de políticos y escritores que lucharon y murieron por las ideas republicanas. Ideas cuya eficacia y justicia demuestra su rápida incorporación a la mentalidad actual, nada más reponerlas más o menos modificadas los gobiernos democráticos de la transición.

»Pero no se ha hecho lo más importante, lo más necesario para restablecer la reconciliación, la armonía y la fraternidad en la sociedad española. Lo que mi padre y muchos como él deseaban es que se hiciera justicia con su pasado, pero no de la manera aislada y de mala gana con que afrontaron las autoridades españolas asuntos como el advenimiento de la II República, la Guerra Civil y la Dictadura. Aún no se ha reconocido el error cometido por los vencedores de cercenar la democracia cuarenta años, eso no se ha logrado. No sólo no se ha conseguido sino que en el corazón de muchos españoles aún restalla la frustración, la amargura de ignorar dónde están sus antepasados. El Estado español tiene aún la deuda pendiente de exhumar a las víctimas de la República y de limpiar cunetas y barrancos donde están hacinados en fosas comunes más de cien mil personas cuyo delito fue creer y luchar por ideas que ahora son realidades y derechos políticos y sociales. Todavía late en muchos españoles la angustia del abandono, del olvido de sus familiares y seres queridos por parte del Estado. En el seno de la derecha, aunque receptora de conquistas sociales y cívicas que fueron derrocadas con bayonetas y fusiles, aún se cree que aquellas atrocidades sangrientas fueron necesarias para restablecer el orden vuelto caótico por socialistas, anarquistas y comunistas. Muchos historiadores internacionales de prestigio y no pocos españoles han

demostrado sobradamente, como lo reconoce la ONU y otras instituciones europeas, lo nefasto, lo erróneo, lo excesivo de aquellas medidas y numerosas atrocidades. Aunque se reconozca que disparates y asesinatos hubo en todos los bandos, nadie con una mínima dosis de honestidad y cordura histórica puede afirmar que son equiparables las magnitudes de la represión en cada bando. La izquierda tampoco se salva de la desidia general hacia una reconciliación verdadera. Algunos creen que la República era solamente suya, de izquierdas, cuando en realidad Franco y los suyos atentaron contra todo lo que tenían enfrente. Franco odiaba, como todos los ignorantes que se ufanan de serlo, cualquier foco de pensamiento, cualquier atisbo de libertad. La izquierda comunista yerra cuando reivindica una tercera república blandiendo el recuerdo de la segunda. ¿Qué clase de república propugnan, de izquierdas, de centro, de derechas, revolucionaria?".



En ese monólogo conmigo de oyente estaba Jacobo cuando entró un operario en el almacén y le dijo que uno de los ingenieros que andaba con las impresoras requería su presencia. Una de las máquinas que fabrican prótesis médicas andaba dando problemas. Pero. No sé qué hacer.



38. EL MUSEO

Acabo de soldar las manos y los pies del Hondero. Mi amigo me ayudó antes de salir de viaje a puntear las piezas y la cabeza; es lo que falta para terminar la estatua: unir la cabeza al cuello. Ah, y soldar la honda al puño del brazo en alto.

Mientras sujetaba las piezas para puntearlas, Jacobo no paraba de hablarme de lo que podría haber sido y no es. De lo que su padre acordó con exiliados republicanos acerca del Valle de los Caídos.

«El Valle de los Caídos no debería ser derribado del todo, como tampoco habría que destruir todas las estatuas de Franco ni de sus generales, por muy sanguinarios que fueran. Habría que dejar intacto una parte y exponerla en un museo de la memoria para que todos los españoles sepan honestamente qué sucedió. Para que sepan de boca de historiadores internacionales y españoles objetivamente a qué se debió tanta sangre y tanto sufrimiento. A qué se debe tanto odio, por qué murieron tantas personas, qué ideas movieron a unos y otros para desembocar en cuarenta años de silencio y opresión. No hay mejor ubicación para toda esa antigualla de estatuas y monumentos franquistas que el Valle de los Caídos. Allí están enterrados muchos trabajadores y presos que murieron en la construcción del monumento, con los restos de Franco y los del líder del sanguinario partido que perpetró miles de asesinatos. Ya es hora de que lo exhumen y los trasladen donde las asociaciones y el Congreso consideren oportuno, pues no hay derecho a que solamente los defensores subvencionados de Franco y su régimen decidan donde deben descansar los restos del dictador.

»Pero falta, para convertir ese monumento en un Museo de la Memoria, un archivo, una hemeroteca, una filmoteca, grandes pantallas donde se visionen y expliquen las causas reales, las consecuencias de la intolerancia. Una biblioteca con obras ilustres de los que dieron su vida por una España justa y mejor. Falta la disposición de efigies, de esculturas y placas con nombres de cada uno de los que perdieron la vida o tuvieron que huir para salvarla. Para ello donó mi padre el tesoro a los nuevos regidores democráticos en el año 76. Con esa idea viajó por toda Europa y América recabando apoyos para su causa, dialogando con republicanos, socialistas, comunistas, sin caérsele un momento la idea de la cabeza ni la inquietud del corazón por dejar constancia de lo que pasó. Él quería una reconciliación nacional profunda, deseaba establecer lazos sociales y cívicos alejados del odio resentido que latía en los españoles. Lazos que unieran las voluntades democráticas bajo el reconocimiento explícito de la comisión de un error histórico por parte de los vencedores. Sin embargo, todas aquellas ilusiones fraguadas en tantos años de encierro no han servido de nada. Todo se va a quedar en esta maqueta, sin solución de continuidad».

Los alemanes, el mundo entero puede contemplar con ellos, visitándolos, o mediante una ligera opresión con el dedo sobre el ratón del ordenador, los terroríficos y sobrecogedores campos de concentración que los nazis construyeron para eliminar personas. Si hubieran optado por derribarlos todos, si no hubiesen reconocido el error que el pueblo alemán cometió apoyando a un aliado de Franco hoy no tendríamos la valiosa oportunidad de saber hasta dónde puede llegar la maldad humana. Por eso no debería destruirse todo, solo lo reiterativo, aunque si por mí fuera, esa ridícula cruz sí me la volaría por los aires junto a lo que se repite de manera enfermiza. Porque eso sí, se podría haber aprovechado mucho bronce para refundirlo en placas y estatuas que los pueblos han eri-

gido en memoria de los caídos en la República. Pero no, en España eso no parece posible, por eso vamos a tener que conformarnos con esta maqueta, por eso la memoria que se respeta y se hace respetable por las instituciones y la Iglesia es solamente la de los caídos del bando vencedor. Un bando vencedor que el tiempo le ha quitado la razón. Al contrario de los imperios que se establecieron mediante batallas y la persecución de sus opositores, pero que la historia ha demostrado que dejaron un sistema de leyes y culturas que enriquecieron a los conquistados, las ideas que el franquismo enquistó a base de muerte y represión no ha dejado nada. Solo hizo retroceder aún más a España, eliminando ideas y leyes que querían modernizarla, retrasando su evolución natural y política durante cuarenta años. Del mismo modo que el tiempo y la física demostró que Galileo acertaba en sus planteamientos; de la misma manera que la biología posterior confirmó que Darwin acertaba en sus teorías sobre la evolución, el tiempo y la democracia actual dotada de leyes cívicas y sociales evidencia el error de los vencedores de no respetar la vida del disidente. Pero con la misma cerrazón que la Iglesia de entonces se mantenía en sus trece, negando lo evidente respecto a Galileo y Darwin, la Iglesia actual y las instituciones españolas influenciadas por ella pretenden cerrilmente hacernos creer que lo que se hizo y se mató bien hecho estuvo.

»Mi padre, antes de que el PSOE ganara las elecciones de 1982, discutía la conveniencia para el futuro del Museo con amigos suyos que eran de derechas. Algunos habían sido anarquistas antes en el 36, y se hicieron falangistas cuando empezó la matanza, pero reconocieron su error histórico. Anhelaban la reconciliación. Otros callaron para no sobresalir y poder tirar para adelante, y se hicieron de la UCD en los primeros años de la transición. Casi ninguno de ellos estaba de acuerdo en tocar un tema del que había que hablar a escondidas. Pero sí lo estaban miembros

destacados del socialismo y el comunismo español, y cuando gobernaron optaron por echar más tierra encima sobre las fosas comunes y las cunetas, en lugar de seguir coherentemente sus creencias al respecto. Él murió en 1982 y no llegó a ver cómo algunos de aquellos que discrepaban con la idea del Museo ocupaban altos cargos y escaños en los ministerios gobernados por los socialistas.

»Muchos eran descendientes de los seguidores del Caudillo y de Falange; esos bandazos son frecuentes en épocas donde se juegan vacantes y se establecen nuevos organismos e instituciones que crean suculentos puestos de trabajo y la posibilidad de hacer riquezas medrando en los aledaños del poder. España siempre fue muy devota de esa tradición, como de casi todas las tradiciones, menos la del conocimiento y la sabiduría. Muera la inteligencia. Viva la muerte. Pobre Unamuno. La posibilidad del saqueo de los caudales públicos es atractiva como la miel para las moscas.

»Ahora ya ves lo que va a quedar de toda aquella ilusión. Zapatero dejó una ley de Memoria Histórica que nadie sabe muy bien qué hacer con ella. El interés que tiene la derecha de aplicarla en el Valle de los Caídos se puede medir con la misma vara del tiempo que llevan en los cajones de los ministros las ideas que se presentaron para darle otro uso al recinto. Aún reposan bajo el olor del incienso de la Iglesia los huesos de Franco. Ningún interés en cerrar una herida que aún supura odio y rencillas ideológicas, que elimina el debate democrático y limpio entre adversarios políticos manteniendo los latidos de un frente a frente entre enemigos irreconciliables. Tampoco el interés de la izquierda en mantener de manera simplista la división del pasado entre buenos y malos nos va a llevar a ningún sitio. Nadie está libre de culpa. Todos debemos admitir que no pocas veces adquirimos y seguimos el ejemplo de los malos, que somos malos en alguna medida, en algún momento de nuestra vida.

Eso es lo que aún perdura en España, lo que no puedo soportar en mi país. Un país que amo y respeto, pero en el cual se me hace imposible vivir rodeado de tanta ramplonería, tanto cainismo incívico y chabacano, tanta mentira y tal grado de hipocresía.

»Te preguntarás que significa esto del Hondero Ibérico a punto de disparar la honda a la cruz erguida sobre el risco de granito de Cuelgamuros. El primer esbozo que hizo mi padre era mi hermano Juan en actitud pacífica. Era parecido en la pose al *David*, pero sin la terrible mirada, llevando una honda en la mano, otra atada en la cintura y otra enrollada en la cabeza. Como solían luchar los antiguos honderos baleares en la vanguardia de los ejércitos cartagineses y romanos. Por ahí deben estar algunos modelos de barro. Pero a medida que el tiempo pasaba he ido modificando los modelos, dejándome llevar indignado por la desidia de los gobiernos españoles, que han sido incapaces de aplicar los acuerdos con la Iglesia relativos a la confesionalidad del Estado.

»Este es el definitivo, pero si me levantara un día de la cama y hallara por ventura este sueño hecho realidad, porque el gobierno haya decidido normalizar de una puta vez la convivencia cívica entre los ciudadanos, no te quepa la menor duda de que fundiría todo este bronce de nuevo y colocaría la estatua de mi hermano en el Museo de la Memoria. Si no a la altura de la cruz, sí a la misma cota donde están las cuatro virtudes cardinales concebidas y ejecutadas por Juan de Ávalos. Ese es el monumento del que tantas veces te hablaba en mis cartas, la estatua que yo quería que tú soldaras, pero que siempre demoraba por causas ajenas a nuestra voluntad. Ahora hay que conformarse con esta maqueta, con este fracaso rotundo e inevitable pero que al menos ha servido para contener tu enfermedad y unificar todo este material que lleva años en el almacén. Así que de ahora en adelante quedará en la entrada de la cueva de Ligustia, exactamente donde estaba el pesebre de Zabulón,

como recuerdo de la intransigencia y la cabezonería española».

Esto que acabo de escribir tratando de reflejar las palabras, el pensamiento, el contenido de las cartas de Jacobo, se ha ido viniendo a la memoria mientras soldaba las últimas piezas y quitaba las pequeñas proyecciones de la soldadura. Ya sólo queda soldar la honda estirada al puño. No quiero correr el riego de que se tuerza mientras limpio lo demás, su envergadura la hace sobresalir metro y medio de la estatua.

Cuando limpiaba las costuras apareció el *Muo Paula,* pero no entró en el cercado donde trabajo como otras veces. Miraba por cada una de las cuatro esquinas a través de la separación entre los paneles. Repetía la operación, volviendo a mirar detenidamente de arriba abajo su estatua, la cual me recuerda al hondero tirando piedras a las chumberas y a los curiosos que merodeaban por la cueva. Pero su mirada, su actitud no muestra sorpresa ni asombro ni parece que la escultura le suscite ninguna emoción especial. Se queda mucho más embelesado con las máquinas de esculpir automáticas, y con las impresoras en tres dimensiones, que con su efigie entre las cuatro mamparas.

Cuando dejó de mirar lo perdí de vista. Lo estuve mirando de reojo, pensando en si saldría para la calle o si por el contrario se metería como de costumbre en el almacén. Yo quería volver a entrar allí porque me mordía la curiosidad de saber que había en los arcones y en la caja fuerte del cuarto de la puerta de clavos dorados. Ahora que ya tengo una llave que me dio Jacobo puedo curiosear, fijarme bien en la maqueta, en las estatuas, en los nombres de los escritores y políticos que pasean por la explanada y bajo los soportales del Museo. Pero se ha hecho ya tarde. Cuando escribo es de noche. Las máquinas están en silencio. Los operarios se han ido. Él también. Me he quedado solo.

Pienso en Clara, en lo tierna y cariñosa que es conmigo. En lo feliz que me hace. En lo mucho que me cuida y me quiere. Qué buena es. Y qué generosa. Y simpática, no deja que me deprima. No quiere verme triste. Ni yo tampoco quiero caer, no es momento de dejarse llevar. Al contrario, hay que reírse, y eso es lo que hacemos cada vez que estamos juntos. ¿Qué haría esta veleta sin norte sin la brisa de tu aliento? ¡Ah¡ su prima Aurora. Jacobo me habló algo de su abuelo. Era uno de los que pertenecían a la cuadrilla *Los Molineros*. Sí, apretó el gatillo más de una vez. «¿Y por ello tienen que cargar ellas con el estigma durante toda su vida? Aurora lo sabe desde hace muchos años, pero Clara no hace tanto que se enteró; y le chocó bastante que su abuelo fuera un asesino. Pero ellas no lo son, creen sinceramente que cometió un grave error por apoyar a los señoritos de la Falange. Tampoco le quedaba muchas opciones al abuelo; si no llega a meterse en la cuadrilla se hubiera quedado sin trabajo, se debía a ellos. No era de más carnes. Tenía miedo, sí, y era un cobarde, se emborrachaba con los demás en la bodega de Mendaro antes de cargar el camión, así era más fácil disparar. A Aurora se lo contó todo días antes de envenenarse. Estuvo pagando lo que hizo durante el resto de su vida luchando con su conciencia, no lo dejaba tranquilo, porque se convirtió en un asesino con la justificación de una causa que para él podría ser justa, aunque su manera sangrienta de proceder fuese purificada con la victoria de su bando. ¿Pero, son ellas malas personas por ello? ¿Crees que entre nosotros hay mal rollo porque mis abuelos fueran asesinados por compañeros del suyo? No. Y no lo hay porque Aurora se ha preocupado por saberlo todo, por conocer la historia de nuestro país y de su pueblo sin cortapisas ni censuras, asumiendo la parte que pueda corresponderle, pidiendo perdón si cabe, trabajando duro para que no vuelva a ocurrir lo mismo otra vez. No. Ellas no son culpables de nada; si acaso, víctimas póstumas del franquismo».

Debo irme enseguida, Clara se va a preocupar si tardo. Mis padres también quieren que vaya a comer con ellos. Ah, pero quiero entrar donde están los archivos y los baúles. El arcón que el mudo tenía en la cueva.

Voy a entrar en el cuarto de la caja fuerte.

❋❋❋

Recuerdo perfectamente lo que contaba mi madre de la tarde que se llevaron a Paco Páez. Yo jugaba en el suelo de ladrillos frescos del cuarto de mi abuelo. Veo ahora la alacena de los platos que había sido la estantería de los libros, los tomos fantasmas que siempre estuvieron en mi cabeza pero que no existían. Los volúmenes cuyos títulos nunca conocí. Veo a mi tía Castillo llorando incapaz de decirme por qué se llevaron a su marido para fusilarlo en la tapia del cementerio. Pero no me acuerdo de mi nombre. No recuerdo nada más. ¿Quién es ese hombre del pelo cano? ¿Y esa mujer que viene con mi madre? ¿Cómo me llamo? Adán, me llamo Adán. Anad. ¿Qué es la primera piedra?



39. LA CONFESIÓN

Hasta este último párrafo de su cosecha, Adán ha descubierto cosas que el lector llegado hasta aquí desconoce. Su contenido no se ha cribado aún, pues la cantidad requiere tiempo y uno no dispone ya de mucho. Tampoco ha podido aclarar las hojas donde cuenta lo recordado mientras soldaba. Pero el audaz lector que haya arribado hasta estas líneas tiene derecho a saberlas, aunque para ello este redactor tenga que embarcarse en una segunda andadura, para entresacar a duras penas lo que guardan las hojas de la libreta pisadas con el busto de Juan Bernabé. Las que copia y pisa la estatuilla de Elio Antonio están más limpias, no hay que podar tanto. Habrá tiempo para ordenar lo que la estropeada memoria de Adán haya descubierto cuando dejemos Lebrija y regresemos a Florencia. Aun a costa de la reputación que pueda quedarme después de confesar lo que hice. Y la sabrás en su momento, estimado y paciente lector. Pero no porque yo tenga algún interés en trillar tal parva de mieses; al contrario, mi voluntad tiene que luchar para no abandonar con cualquier pretexto el trabajo que Jacobo me encomendó. Tengo que pelear con mi conciencia cada vez que me siento delante del teclado y reconozco mientras transcribo lo que Adán está revelando.

Al final de este camino sólo quedaría decir algo sobre la salud mental del soldador, contar lo sucedido cuando pretendía soldar la

honda al brazo del Hondero en el Teatro de Ligustia. Porque es de justicia aclarar que Adán pasa días en que nadie aseguraría que padece una enfermedad neurodegenerativa. Cuando habla, escribe o conversa lo hace con una lucidez asombrosa; se puede llevar así unos cuantos días: sin soltar ningún desbarre. La última vez que tuvo un episodio de amnesia, como a él le gustaba decir, fue hace dos semanas, cuando se quedó en el almacén del taller sin saber dónde estaba, sentado con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas en el borde de uno de los arcones abiertos frente a la caja fuerte del archivo. En el suelo estaban desperdigados los cuchillos de pedernal entre algunas pastillas de plomo, en sus manos tenía un puñal manchado de sangre. Las hondas, los guijarros, los puñales de sílex del interior del arcón se habían enredado con las pastillas de plomo atadas a las correas. En el suelo, junto a un baúl abierto se hallaban dispersos por el suelo el violín de mi padre, su mascota, la bufanda y la levita negra sobre la cual se expandía la peluca y la barba pelirroja. De no haber sido porque lo vi en la pantalla del estudio de Jacobo cuando fui a recoger las hojas de la libreta, Adán no hubiera salido hasta cinco horas más tarde que recobró la memoria. Había cerrado el almacén por dentro y no daba con la llave. Es la vez que más ha tardado en recuperar el hilo de sus recuerdos. Luego vino el intervalo más corto de lucidez hasta la próxima crisis, que fue la que me veo obligado a contar, en contra de mi voluntad, ya que él ha dejado de escribir y de soldar desde entonces.

Porque sería injusto con los lectores si no dijera lo que he sentido cuando transcribía.

Leyendo por primera vez lo que mi padre dejó escrito se confirma que siempre queda algo rezagado en la memoria, por más que uno trate inútilmente de borrarlo a lo largo de su vida. En el caso de Adán, hay lagunas considerables y falsas apreciaciones en sus recuerdos. De lo que cuenta de su infancia y de su juventud no seré yo quien dé fe. Y ya lo advertí al principio de este relato: ni comparto su estilo ni apruebo su tono sentimental, su enfático patetismo; no digamos ya la escasa confianza que albergo sobre la veracidad de sus recuerdos.

Pero una cosa ha sucedido conforme avanzaba en la transcripción de su turbio y apasionado relato. Aunque de muchas cosas que cuenta nada recuerdo, hay otras que creía olvidadas pero recobran forma de nuevo causando un dolor similar al de aquella vez. A cierta edad, la mayoría de los viejos suelen vivir rumiando los recuerdos del pasado; viven, reviven cada día, voltean una y otra vez las mismas escenas rancias ante la corta perspectiva de su vida, cuya única función, cuyo único objetivo es lograr encontrar algún nuevo pero imposible matiz en el destartalado baúl de sus recuerdos.

No ha sido ese mi caso. Al menos hasta hace unos meses, en los que han reaparecido por mi cabeza ciertas imágenes que daba por borradas. Y no porque yo sea menos viejo, no. Si he logrado mantener a raya el pasado quizá se deba a la voluntad, a la obsesiva constancia en el presente por tener proyectos de sobras para el futuro, sin caer, por mucho que la realidad y las circunstancias se hayan empeñado en hacerlo, en la nostalgia de tejer y destejer la viciosa madeja de lo pretérito.

Pero también hay recuerdos, como decía, que siempre permanecen en nuestra vida. Recuerdos que nos marcan por más que uno intente espantarlos como se pretende ahuyentar vanamente a los fantasmas de los sueños. A ellos, y a las consecuencias que acarrean, por muchos proyectos que se lleven a cabo para ayudar a los demás. Por mucho placer que te den, por más que te alivie la conciencia la filantropía en que uno se refugia, por mucho bienestar que proporciones a las personas que ayudas.

La patria de uno es el lugar donde gozó y sufrió los primeros avatares de su infancia. Lo es del mismo modo, en la misma medida que el carácter se debilita, se tuerce, se endurece o se agria con el impacto de la cualidad y consistencia de las primeras experiencias de la vida. A mi generación no le tocó vivir muy buenos tiempos. Para bien o para mal, muchos fuimos marcados a sangre y fuego por unos acontecimientos que no me da la gana refrescar. Bastante tiene uno con no poder olvidar los que más daño hacen cuando aparecen sin llamarlos, atraídos por ciertas escenas que acontecen ante tus ojos.

Yo había logrado olvidar ciertos recuerdos, estar en paz conmigo mismo, desterrarlos de la memoria. Pero la llegada a nuestra casa del soldador ha trastocado mi vida. No ya por lo que él cuenta de sus recuerdos de su infancia en los que yo me hallo, sino por la frescura que suscita leer a mi padre por primera vez, por revivir y rememorar lo que juntos vivimos. Eso es, precisamente, lo que lo ha cambiado todo, lo que ha recrudecido y despertado sentimientos dados por muertos.

Por más que lo intenté al cabo de mi larga vida, por mucho que lo intento ahora, no puedo resistir la mirada de mi madre clavada en la artesa de paja donde estaba escondido mientras la violaban. No puedo apartar de la memoria a mi abuela desangrándose a borbotones por el cuello atravesado por un tiro a bocajarro. Ni tampoco borrar a mi abuelo escribiendo algo que nunca entendí en la pared encalada de la alcoba salpicada de sangre. No decían nada. Ni una palabra. Solo me miraban. Como suplicando vivir. Porque sabían que yo estaba allí. Porque no querían que los que estaban liados con ella y les habían disparado me descubrieran. A mi madre apenas la miraba. No quería ver su cara. Me fijaba en los que se fueron turnando hasta desfogarse como salvajes con la cara desencajada y los ojos vidriosos. Espiaba sin moverme enterrado en la paja de la artesa. Por una raja de las tablas. Cómo la rapaban mientras uno de ellos le preguntaba dónde estaba mi padre; cómo le ataban a un mechón de pelos que le dejaron por encima de la frente un lazo rojo y amarillo y un clavel rojo; cómo *la sacaban al patio con otras mujeres a las que habían hecho lo mismo y les daban algo de beber en un jarrillo de lata. Cuando las sacaron a la calle salté de la artesa y salí por la puerta de atrás de la casa. Por la misma que volví a entrar desobedeciendo a mi madre cuando me dijo que me fuera de allí, varias horas antes, cuando la detuvieron tras haberla llevado engañada con el pretexto de darle trabajo. Al salir a la calle principal de Ligustia, a La Corredera, las muchachas se burlaban de las mujeres que desfilaban humilladas mientras sus cuerpos se vaciaban por el efecto de los purgantes de acei-*

te de ricino. La plaza estaba llena de gente esperando la llegada de otras que habían sido torturadas en la casa de la Falange de Lebrija.

Aquello duró varias horas interminables. Luego, el grupo donde iba mi madre regresó a la casa; las encerraron a todas hasta que confesaran donde estaban los familiares huidos. Volví a entrar antes que ellos por la misma puerta trasera que salí antes y me metí de nuevo en la paja. A mi madre la colgaron boca abajo de una cuerda del carrillo del pozo. No la miraba, no podía soportar los gestos de su cara, sin quejarse, sin decir nada, impasible, como insensible al dolor de los palos y la amenaza de soltar la soga carrucha abajo si no confesaba donde se escondía mi padre. Yo sólo veía las caras de los hombres que le pegaban, cada gesto, cada mueca de sus facciones, la forma de limpiarse la boca cuando escupían mientras dejaban correr despacio la cuerda hasta dar con la cabeza en el agua del pozo. Ni una palabra. No se quejó para nada, no dijo dónde estaba mi padre. Luego llegó un viejo amigo de la familia. Enseguida la soltaron y se la llevó para casa.

Desde entonces hasta que murió cuando tuvo a mi hermano siempre dormí con ella en la misma cama. Y durante muchas noches de muchos años me despertaban sus pesadillas, pero nunca la vi llorar ni lamentarse cuando estaba despierta y se abrazaba a mí consolándome, prometiéndome que cuando fuese mayor me llevaría con mi padre. Porque ella sabía dónde estaba, aunque a mí nunca me interesó donde estuviera escondido mi padre. Fue mi hermano quien

descubrió la entrada a las ruinas del teatro antes de que mi madre me lo dijera. No encontraba tiempo para pensar en él, ni en nada que no fueran las miradas, las facciones, los gestos de cada uno que la maltrató. Me sabía de memoria cada rasgo, cada ademán, cada movimiento de sus expresiones faciales y corporales. Distinguía en mi cabeza los timbres de las voces de cada uno de ellos: la ronquera de la voz turbia arrastrada por el vino, los jadeos depravados poco antes de subirse los pantalones con una risa siniestra dándole paso al siguiente cobarde.

Son recuerdos recurrentes que a veces no me dejan dormir si presencio algún hecho que los remueva. Cuando eso sucede, la única manera de olvidarlos es dejarme caer placenteramente en la tentación que siempre tuve, desde que aquellos hombres dejaron en mí tal sementera de odio y rencor. No solo por lo que hicieron a mi madre y a mis abuelos. Si aquello me dolió y marcó el resto de mi vida, lo que hicieron después con los bienes y las tierras de mi familia, quedándose con todo lo que creían de nuestra propiedad, contribuyó a reavivar mi obsesión hacia aquella gentuza.

Hasta que no murió el último de ellos no descansé, no logré vivir tranquilo. Ramiro fue el último que cayó. Creí que no lo vería ya antes de venirme a Florencia, pero cuando vino con su anciana madre, Matilde, al entierro de mi padre, tuve la oportunidad de saldar la cuenta en España. Ya se habían ido todos del cementerio. Solo quedaba Ramiro. Iba caminando, y se sacaba del bolsillo la llave de la puerta del panteón de los Guzmanes. Estaba gordo, barrigón,

su calva afeitada y la cara cárdena y abofillada con las mejillas caídas se tornaron verdosas cuando sintió que la puerta se cerraba detrás de él. Se giró, asustado, segundos antes de que la sangre chorreara por las lápidas de mármol de sus antepasados. Aún tuvo tiempo de farfullar lo que yo estaba esperando, aquello que solo él y yo conocíamos, y que guardaba relación con el contenido del texto escrito en el billete de una peseta plegado que le dejé en un bolsillo de la chaqueta, mirándolo a los ojos, la noche antes durante el velatorio; aquello que ni mi padre ni nadie más sabía, excepto Matilde, su madre. «¿Pero qué has hecho, hermano mío?»

Ahora, tantos años después, me ha tocado transcribir unos recuerdos ajenos que despiertan de nuevo esta vieja zozobra. Y con ella, la irrebatible necesidad de conjurarla para aliviarme, para poder seguir adelante.

Pero como ya dije antes, cuando veo una injusticia como aquella, algún ataque, alguna amenaza hacia una mujer, a alguien que mete la mano en lo ajeno o comete algún abuso propio de déspotas, de sátrapas; cuando presencio la avaricia, la impunidad de ciertas personas atentando contra el prójimo, sobreviene vorazmente la misma comezón que me mordía entonces. Y no puedo vivir hasta aliviarla. Es como una adicción que me devora, a la cual no quiero sucumbir. Tampoco puedo aceptar las consecuencias de hechos que luego me arrepiento de haber perpetrado. De nada vale reconocer que no se puede vivir siempre con rencor hacia unas personas que hace tantos años cometieron desmanes de los que seguramente

muchos de ellos estarían también hoy arrepentidos, remordidos por su conciencia. De nada sirven las recriminaciones por ese odio que me corroe, en esos momentos de paz interior en que uno sabe, más a estas alturas de la vida, que son emociones y sentimientos que no llevan a ningún sitio bueno. Esa comezón es una enfermedad perniciosa que no descansa en su galope por el enmarañado interior del alma humana. Su patología arrasa todo lo creativo, todo lo bueno. Los hombres que la padecemos nunca seremos dichosos ni haremos felices a nadie.

Quizá sea posible el bienestar, y cierta dosis de felicidad en aquellas personas beneficiadas por la acción redentora que uno haya podido ejercer a lo largo de la vida, mediante la caridad y la filantropía, implorando el perdón a no sé muy bien qué ni a quién. Pero si por cualquier circunstancia, como es esta confesión, se enteraran de que su bienestar es debido a un acto cuya motivación fue el ansia de redimirse, es probable que tal grado de felicidad menguara en cierta medida. Por eso es mejor no confesar nada, o lo ha sido durante toda mi vida. Porque ahora ya, cuando queda tan poco tiempo para irse, cuando veo la oscuridad en el horizonte, también mi conciencia exige explicaciones por los crímenes que cometió, aun en contra de mi propia voluntad, como si los hubiera cometido arrastrado por una fuerza interior que nunca fui capaz de contener. Como si hubiera sido otra persona quien utilizara con su voluntad sangrienta la honda, las piedras de pedernal y el puñal de sílex.

No pretendo justificar ninguno de los asesinatos. Que ahora confiese se debe más al

temor a morir y a que mi hermano y mi familia sigan viviendo engañados que a pedir perdón por lo que hice. Todo el mundo está engañado, viviendo en falso con respecto a lo que sucedió aquellos años. Nadie parece querer mirar la verdad de frente, enfrentarse a los errores que cometieron sus familiares, sanear la herida que supura en las entrañas de la sociedad española donde anida el resentimiento, el odio hacia el contrario, hacia el que discrepa. Tantos años esperando, confiando en que mi país generaría una convivencia basada en el reconocimiento de la diferencia del otro; tantos esfuerzos de mi padre durante cuarenta años salvaguardando el patrimonio de la familia para invertirlo en la reconciliación y en fortalecer la memoria colectiva no han servido de nada.

Cuando me vine a Italia creía que Jacobo estaba equivocado al asegurar que las expectativas de nuestro padre no se iban a cumplir. Esperaba regresar a España para trabajar en el proyecto. Pero lo prometido se fue demorando, los gobiernos cambiando, y la cuestión más importante de los españoles, la verdadera reconciliación en una convivencia cívica sostenida en el reconocimiento del error de atentar contra la legalidad republicana, de asesinar a miles de inocentes cuyos huesos yacen todavía en barrancos y en cunetas se fue relegando al olvido.

Mi padre murió con la conciencia tranquila, satisfecho de haber aportado a su país lo que sus antepasados atesoraron a lo largo de siglos. Estaba convencido de que los nuevos gobernantes liderados por los socialistas iban a invertir su legado en mantener esa

memoria. Sin embargo, también murió engañado por muchos de los que prometieron en vida que su sueño se haría realidad. Pero cuando alcanzaron los escaños y se afianzaron en el poder político dejaron pasar el tiempo permitiendo que el odio permaneciera latiendo. Que fuera sedimentando en una amalgama de rencores que afloran de vez en cuando, percochando el civismo y la madurez de un pueblo condenado al folclore barato, a la chocarrería inculta y ordinaria, al afán de exterminio del contrario, a la prohibición tácita de la discrepancia.

No pido clemencia con esta confesión. Sé y reconozco que me equivoqué, que me dejé arrastrar por el ansia de venganza tomando la justicia con mi honda y mis puñales a mi libre albedrío. Pero sí he de añadir que, o eran ellos o era yo, porque me era imposible sentirme digno y honesto conmigo mismo si no aliviaba el mordaz desgarro que revenía el recuerdo de lo que vi. El sufrimiento de mi madre. Los borbotones de sangre brotando del cuello de mi abuela. Los dedos agónicos de mi abuelo escribiendo en la pared encalada. Sólo después de ver correr la sangre, de ver apagada y muerta la mirada que fue altanera y arrogante se aplaca mi delirio.

Sólo queda contar el último episodio de amnesia de Adán.

40. EL OLVIDO

Quedé rezagado subiendo la calle Antonio de Nebrija a la altura de la calle Céspedes. Mi hermano iba con Aurora y Leo, delante de Clara y de Adán. Cuando llegaron a la Cuesta, al pie del lienzo de muralla restaurado, se pararon a esperarme. Les dije que continuaran por el Sendero, que siguieran hasta el Teatro que yo iría bordeando la circunvalación del Cerro del Castillo, la calle de los Barreros por la acera junto al cercado de piedra que sube por el Camino de la Cueva. Hasta llegar al graderío de las caveas descubiertas y restauradas, la ladera todavía está plagada de chumberas, de pitas y olivillos como estaba hace setenta años. Se mantiene igual que en la memoria. En cambio, el Camino ahora es de guijarros con dibujos, y la explanada es de piedras rectangulares y lisas. Está todo rodeado de cipreses y palmeras. A la derecha de la explanada quedan algunos vestigios del frente escénico. Se mantienen erguidas unas columnas de mármol rotas, algunos bustos sin nariz ni brazos. En varios fustes coronados con capiteles se han colocado ya algunas estatuas a tamaño natural. Aurora le hablaba a Leo de Juan Díaz de Solís, que mira hacia Sanlúcar. En el centro han colocado a Elio Antonio, cerca de mi padre. Don Gaspar de Guzmán y su hermana sor Irene miran hacia arriba del Teatro, a la ermita del Castillo.

En la primera fila del hemiciclo de piedra están sentados, de bronce, los alcaldes Antonio Calvo, José Falcón y Manuel Reyna. No muy lejos, dos gradas más arriba, está de bronce y de pie Juan Gavala Laborde, haciendo visera con la mano mirando a las Marismas. En el centro del hemiciclo, en el Sacrarium, está sentado don Andrés Sánchez de Alva, fundido en una aleación especial como la de mi padre, que está charlando con él. En las gradas están sentadas otras quince estatuas. Dispersos a distinta altura están algunos concejales socialistas y republicanos, y varios anarcosindicalistas de Lebrija y de Ligustia. A Francisco Páez Cala lo han fundido leyendo un libro, sentado en una grada de piedra original de la cavea media, justo donde empiezan los asientos restaurados con un material que parece madera sintética.

Faltaba la estatua del Hondero Ibérico, que está ya en el umbral de la puerta de la Cueva, la estancia lateral del Teatro desde la que se puede acceder a la escena. El Hondero mira hacia el Golfo Tartésico. De la bóveda de ladrillos a la derecha de la cueva apenas queda un segmento del arco rojizo que tantas telarañas tenía; las paredes casi han desaparecido al descubrirlo.

Sentado en el escalón de la galería que sube para acceder a la parte superior de la media cavea, yo veía a mi hermano sacar de una caja alargada la honda de bronce que Adán no pudo soldar al puño del Hondero, pues desde la última crisis que tuvo el soldador no ha cogido la pistola para soldar ni el lápiz para escribir. Adán esperaba a Jacobo encima del andamio, con el TIG preparado para puntear la honda.

Pero estaba ausente, desorientado, no conocía a nadie, se lo notaba en la cara de verlo otras veces así de enajenado. Mi hermano subió al andamio con la pieza alargada de bronce en la mano, y juntó el extremo de la honda al puño cerrado del brazo levantado. Así esperó, manteniéndola horizontal, aguardando que Adán le diese unas puntadas para poder soltarla. El resplandor de la soldadura saltaba una y otra vez, pero no continuaba, se cortaba, y cuando Jacobo soltaba la pieza, esta se caía al no estar unida. Adán lo intentó una y otra vez en vano, porque se le pegaba el tungsteno al metal, y al tirar nervioso del soplete para despegarlo se le rompía la punta. Sacó de la pistola el electrodo parecido a una mina de grafito, y la afilaba malamente con la radial, hasta que Jacobo le dijo que lo dejara, que ya no quedaba tiempo: ya la soldarían al día siguiente. Además, uno de Cultura llegó metiendo bulla y batiendo palmas porque las autoridades para inaugurar el Teatro estaban al llegar y el público tenía que acceder al recinto para sentarse en el graderío. El de Cultura ordenó a Jacobo que el Hondero Ibérico estaba mejor sin honda, y así se quedó, y así está.

Sin quitarse la máscara de la cabeza, con la mirilla del cristal ahumado subida, Adán caminaba zigzagueando por la orquesta hacia el borde del escenario, cerca del vomitorio de la entrada. Dos operarios recogían las herramientas tras fijar al suelo al chaval medio cura de Bernabé, el de la droguería de El Cortinal, con el bolso de rayas de colores y el chaleco de borreguito. Junto al director de teatro todavía brillante estaban charlando sonrientes el mayor de Andrés

Meatiezo y el chico de Molero, el bedel del Instituto.

Los operarios tuvieron que separar las manos del soldador, porque estrechaban las de las estatuas de sus amigos como si quisiera saludarlos tras mucho tiempo sin verlos. Adán se subió la careta totalmente ido, tenía la cara descompuesta. Mirando al vacío, se rascaba la cabeza con la barrita entre los dedos, como si agarrara un lápiz, y recorría con la mirada perdida todo el graderío de piedra. Parecía que miraba a Clara, ya que iba muy rápido hacia donde estaba sentada con Aurora y Leo, adelantando casi a empujones en la escalinata al público que se acomodaba. Pero sin conocer a nadie sobrepasó a los tres, con cara de suma felicidad, como si por fin hubiera hallado algo muy querido, algo vital buscado durante toda una vida. Siguió andando grada adelante, con el electrodo en la mano, la cara iluminada, sonriendo, y se acomodó junto a la estatua de Francisco Páez Cala.

Y después de un rato embobado, como queriendo leer la página del libro de bronce, se puso a escribir en el asiento de madera. Esto es lo que hay escrito:

Mellam oAdán mel lamoad ana melamol nad mell amo. nádA.

BIBLIOGRAFÍA

Aunque este libro mezcla realidad y ficción y algunos de sus personajes, situaciones y lugares son inventados, no habría sido posible escribirlo sin el admirable y agradecido trabajo de los autores que se citan a continuación. Ellos son, junto a los que se hayan podido olvidar, sus principales acreedores.

ADOLF SHULTEN. *Tartessos: contribución a la historia más antigua de occidente*. Almuzara, 2006

ANTONIO CARO BELLIDO y J.M. TOMASSETTI GUERRA. *Antonio de Nebrija y la Bética*. Hermandad de los Santos de Lebrija, 1997

ANTONIO CARO BELLIDO. *La Ciudad y su entorno*. Ayto. de Lebrija 1991

ANTONIO CARO BELLIDO. *Lebrija y el Bajo Guadalquivir*. Ed. Lebrija: Agrija, 1998

ANTONIO GALA. *Noviembre y un poco de yerba*. Cátedra, 1984

ANTONIO MACHADO.Editar *Juan de Mairena*. Espasa Calpe, 1976

ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE LEBRIJA. *Actas Capitulares 1900—1950*

COLECTIVO DE PEDAGOGÍA GUADALQUIVIR. *Mi libro de Lebrija II.* Ed. Coop. Las Marismas de Lebrija S.C.A. 1990

CRUZ AGUSTINA QUIRÓS. *P.E.C.H. de Lebrija.* Ayto. de Lebrija 2014

É. LÉVI— PROVENZAL. *La civilización árabe en España*. Espasa Calpe 1955.

ESTRABÓN.Editar *Geografía*. Gredos, 1998

FELIPE CORTINES MURUBE. *De la independencia. Los franceses en Lebrija.* Edición de Jacobo Cortines. Hdad. de Todos los Santos, 2008

FRANCISCO RICO. *Nebrija frente a los bárbaros.* Universidad de Salamanca, 1978.

GEORGE ORWELL. *Ensayos.* Debate, 2015

GERALD BRENAN. 1235478 *EditarEl laberinto español.* Planeta, 2008

JORDI GRACIA. *José Ortega y Gasset.* Taurus 2014

JORGE BONSOR.Editar *Tartessos.* Almuzara, 2016

JOSÉ BELLIDO AHUMADA. *La Patria de Nebrija.* Ed. Mª. Carmen Bellido, 1985

JOSÉ MONLEÓN. *Triunfo digital.* Nº 465—487.

JUAN MANUEL LOZANO NIETO. *EditarA sangre y fuego.* Almuzara, 2006.

JULIO CAMBA. 1084207 *EditarHaciendo de república.* Luca de Tena ediciones, 2006.

LUIS CARO ROMERO. *Trebujena 1936.* Historia de la represión. Ed. Ayto. de Trebujena 2010.

MANUEL CHAVES NOGALES. 480173 *EditarObra narrativa completa.* Dip. Prov. De Sevilla, 1993

MANUEL GONZÁLEZ PÉREZ. *La Gran Orilla.* Ed. Ayto. De Lebrija 2010

MANUEL LEGUINECHE Y JESÚS TORBADO. 1806895 *EditarLos topos.* Capitán Swing, 2010

MANUEL PULIDO MATOS. *Historia de un pueblo andaluz: Lebrija, de la Revolución Gloriosa a la Democracia 1868—1979.* Ed. J. Pulido, 1999

MANUEL VILLAPLANA MONTES Y Mª. ALEJANDRA LÓPEZ

OLLERO. *La Fundación Andrés Sánchez de Alva.* Ed. Ayto. de Lebrija 1986

PASCUAL MARAGALL. 1224263 *EditarOda inacabada: Memorias*. RBA libros, 2008

PAUL PRESTON. *EditarEl holocausto español*. Debate, 2011

PEDRO MARTÍN BAÑOS. *Apología. Antonio de Nebrija*. Universidad de Huelva 2015

PEDRO SIMÓN. *Memorias del Alzheimer*. La Esfera de los libros. 2012

PRIMO LEVI. 2114520 Editar *Vivir para contar*. Ed. Alpha Decay S.A. 2009

RAMÓN PEREZ DE AYALA. 384534 *EditarA. M. D.G*. Cátedra, 2010

STENDHAL. *Historia de la pintura en Italia*. Espasa libros. 1948

VICTOR GARCÍA DE LA CONCHA. *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España*. Ed. Universidad de Salamanca. 1983

Lebrija, julio de 2017.

ÍNDICE